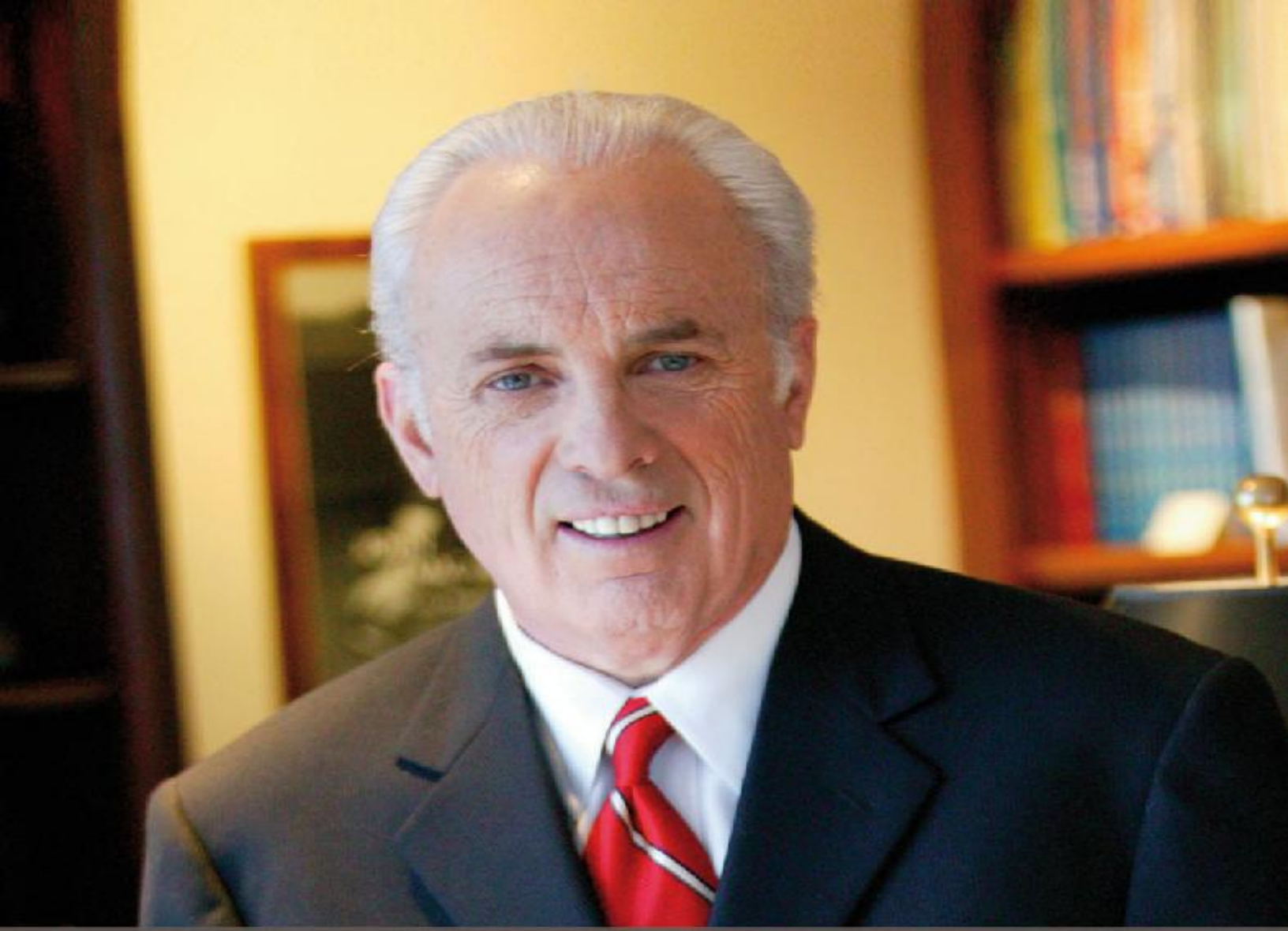


12 Sermones Selectos de John MacArthur



editorial Clie

12 Sermones selectos
de
JOHN MACARTHUR





EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
http://www.clie.es

© 2014 Grace to you

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2014 Editorial CLIE, para esta edición en español

12 Sermones selectos de John MacArthur
ISBN papel: 978-84-8267-852-8
ISBN epub: 978-84-8267-899-3

SERMONES
Sermones completos
Referencia: 224857

_Índice

Portada
Portada interior
Créditos
_Toda una vida en sermones
01_Cómo jugar a la iglesia
02_El evangelio sencillo
03_¿Cuál es el camino al cielo?
04_Un recorrido en avión por el apocalipsis
05_Cómo obtener la vida eterna
06_El propósito de las pruebas
07_Tornar en fáciles las decisiones difíciles
08_La muerte de Jesús nos enseña cómo vivir: una mirada a las siete frases desde la cruz
09_Quince palabras de esperanza
10_Un enfoque bíblico de la muerte, el terrorismo y el oriente medio
11_El principio inicial del discipulado
12_La semejanza de los creyentes con los niños: el enfrentamiento con el pecado

_Toda una vida en sermones

El 9 de febrero de 2009 se cumplió el cuadragésimo aniversario de John MacArthur como pastor-maestro de la Grace Community Church en Sun Valley, California. John en realidad comenzó a predicar estando en la universidad, exactamente una década antes, por lo que en el mismo 2009 también cumplió su quincuagésimo aniversario como predicador.

El primer sermón que John predicó siendo estudiante universitario no quedó registrado. Tampoco lo dio en una iglesia, sino al aire libre. John pertenecía a un equipo estudiantil que difundía música y evangelizaba. El jefe del equipo lo dejó en una estación de autobuses en Spartanburg, Carolina del Sur, y le dijo que su tarea era congregar a un grupo de personas y predicarle. Era una tarea difícil para la que John no estaba preparado.

«El sermón fue malísimo», dice él. «No sabía cómo hacerlo bien. Estaba allí, con la Biblia en la mano, y caminé hacia una estación de autobuses casi vacía. Vi a un grupo heterogéneo de personas y comencé a predicar un mensaje del evangelio. Se podía ver a las personas mirándome como diciendo: "¡Pobre muchacho! Parece inteligente. Qué pena. Debe tener algún tipo de discapacidad".

»Y yo pensaba: *¿Sabes qué? Esto no tiene ningún sentido*. Por eso lo hice como unos diez minutos y luego salí del local y caminé por la calle hasta donde se iba a celebrar un baile de una escuela secundaria y simplemente me senté fuera y les testifiqué del evangelio a los muchachos cuando entraban y salían. Así fueron mis comienzos como predicador. No fue nada memorable. Pero después de ese incidente, estaba deseoso de *aprender* a predicar porque estaba decidido a estar preparado cada vez que me llamaran a predicar. Cada vez que podía, iba a misiones de rescate y a bases militares a predicar. Con el tiempo, aprendí a relacionarme con el público».

Ciertamente, la prédica de John es y siempre ha sido el pilar y la fortaleza de Grace Church. Su gran habilidad como comunicador y su entrega a las verdades perdurables de las Escrituras resultan evidentes desde el primer sermón que predicó. En 1969, John, quien ya era un excelente predicador y precoz estudioso de las Escrituras, se dispuso a trabajar diligentemente durante estos últimos cuarenta años. Hoy día su prédica refleja una madurez y profundidad que pocos pudieron jamás imaginar en aquella terminal de

autobuses. El evangelicalismo estadounidense de finales del siglo XX, más conocido por sus ostentosas técnicas y sus mensajes impulsados por el mercado, no ha engendrado otro exponente cuya envergadura y profundidad se acerquen siquiera a las de John MacArthur. De hecho, cuarenta años (y más aún) de exposición fiel del Nuevo Testamento, versículo a versículo, colocan a John MacArthur en la compañía exclusiva de nombres verdaderamente grandiosos como Juan Calvino, Thomas Manton, Stephen Charnock y D. Martyn Lloyd-Jones. Lo que distingue aún más el ministerio excepcional de John es que no ha cejado (y su influencia se sigue apreciando en todo el mundo), mientras que la mayoría de los predicadores famosos dentro de la corriente dominante evangélica ha ido en busca de las modas culturales pasajeras, haciéndose cada vez más triviales y superficiales en su alocado empeño de parecer «relevantes».

La exposición bíblica seguirá siendo *verdaderamente* pertinente si el mundo dura otro milenio o más. Lo que hoy parece moderno, mañana resultará vergonzoso. Si no lo cree, lea el anuario de su escuela secundaria.

Los sermones que hemos seleccionado aquí han demostrado cuán eterna puede ser la prédica si es una exposición bíblica simplemente sólida y clara. Estos mensajes abarcan los últimos cuarenta años del ministerio de John MacArthur en la Grace Community Church. Ellos reflejan un claro patrón de crecimiento espiritual y una habilidad cada vez mayor para la expresión oral, pero incluso el primero de estos sermones es igual de impactante, perspicaz, convincente y sustancioso, tan enérgico como lo fue en 1969. El que las personas aún escuchen aquellos primeros sermones constituye una prueba más de cuán bien los mensajes resisten el paso del tiempo. Además, todavía los transmitimos de manera regular en la Radio «Gracia a Vosotros».

A la hora de conformar la presente colección nos topamos con una gran cantidad de material. Realizamos una encuesta de los sermones favoritos entre pastores, empleados y oyentes de mucho tiempo. La lista original que conformamos incluía decenas de títulos. Ante la rígida limitante que teníamos con relación a la cantidad de páginas, sabíamos que tendríamos que dejar fuera de la lista definitiva algunos de nuestros sermones preferidos. Por tanto queremos enfatizar que el presente es simplemente una pequeña muestra de los mensajes más conocidos e importantes de John MacArthur. Hemos intentado elegir sermones que sabemos han contribuido a traer a muchas personas a Cristo y a revolucionar completamente corazones y vidas.

Tal como diría John mismo: El poder de un gran sermón no pertenece al predicador ni tampoco emana de él. «*La palabra de Dios* es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos» (He. 4:12, énfasis añadido). Todo sermón verdaderamente grandioso comienza con ese reconocimiento. Los predicadores que confían únicamente en su habilidad, técnica o creatividad pueden parecer «exitosos» si la única unidad de medida es el aplauso humano. Pero si el objetivo de la prédica es despertar las almas espiritualmente muertas y la limpieza y transformación de las vidas arruinadas por el pecado, lo único que de verdad importa es que el predicador sea fiel a la hora de proclamar la Palabra de Dios con claridad, fidelidad y franqueza. Los miembros de su rebaño también han de ser hacedores de la Palabra y no solamente oidores.

Según ese indicador, en la Grace Community Church los últimos cuarenta años han sido una época verdaderamente excepcional. Somos dichosos por haber tomado parte en ellos. Oramos porque solamente sea el inicio de una época mucho más prolongada.

El presente libro se compiló sin que John MacArthur tuviera conocimiento de ello, a modo de sorpresa, para honrarlo por sus cincuenta años en el ministerio y sus cuarenta años como pastor de la Grace Community Church. Que el Señor lo use para ampliar más que nunca el alcance de estos sermones. Que Dios nos dé además muchos más años en el ministerio de John y que esta iglesia siga siendo un fiel faro de luz que proclame la Palabra de Dios a las generaciones futuras.

Phil Johnson
Director Ejecutivo
Gracia a Vosotros

9 de febrero de 1969

01_Cómo jugar a la iglesia

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

Y entonces les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de iniquidad.

Mateo 7:21-23

Si usted escucha una grabación de este sermón, percibirá a un John MacArthur notablemente más joven (con un tono más agudo). Sin embargo, lo más asombroso de este mensaje es su contenido. En esencia cada tema fundamental que ha dominado la predicación y los escritos de John durante los pasados cuarenta años está aquí: La importancia de comprender correctamente el evangelio, el peligro de una fe falsa, la autoridad absoluta de las Escrituras y la insensatez de elevar tanto la razón humana como los sentimientos personales sobre la verdad evidente de las Escrituras. La totalidad de la «controversia del señorío» también la encontramos aquí en un microcosmos, y el sermón es osadamente comunicado y no de manera apologética, en el estilo distintivamente franco pero atractivo de John.

La temperatura era templada en toda la sureña California el domingo en que John comenzó su pastorado en la Grace Church. Los periódicos locales reportaron que 85.000 californianos acudieron en masa a las playas aquel día. Sin embargo, en casi toda la nación el tiempo era terrible. Una nevada y records de bajas temperaturas paralizaron la costa este desde Nueva York hasta Washington D.C. Richard Nixon, aún en su primer mandato como presidente de los Estados Unidos, se encontraba aquel fin de semana de vacaciones en Key Biscayne, en la Florida. Además como el tiempo era apacible en la Florida, el presidente decidió retrasar su regreso a Washington y asistir aquel domingo a una community church en los cayos de la Florida. Esta fue la única community church que atrajo en algo la atención nacional aquella semana. Pero cerca de 300 personas se apretujaron dentro del templo

de la Grace Church para escuchar al pastor nuevo. Fue un domingo inolvidable para los que estuvieron allí.

Los disturbios por la guerra en Vietnam habían estado ocurriendo en Norteamérica por al menos cuatro años. El descontento estudiantil se convertía en algo habitual, particularmente en California. El uso de las drogas para divertirse nunca estuvo más elevado entre la juventud de California. En agosto de aquel año, exactamente una semana antes de comenzar el Festival de Música Woodstock Music en el estado de Nueva York, Charles Manson y una partida de jóvenes que él había reclutado irían en una criminal parranda a una área de Los Ángeles, repleta de casa de celebridades, a menos de dieciséis kilómetros al sur de la Grace Church.

Ese es el tipo de cultura en la cual John MacArthur comenzó a desatar la Palabra de Dios, un versículo a la vez. Pero tal como vemos en el libro de Hechos: «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente» (Hch. 6:7).

BOSQUEJO

— El requisito para la entrada al reino

— El llanto de los que se les niega la entrada Al reino

— La condenación para aquellos sin Cristo



SERMÓN

Quiero examinar Mateo 7:21-23 y hablar de «Cómo jugar a la iglesia», o de cómo la iglesia falsa se incorpora dentro de la iglesia verdadera: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad».

Mateo 13 nos dice que el período de la iglesia va a ser insólito. En Mateo 12:22-31 los fariseos y aquellos relacionados con ellos habían cometido el pecado imperdonable de atribuir las obras de Cristo a Satanás. Jesús dijo que les perdonaría cualquier pecado, pero no este. En otras palabras, era como si les estuviera diciendo: «Si han visto todo lo que he hecho, si han visto todos los milagros y han oído todo lo que he dicho y todo lo que pueden concluir es que los hice por el poder de Satanás, ustedes están fuera de la posibilidad de creer. Si han recibido toda esta revelación y no la han aceptado, no hay nada más que puedan tener. Seguirme, verme, observarme, escucharme y concluir que es satánico, los excluye de la posibilidad de creer».

La era de la iglesia es el tema de Mateo 13. Al situar a Israel aparte por su incredulidad, Cristo comienza a establecer parábolas que describen la naturaleza única del período de la iglesia. Él dice que en la era de la iglesia habrá trigos y cizañas, los cuales son los creyentes verdaderos y los falsos. Ellos serán tan difíciles de diferenciar que usted no será capaz de escoger, hasta que Dios, quien es el juez final, decida entre ellos.

Jesús plantea las diferentes dimensiones de la iglesia. La ilustración de la semilla de mostaza provee la idea de que la iglesia estallará en gran número, pero incluirá el real y el irreal, creyentes verdaderos y creyentes falsos.

La era de la iglesia será un tiempo verdaderamente insólito y en realidad lo es ahora. Bajo el nombre de «iglesia» hoy tenemos todo tipo de surtido. Cristo en el Apocalipsis le ordenó a Juan que escribiera a la Iglesia de Sardis: «Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto» (Ap. 3:1). ¡Qué comentario sobre muchas iglesias de hoy! Tienen un título, tienen un nombre, pero están muertas. ¿Por qué están muertas? Están muertas fundamentalmente porque la gente dentro de ellas está muerta. Se podría

decir sin temor a equivocarnos que hoy en Norteamérica la gran mayoría de los miembros de iglesias ni siquiera sabe qué es ser cristiano porque ellos están muertos espiritualmente. Pablo dijo en Efesios 2:1: «Estabais muertos en vuestros delitos y pecados». Por lo tanto, personas muertas han de constituir iglesias muertas. La iglesia hoy no sufre o muere a causa de los ataques desde fuera; Satanás no necesita perder el tiempo en ellos, ya las personas están muertas dentro de ella.

Por otra parte, una iglesia viva, una iglesia que conoce a Jesucristo y proclama su evangelio, siempre va a estar padeciendo ataques porque tal tipo de iglesia será la conciencia de la comunidad. Jesús dijo: «¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!» (Lc. 6:26). La iglesia siempre debe estar en polos opuestos a los del mundo, la luz y las tinieblas no tienen compañerismo entre sí. «¿Y qué concordia Cristo con Belial?» (2 Co. 6:15). No hay relación.

Es muy importante que entendamos esto. Pablo lo explica en 2 Corintios 6:14 donde afirma que el amor de Cristo es un tema básico. La prioridad de la iglesia es ser el recipiente a través del cual Dios está obrando una creación nueva de estos muertos espirituales. La iglesia que es verdadera, viva y vital, manifiesta el evangelio a los muertos espirituales, y el evangelio por sí sólo les puede dar vida. Esta es la misión de la iglesia. No hay manera bíblica de que la iglesia pueda cortejar al mundo. La iglesia ha de ser la conciencia del mundo. La iglesia debe estar tan bien definida en el cumplimiento de su rol de manera que llegue a ser la antagonista del mundo. Para los que están fuera de Jesucristo, la banca de la iglesia ha de ser el asiento menos confortable en el mundo porque presentamos un evangelio que separa. Porque cuando la iglesia arrulla al mundo, la iglesia muere. La iglesia en Sardis pensaba que estaba viva, pero estaba cortejando al mundo, por tanto no estaba viva, sino muerta (Ap. 3:1).

La tarea de la iglesia no es solamente enseñar a los santos sino también advertir a los hombres de las normas de Dios. No estamos siendo justos o fieles al llamado de Dios si todo lo que hacemos es anunciar la vida abundante. Ahora bien, la salvación es una dimensión grande, pero en algún momento hemos tenido que proclamar que el hombre es un pecador, que está apartado del Dios santo y que a los ojos de Dios es objeto del juicio de Dios, él es un hijo de ira como dice Pablo en Efesios 2:3. Proclamar con denuedo la verdad de Jesucristo y la verdad del hombre en su pecado es dividir. En

Mateo 10:34-36 Jesús dijo: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa».

La iglesia verdadera de Jesucristo no es una institución religiosa que acoge a todo el mundo; es el cuerpo de Cristo apartado para Dios, en unión y matrimonio exclusivo con Cristo y redimidos por fe. Ninguno fuera de esa redención puede ser parte de ella. La demanda para la iglesia y nuestra labor como pueblo es advertir a los que no han recibido a Cristo, advertirles con amor pero advertirles aún así, que están en peligro del terror del Señor. Esta es nuestra tarea.

Nuestro texto es una advertencia a los que piensan que están cómodamente atrincherados en la iglesia pero en realidad no lo están. Esta no es una advertencia para los que están fuera de la iglesia. Es una advertencia para nosotros los que estamos involucrados en la iglesia a asegurarnos que somos auténticos. Pienso que es justo que al comenzar nuestro ministerio aquí, nos detengamos y nos acerquemos a esta verdad con un sentido de sobriedad y seriedad, para comprender nuestra condición como individuos ahora mismo ante los ojos de Dios.

Estoy seguro de que en esta iglesia hay personas que no conocen a Jesucristo de manera personal y vital. Estoy convencido de ello a causa del número de la congregación esta mañana. Hay muchos sentados aquí mismo, en este auditorio, que han venido a la iglesia muchas veces pero que no conocen a Jesucristo. Quizás ellos hasta experimentan sensaciones religiosas y tal vez hasta emociones santurronas, pero ellos no conocen a Jesucristo. Estoy convencido de que antes que como iglesia podamos movernos como un cuerpo, debemos llegar a ser una unidad. La única manera en que podemos estar unidos y llegar a ser uno como Cristo oró que fuéramos es cuando todos seamos auténticos, genuinos en Cristo. Quiero, pues, que examinemos cuidadosamente nuestras vidas.

Observemos la escena en Mateo 7:22 y la frase «en aquel día». Esta frase es importante porque es una referencia a un día particular que viene en el que Cristo va a juzgar. La idea de «en aquel día» está relacionada en la Biblia con el juicio y esta es una ilustración de aquel día. Una referencia similar a «el día» aparece en 1 Corintios 3:13 con relación al tiempo del juicio de los creyentes. Aparece con frecuencia en varios pasajes de la Biblia con relación al juicio

divino de los incrédulos (cf. Is. 2:12; Jl. 2:1; Mal. 4:5; 1 Ts. 5:2; 2 P. 3:10).

Esta por venir un día en el que Dios va a juzgar. Esta por venir un día en el que el Gran Trono Blanco va a ser una realidad. Apocalipsis 20:11-12 ilustra este gran cuadro del juicio final: «Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras». En otras palabras, ellos no tuvieron una fe loable; sus obras fueron todo sobre lo cual cimentaron sus vidas. Si conoce algo acerca de esto, sabe que la Biblia dice: «Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado» (Ro. 3:20). «Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego» (Ap. 20:13-15).

En Mateo 7:21-23 se nos traslada al juicio final. Estamos ante el Gran Trono Blanco viendo a algunos de los que están cara a cara con Cristo en aquel tiempo. Ellos le dicen: «Señor, Señor, aquí estamos, nosotros somos aquellos, los que eran religiosos». Pedro le llama a este día «el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (2 P. 3:7). La frase «hombres impíos» podría parecer dura en vista del hecho que estas eran personas religiosas. Hay un silencio aterrador en este juicio.

El requisito para la entrada al reino

Entonces se rompe el silencio con las palabras de Jesucristo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 7:21). Aquí tenemos, ante todo, el requisito para la entrada al reino.

¿Cuál es este requisito? ¿Cómo entra un hombre al reino de Dios? ¿Cómo puede estar en una relación vital con Dios? Bueno, ante todo, no es aquel quien dice: «Señor, Señor» sino los que hacen la voluntad de Dios quienes entran. Mateo 25:1-13 es una historia muy interesante de diez vírgenes invitadas a una fiesta. Cinco de ellas vinieron y de antemano se habían preparado al traer el aceite y ponerlo en sus lámparas. Las otras cinco fueron insensatas y no prepararon nada. En Mateo 25:11 la puerta se cierra y las

cinco que quedan fuera dicen: «Señor, Señor, ábrenos». Pero el Señor de la fiesta responde: «De cierto os digo, que no os conozco».

A todas las vírgenes se les invitó a la fiesta; en un sentido simbólico, ellas habían oído el evangelio. Habían escuchado la proclama: «Vengan a la fiesta». Esta es una ilustración del llamado de Dios al mundo. Ellas se prepararon en la medida en que dispusieron sus lámparas. Ellas hasta vestían las ropas apropiadas. Incluso llegaron a la casa de la cita. Sin embargo, no consiguieron entrar. Su llanto es similar al de Mateo 7:21: «Señor, Señor, ábrenos». Pero Él afirma que no es para los que dicen: «Señor, Señor», sino para los que hacen la voluntad de Él.

¡Qué solemne advertencia! Al final de esta parábola Cristo dice: «Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora» (Mt. 25:13).

Oseas lo ilustra en Oseas 8:2. El pueblo de Oseas históricamente estuvo casi al tocar fondo. Israel iba cuesta abajo y para cuando llega a la profecía de Oseas, él los está sermoneando por su falta de conocimiento, diciendo: «Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento» (4:6). Oseas dice que ellos no tienen realidad alguna en su interior. Los compara al rocío de la mañana temprana que se evapora (6:4). Ellos no tienen ninguna sustancia. Ellos han desechado a Dios y le han dado la espalda. Ni siquiera se acercan a la casa de Dios.

Para cuando llega al 8:1-2, Oseas describe el cuadro de un buitre. (Está traducido como «águila» pero es la palabra hebrea para buitre.) La figura es la de un buitre que se abalanza sobre la casa de Dios. Representa el hecho de que aun con toda la actividad religiosa en Israel, la pura verdad era que el lugar estaba muerto y es por ello que el buitre se abalanza sobre él. No había nada allí sino un cadáver. Israel abandonó completamente el templo de Dios como el símbolo de su relación con Dios y en consecuencia devino una tragedia: El cuadro de un buitre que vuela testificando el hecho de que el juicio se acerca. Oseas entonces pasa a profetizar que Israel será aplastado a causa de su abandono de Dios.

Israel era aún religioso. Israel tenía aún sentimientos religiosos. La gente aún cumplía algunas formalidades, pero estaban muertos. No había realidad de su religión, sólo formalidad. ¿Qué respondieron a Oseas? «Dios mío, te hemos conocido». De la misma manera que en Mateo 7:21: «Señor, Señor, somos nosotros. ¿Qué quieres decir con juzgarnos? Te conocemos, somos nosotros. Nuestro Dios». Ellos claman. «Somos nosotros». ¡Que tragedia!

Dios no los conoce. Esa generación en particular había desechado su relación con Dios como resultado de sus propios deseos.

Puede darse cuenta de que no son los que desean entrar en el reino de Dios quienes necesariamente entran. Ni siquiera los que piden entrar quienes lo hacen. No es suficiente pedir, no es suficiente desear, sólo ser obediente es suficiente. Dios ha establecido ciertas reglas para la entrada al reino; deben obedecerse o no hay entrada. Puede que usted desee entrar a tal grado que viene a la iglesia y se involucra, pero no tanto. A menos que venga por medio de Jesucristo, no puede entrar. Todas sus actividades religiosas y todos sus rituales carecen de sentido. Pedro en Hechos 4:12 dijo: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos». No hay otro nombre aparte de Jesucristo.

Había un hombre ciego en un puente en Londres, quien estaba leyendo su Biblia en braille. Mientras leía Hechos 4:12, se perdió en el texto con sus dedos. Sin ser consciente, por su ceguera, de cualquiera a su alrededor, continuó pasando sus dedos sobre la misma frase: «No hay otro nombre… no hay otro nombre… no hay otro nombre». Un grupo de personas que se había reunido a su alrededor a medida que trastabillaba sobre las palabras, comenzó a mofarse y burlarse de él mientras palpaba su Biblia. Había otro hombre parado a la orilla del gentío, quien no se burlaba sino que escuchaba. Aquella noche, aquel hombre se alejó, fue a su casa, cayó sobre sus rodillas e invitó a Cristo a entrar a su vida. Posteriormente, en una reunión testificó que lo que lo trajo a Jesucristo fue un hombre ciego en un puente que trastabillaba sobre las palabras: «No hay otro nombre… no hay otro nombre… no hay otro nombre».

Es sólo a través de la fe personal en el Señor Jesucristo que usted, yo o cualquiera podrá entrar al reino de Dios. No podemos entrar por medio de nuestra emoción religiosa o de nuestros sentimientos santificados. Sólo mediante la sangre preciosa de Jesucristo. La profesión de labios no es válida, tiene que haber obediencia. Con esta expresión: «Señor, Señor», llegamos a la conclusión de que estas personas se sorprenden, en realidad se impactan. «¿Quiere decir que ni siquiera vamos a entrar?» Entonces recordemos lo que Jesucristo dice en Lucas 6:46: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?»

El siguiente verso se encuentra sobre una losa antigua en la catedral de Lübeck, Alemania: «Así pues habló Jesús nuestro Señor a nosotros, vosotros

me llamáis Maestro más no me obedecéis, vosotros me llamáis Luz más no me veis, vosotros me llamáis Camino más no me transitáis, vosotros me llamáis Vida más no me deseáis, vosotros me llamáis Sabio más no me seguís, vosotros me llamáis Bueno más no me amáis, vosotros me llamáis Rico más no me pedís, vosotros me llamáis Eterno más no me buscáis, vosotros me llamáis Misericordioso más no confiáis en mí, vosotros me llamáis Noble más no me servís, vosotros me llamáis Poderoso más no me honráis, vosotros me llamáis Justo más no me teméis; si os condeno, no me culpéis».

Dios ha establecido el requisito para la entrada al reino de los cielos. Esto no tiene nada que ver con un edificio, tiene que ver con Jesucristo. Llamar a Cristo: «Señor» o cualquier otro nombre no es suficiente; hacer la voluntad de Dios es la solución.

Usted pregunta: «Bueno, ¿cuál es la voluntad de Dios?» Pablo le dijo a Timoteo que: «Dios nuestro Salvador… el cual quiere que todos los hombres sean salvos» (1 Ti. 2:3, 4). Esa es la voluntad de Dios. Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn. 14:6). Esa es la voluntad de Dios. En Juan 6:40 Cristo dice: «Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero». Juan 1:12 dice: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». La voluntad de Dios para usted es que reciba a Cristo. Hebreos 11:6 dice: «Pero sin fe es imposible agradar a Dios» y esto significa fe en Jesucristo. Usted no entrará al reino por medio de la sinceridad, por medio de la religiosidad, por medio de la reformación, por medio de la benevolencia, por medio del servicio en la iglesia, ni siquiera simplemente por mencionar el nombre de Cristo. Allí se puede llegar sólo por medio de la confianza y la fe personal en Cristo.

El llanto de los que se les niega la entrada Al reino

Ahora veamos en el verso 22 el llanto de aquellos a quienes se les niega la entrada: «Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?» El llanto de estas personas es un arrebato. Cuando Cristo en el juicio dice que no todo el que dice: «Señor, Señor». Es en ese momento, de repente hay un arrebato, una súplica desde los corazones de aquellas personas. Ellos lanzan un grito y dicen: «Pero nosotros hemos hecho todas

estas cosas». Muchas personas están yendo al infierno, frustradas eternamente porque pensaron que su desempeño religioso era suficiente para salvarlas.

Millones de personas dependen de su moralidad, de sus buenas acciones, de su bautismo, de su condición de miembros de la iglesia, aun de sus sentimientos religiosos. Habrá muchos obreros de iglesias en el infierno, muchos pastores y es triste decirlo, muchos maestros de los así llamadas escuelas religiosas. Estoy seguro de que muchos de ellos le dirán a Cristo: «Cristo, somos nosotros, nosotros profetizamos en tu nombre». Pero Jesús les arrancará la piel de oveja y se pondrá al descubierto el lobo voraz. Eso es exactamente de lo que Él está hablando en Mateo 7:15-20, donde Él revela a los falsos profetas: Los que claman poseer una realidad que no tienen.

Lucas 13:25-30 añade un tremendo énfasis a este punto: «Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois. Entonces comenzaréis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad. Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos. Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Y he aquí, hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros». ¡Que cuadro de aquel día! De los que son arrojados fuera porque todo lo que tuvieron fue el nombre de Cristo sin la realidad de la fe en Él. Que triste verlos afuera llorando por ganar la entrada.

Esto me recuerda las personas en los días de Noé quienes deben haber estado haciendo lo mismo. Golpeando ruidosamente las puertas del arca para tratar de hacerle saber a Noé que finalmente creyeron que sus palabras eran ciertas. Ellas quisieron pasar hacia dentro pero no pudieron.

¿Tiene usted solamente una apariencia de piedad? ¿Conoce al Señor personalmente? ¿Se ha visto a usted mismo de pie ante el Gran Trono Blanco con sus débiles excusas? Jesús le dijo a Nicodemo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Jn. 3:3). ¿Qué significa ser nacido de nuevo? Significa sencillamente recibir a Jesucristo y creer que Dios le hace una nueva creación, le hace nacer eternamente dentro de su familia.

Cuando Nicodemo vino a Cristo él tenía mucho de lo cual vanagloriarse. Él era un hombre religioso, él era *el* maestro en Israel. Usted pensará que con todos los escalones religiosos que él había alcanzado, Cristo le habría dicho: «Nicodemo, que gran tipo eres, has llegado muy lejos, has tenido una vida tremendamente fantástica, has hecho cosas maravillosas, todo lo que necesitas es subir un gran escalón más y estás dentro». Pero Cristo en verdad le dice: «Nicodemo, todo lo que has hecho es obrar con religiosidad. Ahora, olvídalo todo, vuelve atrás y hazte como un bebé, nace de nuevo». Nicodemo no necesitó subir un escalón más en el proceso; él tuvo que comenzar desde el principio.

La condenación para aquellos sin Cristo

Lanzar gritos hacia Dios en protesta es una defensa inútil, ¿no es así? La voluntad de Dios es recibir a Cristo como Señor y Salvador. Los que no lo han hecho así lanzan gritos de horror. Entonces el Juez habla nuevamente en Mateo 7:23 y vemos la condenación de los que no tienen a Cristo: «Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad».

«Declarar» es una palabra interesante; la palabra griega para ella (*homologia*) significa «proclamar abiertamente». Aquí Cristo proclama abiertamente que Él no los conoce. Esa misma palabra se usa en Mateo 10:32, donde Jesús dice: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos». Si gustosa y abiertamente usted no proclama a Cristo aquí en la tierra, entonces Él no le proclamará abiertamente a usted en el cielo. En lugar de esto Él dirá: «Nunca os conocí».

Ahora llegamos a uno de los conceptos más importantes en toda la Biblia, se representa con la palabra «conocer». Alguna que otra vez me escucharán repitiendo este concepto porque es de importancia fundamental. ¿Qué significa para Dios conocer a una persona y no conocer a otra? Sabemos que no significa que Él no es consciente de las personas. Sabemos que Él no está diciendo: «No sé quien eres». Él sabe quién es cada uno. Él cuenta los cabellos de la cabeza de cada uno. Él sabe cuándo cae un gorrión (Mt. 10:29-30). Él sabe todo lo que hay para saber.

Entonces qué quiere decir Cristo cuando dice: «Nunca os conocí». En 2 Timoteo 2:19 se nos da la clave: «Conoce el Señor a los que son suyos». ¿Qué

significa esto? ¿Qué trata Él de decir? La palabra «conocer» en las Escrituras implica una relación de amor única. En Amós 3:2 Dios dice: «A vosotros [Israel] solamente he conocido». Ahora, ¿es Israel la única nación de la cual Dios tiene conocimiento? No, Él conoce a cada nación. ¿Qué estaba diciendo? Él estaba diciendo: «Yo tengo una relación íntima con Israel».

El Antiguo Testamento se refiere al concepto de un hombre y una mujer que se unen en una relación que produce un hijo como un hombre «conociendo» a su esposa. Por ejemplo, Génesis 4:17 dice: «Y conoció Caín a su mujer». Nosotros no suponemos que él conoció a su esposa en el simple sentido de sólo conocerla. Es obvio o él no se habría casado con ella, en un principio, si él no la había conocido de esa manera. Es algo más que esto. El versículo continua diciendo: «la cual concibió y dio a luz a Enoc». En otras palabras: «Conocer» se refiere a la mayor y excepcional relación de amor posible.

Debemos recordar que la Biblia dice que José no había conocido a María (cf. Mt. 1:18, 25). Por esta razón se conmocionó tanto al saber que ella estaba encinta. José debía escoger entre dos opciones, la apedreaba o se separaba de ella en consecuencia, ya que estaba embarazada y él nunca la había conocido. La palabra «conocer» en el terreno humano implica una relación de amor única entre dos personas. En términos de la relación de Dios la misma definición es correcta. Pablo dice en Gálatas 4:9 que los creyentes somos «conocidos por Dios». La belleza de nuestra intimidad con Dios es comparable con la de un hombre al conocer a su esposa. Esto es lo que vemos en las Escrituras, Dios se refiere a Israel como su esposa (cf. Oseas 1-3) y la iglesia se presenta como la novia y Cristo como el novio (cf. Ef. 5:25-32).

Nosotros tenemos una relación de amor íntima con Dios. Esta se ilustra hermosamente en las palabras de Cristo en Juan 10:14: «Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen». Mientras leo el pasaje voy a sustituir la palabra «conocer» por «amor». «Yo soy el buen pastor; y amo mis ovejas, y las mías me aman, así como el Padre me ama, y yo amo al Padre; y pongo mi vida por las ovejas… Mis ovejas oyen mi voz, y yo las amo, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos» (vv. 14-15, 27-30).

¿Se da cuenta de la belleza y la intimidad de la relación de amor que

tenemos con Jesucristo? En Romanos 11:2 el apóstol Pablo dice: «No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció». Dios predeterminó con usted una relación de amor si usted es cristiano. En el consejo de Dios, por el acto soberano de su voluntad, Él preordenó que usted sería un hijo de Dios (Ef. 1:4). Usted tiene una relación de amor predeterminada con Dios al igual que la tuvo Israel y aún la tiene. La intimidad de esa relación de amor es tan hermosa que Dios se refiere a ella con el más grandioso de los términos humanos: La consumación del amor entre un hombre y una mujer. Cuando Dios dice: «Yo conozco mis ovejas»; cuando Cristo dice: «Yo te conozco», quiere decir que usted y yo tenemos una relación de amor íntima con ellos. ¡Que concepto tan glorioso!

Pero a aquellos que no tienen esa relación de amor les dice: «Nunca os conocí». Ellos no tienen tal relación de amor predeterminada. Ellos no tienen tal relación como la de la oveja y su pastor, o como la de una novia y su novio. Estar fuera de esa relación de amor especial es sufrir su juicio: «apartaos de mí». ¡Que tragedia! Cristo reitera esas palabras fuertes en el tiempo del juicio en Mateo 25:41: «Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles».

Que pena es que el cuadro final del juicio sea una trágica descripción de tristeza. Los incrédulos de todos los tiempos son llevados ante Dios, Jesucristo reitera la condición para la entrada al reino: Hacer la voluntad de Dios. Ellos claman, los que quedan apartados, «pero en tu nombre hemos hecho todas estas obras». Pero el Juez habla finalmente y dice: «A ustedes los condeno, porque nunca tuvimos una relación de amor».

El cristianismo no es una formalidad. El cristianismo no es una religión. Es una relación de amor personal con Jesucristo. ¿Tiene usted esa relación de amor? ¿Conoce a ese Cristo?

Termino con esta ilustración. Había un actor en una sala de teatro a quien le pidieron recitar algo para el público. Se levantó y siendo amable con su público dijo: «Recitaré lo que ustedes me pidan». Al principio nadie hizo sugerencia alguna, pero un anciano predicador que por casualidad estaba allí sentado al final de la sala, se levantó y dijo: «Me gustaría escucharle recitar el Salmo 23».

Pues bien, el actor se sorprendió un poco con esto, pero como había manifestado su disposición de recitar lo que le pidieran, aceptó lo que el hombre le sugirió. Casualmente conocía el salmo, así que dijo que lo recitaría.

Repitió el Salmo 23 con perfecta elocuencia. Fue una interpretación magistral. Su dicción fue estupenda. Cuando terminó, toda la audiencia estalló en una ovación espontánea.

El actor, imaginando que se desquitaría con el anciano por sugerirle recitar algo de la Biblia, le dijo: «Bueno señor, ahora me gustaría oírlo a usted recitarlo». El anciano no regateó el pedido. Sino que por su amor a Cristo se levantó y repitió el Salmo 23. Su voz se quebró, se entrecortó y no fue muy hermosa. La interpretación tampoco fue muy buena. Cuando terminó no hubo aplausos, pero no quedó nadie que no llorara en la sala.

El actor, percibiendo su propia emoción, se puso de pie y dijo: «Señoras y señores, yo llegué a sus ojos y oídos, él llegó a sus corazones. Esta es la diferencia: Yo conozco el salmo; él conoce al Pastor del salmo».



26 de diciembre de 1976

02_El evangelio sencillo

Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado; adonde yo voy, vosotros no podéis venir.

Decían entonces los judíos: ¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir?

Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.

Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados.

Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Jesús les dijo: En primer lugar, lo que os estoy diciendo.

Muchas cosas tengo que hablar y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que le he oído a él, esto hablo al mundo.

Pero no comprendieron que les hablaba del Padre.

Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.

Y el que me envió, está conmigo; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada.

Mientras hablaba él estas cosas, muchos creyeron en él.

Juan 8:21-30

Este es un mensaje evangelístico antiguo que ha perdurado como uno de los favoritos por más de treinta años. Se predicó el día después de Navidad y pertenece a aquel tiempo en que los cultos principales en la Grace Church se celebraban en el gimnasio. Los planes para un centro de adoración nuevo estaban sólo en fase preliminar.

Mao Tse-tung había muerto en China tres meses antes. Las primeras computadoras Apple (un tablero electrónico real y verdaderamente sofisticado) estaban disponibles desde abril. (Las Apple serían incorporadas

oficialmente la semana posterior a la transmisión de este sermón.) Pero por aquel tiempo, los radios de CB eran la última moda en alta tecnología.

Las cintas de casete recientemente se habían convertido también en algo común y decenas de miles de casetes de audio que contenían este mensaje se dispersarían por todo el mundo antes de la siguiente Navidad.

BOSQUEJO

— Creerse moralmente superior

— Estar atado a los intereses terrenales

— Ser incrédulo

— Ser deliberadamente ignorante



SERMÓN

Es maravilloso cuando una persona viene a Cristo (ya no está más bajo la tiranía del pecado y la culpa o de la lujuria y el deseo) y deja de estar sujeta a la servidumbre de una existencia sin propósito y sin sentido. Cristo no sólo le da sentido a la vida, sino que además devuelve la armonía a nuestra vida espiritual al perdonar totalmente nuestros pecados.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando alguien no quiere establecer una relación con el Dios viviente mediante Jesucristo? ¿Qué ocurre cuando una persona mantiene la farsa de la Navidad, rindiendo honores a un suceso, pero sin tolerar al individuo en el cual ese suceso encuentra su sentido? Si recibir a Jesucristo trae como consecuencia una vida abundante y eterna, entonces *no* recibir a Jesucristo trae como consecuencia recibir la maldición de Dios.

En este pasaje de Juan 8 vemos que Jesús hace algunas declaraciones muy inquietantes. Debo admitir que dichas declaraciones hacen que este pasaje me sea difícil de analizar, no digamos ya de comprender. A veces quisiera exclamar junto con Richard Baxter: «¡Ay, qué no diera por un infierno vacío y un cielo lleno!» No es mi deseo, ni es el deseo de Jesús, que alguien entre al infierno, puesto que Dios no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3:9). No es condenación, sino más bien advertencia de lo que Jesús habla en estos versículos.

Debemos señalar que las personas que son cristianas de dientes para afuera a la misma vez que rechazan a Cristo participan en el más insensato de los juegos. Sería comparable a los pasajeros a bordo del Lusitania dando una fiesta mientras seguían ignorando la realidad de la amenaza alemana. Si las personas realmente supieran que su destino eterno lo decide Cristo, a quien en realidad rechazaron, dudo que tuvieran mucho que celebrar.

La Biblia deja bien claro que no existe neutralidad en este asunto. Jesús lo planteó de forma clara y sucinta cuando dijo: «El que no es conmigo, contra mí es» (Mt. 12:30). Ya desde el primer grupo de escritos que nos brinda la Biblia, el Pentateuco, Moisés establece este patrón que continúa ininterrumpidamente hasta el libro de Apocalipsis: «A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues» (Dt. 30:19). Aquí están las mismas dos cosas que vemos a todo lo largo de las Escrituras: vida o muerte,

bendición o maldición.

En Josué 24:15 dice: «escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová». Tenemos dos opciones: Servir al Dios verdadero o servir a dioses falsos.

En Juan 3:18 dice: «El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado». Sólo tenemos dos opciones: O somos condenados al infierno o no somos condenados. El quid de la cuestión es si creemos. El motivo de la condenación aparece al final del versículo: «porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios».

El libro de Apocalipsis concluye con una invitación: «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (22:17). Aquí aparece de nuevo la opción de escoger uno de los dos caminos.

El otro día uno de mis hijos me preguntó: «Papá, ¿es verdad que sólo hay dos lugares adonde puedes ir cuando te mueres, al cielo o al infierno?» Yo le dije: «Así es, sólo dos, el cielo o el infierno». No existe terreno neutral, ni purgatorio ni lugar de espera. El infierno podrá tener distintos nombres en lo que se refiere a su forma definitiva e identidad, pero sólo hay dos lugares: El cielo, donde está Dios; o el infierno, donde Dios no está. Puede que conozcan la antigua frase: «La culpa es sólo suya». Eso en realidad es bíblico. Pudiera haber una gran discusión teológica con respecto a quién es responsable de que las personas sean salvas (si es Dios o si el hombre tiene algo que ver en esto), pero no hay duda de quién es responsable en la Biblia de que las personas vayan al infierno, porque dice que el hombre es quien escoge.

Jesús corroboró la realidad de que los hombres escogen el infierno cuando enfrentó a algunos de los judíos, diciéndoles: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Jn. 5:39-40). La responsabilidad de no escoger a Cristo es nuestra. En Romanos 1:20, Pablo dice que los hombres no tienen excusa.

En Juan 16:8-9 dice: «Y cuando él [el Espíritu Santo] venga, convencerá al mundo de pecado… por cuanto no creen en mí». No creer en Cristo es el mayor de todos los pecados.

El Señor condena a Jezabel, quien estaba induciendo a la Iglesia de Tiatira

al error, diciendo: «Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación» (Ap. 2:21). En otras palabras, Dios ha llamado al arrepentimiento, y cuando las personas no se arrepienten ni van a Él con fe, es culpa de ellas mismas y ellas son responsables de esa decisión.

Ahora en Juan 8, en el versículo 21 observamos una poderosa declaración de parte de Jesús dirigida a los líderes judíos: «Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir». Aquí Jesús está haciendo una declaración muy fuerte acerca del hecho de que Él irá al cielo y ellos no.

Ya cuando llegamos al capítulo 8, Él puede hacer tal advertencia porque ellos han recibido información suficiente como para haber tomado una decisión con respecto a Él. Durante ocho capítulos, Juan ha estado describiendo la manifestación de Dios mismo en Cristo al registrar las numerosas maravillas que Él había realizado en Galilea y en Jerusalén. Además, Jesús ha dicho muchas cosas sorprendentes: Su reclamo de ser Dios está claro; nadie debe dudarlo. De hecho, más adelante Jesús les dice a aquellos judíos que estaban evaluando su ministerio que ellos deberían creer en Él por las palabras y las obras que Él había dicho y hecho (Jn. 10:37-38; 14:10-11).

A lo largo de estos capítulos, vemos sus obras y escuchamos sus palabras una y otra vez. En el capítulo 1, Juan lo presenta como Dios encarnado, quien «fue hecho carne, y habitó entre nosotros… como del unigénito del Padre» (v. 14). En Juan 2, realizó su primer milagro en Caná al convertir el agua en vino. En Juan 4, lo vemos revelar la vida personal de una mujer a la que no conocía y hablar sobre el hecho de que Él era el agua viva. En Juan 5, oímos su diálogo con los fariseos cuando afirma que es Dios a quien el Padre ha encomendado hacer el juicio final. En Juan 6, lo vemos hacer muchos milagros durante todo el día, incluso alimentar a miles de personas en un monte de Galilea. En Juan 7, se dirige a Jerusalén y las cosas que allí dice siguen confirmando que Él es Dios. En Juan 8, perdona el pecado y afirma que Él es la luz del mundo. Todas estas palabras y obras, señales y maravillas, debieron ser suficientes para suscitar fe sincera y confianza en quién Él era. Y en opinión de Jesús, la persona que estuviera viendo, oyendo y experimentando aquellas cosas y aún así no creyera, carga ella sola con la culpa de su propio pecado. No tienen excusa.

Aunque Jesucristo atendió las necedades físicas de muchas personas, ellas

seguían rechazándolo no queriendo tener que enfrentar la necesidad espiritual de arrepentimiento y de creer en Él. En Galilea, al principio lo siguieron grandes multitudes porque Él las alimentaba y sanaba. Pero cuando comenzó a establecer algunos principios para la vida y a inmiscuirse en sus pecados, dejaron de querer coronarlo rey. Cuando fue a Jerusalén, sucedió lo mismo: Grandes multitudes lo seguían a todas partes, pero en cuanto comenzó a desviarse de lo físico hacia lo espiritual y a combatir el pecado en el corazón de las personas, las multitudes comenzaron a desvanecerse hasta que finalmente el único gentío que quedó fue el de un grupo de fariseos tratando de idear una forma de matarlo. Un rechazo tan trágico como ese se resume en las palabras de Juan: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Jn. 1:11). Los judíos fueron responsables de sus conclusiones acerca de Cristo, igual que lo somos usted y yo y todas las demás personas.

Aunque algunos sí creyeron, Juan 7:40-41 nos dice que hubo otros que no: «Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo?» A algunos que lo rechazaron Jesús les dijo: «y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Jn. 5:40). Pero ellos no tenían a quién echarle la culpa sino a ellos mismos, como pasa con todos los que han tenido una revelación completa y aún así se apartan de la verdad (He. 6:10).

Aunque la incredulidad de los escribas y los fariseos se pone de manifiesto en su deseo de matar a Jesús, el versículo 20 dice que «nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora». Impedidos por Dios de darle muerte en aquel momento, Jesús los enfrenta en el versículo 21: «Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir».

Esta confrontación revela el trágico resultado de rechazar a Jesucristo: Morir en nuestros pecados. Jesús hizo alusión a esto en el capítulo anterior cuando dijo: «Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir. Entonces los judíos dijeron entre sí: ¿Adónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Se irá a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos?» (Jn. 7:33-35). Mientras que en el capítulo 7 los judíos estaba sinceramente confundidos en cuanto a lo que Él quería decir, en el capítulo 8 se volvieron cínicos cuando Jesús repite esencialmente la misma advertencia: «Decían

entonces los judíos: ¿Acaso se matará a sí mismo» (Jn. 8:22). Pero el cinismo de ellos sólo sirve para revelar su falta de entendimiento. Jesús sólo estaba diciendo que Él iría al Padre en el cielo y que ellos no podrían hacerlo porque estarían en el infierno al haberlo rechazado. Si ellos lo buscaban a Él demasiado tarde, su búsqueda sería en vano.

La gracia que Dios derrama sobre quienes lo rechazan tiene un limite. Amós 8:11-12 dice: «He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán». Lo mismo es válido para su evangelio sobre Cristo.

En Proverbios 1:24-31 se personifica a la sabiduría divina apartándose de quienes la rechazan: «Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán. Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía, comerán del fruto de su camino, y serán hastiados de sus propios consejos». En otras palabras, cuando el día de gracia haya terminado, quienes hayan rechazado la sabiduría de Dios serán responsables y pagarán las consecuencias que ellos mismos se ganaron. Es como el prisionero a quien el rey le ordenó hacer una cadena. Cada día le añadía otro eslabón, hasta que finalmente lo amarraron con su propia cadena. Así sucede con los pecadores que rechazan a Cristo: Ellos generan en su vida su propia catástrofe final.

Mientras que la muerte de Jesús lo llevaría al Padre, no sucedería así con la muerte de quienes lo rechazaron, a causa del pecado. Ahora, ¿en qué pecado estaba pensando Jesús cuando les dijo a los fariseos que ellos morirían en su pecado? Es en el pecado de rechazar a Cristo. Juan 16:8-9 dice que el Espíritu Santo convencerá al mundo de pecado, por cuanto no creyeron en Cristo. Si quieren racionalizar y decir: «Bueno, yo no cometo ningún pecado. Soy una buena persona y trato de hacer todo lo que puedo», eso no servirá de nada porque si nunca han recibido a Jesucristo, ese es el pecado mayor. Por eso es

que Jesús dice que quienes lo busquen demasiado tarde morirán con sus pecados sin perdonar. Ese es el desastre supremo porque esa persona está destinada al infierno.

Los líderes judíos sí buscaron el cielo durante toda la vida. Pero lo buscaron en el lugar equivocado. En vez de buscarlo a los pies de Jesús, lo buscaron en su propia supuesta superioridad moral. Romanos 10:17 dice que la fe se obtiene oyendo el mensaje acerca de Cristo. Pero en lugar de buscarlo ahí, lo buscaron en sus propios libros, leyes y rituales.

No sólo lo buscaron en el lugar equivocado, sino que lo buscaron de la forma equivocada. En Romanos 10:2, Pablo dice acerca de los judíos: «Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia». Ellos estaban buscando a Dios según su propio sistema y estaba lejos de ser una búsqueda sincera. Jeremías 29:13 dice: «me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón». Los escribas y los fariseos no buscaban a Dios de todo corazón, porque habían dedicado todo su corazón a la presuntuosa difusión de su propia aparente superioridad moral.

Entonces, muchos de los judíos estaban buscando en el lugar equivocado y en la forma equivocada, y lamentablemente, también buscaron en el momento equivocado. Estoy seguro de que ha habido infinidad de personas que, cuando ya era demasiado tarde, comenzaron a buscar el cielo luego de que la sentencia contra ellos ya había sido dictada a causa de su continuo rechazo.

Jesús trató de expresar lo aterrador del infierno con algunas de sus parábolas. Por ejemplo, en Mateo 13:40-43 Jesús dijo: «De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga». Sólo hay dos lugares donde pasar la eternidad: El infierno, donde hay lloro y crujir de dientes; o el cielo, donde resplandecerá como el sol. Y Jesús dice que si se tiene oídos, más vale oír. Es una advertencia espeluznante.

Cuando Jesús advierte a los judíos en este pasaje, no está desmoralizándolos al dar por terminada de manera soberana su elección ni al ponerle fin a toda posibilidad de salvación para ellos. Él simplemente está advirtiéndoles de las consecuencias de su elección actual. Cuando ustedes oigan a las personas criticar a Dios por hablar de esta forma negativa, diciendo que Dios no es un

Dios de amor, no lo crean ni por un instante. Dios es tan misericordioso y nos ama tanto que nos advierte. Nunca nadie ha ido al infierno que no haya escogido ir allí. Pero Dios no va a verse obligado eternamente con alguien que no lo quiere.

Ahora bien, hay cuatro elementos que yo veo en Juan 8:21-30 que le muestran a una persona que puede morir en su pecado.

Creerse moralmente superior

La primera forma de garantizar que una persona morirá en su pecado y no irá a la casa del Padre en los cielos con Jesús es estar convencido de que no necesita ser salvo, que está espiritualmente bien. Quienes niegan la necesidad de un Salvador son las personas más difíciles de llegar a ellas. Las personas que afirman ser justas aparte de Cristo y dicen: «Yo pertenezco a un grupo especial», o: «Yo soy uno de los 144 000», o: «Yo tengo documentos que dicen que soy una persona justa», sólo se engañan a sí mismas. Las personas que se creen moralmente superiores, que han desarrollado un sistema que ellas creen que les da derecho a entrar en la presencia de Dios, son las personas más difíciles de convencer de que necesitan un Salvador porque ya piensan que están bien. Satanás es astuto. Cuando monta un falso sistema basado en los logros humanos y la justicia basada en las obras, lo hace de manera de tan compleja y supuestamente bíblica que resulta enormemente engañoso. Las personas quedan cautivadas por las sectas y suponen equivocadamente que pueden alcanzar la justicia por lo que hacen. Pero nadie viene jamás a Cristo si no lo ve como un Salvador que le libra del pecado y no se ve a sí mismo como un pecador que necesita ser librado de sus pecados.

Los judíos que Jesús enfrentó se creían moralmente superiores, como puede verse por la respuesta. Jesús acababa de advertirles con amor y la respuesta de ellos fue una burla: «Decían entonces los judíos: ¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir?» (v. 22). Ellos insinuaron que Jesús iba a suicidarse.

Los judíos creían que el suicidio era el peor de los pecados para el cual estaba reservado la parte más oscura del Hades. Las personas que se suicidaban no tenían posibilidad de entrar jamás al «seno de Abraham» (Lc. 16:22). Por lo tanto, los judíos llegaron a la conclusión de que si Jesús se mataba, iría al Hades, el lugar opuesto donde ellos suponían que irían. Ellos ni siquiera entendieron lo que Jesús estaba realmente diciendo. Se creían tan

superiores moralmente, al haber sistematizado su religión de manera tan cuidadosa, que creían que serían ellos los que poblarían el cielo. No obstante, Jesús misericordiosamente les advierte con el anuncio de su inminente condenación. ¿Hasta dónde podía llegar su sordera? Si ustedes leen todo el Nuevo Testamento, se verían en apuros para encontrar un relato sobre la conversión de un fariseo. Hay algunos, pero no muchos porque eran personas muy difíciles de alcanzar con la verdad bíblica.

Los judíos tenían razón al llegar a la conclusión de que Jesús iba a morir. Sin embargo, estaban completamente equivocados al pensar que su muerte sería por suicidio. Al contrario, sería una ofrenda de sacrificio de sí mismo, al ofrecerse voluntariamente para ser crucificado. Hechos 2:23 dice: «a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole». Fue asesinado, no se suicidó. Pero Él fue una víctima voluntaria para llevar a cabo la redención.

La superioridad moral es la gran mentira de Satanás. La realidad es que usted se salva por Cristo; la mentira es que usted se salva por cualquier cosa que no sea Cristo. Esa mentira puede venir en todo tipo de envoltura: Se puede ser salvo siguiendo determinadas reglas, realizando rutinas específicas, perteneciendo a un sistema en particular, siendo lo bastante bueno para que superen el peso de sus deficiencias… Existe una infinidad de sistemas posibles para contrarrestar la única verdad y todos son parte de la gran mentira de Satanás. Si Satanás logra introducir a alguien en un sistema que dice que ellos son justos, es muy difícil sacarlos de ese sistema. Una razón es que el fariseísmo es arrogante. Me recuerda lo que dijo Job a los que lo juzgaban: «Ciertamente vosotros sois el pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría» (Job 12:2). Proverbios 12:15 dice: «El camino del necio es derecho en su opinión». Lucas 16:15 dice: «lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación». Cuando los hombres creen en la mentira de Satanás y desarrollan un sistema que para ellos tiene mucho valor, es una abominación ante Dios. La salvación nunca puede alcanzarse por medio de las buenas obras y los rituales religiosos.

Luego, la primera manera de morir en los pecados es pretender ser moralmente superior y reírse de cualquiera que hable del pecado o del infierno. El mundo hace eso constantemente. Se burla de Jesús al reírse de sus advertencias acerca del infierno. No toma en serio el infierno cuando

disfrazan a los niños de diablo en Halloween. Se niega a reconocer su pecado y su necesidad de recibir el perdón de Cristo mientras confía en las buenas obras o en una religión propia para lograr la salvación. La persona que se enfrasca en la clase de sistemas farisaicos que el mundo brinda, ya sea una institución religiosa como el mormonismo o los Testigos de Jehová, o un sistema propio, se puede volver muy agresivo una vez que se entrega a ello.

Por ejemplo, yo leí un artículo que una persona envió a un periódico de Melbourne después que oyó predicar a Billy Graham, el cual decía: «Después de haber oído a Billy Graham por la radio, de haberlo visto por televisión y de haber leído informes y cartas respecto de su misión, estoy totalmente harto del tipo de religión que insiste en que mi alma y las de todos los demás necesitan ser salvas, sea lo que sea que esto signifique. Nunca he sentido que estoy perdido ni siento que diariamente me revuelco en el lodo del pecado, aunque la prédica repetitiva insiste en que sí. Denme una religión práctica que enseña ternura y tolerancia, que reconoce que no existen barreras de raza o credo, que no olvida a los ancianos y enseña bondad y no pecado a los niños. Si para salvar mi alma he de aceptar tal filosofía como la que he oído predicar recientemente, prefiero permanecer condenado para siempre».

Esto sí es estar en una posición precaria. Evidentemente, el hombre ha desarrollado un sistema en el cual él cree que está libre de culpa y pecado ante Dios y por tanto se burla sin temor de la verdad.

Esa carta refleja exactamente la actitud de los fariseos y los escribas. Con el deseo de hacer un análisis correcto de la situación, Jesús respondió a sus burlas: «Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba» (Jn. 8:23). Jesús entendió las intenciones de sus burlas de que Él se mataría y descendería al Hades. Pero de hecho, Jesús les dice: «Son ustedes los que son del Hades; yo soy de arriba. Es a la inversa». Con esta respuesta tajante, Jesús no quiere decir que eran literalmente del Hades; Él quiere decir que su falta de fe, hipocresía, falsa religión, ignorancia y fariseísmo deliberado fueron generados por el enemigo. Él hace una distinción clara de que ellos están siguiendo a Satanás mientras que Él sigue a Dios. Ellos eran, como lo son todas las personas faltas de fe en este mundo, de abajo en el sentido de que eran parte del sistema del mal. En Juan 8:44, Jesús les dijo: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo». Tales personas rigen sus vidas «conforme al príncipe de la potestad del aire» (Ef. 2:2).

Mientras que el no creyente es guiado sin darse cuenta por Satanás desde

abajo, el creyente es guiado desde arriba porque su ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20) y reside posicionalmente en «los lugares celestiales» (Ef. 1:3; 2:6). Estamos vinculados ya sea al cielo o al infierno mientras estamos vivos en virtud de con quién nos identificamos. Por tanto, al advertir a los fariseos, Jesús les dio la verdadera dimensión de las cosas al decir, en efecto: «Las raíces de ustedes corren hacia abajo al Hades porque el estilo de vida de ustedes lo pone de manifiesto. Más vale que reconozcan la fuente de su sistema religioso». Si quieren morir en sus pecados, simplemente sigan la actitud de los fariseos: Crean que no necesitan a Cristo como el Salvador, supongan que están bien, que tienen todos los problemas resueltos y que alcanzarán la justicia. Convénzanse de eso y morirán en sus pecados.

Hay una segunda manera de morir en sus pecados:

Estar atado a los intereses terrenales

En Juan 8:23, Jesús dice: «yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo». Jesús establece otra comparación. Él les dice a los fariseos que ellos son parte del sistema del mundo del cual Él no es parte. El término «mundo» simplemente se refiere al reino espiritual invisible del mal. Usamos la palabra para identificar a un sistema en particular, tal como el mundo de la política, el mundo de los deportes, y así sucesivamente. El sistema que Jesús tiene en mente aquí es el sistema del mal opuesto a Dios y a Cristo. Si ustedes quieren estar seguros de que morirán en sus pecados, simplemente sean parte del sistema del mundo y acepten lo que este ofrece. Entonces podrán ser clasificados como «hijos de este siglo» (Lc. 16:8) atrapados en este «presente siglo malo» (Gá. 1:4) del cual Jesús busca librar a los hombres. En oposición a la verdad de Dios, el mundo propaga sus propios sistemas farisaicos.

El sistema pudiera caracterizarse de la siguiente manera: Es materialista y humanista, que cree que el hombre va a resolver sus problemas por sí solo y va a gobernar su propio destino; está ensimismado en su preocupación con el sexo; lo atormentan la ambición carnal, el orgullo, la avaricia, los celos, la envidia, la complacencia propia, el deseo egoísta, el crimen, etc. Sus opiniones son erróneas, sus objetivos son egoístas, sus placeres son pecaminosos, sus influencias son desmoralizantes, su política es corrupta, sus honores son vacíos, sus sonrisas son falsas y su amor es inconstante. Además, está en proceso de disolución. Según 1 Juan 2:17, «el mundo pasa». Se autodestruirá.

Jesús identifica a los que se burlan de Él como parte del sistema del mundo. Eran almas pecaminosas, egoístas y atadas a la tierra, controladas por los dictados del sistema del mal dirigido por Satanás. Ellos se habían apartado de Jesucristo con un abismo de por medio que era infranqueable. Aunque eran religiosos, y quizás hasta humanitarios en el fondo, seguían siendo parte del sistema del mal de Satanás opuesto a Dios. Jesús simplemente les está diciendo: «Morirán en sus pecados por dos razones: En primer lugar, pretenden ser moralmente superiores y, en segundo lugar, están totalmente sumidos en el sistema. Ustedes compran cualquier cosa que el mundo esté vendiendo».

Hay una tercera manera de morir en sus pecados:

Ser incrédulo

En Juan 8:24, Jesús dice: «Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis». Luego, la tercera manera de estar seguros de que morirán en sus pecados es ser incrédulo del evangelio. No hay que salir a matar a nadie y ser malo para ir al infierno porque el infierno no es sólo para los criminales y delincuentes; es para todos los que no aceptan a Cristo. Si ustedes no aceptan a Cristo en esta vida, Dios no los va a obligar a vivir con Él para siempre en la eternidad.

Ustedes dirán: «¿Qué debo creer?» Recuerdo una canción que fue popular llamada «I Believe» [Yo creo] que repetía una y otra vez las palabras «yo creo». ¿Yo creo en qué? Otra canción decía «I Believe in Music» [Creo en la música]. Si eso es en lo único en que usted cree, usted está metido en un problema. La misma clase de fe imprecisa o mal encauzada cuando se le pregunta a una persona: «¿Usted cree en Cristo?» Y la persona responde: «Sí, yo creo en Cristo, Él vivió, etcétera, etcétera».

Pero Jesús tenía algo más categórico en mente. Fíjense en lo que dice: «si no creéis que yo soy». No basta con creer que Jesús es el que uno piensa que es; es preciso creer que Él es el que dijo ser. Él dijo que era Dios en frases tales como: « Yo soy el pan de vida» (Jn. 6:35), «el que en mí cree, no tendrá sed jamás» (6:35), «Yo soy la luz del mundo» (8:12), «Yo soy el buen pastor» (10:11), «Yo soy la puerta» (10:9), «Yo soy la resurrección y la vida» (11:25), «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (14:6). Puesto que Jesús se estaba identificando con Dios, la fe salvadora no sólo se convierte en cuestión de apartarse del pecado, sino de confiar en el Hijo también. Es cuestión de creer

que Jesús es quien dice ser. Ustedes se preguntarán: «¿Moriré en mis pecados a menos que crea que Él es todo lo que dice ser?» Así es. Ustedes deberían averiguar quién Él dijo ser porque Romanos 10:17 dice que la fe llega por oír el mensaje acerca de Cristo. Nunca podrán tener verdadera fe a menos que oigan la verdad acerca de Cristo. La fe verdadera es el resultado de oír y creer con el corazón que Jesús es quien Él dijo ser y que Dios verificó lo que decía levantándolo de los muertos (Ro. 10:9).

Jesús les promete a sus opositores que morirán con sus pecados sin perdonar si no creen que Él es quien dice ser: Dios en carne humana. El no creer y apartarse echa por tierra las esperanzas y deja sólo el sombrío presagio del infierno.

En una ocasión que iba en un avión, un hombre me preguntó cuando supo que yo era maestro de temas bíblicos: «¿Cómo se convierte uno en cristiano?» Entonces compartí con él el evangelio, diciéndole que debía creer que Jesús es quien dice ser: Dios en carne humana, el Salvador que murió por sus pecados y resucitó. Una persona puede ir al infierno y permanecer allí eternamente sólo por no creer estas pocas cosas. La fe en Cristo viene de oír el mensaje acerca de Él y si no se ha oído lo suficiente, entonces se debe leer más o buscar a alguien que pueda explicarlo. No tiene sentido ir al infierno por algo que se dejó de hacer, porque no creer es igual a rechazar: «El que no es conmigo, contra mí es» (Mt. 12:30). No sean como los fariseos que deberían haberlo reconocido, pero siguieron burlándose.

Finalmente, llegamos a la cuarta manera de morir en sus pecados:

Ser deliberadamente ignorante

Cuando alguien oye una exposición sobre Cristo, pero no deja que se le quede en la memoria, esa persona es deliberadamente ignorante. Los líderes judíos tenían suficientes pruebas acerca de Cristo, pero ellos simplemente se negaron a creer y en su ignorancia elegida por ellos, hasta se burlaron de Él.

Fueron deliberadamente ignorantes de la identidad de Cristo: «Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres?» (Jn. 8:25). Lejos de ser una pregunta sincera, pudiera parafrasearse de la siguiente manera: «¿Quién te crees que eres, socio? Estás diciendo cosas bastante ridículas, que si vamos a morir en nuestros pecados. ¿Sabes con quiénes estás hablando? Nosotros somos la élite espiritual. ¿Quién te crees que eres? Tú eres un don nadie de Nazaret que ha venido aquí a decirles a los líderes de Jerusalén como dirigir las cosas. ¿Quién

te da el derecho de asumir el rol de igualdad con Dios?»

Este tipo de ignorancia deliberada se manifiesta en otros pasajes de la Escrituras. Juan 8:19 dice: «Ellos le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre». Lo que Jesús está diciendo es lo siguiente: «Ustedes son incurablemente ignorantes. Se creen que conocen a Dios, pero realmente no lo conocen. Y piensan que yo soy un farsante, no me conocen a mí tampoco. Ustedes son incapaces de reconocer la verdad porque están sumamente dominados por el pecado».

¿Se acuerdan del ciego que se curó en Juan 9 y que todos los líderes judíos se preguntaban cómo era que el ciego podía ver, reconociendo su incredulidad en el poder de Jesús? El versículo 30 dice: «Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos». El ciego tenía más sentido común que los líderes judíos, ¿Por qué? Esos líderes desearon ignorar la verdad. El infierno se llenará de personas que están allí simplemente porque quisieron ser ignorantes, y no desearon que Jesús tuviera parte sobre sus vidas. No quisieron conocer la verdad; estaban satisfechos con lo que ya creían.

Al judío de mentalidad cerrada que cuestionó su autoridad, Jesús le dijo: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Jn. 7:17). En otras palabras, la verdad está disponible para el corazón deseoso. Pero ellos no estaban deseosos.

Ustedes dirán: «Pero ¿cómo pueden las personas ser así?» La respuesta se expone de manera sencilla en Juan 3:19. Los hombres son así porque aman su pecado: «los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas». Por sus pecados, los fariseos no quisieron exponerse. Se sentían tan ufanos en su pretendida superioridad moral y siguieron empedernidos en deliberada ignorancia, que le dieron las espaldas a la verdad. Esto es trágico porque los coloca en la categoría de los que han recibido suficiente información para creer en la verdad, la han rechazado y van a recibir un castigo mayor que los demás: «¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?» (He. 10:29). En otras palabras, el mayor castigo en el infierno está reservado para las personas que conocían la verdad pero la pisotearon.

Aquellos judíos también eran deliberadamente ignorantes de la autoridad de Cristo: «Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho. Muchas cosas

tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. Pero no entendieron que les hablaba del Padre» (Jn. 8:25-27).

Debido a que los judíos se niegan a aceptar lo que Jesús había estado diciendo, Jesús no les aporta ninguna otra revelación. Pero sí dice que tiene palabras de juicio que decir respecto de ellos, que vienen del Padre que «todo el juicio dio al Hijo» (5:22). La ignorancia deliberada trae juicio, igual que la incredulidad, las actitudes terrenales y las pretensiones de superioridad moral y los fariseos se caracterizaban por todas ellas. En su ceguera espiritual, no reconocían quién era Él ni entendían que Él les hablaba de Dios el Padre. Ellos simplemente pensaron que Él les hablaba acerca de un juicio suyo. El juicio es un resultado terrible para los que continuamente se niegan a oír la verdad. Es por eso que Jesús advirtió: «El que tiene oídos para oír, oiga» (Mt. 13:9).

Los judíos también dieron prueba de su deliberada ignorancia de la inmortalidad de Cristo: «Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo» (Jn. 8:28).

«¿Cómo iban a saber eso los judíos?», preguntarán ustedes. ¿Qué hizo el Padre a la muerte de Cristo para verificar la afirmación que Él había hecho? Lo levantó de los muertos. La Biblia nos enseña esto reiteradamente. De hecho, Jesús dice: «Cuando llegue mi resurrección, entonces tendrán que mirar mis afirmaciones con sinceridad». Y muchos judíos lo hicieron. Cuando se supo que Jesús había resucitado, nació la iglesia y literalmente miles de personas en la ciudad de Jerusalén sí vieron la luz y creyeron (Hch. 2—3). Hubo una gran respuesta. Quizás en esa muchedumbre ante Jesús había algunas personas que más tarde fueron parte de esa iglesia primitiva.

Finalmente, la afirmación del versículo 29 muestra que muchos de los judíos eran deliberadamente ignorantes de la unidad de Cristo: «Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada». Los fariseos no podían comprender la unidad de Cristo con Dios. Por lo que Jesús dice: «Ustedes sabrán que el Padre está conmigo y me ha enviado y que todo lo que dije es cierto en el día que sea alzado para ser crucificado porque el resultado de la muerte será la resurrección». Pero por el momento, no lo sabían. Muchos nunca lo supieron y por consiguiente murieron en sus pecados para ser separados de Dios por

toda la eternidad.

Ojalá pudiéramos transportarnos en una cápsula de tiempo y conocer a esas personas para que podamos entender la tragedia de rechazar a Dios. Ustedes tendrían una pequeña idea de la intensidad y lo espantoso de una advertencia como la que hizo Jesús aquí. Aquellos judíos con pretensiones de superioridad moral, atados a lo terrenal, incrédulos y deliberadamente ignorantes no tenían que morir en sus pecados. Había y hay otra opción: «Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él» (v. 30). ¿No se alegran de eso?

No siempre se puede predicar lo positivo; a veces hay que predicar lo negativo, porque lo negativo se necesita para llevar a algunos a Cristo. Si ustedes nunca se han entregado a Jesucristo, quedarán separados de Él por un gran abismo que nunca podrán franquear por sí solos. Ni todas las buenas obras ni el fariseísmo ni la religión de ustedes serían capaces de hacerlo. La única manera en que ese abismo puede franquearse es que ustedes reconozcan sus pecados y reciban al Señor Jesucristo. Si tienen el deseo en sus corazones de hacer eso hoy, simplemente oren en sus corazones algo así: «Dios, quiero a Jesucristo como mi Salvador. Lo recibo ahora. No quiero morir en mis pecados. Quiero ir adonde estás tú». Y si lo hacen con toda sinceridad, Él oirá esa oración y la vida de ustedes será «trasladad[a] al reino de su amado Hijo» (Col. 1:13). Si la fe de ustedes es débil, pídanle que los ayude a creer. Si necesitan más información para tomar esa decisión y realmente desean conocerlo a Él, pídanle a Dios que les enseñe la verdad acerca de Cristo.



18 de mayo de 1980

03_¿Cuál es el camino al cielo?

Entrad por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella;

porque es estrecha la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y son pocos los que lo hallan.

Mateo 7:13-14

A juzgar por la reacción de los oyentes, este es el sermón evangelístico más eficaz en el catálogo de Gracia a Vosotros. Este sermón fue parte de la sección final de una serie larga sobre el Sermón del Monte. Sólo unas semanas después de predicar este mensaje, John MacArthur tomó sus primeras vacaciones prolongadas desde su llegada a la Grace Church; un largo verano sabático con su familia. Este sermón aún resonaba en los corazones de las personas en la iglesia cuando John regresó a mediados de septiembre. El sermón ayudó positivamente a varios de los que por largo tiempo fueron asistentes ocasionales a la iglesia a examinarse a sí mismos y responder a Cristo por primera vez con una fe real en lugar de superficial. De igual manera ha contribuido positivamente durante años a traer decenas, quizá cientos, de personas a Cristo.

El Monte St. Helens estalló en una erupción masiva en el estado de Washington aquel día, en el momento exacto en que el primer culto matutino comenzaba en la Grace Church. Testigos presenciales de la erupción dijeron refiriéndose al área devastada alrededor del volcán: «Parecía el final del mundo».

BOSQUEJO

— Las dos puertas

— Los dos caminos

— Los dos destinos

— Las dos multitudes



SERMÓN

El Sermón del Monte que Jesús comenzó en el capítulo 5 de Mateo, llega a su punto culminante en el capítulo 7. El clímax se alcanza en los versículos 13 y 14 y el resto del sermón es sencillamente una extensión de estos dos versículos: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan».

Esa es una declaración sugestiva hecha por nuestro Señor. Es el punto hacia donde ha estado apuntando en la primera parte de este sermón magistral. Él desarrolla todo el sermón hacia el clímax de la decisión. Dos puertas ofrecen al individuo dos caminos que conducen a dos destinos poblados por dos grupos diferentes de personas. El Señor se enfoca en la decisión ineludible que exige de sus oyentes. Alguien ha dicho acertadamente, que la vida toda se concentra para el hombre en una encrucijada. Es real. Desde el momento en que tenemos edad suficiente como para tomar decisiones autónomas, la vida se convierte en un asunto de toma de decisiones constantes. Todos los días de nuestra vida tomamos decisiones de todo tipo. Decidimos a qué hora nos levantaremos, qué comeremos, dónde iremos y qué haremos. A lo largo de toda la vida escogemos caminos. Por último e inevitablemente, hay una elección unipersonal y esencial, una elección que no sólo define este tiempo sino también la eternidad. Esa es la elección final de la cual nuestro Señor habla en Mateo 7:13-14.

Dios siempre conduce al hombre hasta el punto de hacer esta elección final, y es porque Dios se preocupa más al respecto. Siempre hay una opción, por tanto siempre hay una elección. Por ejemplo, Dios confronta a los hijos de Israel por medio de Moisés en Deuteronomio 30. Dios dijo: «he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia» (v. 19). Dios ofreció al pueblo de Israel la elección final: La vida o la muerte, el bien o el mal.

Josué siguió a Moisés como líder del pueblo de Israel. Al entrar en la Tierra Prometida, a los israelitas se les dio a elegir: «escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres… pero yo y mi casa serviremos a Jehová» (Jos. 24:15). Dios dijo a Jeremías: «Y a este pueblo dirás: Así ha

dicho Jehová: He aquí pongo delante de vosotros camino de vida y camino de muerte» (Jer. 21:8). Cuando Elías estaba en el Monte Carmelo en 1 Reyes 18:21, exigió a los israelitas que tomaran una decisión: «¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él». En Juan 6 leemos que mucha gente siguió a Jesús haciéndose llamar a sí mismas sus discípulos (como se da a entender en los versículos 60 y 61). Pero el versículo 66 dice que muchos de ellos se apartaron del Señor y «ya no andaban con él». Jesús dijo: «¿Queréis acaso iros también vosotros?» (v. 67). Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (v. 68).

Algunas personas se alejaron de Jesús y otros permanecieron con Él. Simón dijo a Jesús: «He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel» (Lc. 2:34). Jesús es el punto crucial en el destino de todo hombre. La elección se toma en la encrucijada de Cristo: elegir la vida o elegir la muerte. Esto es esencialmente lo que Jesús está diciendo en Mateo 7:13-14.

John Oxenham, un poeta británico, escribió: «Delante todo hombre hay señalado un camino y vías y una manera; el alma más elevada pisa el camino alto, y el alma baja anda a tientas por el bajo; y en el medio, en el piso empañado, el resto se deja llevar adelante y atrás; pero ante todos está allí el camino alto y el camino bajo; y cada uno decidió ya la senda que su alma seguirá». Por esto nuestro Señor aquí confronta al hombre con una decisión; la elección se ha de hacer. Un escritor dijo: «La montaña es el momento de tomar tu decisión».

Hay dos cosas que usted no puede hacer con el Sermón del Monte. Una es admirarlo. Jesús no quiere cumplidos por su ética o admiración por las virtudes de las declaraciones morales del Sermón del Monte, Él quiere una decisión respecto a su destino. La segunda cosa que no puede hacer es empujar el Sermón del Monte hacia algún mañana profético del reino futuro. Jesús no está sugiriendo que estas verdades son para alguna era futura; Él está exigiendo una decisión ahora mismo.

Jesús demanda una elección, una acción, una decisión final hecha en aquel tiempo y en aquel momento sobre la base de lo que Él acababa de decir. Una elección deliberada tiene que hacerse. Cristo vino a traer un reino. Él era un Rey. Él era *el* Rey. Él era el *Rey* de reyes. Él vino con un reino que era único y especial; apartado y diferente de todos los reinos del mundo. El hombre no

pudo entender su reino a menos que Él pronunciara sus principios, lo cual hizo en este magistral sermón.

Ahora nos ofrece la elección ya sea entrar a él o quedar fuera de él. Esa es la elección que Él quiere que todo hombre considere. Él demanda una respuesta. Usted conoce ahora los requisitos del reino; conoce ahora las normas del Rey. ¿Cuál es su respuesta? ¿Cuál es su reacción? Esa es la cuestión.

Jesús llama a la acción. Los versos 13 y 14 son la cúspide, el clímax hacia el cual Él se ha estado moviendo a través de todo el sermón, para llevar a las personas al punto, para llevarnos al punto en que respondamos. Las opciones son claras: Sólo hay dos; el camino angosto y el camino espacioso. No hay otras alternativas. John Stott dice: «Jesús afecta nuestro sincretismo facilista» (*Christian Counterculture* [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1978] p. 193). Nosotros tendemos a desear convertirnos en eclécticos al desarrollar sistemas de religión, pero Jesús sí está definido.

Ahora quizá algunos digan: «Bueno ¿cómo pudo Jesús elaborar un tema tan bien definido sobre la religión cuando hay tantas religiones que confrontan al hombre? Bueno no hay tantas. Sólo la verdadera y la falsa, la correcta y la incorrecta. Eso es tan sencillo como el hecho mismo de yo afirmarlo. En realidad, durante todo el Sermón de Monte, Jesús está contrastando la religión verdadera (sus normas) con la religión falsa (la religión de la época, la religión del hombre). El contraste es entre la justicia divina y lo que esta demanda, y la justicia humana y lo que esta demanda. El contraste es entre Cristo y los escribas y los fariseos.

Permítame agregar esta anotación: el contraste no es entre la religión y el paganismo. Muchas personas han interpretado Mateo 7:13-14 diciendo que el camino angosto es el camino del cristianismo, el cual va al cielo; y que el camino espacioso es el de las orgías ebrias que llevan al infierno. Sin embargo Jesús no está contrastando la santidad y el cristianismo con las masas irreligiosas, paganas, abiertamente lujuriosas, lascivas e inmorales que alborozadamente van de camino al infierno. Él está contrastando dos tipos de religiones, ambas con caminos que señalan: «Este es el camino al cielo». Satanás no tiene que marcar el camino espacioso con: «Este es el camino al infierno». No sería muy engañoso. Este no es un contraste entre la religión y el paganismo, entre la moralidad y la inmoralidad evidente; es un contraste entre la justicia divina y la justicia humana, entre la religión divina y la

religión humana, entre la religión verdadera y la religión falsa. Por ejemplo el problema de los fariseos era que ellos «confiaban en sí mismos como justos» (Lc. 18:9). Esta era su religión, pero era insuficiente.

Todo hombre hace una elección. Ya sea que piensa que para ir al cielo es lo bastante bueno por sí mismo o que lo hará a través de su sistema religioso; o ya sea que sabe que no es lo bastante bueno y usted mismo se lanza sobre la misericordia de Dios a través de Cristo. Estos son los dos sistemas únicos de religión en el mundo.

Probablemente usted puede identificar diez mil nombres y términos religiosos diferentes pero hay solamente dos religiones en el mundo. La religión del cumplimiento divino: Dios lo hizo todo en Cristo; y la religión del logro humano: Nosotros conseguimos por medio de ella. La primera es la religión de la gracia; la segunda es la religión de las obras. Por tanto existe la religión de la fe, o la religión de la carne; existe la religión del corazón y la religión de lo externo. Los sistemas de religión hechos por el hombre se basan en la idea de que realmente no necesitamos un salvador, nosotros tenemos la aptitud y la capacidad para desarrollar nuestra justicia propia. Sólo el crear un sencillo ambiente religioso, nos provee algunas reglas, unas pocas rutinas, algunos rituales y lo elevaremos por nosotros mismos. Esa es la religión de los logros humanos y se presenta bajo títulos innumerables y diferentes, pero todas con el mismo sistema porque se desarrollan de una misma fuente: Satanás mismo. Él las empaqueta en diferentes cajas pero es exactamente el mismo producto. Por otra parte la religión del cumplimiento divino es el cristianismo y es la única.

La mayoría de la humanidad está trágicamente en el camino del logro humano, creyendo que pueden alcanzar los planos más altos de un destino potencial a causa de la capacidad innata y la aptitud que pueden obtener a través de sus propias obras buenas. Pero Jesús dice que hay dos caminos señalados hacia el cielo. Uno es el angosto, un camino comprimido por la justicia divina; el otro, es el espacioso camino de la justicia humana. Los líderes judíos enseñaron que una persona podía alcanzar el cielo por sus esfuerzos propios. Por eso las palabras del apóstol Pablo fueron impactantes cuando dijo: «ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él [Dios]» (Ro. 3:20). Él dijo en el versículo 19 que la ley vino «para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios». La ley le muestra al hombre su pecado. Entonces cuando el hombre híper

justo y egocéntrico vio que era pecador por las normas de la ley, no quiso enfrentar su iniquidad. En lugar de ello, dejó la ley a un lado, inventó un sistema nuevo que acomodaba sus imperfecciones y como resultado de este sistema humano, declaró en su propia mente que él era justo. Su justicia se volvió dependiente de logros humanos.

El propósito del Señor al predicar el Sermón del Monte era trabajar duro por ese tipo de sistema. Él mostró que los logros humanos no son efectivos. Para ello comenzó el sermón: bienaventurados son los pobres en espíritu, bienaventurados son aquellos que lloran, bienaventurados son los mansos, bienaventurados son los que tienen hambre y sed de la justicia. En otras palabras, Él comienza allí donde quiere terminar: Con las personas que se quebraron con un espíritu pobre, que se lamentan de su maldad total, mansos a los ojos de Dios y de la ley, hambrientos y sedientos por lo que saben que no tienen pero desesperadamente necesitan: la justicia de Dios. Él quiere llevarlos de vuelta adonde comenzó, para que ellos se quebranten sobre el pecado.

Los fariseos nunca entendieron el mensaje. En Lucas 18 un fariseo ora: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres… ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano» (vv. 11-12). Ni una sola vez expresó necesidad de Dios. No pensó que la tenía por lo bueno que se creía. Cerca de él estaba un hombre que se golpeaba en el pecho y decía: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (v. 13). Jesús dijo que aquel hombre regresó a su casa justificado, no así el fariseo (v. 14).

Jesús quiere traer al hombre al punto en que se de cuenta que en su carne él es absolutamente incapaz de agradar a Dios. Él quiere que el hombre se desespere con un espíritu quebrado, manso y fúnebre, que necesite con toda urgencia la justicia de Dios. Los líderes judíos pensaban que ellos eran justos y transitaban su camino al cielo, pero Jesús los obligó a reconsiderar y tomar una decisión fundamentada.

Cada uno de nosotros tiene que tomar esa decisión. Mientras avanzamos con Mateo 7:13-14, la elección se consolida. Hay dos puertas: la ancha y la estrecha. Hay dos caminos: el espacioso y el angosto. Hay dos destinos: la vida y la perdición. Hay dos grupos de viajeros: los pocos y los muchos. En el resto de Mateo 7 hay más contrastes. En los versículos 16 al 20 hay dos tipos de árboles: el bueno y el malo. Hay dos tipos de frutos: el bueno y el malo. Los versículos del 24 al 27 dicen que hay dos constructores: el prudente y el

insensato. Hay dos cimientos: la roca y la arena. Hay también dos casas y dos elementos relacionados con la tormenta. Por tanto, una decisión bien definida es el tema en el clímax del Sermón del Monte. Jesús no desea personas que posponen la aplicación de sus requisitos; Él quiere una respuesta.

Hay cuatro contrastes en Mateo 7:13-14. El primero es:

Las dos puertas

En el versículo 13 Jesús dijo: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta… que lleva a la perdición» y en el 14 dijo: «porque estrecha es la puerta… que lleva a la vida». Solamente hay dos puertas. Ambos caminos señalan que conducen a Dios y a la salvación; ambos señalan que conducen al reino, la gloria y la bendición. Ambos caminos señalan que conducen al cielo, pero sólo uno lleva a ese destino. Un camino es la ruta de la justificación propia y el otro es la ruta de la justificación divina. Pero antes de entrar en cualquiera de estos dos caminos, tiene que atravesar una de estas puertas.

La puerta estrecha

El quid para la interpretación de Mateo7:13-14 es el poder comprender la puerta estrecha. Lo primero que veo a partir del verso 13 sobre la puerta estrecha es:

Usted debe entrar

Jesús dijo en el versículo 13: «Entrad por la puerta estrecha». Hay un sentido de urgencia aquí en este imperativo aoristo. Demanda una acción de inmediato. Él dijo: «Entra ahora». «Este es el momento para entrar. Ese es el llamado de Dios. Debes hacerlo. No es una opción, es una orden rotunda».

El Señor Jesús había estado enseñando a quienes le escuchaban sobre una manera de vivir muy angosta. La forma de vida de ellos toleraba el pecado. Ellos establecieron todo tipo de leyes y normas en adición a las de Dios. Ellos habían creado un sistema humano. Jesús les anunció: «Tienen que despojarse de ese sistema. Ese es la manera». Ya por Mateo 7:12, Jesús había presentado una vía de entrada muy limitada a la gloria de Dios. Sus oyentes comprendieron que Él hablaba de una vía prescrita y angosta. De acuerdo con el 7:29, Jesús «les enseñaba como quien tiene autoridad». Él no sólo citó todas las enseñanzas de los rabinos judíos; también explicó los detalles de la ley de Dios.

En comparación con el sistema judaico, la vía que Jesús mostraba era muy angosta. Él les dijo que tenían que entrar por esa puerta estrecha si querían llegar a su reino. Él demandaba una acción inmediata. Era una orden rotunda y sin alternativa.

Jesús estaba diciendo que usted no puede entrar al reino a menos que lo haga acorde a los términos descritos por Él. Usted debe abandonar su autojustificación. Usted debe verse a sí mismo como un pobre en espíritu (Mt. 5:3), lamentarse de su pecado (v. 4), ser manso delante del Dios santo (v. 5) y hambriento y sediento de justicia (v. 6). Sólo puede entrar bajo sus términos. El infierno estará lleno de personas que admiraron el Sermón del Monte. Tiene que pasar por esa puerta.

Usted tiene que entrar por la puerta estrecha

Jesús dijo que había una puerta ancha, pero no le aconsejó pasar por ella porque lleva a la perdición (Mt. 7:13). Si quiere llegar al reino tiene que hacerlo a través de la puerta estrecha.

La gente dice: «En el cristianismo no hay espacio para ningún otro criterio de salvación». Eso es totalmente cierto. Nosotros no pregonamos salvación porque somos egoístas, orgullosos o egocéntricos; Dios le provee al hombre una sola vía para su salvación. Si Dios hubiese anunciado cuarenta y ocho vías diferentes para ser salvo, ¡yo predicaría cada una de ellas! Pero no hay cuarenta y ocho vías distintas para la salvación.

En Hechos 4:12 dice: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos». Jesús dijo: «Yo soy el pan de vida» (Jn. 6:35) y «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (14:6). En Juan 10, Jesús dijo que Él es «la puerta de las ovejas» (v. 7), y «El que no entra por la puerta… sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador» (v. 1). En 1 Timoteo 2:5 se nos dice: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre».

Cristo es el único camino a la salvación. El camino es angosto pero no hay alternativas. Tiene que entrar por medio de un acto de voluntad en un acto de fe; tiene que entrar de acuerdo a los términos de Dios y a través de la puerta que Dios estableció. Cristo es esa puerta (Jn. 10:9). Él es el único camino. El Dios santo tiene el derecho a determinar las bases para la salvación y Él ha determinado que es sólo a través de Cristo.

Usted tiene que entrar por la puerta estrecha solo

La palabra «estrecha» en los versículos 13 y 14 da la idea de que la puerta es muy estrecha. En realidad, algunos comentaristas bíblicos plantean que la mejor expresión contemporánea para esto sería pensar en un torniquete. La persona tiene que ir solo a través de un torniquete; el corredor a través de un torniquete es muy estrecho, sus brazos metálicos no permiten más de una persona a la vez en él. Los zoológicos, las estaciones de trenes y los aeropuertos tienen torniquetes. Si un grupo de personas tiene prisa por entrar o salir, no pueden atravesarlo todos al mismo tiempo. Tiene que atravesarlo uno a la vez. De esa manera ocurre con la puerta estrecha. Las personas no entran al reino de Cristo en grupos.

El pueblo judío creyó que todos ellos estaban juntos en el camino al cielo por su herencia abrahámica y la circuncisión. Hay algunas personas que se sienten seguros de que irán al cielo porque piensan que todos los de su iglesia juntos irán al cielo. Pero no hay grupos atravesando el torniquete para ir al cielo. Las personas tienen que atravesarlo de manera individual. La salvación es individual; las personas nunca se salvan en parejas. En ocasiones la fe de una persona influenciará a otra a creer, pero la salvación aún es exclusiva y personal.

Esto puede ser duro para nosotros porque usualmente pasamos nuestras vidas haciendo cosas en grupos. No obstante Cristo dijo: «Para venir a mi reino, tendrás que tomar una decisión por ti mismo». Para un fariseo esto significaba tener que decir adiós a sus amigos y dejar el sistema de religión legalista al cual se había adherido. Hay un precio que pagar. Para el pueblo judío no bastaba con clamar por su herencia abrahámica o depender de la circuncisión. No es suficiente para una persona decir: «Yo nací en una familia cristiana y he asistido a la iglesia toda mi vida». Las personas no van al cielo en grupos; ellos entran por un acto de fe individual. Tiene que entrar por la puerta estrecha y tiene que entrar solo.

Usted tiene que entrar por la puerta estrecha con esfuerzo

Es muy difícil entrar por la puerta estrecha. Sé que eso conmociona a algunas personas, porque siempre escuchamos que es fácil ser salvo. Algunos dicen que todo lo que tienes que hacer es sencillamente creer, firmar una tarjeta en la línea que se indica, caminar por el pasillo, levantar tu mano o pasar a la habitación de oración. El problema es cuando las personas creen

que van a ser salvas por hacer estas cosas, ellas no están en el camino correcto porque no fueron a través de la puerta estrecha. Es muy difícil ser salvo. Déjeme mostrarle por qué.

La última parte de Mateo 7:14 dice esto acerca de la puerta estrecha y el camino angosto: «y pocos son los que la hallan». Eso implica que las personas ni siquiera conocerán de la puerta estrecha a menos que la estén buscando. Dios dijo a través de un profeta del Antiguo Testamento: «y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jer. 29:13). Nadie alguna vez resbaló y cayó en el reino de Dios.

La idea de que es fácil ser salvo, es gracia barata o credulidad fácil. Ese es el método evangelista: levante su mano, camine por el pasillo, firme la tarjeta y ya está en el reino. Mateo 7:14 dice: «y pocos son los que la hallan». Por tanto usted tiene que buscar el camino angosto.

Leamos en Lucas 13:22 y les mostraré algo que verdaderamente los conmocionará. Leemos que Jesús pasaba «por ciudades y aldeas, enseñando, y encaminándose a Jerusalén». Uno de los que le acompañaba preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» (v. 23). La persona que hizo la pregunta se percató de que no muchos respondían al llamado de Cristo. La respuesta de nuestro Señor dio a entender por qué ciertamente pocos llegan a ser salvos. Él dijo: «Esforzaos a entrar por la puerta angosta» (v. 24).

El verbo «esforzarse» es la palabra griega *agonizomai*, que significa «agonizar». Se usa en 1 Corintios 9:25 para referirse a un atleta que agoniza para obtener la victoria. Colosenses 4:12 se refiere a ese concepto con las palabras «rogando encarecidamente» y en 1 Timoteo 6:12 con la palabra «pelea». En otras palabras el Señor dice que pasar por la puerta estrecha es agonizante. Esto demanda esfuerzo ferviente. Él continua en Lucas 13:24: «porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán».

Por tanto, es difícil ser salvo por dos razones: primero, han tenido que buscar la puerta estrecha; segundo, aun cuando muchos la buscan, una vez que la encuentren, no estarán dispuestos a pagar el costo para la entrada.

Usted no llega a ser cristiano sólo porque caminó por un pasillo; usted no llega a ser salvo a través de una vía barata y fácil. Mateo 11:12 dice: «el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan». En Lucas 16:16 el Señor dijo: «el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él».

Esto no es lo que escuchamos hoy día, pero es lo que Jesús enseñó. El reino

es para aquellos que lo buscan con todo su corazón. Es para aquellos que agonizan por entrar, cuyos corazones se quiebran por su pecado. El reino es para aquellos que lloran con mansedumbre, hambrientos y sedientos de justicia y que desean a Dios para que cambie sus vidas. No es para aquellos que quieren a Jesús sin alteración alguna en su estilo de vida. Nosotros no podemos dormir en nuestro camino al reino; tenemos que hacer un esfuerzo ardiente y desplegar una energía incansable. En verdad, en Juan 16:33 Jesús dijo: «En el mundo tendréis aflicción». No es fácil llegar a ser cristiano pues Satanás y sus demonios te enfrentan. Satanás tiene una quinta columna en tu carne, que se resiste al cambio. En el poder de Dios, podemos vencer a Satanás y a la carne para entrar al reino.

El comentarista William Hendrickson escribe: «El reino no es pues para débiles, indecisos o los que temen comprometerse... No es para Balaam, el jerarca joven rico, Pilato y Demas... El reino no se ganó por medio de oraciones pospuestas, promesas incumplidas, resoluciones rotas y testimonios dudosos. El reino es para hombres fuertes y resueltos como José, Natán, Elías, Daniel, Mardoqueo y Pedro... Esteban... y Pablo. Y no olvidemos a mujeres tan valientes como Rut, Débora, Ester y Lidia» (*Exposition of the Gospel According to Matthew* [Grand Rapids: Baker, 1973] p. 490).

Una de las mentiras perversas de Satanás en el mundo de hoy es que es fácil llegar a ser cristiano. ¡Pero no lo es! Usted tiene que pasar por la puerta estrecha por sí mismo, agonizando sobre su pecado. Usted tiene que quebrantarse en espíritu. Alguien podría decir: «Eso suena como la religión del logro humano de la que habló anteriormente». No. Cuando usted viene con un espíritu quebrantado y reconoce que no puede entrar al cielo por sí mismo, Cristo derrama en usted gracia sobre gracia para fortalecerlo a entrar por la puerta estrecha. En su quebrantamiento, su poder se convierte en su recurso.

Usted tiene que entrar por la puerta estrecha desahogado

¿Alguna vez ha notado que no puede pasar por un torniquete con equipaje? Es imposible. La puerta estrecha es la puerta de la abnegación. Esta no admite superestrellas que quieran pasar con toda su basura. Usted necesita arrancar su autojusticia y su pecado o no podrá atravesarla.

El jerarca joven rico en Mateo 19 vino a la puerta. Él encontró a Jesús y le dijo: «Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?» (v. 16). El

Señor fue directo al corazón del problema y le dijo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres» (v. 21). ¡Jesús acertó directo en la maleta del jerarca joven rico! Él estaba tratando de pasar por la puerta estrecha con sus riquezas de basura. Él además llevaba la basura de la autojusticia pues le dijo al Señor que había guardado todos los mandamientos (vv. 17-20). Pero el jerarca joven rico no pudo atravesar la puerta estrecha con su dinero y justicia propia. El versículo 22 dice «se fue triste». Él no estaba dispuesto a negarse a sí mismo y agonizar sobre sus pecados.

Si usted no trató de entrar por la puerta estrecha, la vía que se supone procure, entonces usted está en el camino equivocado. No importa si el camino señala al cielo o a Jesús. Debe deshacerse de todo su ser. El Señor dijo en Mateo 18:3: «si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». ¿Qué características tiene un niño? Total dependencia. Alguien escribió una vez: «Nada en mis manos tengo, sólo a vuestra cruz me aferro». La fe salvadora no es sólo un acto de la mente; ella implica el ego despojado a total desnudez. Esto significa ser como el publicano que se golpeaba su pecho diciendo: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc. 18:13). En Mateo 7:13-14 el Señor está tratando con el peligro de la credulidad falsa. Algunas personas dicen: «Ven a Jesús. ¡Es tan fácil! Sólo creer y orar». No hay nada malo con creer y orar, pero esas cosas no brindan salvación verdadera cuando ocurren en un vacío. Nosotros no somos nada y no tenemos nada que recomendar de nosotros mismos a Dios.

Usted tiene que entrar por la puerta estrecha con arrepentimiento

Usted no puede atravesar la puerta estrecha a menos que su corazón este arrepentido del pecado. Tiene que apartarse del pecado para servir al Dios vivo. Cuando Juan el Bautista exhortaba a las personas a recibir al Mesías, muchos vinieron para bautizarse porque querían ser limpios de sus pecados. El pueblo judío conoció que prepararse para el Mesías significaba purificar el corazón de sus pecados.

Charles Hadden Spurgeon, un gran predicador inglés del siglo diecinueve, dijo: «Usted y sus pecados deben separase o usted y su Dios nunca se unirán. Ni uno de sus pecados debe mantener; todos se deben abandonar. Deben presentarse como los reyes cananitas desde la cueva y deben colgarse al sol». Usted tiene que volverse del pecado a Dios; debe haber arrepentimiento en su corazón.

Usted tiene que entrar por la puerta estrecha en total entrega

Una persona no puede llegar a regenerarse por añadir a Jesucristo a sus actividades carnales. La salvación no es el añadir a tu vida; es una transformación de tu vida. El mensaje de 1 Juan es que si usted es un redimido de verdad, su vida manifestará una transformación: usted confesará sus pecados, la obediencia será característica de su vida y manifestará amor. Una vida cambiada es marca de salvación. Jesús dijo: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos» (Jn. 8:31). Si usted cree que es cristiano pero no hay señal de obediencia en su vida, entonces usted está en el camino equivocado. Aún si el camino señala que conduce a Jesús y al cielo; sin obediencia, no está en la senda correcta.

La puerta por la que debe pasar es muy estrecha. En contraste está:

La puerta ancha

No necesito decir mucho sobre esto; es obvio por el contraste. Todos pueden pasar juntos por la puerta ancha. Usted no tiene que atravesarla solo. No hay nada de individualismo sobre ella. No hay expectativas de autonegación. Usted puede llevar toda la basura que quiere: su inmoralidad, su falta de arrepentimiento y su falta de entrega a Cristo. La puerta ancha es la puerta de la indulgencia propia. Hay muchas personas que alegan ser cristianos quienes son totalmente autoindulgentes. El orgullo, la justicia propia, la indulgencia propia y todo tipo de pecados son bien recibidos en el camino espacioso. Por tanto si tiene esos pecados en su vida, entonces no está en el camino angosto, porque a través de la puerta estrecha no puede pasar con esa basura.

Después de las dos puertas, están:

Los dos caminos

¿Cuáles son los dos caminos? Mateo 7:13 menciona el camino espacioso y Mateo 7:14 menciona el camino angosto o reducido. El Salmo 1 nos habla de ellos: hay un camino de piedad (vv. 1-3) y un camino de impiedad (vv. 4-5). El versículo 6 nos muestra el resultado de andar el camino de la impiedad. Las opciones son las mismas que siempre han estado: usted puede tomar tanto el camino de la piedad como el camino de la impiedad.

Analicemos ahora:

El camino espacioso

Una vez que ha atravesado la puerta ancha la vida es fácil. No hay precipicio. Hay habitaciones de sobra para pasear. No hay reglas, ninguna moralidad es particularmente obligatoria. Hay lugar para la teología diversa. Hay tolerancia para todo pecado imaginable, siempre y cuando usted «ame» a Jesús o sea «religioso». No hay límites. No hay fronteras. Todos los deseos del corazón caído se cumplen en ese camino. No hay necesidad de actitudes de beatitud. No hay necesidad de humildad. No hay necesidad de estudiar la palabra de Dios. No hay necesidad de normas morales internas. Usted puede vivir con un tipo mecánico de religiosidad que no es más que la hipocresía. El camino espacioso no requiere que usted tenga carácter, usted puede ser como un pez muerto flotando río abajo: usted sólo deje que la corriente haga el trabajo.

Efesios 2:2 llama a este camino «la corriente de este mundo». Proverbios 14:12 resume la tragedia del camino espacioso: «Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte». El camino espacioso no tiene normas excepto aquellas creadas por los hombres para tener cabida dentro de su sistema confortable. Pero el Salmo 1:6 advierte: «Mas la senda de los malos perecerá».

En contraste con el camino espacioso está:

El camino angosto

El versículo 14 dice que está restringido, limitado a un sendero estrecho en un precipicio. Es por esto que en Efesios 5:15 Pablo dice: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis». Usted tiene que caminar con los ojos abiertos; el camino es angosto y está cercado a ambos lados por la mano corregidora de Dios. Si usted se aparta a uno de los la dos del sendero, ¡usted recibirá el golpe en sus coyunturas espirituales! Los requisitos son grandes, estrictos y bien definidos; no hay habitación para algún desvío de ellos. El deseo de su corazón ha de ser cumplir esos requisitos, sabiendo que si usted falla, Dios le corregirá, con amor le perdonará y le pondrá de pie nuevamente.

Usted dice: «Si es un camino duro, estricto y estrecho entonces será algo que no querré». Sin embargo, lo maravilloso de andar el camino angosto es que la dificultad al caminar la sostiene Cristo mismo. Él dijo: «mi yugo es fácil, y ligera mi carga» (Mt. 11:30). Pero aún debe ser consciente de lo que

pide si decide caminar en el sendero estrecho.

En Lucas 14:25-26 dice: «Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo». ¡Dígale esto a la próxima persona con la cual comparta el evangelio! Él estaba diciendo: «Si quiere se cristiano, odie a su padre, madre, hermano y hermana. Usted tendrá que apartarse del grupo de gente y decir adiós a todos los que ama, de lo contrario usted no puede ser mi discípulo. Entonces tendrá que recoger una cruz y vivir una vida crucificado». ¡Trate de predicar esto en un reavivamiento y vea cuántos pasan al frente para aceptar a Cristo! ¿Sabe quiénes pasarían al frente? Qué personas realmente vendrían: Las personas que quieren hacer el compromiso correcto.

Jesús continuó su línea de pensamiento con algunas ilustraciones. Él dijo en el versículo 28: «Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?» En otras palabras, usted no debe comenzar a construir algo sin analizar cuánto le costará. Jesús añadió: «¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil?... Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (vv. 31, 33).

Jesús trazó una línea rígida. Si no tiene disposición para decir no a todo y caminar el sendero estrecho, entonces no puede llegar a ser un discípulo de Cristo. Si camina el sendero estrecho, recuerde que es Dios quien lo capacita para hacerlo. Usted no puede caminar la senda estrecha por sí mismo, pero Dios le dará gracia y su fuerza se derramará sobre la debilidad de usted de manera que pueda hacerlo. Si está dispuesto a vivir de la manera que Él quiere que lo haga, entonces usted está viniendo a Él por el camino correcto. Recuerde que será perseguido y enfrentará tribulación. Jesús dijo a sus discípulos: «y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios» (Jn. 16:2). Usted pasará su vida huyendo de aquellos que quieren perseguirle.

El camino angosto no puede ser transitado con pies descubiertos, no es un prado delicioso. El camino es duro. Jesús nunca presenta el cristianismo como una opinión suave para los de corazón débil. Usted declara la guerra contra el infierno cuando atraviesa la puerta estrecha y la lucha con el infierno es dura.

Usted debe vivir su vida con una actitud de beatitud: constantemente tiene que lidiar con su orgullo y sus deseos egoístas. Jesús le dijo a Pedro: «Sígueme. Por cierto, esto te costará la vida» (cf.Jn. 21:15-19).

¿Viene usted bajo esos términos? Así es el camino angosto. Es difícil, crucial y reducido. Si pierde su camino, Dios le corregirá. Usted dice: «¡Pero esto suena tan duro!» No es así, porque Cristo cargó con el peso por usted.

Cuando haga su elección sobre qué camino quiere seguir, tenga en mente:

Los dos destinos

De acuerdo con Mateo 7, el camino espacioso «lleva a la perdición» (v. 13) y el camino angosto «lleva a la vida» (v. 14). Moisés, Josué, Jeremías y Elías, todos hablaron del camino de vida y el camino de muerte. El Salmo 1 dice que al piadoso Dios lo bendice pero que el impío perecerá (vv. 1, 6). La palabra «perdición» en Mateo 7:13 se refiere al juicio final y eterno en el infierno.

El Señor dice que cada uno termina en uno de estos dos lugares. Todas las religiones del mundo (con excepción de la religión del cumplimiento divino en Cristo) terminarán en ese mismo lugar: «perdición». Es fácil encontrar el camino que lleva a ese fin; usted puede llevar consigo todo lo que quiera. No hay normas. Pero cuando alcanza el final de ese camino la cosa se pone fea. No hay restricciones ni multitudes de personas a lo largo del camino porque termina en el infierno.

Juan Bunyan dijo: «La entrada al infierno es desde los portales del cielo». ¡Que conmoción van a sufrir muchas personas cuando se den cuenta que van para el infierno! Por otro lado, la puerta estrecha se abrirá hacia la dicha eternal. El camino espacioso se estrecha hacia un foso terrible; el camino angosto se abre hacia la plenitud de una comunión interminable de gozo con Dios que ni siquiera podemos imaginar. La vida eterna no es cuantitativa; es cualitativa. La elección es suya. Considere el destino del camino que escoja. Allí pasará la eternidad. ¿Cómo elegirá el hombre? Esa pregunta se responde a través del último punto:

Las dos multitudes

Mateo 7:13 dice: «porque ancha es la puerta… que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella». El versículo 14 dice: «porque estrecha es la puerta… que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan». Es asombroso.

Muchos están en el camino del logro humano... y están en el camino equivocado.

Frecuentemente las personas me preguntan: «En qué lugar usted cree que habrá más personas: ¿en el cielo o en el infierno?» Jesús dio la respuesta en Mateo 7:13-14. En el Antiguo Testamento siempre hubo un remanente de creyentes. El único tiempo de la historia redentora de Dios que será único es la Tribulación. De acuerdo con Apocalipsis 7, habrá una multitud innumerable de gentiles redimidos de toda nación, lengua y pueblo (v. 9). También habrá redimidos de la nación de Israel (vv. 4-8; Ro. 11:26). Habrá una respuesta masiva al evangelio durante la Tribulación. Pero para estos tiempos la respuesta a Cristo es poca porque los hombres preferirán mantenerse en sus propios pecados. Jesús dijo que los hombres aman sus tinieblas (Jn. 3:19).

En Lucas 12:32, Jesús dijo a sus discípulos: «No temáis, manada pequeña». La palabra «pequeña» es la palabra griega *micron*. Tomamos la palabra *micro* de esto, que significa «algo pequeño». La misma palabra se utiliza en Mateo 13:32 para la semilla de mostaza, la cual es la más pequeña de todas las semillas. Siempre ha habido sólo un pequeño grupo de personas que buscan el camino al cielo con todo su corazón. Muy pocos son los que agonizan sobre su incapacidad para entrar al cielo y están dispuestos a contar el costo de andar el camino angosto. En realidad, Jesús dijo en Mateo 22:14: «Porque muchos son llamados, y pocos escogidos».

Es fácil escoger el camino espacioso; es sólo caminar con la multitud. Usted puede tratar de añadir a Jesús a su vida, sentirse religioso y asistir a la iglesia. Puede unirse a algún sistema religioso que diga que conduce a cielo y nunca negarse a sí mismo. En cualquiera de estos caminos su fin será siniestro.

En Lucas 13, Jesús dijo: «Esforzaos [o "agonizad"] a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois. Entonces comenzaréis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad. Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos... Y he aquí, hay postreros que serán primeros, y

primeros que serán postreros» (vv. 24-28, 30). Jesús no estaba hablando de personas irreligiosas; Él se estaba dirigiendo a personas religiosas que pensaban que estaban en el camino correcto. No puedo imaginar una escena más horrible que la de las personas que están bajo la ilusión de que son salvos y sólo van a encontrar que la puerta del cielo se cerró para ellos.

Jesús dijo que muchos caminarían por la senda amplia (Mt. 7:13). En los versículos 22 al 23, Jesús dijo: «Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad». ¡Que conmoción! Todas las personas en el camino espacioso van a encontrar que no estaban en el camino al cielo. La puerta se va a cerrar en sus caras para siempre.

El camino al cielo es angosto, pero me alegra decir que es lo bastante espacioso como para permitir pasar al mayor de los pecadores (1 Ti. 1:13, 15). Usted tiene que entrar por el camino angosto solo. No puede escapar de la elección; tendrá que hacerla inevitablemente. No elegir significa que ya lo hizo, y enfrentará la consecuencia de esa decisión.



5 de diciembre de 1982

04_Un recorrido en avión por el apocalipsis

Apocalipsis

Quizá este es el sermón más atípico en este libro. Abarca en un mensaje uno de los libros más importantes de las Escrituras. Es una cápsula individual con una visión general de la escatología bíblica, explicada a través de la estructura de la visión del apóstol Juan en la isla de Patmos. Es una reseña que avanza con rapidez pero repleta de información y a través de los años se ha convertido en uno de los discos compactos de mensajes individuales de mayor popularidad y más solicitado en el catálogo de Gracia a Vosotros.

El domingo que se transmitió por primera vez este sermón, Ronald Reagan estaba en su segundo año como presidente. Los videojuegos de Pac-Man y Donkey-Kong estaban en la cima de la popularidad. John MacArthur estaba terminando los capítulos finales de The Ultimate Priority, que se publicaría el año siguiente.



SERMÓN

Ningún libro en las Escrituras revela la gloria de Dios y de Cristo con más esplendor que Apocalipsis. Sin embargo, ningún libro ha sido peor comprendido, malinterpretado y descuidado. En el capítulo 22, en el versículo 10, dice: «No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca». Si hay algo que Dios quiere con respecto de este libro es que sepamos lo que nos enseña. El libro comienza con una bendición: «Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía» (1:3) y termina con una bendición: «Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro» (22:7). Es el único libro de la Biblia que comienza y termina con una promesa de bienaventuranza a quien lo lee. Se nos dice que tenemos que entenderlo porque el momento se acerca y lo que en esencia eso significa es que este libro trata sobre el siguiente acontecimiento que aparece en la agenda mesiánica de Dios.

Ahora bien, la clave del libro se encuentra en 1:1: «La revelación de Jesucristo». El libro es sobre el Apocalipsis (gr. *apokalupsis*), el develamiento, la revelación de la verdad sobre Cristo desconocida hasta el momento. Aprenderemos cosas sobre Jesucristo que no supiéramos si no fuera por este libro. Esta es la revelación «que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan» (1:1). Dios quiso revelar a Jesucristo en gloria plena y ello es una realidad futura.

El versículo 2 dice que Juan lo escribió. Él «ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca» (vv. 2-3). Esta última afirmación no está necesariamente relacionada con el tiempo en sí, sino más bien con la secuencia de los acontecimientos. Es el siguiente acontecimiento que aparece en la agenda de acontecimientos mesiánicos de Dios. Por tanto, es una revelación de Jesucristo y Él es revelado en toda la gloria de la segunda venida, de la que recibimos un anticipo en su primera venida en el monte de la transfiguración, cuando mostró a sus discípulos fugazmente la gloria de su segunda venida (Mt. 17:1-2).

El versículo 4 nos brinda una introducción un poco más formal. Juan se

escribe este libro en particular para que se lo envíen a las siete iglesias en Asia Menor. Lo que hoy es Turquía. Las siete iglesias aparecen en los capítulos dos y tres. Fueron congregaciones verdaderas y fueron los primeros destinatarios de esta carta, que después se transmitió a todas las demás iglesias y a nosotros. Estas iglesias se fundaron principalmente como consecuencia del ministerio de Pablo en Éfeso, que fue la iglesia clave de la región. Partiendo de Éfeso, la Palabra de Dios se diseminó por toda la región. No hay duda de que gracias a que la Palabra se diseminó, se fundaron estas iglesias diversas en Asia Menor.

Después, le sigue un saludo: «Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir». He aquí una descripción del Dios eterno que fue, es y que será en el futuro venidero. El saludo es también de parte de «los siete espíritus que están delante de su trono». Juan se refiere a los siete espíritus, pero en realidad es una referencia al carácter séptuplo del Espíritu Santo. Isaías 11:2 es una referencia cruzada con respecto de Apocalipsis 1:4. En el pasaje de Isaías figuran siete ministerios del Espíritu Santo excepcionales: «los siete espíritus que están delante de su trono». El libro se envía con saludos de Dios Padre, saludos del Espíritu Santo y además «de Jesucristo» (Ap. 1:5). Entonces, es una carta de la Trinidad.

Ya que este libro es una revelación de Jesucristo, Juan describe a Jesús como «el primogénito de los muertos» (v. 5). Eso no quiere decir que Él fuera el primero que hubiera resucitado jamás de entre los muertos. Hubo otros que Él mismo resucitó de entre los muertos (e.g. Jn. 11:43-44). El término significa que de todos lo que serán resucitados de entre los muertos, incluidos los santos, Él será el primero, el más importante, el líder y más grande de todos lo que jamás resuciten. Todos los hombres que han vivido resucitarán de entre los muertos, algunos a resurrección de vida y otros a resurrección de condenación (Jn. 5:29). Pero de todos lo que han resucitado, Él es el más importante. Él es el «soberano de los reyes de la tierra» (Ap. 1:5).

El libro es de la Trinidad, comunicado por un ángel a Juan, quien lo copió y nos lo transmitió para que lo leamos. Luego, Juan nos recuerda que primero se le envió a las siete iglesias y que está dedicado al «que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén» (vv. 5-6).

Después de la dedicatoria, el versículo 7 dice: «He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la

tierra harán lamentación por él. Sí, amén». Vemos que se nos presenta el libro de parte de la trinidad, dedicado a Jesucristo, que viene y que cuando venga, todo ojo lo verá. Eso es un avance de lo que trata todo el libro, de la venida de Jesucristo, quien dice: «Yo soy el Alfa y la Omega,... el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (v. 8). Eso significa Dios en su esencia y Cristo en su relación excepcional con Dios dentro de la Trinidad.

Así es que en los versículos 4 al 8 encontramos sólo información preliminar. El libro es de la Trinidad para las siete iglesias, para que lo diseminen mediante Juan. Está dedicado a Jesucristo, quien viene y quien es, ni más ni menos, Dios Todopoderoso. El libro trata sobre la segunda venida de Jesucristo. Es sobre su regreso y sobre los hechos que ocurrirán cuando Él regrese.

Cuando vemos el versículo 9, Juan recibe la primera de una serie de visiones que Dios le preparó. Háganse la idea de que en su mente hay cierta incredulidad con respecto de por qué Dios le permitiría a él un privilegio así: «Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo». Para callarlo y sacarlo de la corriente dominante, los líderes religiosos lo exiliaron a la isla de Patmos hasta la hora de su muerte. Sin embargo, él continuó predicando a Cristo y predicando la Palabra de Dios hasta entonces.

Juan continúa diciendo: «Yo estaba en el Espíritu [bajo el control del Espíritu Santo en una forma única] en el día del Señor» (v. 10a). Puede que algunos crean que se refirió al domingo específicamente. Hay quienes piensan que habla en sentido profético: «Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor en plenitud». Mas yo, en particular, me inclino por la idea que él estaba adorando un domingo, el día del Señor, estaba en el Espíritu. Juan dice: «oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía:... Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea» (vv. 10b-11). Esas ciudades existieron en realidad y en realidad tenían iglesias con congregaciones de verdad.

Entonces, cuando Juan se volvió a ver quién le estaba hablando, tuvo una visión de Jesucristo (v. 12). Ve a Jesucristo moviéndose entre siete candeleros de oro, que representan las siete iglesias. Siete es el número de la plenitud. Esta es una representación de todas las iglesias y Cristo se mueve entre las

iglesias, ministrándolas. El versículo 16 dice: «Tenía en su diestra siete estrellas». El versículo 20 indica que las siete estrellas son los ministerios de las siete iglesias. Se ve al Señor moverse por su iglesia, ministrando, embelleciendo los candeleros, llevando a cabo su obra de purificación y juicio, ejerciendo sabiduría, etc. Juan ve a Cristo, en su gloria, ministrando la iglesia.

En el versículo 19 aparece un resumen del libro: «Escribe las cosas que has visto», que es la primera visión, «y las que son», las cosas que está dirigidas a la época en la que vive Juan (Ap. 2—3) y «las que han de ser después de estas», que comienzan en el capítulo 4. Este es el bosquejo del libro.

Luego, las cosas «que son» comienzan con la revelación de Cristo en la época de la iglesia. Esa es la época en la que Juan escribe y Cristo se mueve entre las iglesias, ministrando. Su ministerio se revela en siete misivas que se escribieron a estas iglesias por separado.

Al inicio del capítulo 2, vemos las cartas escritas a las siete iglesias. Son siete iglesias que existieron en las ciudades con las que se les identifica. El estudio detallado de estas cartas nos revela que cada una encaja en el contexto histórico, cultural y geográfico de la ciudad a la que estaba dirigida. Sin embargo, cada una de las iglesias es representativa, cada una tiene un carácter propio único. Esas iglesias representan a las iglesias a lo largo de la historia porque cada una es una clase de iglesia especial. Cada una recibe un mensaje especial de parte del Señor. Este es su ministerio, por así decirlo, para la era de la iglesia.

La primera es para Éfeso. ¿Qué clase de iglesia es Éfeso? Es la iglesia que es ortodoxa en doctrina, pero fría. Ha abandonado su primer amor. Cristo le dice: «Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras» (2:4-5). Entonces esta es la iglesia que es ortodoxa; son los que tienen la doctrina correcta. Los versículos 2 y 3 dicen que ellos no pueden «soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado». Pero perdieron su amor y se volvieron fríos y ortodoxos. Ese tipo de iglesia ha existido en todas las épocas y existe hoy día. Esas iglesias que tienen el mensaje correcto pueden ser frías e indiferentes con respecto a ese mensaje.

La segunda iglesia que encontramos es la de Esmirna en los versículos 8 al 11. Esta es la iglesia que sufre persecución. El versículo 10 dice: «No temas en

nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida». No dice algo negativo contra esta iglesia. ¿Por qué? Una iglesia bajo persecución siempre será una iglesia pura porque los falsos son purgados por la persecución. Las personas que asisten a la iglesia por motivos egoístas e impuros saldrán de ella en cuanto comience la persecución. Si no tienen nada por qué morir, no se quedarán ni los matarán en la masacre. A través de todas las etapas de la historia de la iglesia han existido esas iglesias que han soportado la persecución y semejantes iglesias existen hoy en el mundo.

La tercera carta está dirigida a la iglesia en el pueblo de Pérgamo (2:12-17). Esta es la iglesia casada con el mundo, la iglesia mundana. Cristo describe su carácter mundano a través del versículo 15 y luego, en el versículo 16, Él dice: «arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca». En todas las etapas de la historia de la iglesia ha habido iglesias centradas en lo mundano, donde las personas no se salen del mundo, sino que le sirven al mundo, acomodan los deseos del mundo y aceptan el camino que sigue la sociedad.

Luego el Señor tiene un mensaje para una cuarta clase de iglesia representada por la asamblea de Tiatira, en 2:18-29. Tiatira es la iglesia que tolera el pecado. En esta iglesia en particular ellos toleraban una mujer por el estilo de Jezabel que estaba seduciendo a los sirvientes a cometer fornicación y a comer cosas dadas en sacrificio a los ídolos. Se les advierte porque toleraban el pecado, no se abstenían del pecado y no purgaban sus filas. Siempre hay iglesias así.

En el capítulo 3, versículos 1 al 6, se nos presenta la quinta iglesia, Sardis. Es fácil ver el problema de esta iglesia. El versículo 1 dice: «tienes nombre de que vives, y estás muerto». Esta es la iglesia muerta. Realizaban algunas cosas en ella que les harían pensar a ustedes que estaba viva (v. 2), pero estaba a punto de morir. Ustedes han visto este tipo de iglesia; quizás ustedes provienen de una así. Nunca sucede nada: no hay vida ni crecimiento ni productividad ni frutos ni gozo.

La sexta, en 3:7-13, es la iglesia en Filadelfia. Esta es la iglesia fiel. Cristo dice: «has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre» (v. 8). Esta es una iglesia que encontró una puerta abierta y entró por ella, por lo que podrían considerarla una iglesia misionera.

La última de las siete aparece en 3:14-22. Estos versículos destacan la iglesia de Laodicea, la iglesia apóstata, la iglesia condenada, la iglesia del liberalismo hoy día. Está caracterizada por estas palabras: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (vv. 15-16). Esta es la iglesia rechazada, falsa.

Permítanme resumir. Primero que todo, en el capítulo 2, tenemos la iglesia fría, ortodoxa. Luego tenemos la iglesia que sufre persecución, seguida de la iglesia casada con el mundo, la iglesia que tolera el pecado, la iglesia muerta, la iglesia fiel y la iglesia apóstata. Cada una de ellas, como dije, era una iglesia real y representa a iglesias de todas las etapas de la historia. Luego, el mensaje a estas iglesias es a todas las iglesias a lo largo de toda la historia de la iglesia. Creo que estas siete cartas se pueden aplicar a la iglesia de hoy día.

Ustedes dicen: «¿Cómo sabemos qué clase de iglesia es una iglesia?» Yo les diré cómo. Una iglesia ha de caer en estas categorías particulares cuando la influencia dominante en la iglesia se orienta a una de esas áreas. Si la influencia dominante en la iglesia es la ortodoxia fría, la iglesia reflejará un punto de vista frío y ortodoxo aun cuando algunos de sus miembros sean apasionados. Si la influencia dominante es la indiferencia hacia Dios, sin producción y sin vida, es una iglesia muerta aunque pueda haber algunas personas que demuestren una vida espiritual. Cualquiera que sea la influencia dominante, esta le da carácter a la iglesia. Si la iglesia está caracterizada por un número dominante de personas fieles que entran por la puerta abierta y llevan consigo la Palabra de Dios, esta será señalada como una iglesia fiel, del tipo de la de Filadelfia.

El final de Apocalipsis 3 es el final del mensaje a las iglesias. No oímos la palabra «iglesia» de nuevo en el libro del Apocalipsis hasta el final mismo en el capítulo 22 cuando Jesús dice: «Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias». La iglesia no aparece a partir de aquí hasta que se le llama a la iglesia por otro nombre en el reino milenario, y es el de «novia». La última palabra en el capítulo 3 es «iglesias». Cada uno de los mensajes a las iglesias termina de la misma forma: «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22). ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el mensaje a esas iglesias va más allá de ellas hasta todo el que tenga oído espiritual.

Ahora llegamos al capítulo 4 y dejamos la era de la iglesia. A menudo, las

personas se preguntan: «¿Dónde entra el rapto?» Está en los espacios en blanco entre los capítulos 3 y 4. Tenemos la iglesia en la tierra en los capítulos 2 y 3; de pronto aparecemos en el cielo en el capítulo 4.

El tema del cielo es la adoración. «Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas» (4:1). Ahora pasamos a la fase tres del plan. Hemos examinado «las cosas que has visto, y las que son» en los capítulos1 al 3. Ahora comenzaremos a examinar «las que han de ser después de estas» (1:19). El curso de la cronología y del plan está diseñado muy cuidadosamente.

«Y al instante yo estaba en el Espíritu» (4:2), lo que significa que a él lo guiaba el Espíritu hacia esta visión. Esto es lo que él vio: «he aquí, un trono establecido en el cielo». Y la palabra griega para «establecido» supone la idea de permanencia. Este no es cualquier trono pasajero; es un trono eterno, permanente, el trono de Dios. Sabemos esto porque «el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe [diamante] y de cornalina [rubí]; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda» (v. 3). Tal arco iris de esmeralda es reflejo de la fidelidad de Dios. En su visión, Juan está siendo testigo de Dios en su trono en el cielo, y Juan está al descubrir qué va a suceder cuando el cielo comience a actuar sobre la tierra.

Primero, averigüemos quién está allá arriba: «Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas» (v. 4). Ahora bien, ¿quiénes son ellos? Yo creo que representan la iglesia de Jesucristo. Esta escena trata sobre una época de recompensas. El énfasis está en las coronas doradas en las cabezas de los ancianos. Veo esta escena como la iglesia en el rapto ahora completa en el cielo, reinando con Dios alrededor de su trono en gloria, luego de haber sido recompensada. Cuando Jesús viene a llevar la iglesia en el rapto, Él dice: «He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo» (Ap. 22:12). Creo que lo primero que sucede cuando seamos arrebatados es que nos elevamos al cielo y recibimos nuestras recompensas. Aquí están estos ancianos que llevan coronas, están sentados en tronos, y usan ropas blancas. A la iglesia se le prometen los tres. No creo que los ancianos representen a Israel, basado en 5:9-10: «cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y

nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra». Los que han sido redimidos están cantando esa canción. Creo que esta escena se refiere a la gente redimida, los que son salvos, aquellos que han sido redimidos en cada tribu, lengua, pueblo y nación. Según yo lo veo, no puede referirse a los ángeles; no puede referirse a santos de Israel, por lo que debe referirse a la iglesia.

La visión continúa: «Y del trono salían relámpagos y truenos» (4:5). Entonces Juan ve de nuevo la visión del Espíritu séptuplo ante el trono divino.

Entonces Juan dice: «Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal» (v. 6). La imagen es semejante a la de Ezequiel 1. Juan describe cuatro criaturas vivas alrededor del trono. Creo que son ángeles, y Juan los describe como en adoración (vv. 9-11). Todo el cielo está en adoración: Los ángeles, los santos, la iglesia; todos están dando alabanza y gloria a Dios. Como dije antes, de eso es de lo que se trata el cielo. El cielo es un lugar donde todo el mundo adora a Dios. Y eso es lo que Juan ve cuando tiene esta visión del cielo.

Pero entonces algo interesante sucede en el capítulo 5, se interrumpe la adoración: «Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro» (v. 1). ¿Saben lo que es? Es el documento de propiedad de la tierra porque estaba «sellado con siete sellos» (v. 1). La ley romana exigía que un título fuera sellado siete veces. Enrollaban el pergamino hasta un lugar, lo sellaban, lo enrollaban un poco más, lo sellaban de nuevo y así hasta siete sellos. La razón de tantos sellos es que nadie podía abrir fácilmente el documento sin ser descubierto. Creo que este es el testamento de Dios para darle la tierra a Jesucristo. Esa fue su promesa en el Salmo 2:8-9: «Pídeme, y te daré por herencia las naciones… Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás». Esa fue la promesa al Hijo.

La escena en el cielo continúa: «Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos» (vv. 2-5). Uno de los ancianos, que es un representante de los redimidos, sabe que Jesucristo es el único digno de abrir

ese pergamino. El versículo 6 describe a aquel que avanza en medio de las criaturas vivas: «estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos [poder pleno, siete significa plenitud, el cuerno del animal hace referencia al poder], y siete ojos [sabiduría perfecta], los cuales son los siete espíritus de Dios [el Espíritu Santo]» (v. 6). Conque aquí está Jesucristo, lleno de la sabiduría del Espíritu de Dios y lleno de poder, «vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono» (v. 7).

Tengan este valioso versículo en mente. Subráyenlo varias veces. Marca el desarrollo de todo lo que va a suceder. Jesús toma el pergamino y va a tomar de nuevo a la tierra: El paraíso será recuperado. ¿Qué creen ustedes que sucede en el cielo como resultado? Provoca mayor adoración (vv. 8-14).

¿Por qué está tan emocionado el cielo? Están cansados de la rebelión en la tierra. Cuando ven que Cristo ha tomado el pergamino y comienza a desenrollarlo y lo trae de nuevo a la tierra, se emocionan. Hay gloria y alabanza y adoración, culminando en esta maravillosa declaración en el versículo 12: «El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza». Apenas se puede leer esto sin pensar en el Mesías.

Esta fase final del plan comienza en el cielo; Dios en el trono sostiene el título de propiedad de la tierra. Mientras el cielo está adorando, buscando a alguien apropiado para tomar el título y recuperar la tierra, el Cordero viene a tomar el título de propiedad y recuperar la tierra. Eso provoca más muestras de alegría de nuevo.

El capítulo 6 comienza cuando el Señor despega los sellos. Hay siete sellos y cada uno que se rompe revela otra cosa que va a suceder en la tierra. El primer sello es la paz: «Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer» (vv. 1-2). ¿Quién es este montado en un caballo blanco? Es un conquistador que no necesita usar arco y flecha porque no tenía que guerrear. La suya es una conquista pacífica.

El período de la Tribulación en la tierra comienza entonces con una falsa paz motivada por el anticristo. Pueden comparar estos versículos con Daniel 9:27. Hace un pacto con el pueblo de Dios e instaura una falsa paz. De manera que es un falso Cristo, que trae lo que parece ser la paz. Pero no dura mucho porque el segundo sello se rompe en el versículo 4 y se revela otro

caballo, sólo que este es rojo. Estos son los cuatro jinetes del Apocalipsis: «al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros». El segundo sello es la guerra.

Eso da lugar a la ruptura del tercer sello: «Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario» (vv. 5-6). Eso significaría que la persona obtuvo casi una y media pintas de cebada y un tercio de esa cantidad en trigo por un día de trabajo. En otras palabras, uno trabaja todo un día para ganar lo suficiente para obtener apenas lo que una persona come. Esas son condiciones de hambre. El versículo termina: «no dañes el aceite ni el vino». Esa es la comida del rico; la gente común no podría ni tocarlo. Por eso es que a la paz le sigue la guerra y esta es seguida del hambre. Donde hay guerra a nivel mundial, hay hambre a nivel mundial.

El próximo es el cuarto sello. ¿Qué sigue lógicamente a la guerra y al hambre? La muerte. El versículo 8 dice: «Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra».

En la medida en que llegamos a la apertura del séptimo sello, encontramos a algunas personas bajo el altar (v. 9). Son sin duda los redimidos que han sido asesinados y están ahora en el cielo en el altar mismo de Dios orando: «¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?» (v. 10). Durante la guerra y la matanza y el hambre, al pueblo redimido lo masacra el anticristo. Esta es una sección muy importante. Es una premisa en la que se basa una gran parte de la explicación futura en Apocalipsis. El versículo 11 dice: «Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos». En esencia, los santos martirizados tienen que ser pacientes. Mientras tanto se les dan vestiduras blancas (ropas celestiales) para que en ellas se regocijen y descansen hasta que los otros mártires sobre la tierra terminen de ser martirizados.

Ahora, de regreso a la tierra y al sexto sello, que es un terremoto. «El sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre» (v. 12). Joel habló acerca de este incidente al igual que Pedro el día de Pentecostés (Jl.

l:28-32; Hch. 2:17-21). «Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento» (Ap. 6:13). Ahora imagínense eso: el sol se pone negro, la luna se pone roja como la sangre, las estrellas caen del cielo. Y entonces el cielo desaparece como un pergamino que se enrolla (v. 14). ¿Alguna vez ustedes han bajado una cortina y luego la han soltado? Eso es lo que le va a pasar al cielo. «Y todo monte y toda isla se removió de su lugar» (v. 14). Ese será un momento espantoso. Un miedo tremendo es la reacción en los versículos 15 al 17. La gente pide a gritos que caigan las rocas y las montañas, diciendo: «Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?» (vv. 16-17).

Si ustedes tienen que soportar esto, serían como una canasta. ¿Ustedes se pueden imaginar lo que era para Juan el tener todas estas visiones? Por eso el Señor le da un respiro en el capítulo 7.

En medio de todo el caos que ocurre, habrá una bendición. A algunos se les librará de este juicio. A algunos creyentes se les eximirá. ¿Quiénes son? Son 144 000 judíos de cada tribu, con la excepción de Dan; a ellos se les omite debido a su burda idolatría (Dt. 27-28). Pero si a ustedes les preocupa Dan, Ezequiel 48:1-2 señala que ellos están incluidos en el reino. De manera que son devueltos bondadosamente al Rey, pero simplemente no se les permite servir en este ministerio en particular.

A mitad de semana cuando comienza el holocausto, ya habrá judíos que han creído en Jesucristo como su Salvador y Señor y pasarán por la Tribulación y no podrán ser ultimados. No pueden ser heridos porque están sellados y protegidos (vv. 2-3). Nada les puede hacer daño, por lo que durante la segunda mitad de la Tribulación habrá 144 000 judíos que predican el evangelio. Van a ser muy eficientes. Juan dice: «Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero» (7:9-10). ¿De dónde vinieron? Son el fruto de los 144 000 judíos.

Esta es una de las maravillosas declaraciones acerca de la soberanía de Dios en la salvación. Dios decidirá salvar 144 000 judíos y seleccionará a doce mil

de cada tribu de Israel. Sólo Él sabe dónde se conectan las personas con sus tribus. Ellos perdieron todos los documentos en la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. Pero Él no pierde los documentos. Aquellos 144 000 judíos redimidos serán los evangelistas. Debido a su ministerio vendrán innumerables personas de cada tribu y lengua y nación y pueblo a alabar al Señor Jesucristo. Por supuesto, lo que viene después de esto en el cielo es mucha más adoración en el resto del capítulo 7.

Ahora llegamos al séptimo sello en el capítulo 8. El séptimo sello es la reacción a los primeros seis, tanto como la séptima trompeta será una reacción a las primeras seis y la séptima copa una reacción a las primeras seis. El versículo 1 dice: «Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora». ¿Qué quiere decir eso? ¿Que se detuvo? La adoración había sido la práctica de todos en el cielo, pero ahora se detiene durante media hora. ¿Por qué? Todos se han aterrorizado por el holocausto de furia divina que se está extendiendo.

Entonces aquí vienen los juicios de las siete trompetas. El Señor ha abierto el sello y al final de él vienen trompetas que anuncian el juicio: «Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde» (vv. 6-7). Ese es un juicio a la vegetación, y un juicio a la vegetación es un juicio al hombre porque él no puede vivir sin vegetación en la mayoría de los lugares. Es también un juicio a los animales porque ellos no pueden vivir sin vegetación tampoco.

Juan continúa: «El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida» (vv. 8-9). Imagínense esto: Dios juzga y un tercio de la vegetación desaparece, un tercio del mar se vuelve como de sangre, y la tercera parte de las criaturas del mar mueren. Entonces, flotando en un tercio de los mares del mundo está este desorden maloliente, podrido y putrefacto. El hombre no fue capaz de reconocer el regalo de Dios en la creación y por eso Dios se la quita. El hombre no fue capaz de darle a Dios la gloria por las cosas maravillosas que Él había hecho, la hierba verde, las plantas y los árboles, el mar y todos los seres vivos que están en él. El hombre no glorificó a Dios y por eso Dios se lo

quita.

Entonces la tercera trompeta suena en los versículos 10 y 11, «y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas». Luego este es el juicio al agua de beber; todos los manantiales del agua de beber se han puesto amargos. Y un tercio de ella es destruida como el resto.

La cuarta trompeta suena en el versículo 12 y se oscurece una tercera parte del sol. ¿Ustedes saben qué efecto tendrá eso sobre el calendario y sobre la vida diaria? No sé la clase de caos que eso provocará. Asimismo, «la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche» (v. 12). Es probable que el cielo se llene de raros eclipses. Entonces Juan dice: «Oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!» (v. 13).

En al capítulo 9, la cuarta trompeta suena y cae una estrella del cielo (9:1). ¿Cuál es el significado de eso? Es Lucifer y él tiene la llave del abismo sin fondo. ¿Ustedes saben quién está en el abismo sin fondo? Son demonios que han sido arrojados allí por Dios. Pero Lucifer obtiene la llave y baja para abrir el abismo sin fin. ¿Qué va a suceder? Todos esos demonios que han sido arrojados allí por miles de años van a salir finalmente. El versículo 2 dice: «Subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo» (v. 2). Cuando salen son como langostas, exactamente como una plaga que barre la tierra (v. 3).

¿Ustedes saben por qué la Tribulación va a ser una época terrible? Todos los demonios arrojados en el infierno se van a soltar para sumarse a los que ya están en la tierra. A partir del versículo 4 dice: «Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes. Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre. Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos» (vv. 4-6). La plaga de langostas demoníaca va a cruzar el globo terráqueo torturando a los hombres durante

cinco meses y los hombres serán incapaces de buscar alivio incluso en la muerte. Los versículos 7 al 10 describen a estos seres demoníacos en lenguaje simbólico. Luego el versículo 11 dice: «Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón [destructor], y en griego, Apolión [destructor]».

Si ustedes creen que eso es malo, aún quedan dos trompetas más. Mientras suena la sexta trompeta, el río Éufrates se abre totalmente: «Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres» (v. 15). Aquí viene una hueste liberada por un ángel, y la hueste debe matar a un tercio del mundo. El número del ejército de jinetes es de doscientos millones y vienen del este, cruzando el Éufrates (v. 16).

En el versículo 18 un tercio de la humanidad es asesinada por el fuego, el humo y el azufre que sale de las bocas de este ejercito. Esa puede ser la forma en que se describe la artillería usando términos antiguos. «Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías [gr. *pharmakeia*, drogas], ni de su fornicación, ni de sus hurtos» (vv. 20-21). Los hombres no se arrepintieron, simplemente maldijeron a Dios.

Entonces, esas trompetas son muy formidables. Las primeras seis trompetas van a sonar al final de la Tribulación. ¿Han notado ustedes que la iglesia no se menciona en absoluto? El capítulo 10 es otra pequeña pausa. Por eso a Juan se le da otra visión de la parte buena: «su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. Tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra; y clamó a gran voz, como ruge un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces» (10:1-3). Entonces este ángel le dice a Juan en el versículo 4: «Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas». El juicio a los pecadores es demasiado, es demasiado atemorizante y demasiado horripilante. La parte que ellos no revelan es un misterio de Dios, esa se terminará (v. 7).

Juan vio en esa visión el pequeño pergamino que representaba la propiedad de la tierra y le dijeron que se lo comiera. Así hizo y dijo: «era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre» (v. 10). ¿Qué significa esto? Cuando yo veo la venida de Jesucristo en su gloria, tengo

un sabor dulce porque Cristo merece reinar en gloria, pero también tengo un sabor amargo porque cuando Él viene en gloria a reinar, yo sé que eso significará la devastación y eterna maldición del mundo. Y por eso es dulce y amargo.

Ahora antes de que suene la séptima trompeta, echamos otra mirada a la gracia de Dios en el capítulo 11. Aquí están mis dos personas favoritas en la Biblia y ni siquiera sé quiénes son. Pero si el Señor está buscando voluntarios, yo me ofrezco. Los dos testigos son identificados como «los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra» (11:4). Pero por supuesto que el mundo los va a odiar. La sociedad de la Nueva Era los va a odiar. Las personas que encuentran una explicación para el rapto diciendo que nos libramos de todas esas personas que nos impedían alcanzar el siguiente nivel de conciencia los van a odiar, especialmente cuando prediquen a Jesucristo.

Pero miren lo que sucede: «Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos» (v. 5). Yo podría acostumbrarme a eso. A ustedes los están persiguiendo y provocando, no creen el mensaje de ustedes y luego ellos tratan de quitarles sus vidas. Detengámonos ahí. El versículo 6 dice que tienen poder para cerrar el cielo. Dicho de otra manera, ellos pueden entrar a un lugar, predicar el evangelio de Jesucristo y en lo que predican provocarán que ocurra una sequía. Luego ellos pueden controlar los elementos. «Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran» (v. 6).

Ahora bien, ¿qué piensan ustedes que saldrá en las noticias cada noche? «A continuación, nuestro reportaje de dos testigos. Esta semana estuvieron en Cincinnati, no llovió, todos los ríos se convirtieron en sangre y hubo plagas que atacaron a las personas. Tenemos que hacer algo con estos dos sujetos, pero cada vez que lo intentamos nos convertimos en humo».

¿Ustedes saben lo que pasará a continuación? Finalmente la bestia sale del abismo, la bestia misma. Ella los vence y los mata (v. 7). «Y sus cadáveres estarán en la plaza de la gran ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado» (v. 8). Por tanto, son asesinados en Jerusalén.

El versículo 8 dice que sus cuerpos son abandonados en la calle. Ahora bien, esto es en nuestra era moderna, los gobiernos no dejan cadáveres en la

calle. El versículo 9 dice: «Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio». ¿Cómo puede el mundo entero ver dos cadáveres en Jerusalén? Hay una sola forma y es por la televisión. Eso no hubiera podido ser posible hace cien años. «Y no permitirán que sean sepultados» (v. 9). ¿Por qué? El versículo 10 nos dice: «Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra». El mundo está muy contento de que estos dos estén muertos. Puedo imaginarme a un reportero parado allí diciendo: «A estos hombres los mataron hace tres días y medio. Sentimos un gran alivio de que los hayan eliminado de la tierra».

Entonces en los versículos 11 al 13 dice: «Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron. En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo» (vv. 11-13). Terror, puro terror, es la respuesta. Dios nunca estará sin un testigo.

Después de ese interludio regresamos a la séptima trompeta. Cuando suena es el gran final. El versículo 15 dice: «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos». Cuando esa séptima trompeta suena, los reinos del mundo pertenecen a Jesucristo.

El capítulo 12 vuelve a recoger algunos detalles más antes de que lleguemos a las últimas siete copas. Describe la persecución incesante de Satanás a Israel y al Mesías y al pueblo de Dios. Plantea cómo él siempre ha hecho la guerra en contra del pueblo de Dios. La mujer en este capítulo es Israel, el niño es Cristo y el dragón es Satanás. El dragón siempre ha perseguido al niño que nació de la mujer. Él ha luchado en el pasado y luchará en el futuro. El versículo 7 dice que los demonios de Satanás y Miguel y sus ángeles van a librar una guerra en el cielo. El superángel Miguel y sus ángeles ganarán. Van a arrojar a Satanás a la tierra con todos sus demonios (v. 9).

Veamos la escena: Los demonios han salido del foso como langostas y andan por toda la tierra. Los demonios que habían sido gobernantes en las

altas esferas han sido lanzados hacia abajo, sin tener acceso a Dios nunca más, como Satanás en Job cuando fue ante el trono de Dios (Job 1:6). Con todos ellos en la tierra, uno sólo puede imaginarse cómo es un mundo demoníacamente infestado. El ataque del ejército demoníaco está dirigido a Israel. Pero el resto del capítulo 12 muestra cómo Dios protege maravillosamente a Israel. En un momento dado, este ejército persigue a Israel pero la tierra se abre y se lo traga (Ap. 12:16).

El capítulo 13 recoge otro detalle. Nos presenta al anticristo, el gobernante del mundo, quien dirige un ataque con todo contra el pueblo de Dios. En los versículos 4 y 5 dice: «¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses». Esos son tres años y medio; es la segunda mitad de la Tribulación. «Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación» (vv. 6-7).

También tiene una cohorte. Apocalipsis 13:11-18 nos presenta al falso profeta. La bestia es el anticristo; el falso profeta es su cohorte. De la misma manera que Faraón tenía a Janes y Jambres (2 Ti. 3:8), Balac tenía a Balaam (Nm. 22-24) y Absalón tenía a Ahitofel (2 S. 15-17) el anticristo tendrá su cohorte. La misión del falso profeta es el de señalar a todos al anticristo y decirles a que lo adoren (Ap. 13:12). Realiza algunos milagros y señales falsos y hace que las personas construyan una gran imagen a la bestia y después le infunde aliento por medio de las influencias demoníacas (vv. 13-15). Así crea un ídolo endemoniado. Para entonces, el mundo está tan absolutamente influido por el demonio que todo el mundo pudiera convertirse en un loco de atar, como el endemoniado gadareno (Mr. 5:1-13). Entonces, el mundo entero está lleno de demonios y ellos lo controlan todo. Hacen que la imagen hable y que el mundo entero adore al anticristo. Esa es la tarea del falso profeta.

En la visión que tiene Juan, este ve que las personas no tienen un número; no podían ni comprar ni vender: No podían funcionar en la sociedad. El número era 666. Esto no es significativo excepto que representa al hombre. El hombre fue creado en el sexto día; siete es el número perfecto de Dios y por mucho que el hombre se esfuerce, él será 666: No llega a la perfección. Es el número del sistema del hombre. Las personas no pueden funcionar en esta

sociedad a menos que tengan el número en la frente o en las manos (v. 16). Casi llegamos a ese punto hoy día. Ya tenemos tarjetas de crédito y números. Si ustedes tienen una tarjeta de cajero automático, pueden insertar la tarjeta en la máquina en el banco o en la tienda, entra su número personal y obtiene el dinero o hace la compra. Pero relacionado con el su número personal de la tarjeta de banco están sus antecedentes financieros. Las autoridades pueden descubrir exactamente quienes son ustedes y averiguarlo todo sobre ustedes. Por lo tanto, ustedes pueden ver que si en el futuro decidieran que no podían ni comprar ni vender, lo único que tienen que hacer es cancelar su número cuando sólo exista una sociedad sin dinero. Entonces el anticristo gobernará el mundo y lo controlará todo debido al poder que tiene.

Apocalipsis 14:1 mira la victoria del Señor Jesucristo. Los 144 000 están en el cielo cantando alabanzas por la victoria de Jesucristo.

El holocausto llega a su esencia final en el Armagedón. En el capítulo 14, comenzamos a tener una perspectiva del Armagedón y en el versículo 15, el concepto de meter la hoz. La hoz usada en la siega y en la cosecha siempre habla de juicio. El Señor viene en juicio aterrador.

El versículo 20 lo resume todo: «Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios». Esto significa que la sangre media alrededor de un metro y medio y abarcaba una distancia de alrededor de trescientos veinte kilómetros. Eso es lo que mide Israel y se utiliza para simbolizar la masacre. Las uvas no tienen ningún poder contra los agonizantes pies de Dios Todopoderoso, por lo que vemos a Dios apisonando su juicio.

El versículo 12 alienta a los santos a perseverar en el juicio venidero. Si alguien muere como un mártir, dice el versículo 13: «Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor». No hay por qué preocuparse. Dios está preparando su ira y juicio.

Al llegar al capítulo 15, llegamos a los últimos siete juicios. La revelación de esos juicios se asemeja a las balas de una ametralladora Gatling y sucede al final justo de la Tribulación. Estas últimas siete plagas son el final de la ira de Dios (v. 1). El versículo 8 dice: «Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles». En el capítulo 16, Dios hace que el humo llene el cielo y los ángeles irrumpen. Se vierte la primera copa y el versículo 2 dice: «vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres

que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen». Esto es como el mendigo con las llagas (Lc. 16:20-21); puede muy bien referirse a llagas cancerosas. Inmediatamente después de eso, se vierte la segunda copa «sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar» (v. 3). Eso resultaría en una increíble inmundicia fétida con una superficie de criaturas muertas. «El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre» (v. 4). Ya esto no es destrucción de la cuarta o tercera parte de algo, sino de todo. Este es un juicio de devastación, la contaminación de toda el agua potable.

En los versículos 8 y 9 la cuarta copa se vierte «sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria». Entonces la quinta: Después del sol quemante viene la oscuridad «y mordían de dolor sus lenguas» (v. 10). ¿Por qué? Ellos no podían ver adónde iban, no hay luz ninguna, nada sino una oscuridad total. Por eso son susceptibles a un daño y un dolor terribles y no pueden hallar alivio porque no pueden ver dónde están. Luego el versículo 11 dice que «blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras». Eso nos lleva de nuevo a la primera plaga. Ustedes pueden ver que todas estas plagas son acumulativas.

«El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates» (v. 12). Ahora es el momento en que los reyes del este lleguen (v. 13). A eso le sigue el Armagedón, la batalla final en la llanura de Armagedón. Yo he estado ahí; he estado parado en la llanura. Napoleón dijo que era la mejor ubicación para una batalla que él hubiera visto sobre la faz de la tierra. «Tres espíritus inmundos a manera de ranas». Estos son demonios de una característica especial; salen del cieno del infierno mismo, de la boca del dragón y de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta (v. 13). Son espíritus de demonios que hacen milagros. Reúnen al mundo para la batalla en Armagedón y no saben que es el gran día de Dios Todopoderoso. El mundo llega a Armagedón a luchar. Daniel 11 lo describe: Los reyes del norte bajan y arrasan el sur. El rey del este llega, el oeste se incluye, los reyes del este vienen. En medio de toda la lucha, del cielo viene Jesucristo. Por último, la séptima copa se vierte al final del capítulo 16. Hay relámpagos y truenos (v. 18). «Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento» (vv. 20-21).

Ese es el gran final.

Los capítulos 17 y 18 son muy importantes. Repasan algunos detalles de la segunda mitad. La pregunta que uno se hace aquí es: «Juan, ¿y qué hay con la religión en la Tribulación? ¿Habrá religión?» El capítulo 17 indica que habrá religión. Si la verdadera iglesia es una novia, ¿cuál es la falsa iglesia? Es una prostituta. Ella «está sentada sobre muchas aguas» (v. 1). Los reyes de la tierra «se han embriagado con el vino de su fornicación» (v. 2) y ella está sentada sobre la bestia (v. 3). La prostituta está montada en el anticristo. Esto ilustra el poder político del anticristo unido al falso sistema religioso mundial de la prostituta. Pero al anticristo lo consume su propio poder de manera que a la larga él devora a la prostituta (v. 16). Y entonces él se coloca por sobre todo el mundo (v. 17). Yo creo que en ese momento es cuando el falso profeta da forma a la imagen de la bestia y al mundo entero se le ordena adorarla (13:15).

Ahora el capítulo 18 nos lleva de regreso y nos invita a hacernos otra pregunta: ¿Cómo está la economía mundial en este momento? En medio de todo el caos, un ángel dice: «Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios» (v. 2). Babilonia es el nombre del último sistema económico mundial. Los demonios se han hecho dueños del mundo. Las naciones se han entristecido. El versículo 5 dice que «sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades». Cuando todo el sistema se derrumba, se derrumban las economías de todas las naciones. Entonces los reyes de la tierra dicen: «¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio! Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías» (vv. 10-11). Ya a nadie le importa el dinero, están tratando simplemente de sobrevivir. ¿Quién va a ir de compras? ¿Quién va a ir entonces al mercado? A nadie le va a importar la «mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol; y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres» (vv. 12-13). El comercio marítimo va a desaparecer (v. 17). El sistema de transporte se arruina. La gente se va a echar tierra en la cabeza, a llorar y a lamentar por la pérdida de su sistema (v. 19). Mientras todos en la tierra se lamentan, el versículo 20

dice: «Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas».

¿Saben qué será lo peor en el mundo? La música terminará: «Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti» (v. 22). Ni música, ni artesanos, ni arte. Es el fin de todo. Se acabó la fiesta sobre la tierra.

Entonces, ¿qué pasa en el capítulo 19? La fiesta comienza en el cielo. En el versículo 1 hay un «Aleluya», en el versículo 3: «Aleluya», en el versículo 4: «Aleluya», en el versículo 6: «Aleluya». ¿Por qué está el cielo tan emocionado? «¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos» (vv. 6-8). Esto es lo que está sucediendo en el cielo con los redimidos. ¿Cómo llegamos allí? Juan dice: «Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo» (vv. 11-12). Juan sigue describiéndolo a Él en el versículo 13 y llegamos al versículo 14: «Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos». Cristo regresa para establecer su reino, mientras llega a Armagedón en gloria resplandeciente para establecer su reino sobre la tierra. Viene vestido de blanco, en un caballo blanco y nosotros venimos con Él en caballos blancos con vestidos blancos. Vamos para estar con Él y regresamos en gloria con Él.

El final del versículo 16 dice que su nombre es «Rey de reyes y Señor de señores». Y cuando Él viene el resultado es destrucción total en Armagedón. El resultado de Armagedón está en los versículos 17 y siguientes: Matanza, muerte, Él llama a las aves para que se coman la carne humana. En el versículo 20, tanto la bestia como el falso profeta son arrojados vivos al lago de fuego y azufre. Y a las personas de los ejércitos que quedaban las matan con la espada (v. 21).

¿Qué sucede a continuación? En el capítulo 20, el Señor establece su reino. Vean el versículo 4: «Y vi tronos… y vivieron [los santos] y reinaron con Cristo mil años». ¿Ustedes saben qué sucede al final de los mil años? De acuerdo con el versículo 7, Satanás se libera por un corto tiempo, después de haber estado en cautiverio los mil años. Sale al mundo. Cuando el reino

comenzó, algunas personas entraron en él en sus cuerpos físicos. Se casarán, tendrán hijos y repoblarán la tierra. Ahora bien, algunas de estas personas no creerán en Jesucristo, aun cuando Él ha estado reinando en la ciudad de Jerusalén durante mil años.

En realidad eso no es tan sorprendente. La gente tampoco lo reconoció a Él la primera vez que vino. Lo rechazaron cuando sí supieron quién era. Satanás conduce una rebelión final y el versículo 9 dice que «descendió fuego del cielo, y los consumió [a los rebeldes]». Entonces todos los no salvados de toda la historia se reúnen para el juicio del gran trono blanco (v. 11) y el versículo 15 dice: «Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego». Ese es el final del reino de los mil años.

¿Qué pasa después de esto? Juan dice: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva» (v. 1) y «la nueva Jerusalén» (v. 2). ¿Cómo es esto? Los versículos 3 y 4 afirman: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (vv. 3-4). Ese es el estado eterno, ese es el nuevo cielo y la nueva tierra. El resto de los capítulos 21 y 22 lo describen.

El último mensaje viene al final del capítulo 22. El versículo 17 dice: «El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente». Esa es la última invitación. Vengan a Cristo, vengan y beban; vengan y compartan su salvación. Pero hay una advertencia final: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía» (v. 11). En otras palabras, lo que ustedes sean cuando llegue el juicio es lo que ustedes van a ser para siempre.

¿Pueden ustedes decir con Juan: «Ven, Señor Jesús»? Espero que estén listos.


REFLEXIONES
PERSONALES

29 de mayo de 1983

05_Cómo obtener la vida eterna

Entonces se le acercó uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué cosa buena haré para tener la vida eterna?

Él le dijo: ¿Por qué me dices bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús le dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio.

Honra a tu padre y a tu madre; y: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

20 El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué me falta todavía?

21 Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende tus posesiones, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.

22 Al oír el joven estas palabras, se fue triste, porque era poseedor de muchos bienes.

Mateo 19:16-22

Este sermón sobre el jerarca joven rico forma parte de la serie enorme sobre Mateo (226 sermones en total, cuatro volúmenes de comentarios sustanciales). Este sermón memorable, que se predicó cuando The Gospel According to Jesus estaba en las primeras etapas de su concepción, anticipó varios de los temas centrales de la controversia del señorío. Se convirtió fundamentalmente en la base para el capítulo 6 en la edición original de The Gospel According to Jesus (capítulo 7 en la edición del vigésimo aniversario en inglés).

Previo en aquella semana, «Hands across America» había organizado aproximadamente a siete millones de personas para formar una cadena humana desde Long Beach hasta la ciudad de Nueva York. El evento (en gran medida financiado por Citibank, Coca-Cola y otros patrocinadores empresariales) pretendía recaudar fondos para cubrir los problemas del hambre y de los desamparados. A pesar del fuerte alboroto y de que numerosas celebridades se involucraron (incluso el mismo presidente Reagan), el evento no alcanzó su meta. De acuerdo a muchos informes se

invirtió más dinero en la organización del evento mismo que el dinero que se recaudó para los pobres y los desamparados. Distancias extensas de carreteras vacías a lo largo del país se conectaron con kilómetros de cinta en vez del contacto de mano a mano. Los habitantes de Nueva Inglaterra, liderados por el senador Ted Kennedy, protestaron en contra del evento porque la ruta no incluía los estados de Nueva Inglaterra. Los sureños boicotearon el evento por razones similares. (Igualmente el gobernador de Hawai protestó por la omisión de su estado en la cadena humana, aunque no ofreció ninguna sugerencia de que cómo se podría establecer una conexión humana con su estado.) Nunca un evento de caridad impulsado ampliamente por los medios había fracasado tan gravemente pese a su propio alboroto.

La pertinencia de este sermón aquella semana específica es uno de los muchos ejemplos de cómo, versículo por versículo, la predicación expositiva se intercepta perfectamente con los eventos culturales y del mundo real. John MacArthur no hizo referencia en el propio sermón al alboroto de «Hands Across America», pero la historia del jerarca joven rico está llena de lecciones obvias para los que piensan que la riqueza, el poder y la celebridad pueden ser influenciados por la virtud personal sin la sumisión total a Cristo.

BOSQUEJO

— Hay que saber lo que se quiere
— Hay que tener una necesidad profunda
— Hay que buscar diligentemente
— Hay que ir a la fuente correcta
— Hay que hacer la pregunta correcta
— Hay que confesar su pecaminosidad
— Hay que someterse al Señor


ANOTAR AQUÍ
NOTAS AL
BOSQUEJO

SERMÓN

En un viaje por avión que hice algún tiempo atrás, un joven que estaba sentado a mi lado se me presentó y me dijo: «Señor, ¿usted sabría cómo yo pudiera relacionarme con Jesucristo?» ¡Bueno, ese tipo de incidente no ocurre con frecuencia! Yo estaba leyendo mi Biblia, lo que lo impulsó a hacer la pregunta. Parecía estar listo y ansioso para ser salvo. Yo le dije: «Simplemente cree en el Señor Jesucristo y acéptalo como tu Salvador». Él dijo: «Me gustaría hacerlo». Entonces oramos juntos. Yo me emocioné con lo que sucedió, pero después no tuve éxito en mis intentos de darle seguimiento a su compromiso. Desde entonces descubrí que no tiene un interés permanente en las cosas de Cristo, en mi opinión.

Algunos de ustedes que han compartido el evangelio de Cristo con otras personas han experimentado esas ocasiones en que alguien a quien ustedes condujeron a Cristo nunca muestra cambio alguno en su vida. Si ustedes han estado luchando por saber por qué sucede eso, entonces creo que encontrarán la respuesta en esta lección. Yo no creo que entendí totalmente por qué eso sucedía hasta que entendí Mateo 19:16-22. Podríamos decir que este pasaje es un ejemplo de otra verdad claramente expresada en Lucas 14:33. El Señor dijo: «cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo». Esa es una verdad evidente. La salvación no es necesariamente para las personas que dicen una oración o que piensan que necesitan a Jesucristo; es para las personas que renuncian a todo. Debe haber voluntad de abandonarlo todo para que la salvación sea genuina.

Examinemos el texto: «Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones». Jesús le puso al hombre una prueba: tenía que escoger entre sus posesiones y Jesucristo. Como no tenía la voluntad de

renunciar a todo, no podría ser nunca un discípulo de Cristo.

En Mateo 19:16, el joven quería saber cómo podía obtener la vida eterna. La frase «vida eterna» se usa casi cincuenta veces en las Escrituras. El centro de toda evangelización es hacer que las personas busquen y luego reciban la vida eterna. Juan 3:16 dice: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

Una gran parte de nuestra labor en la evangelización es llevar a las personas hasta el punto al que había llegado el joven de Mateo 19. Muchos de nosotros pensamos que cuando hacemos que alguien diga: «¿Qué necesito hacer para heredar la vida eterna?» Todo lo que necesitamos hacer es decir: «Cree, firma la tarjeta, levanta la mano, camina por el pasillo del templo». Cuando el joven le hizo a Jesús la pregunta correcta, él no necesitó que lo estimularan a leer el evangelio; él ya estaba interesado, exactamente igual que el joven que me encontré en el avión. Al Señor le hicieron la misma pregunta en varias ocasiones, en el Nuevo Testamento (e.g. Jn. 6:28).

El joven era una de los candidatos a la evangelización más fuertes en el Evangelio de Mateo. Él estaba listo. Pero sorprendentemente, se marchó sin haber recibido nunca la vida eterna. La razón es sencilla: No estaba dispuesto a renunciar a todo.

Jesús colocó una barrera infranqueable para los hombres. En lugar de hacer que tomara una decisión, Jesús lo detuvo e hizo que le fuera imposible ser salvo. Ahora bien, ¿qué clase de evangelización es esa? ¡Jesús hubiera suspendido el seminario sobre evangelización! Él no supo cómo enrolar al individuo. Perdió a un fuerte candidato. ¡Indudablemente que uno no quiere dejar ir a alguien como él!

En nuestros días existen muchas formas contemporáneas de evangelización no bíblicas. Nuestra actual evangelización masiva, con sus estadísticas, decisiones y pasar al frente, está llevando a todo tipo de personas a pensar ilusoriamente que están salvas cuando no lo están. Por eso es que debemos referirnos a Mateo 19:16-22 por su importante enseñanza.

Hagamos una pregunta similar a la del joven: ¿Cómo se alcanza la vida eterna? Creo que ustedes verán por qué este joven nunca la alcanzó.

Hay que saber lo que se quiere

El hombre llegó hasta Jesús con el deseo de alcanzar la vida eterna. Sabía lo

que quería, y ahí es por donde cualquiera tiene que empezar. Uno tiene que saber qué uno busca antes de que lo pueda buscar. Ese hombre quería la vida eterna porque sabía que no la tenía.

Mateo nos dice que el hombre era joven (v. 20) y rico (v. 22). Lucas nos dice en Lucas 18:18 que era un hombre principal (gr. *arche*). Yo creo que era probablemente un jefe de una sinagoga (cf. Mt. 9:18; Lc. 8:41), lo cual era extraordinariamente raro en un joven. Como líder religioso judío, probablemente debió haber sido devoto, honesto (en términos de su relación con el judaísmo), rico, destacado e influyente. Tenía todo en términos de su cultura y su medio religioso. Era sorprendente que un hombre de su nivel llegara hasta Jesús y admitiera que no tenía la vida eterna.

El hombre no había encontrado la realidad que le diera descanso a su alma. Le faltaba una paz fiable y permanente, el gozo y la esperanza. Vino a Jesús por motivo de una necesidad que sentía. Había intranquilidad y ansiedad en su corazón. Había un sentido de insatisfacción. Y él sabía lo que faltaba: La vida eterna. ¿Pero cómo lo sabía?

Los judíos entendían el concepto de vida eterna. Dado que la vida es la capacidad de reaccionar ante el medio, la vida eterna es la capacidad de reaccionar ante el medio divino, para siempre. Respondemos a la vida de Dios. Cuando somos salvos, entramos en los lugares celestiales (Ef. 1:3). Nuestra ciudadanía adquiere un carácter divino infinito. Estamos vivos para Dios. La vida eterna es más una calidad de existencia que una cantidad de existencia. Me hago sensible a Dios; puedo responder a Él. Antes de ser salvo, yo estaba muerto en el pecado, totalmente indiferente al medio divino. Cuando me hice cristiano, fui capaz de responder al medio divino.

Los judíos concebían la vida eterna como propio de los que viven en los tiempos que vendrán. El joven sabía que no tenía la capacidad de responder completamente al medio divino. Él no estaba sintiendo el amor, el descanso, la paz, la esperanza y el gozo de Dios, que son las cosas que nos dan seguridad de pertenecer a Dios. Él sabía que no poseía la vida divina. Sabía que no tenía la vida de Dios en su alma. Sabía que no podía caminar con Dios ni estar en íntima comunión con Él. Había ido más lejos que los fariseos, que se conformaban con sus propias meditaciones y con orar para sí mismos. Sabía que se estaba perdiendo una calidad de vida. Espero que entendamos que la vida eterna no es simplemente una prolongación de la vida, sino estar vivos para Dios.

A la idea de que la vida eterna es una prolongación de la vida se le da una perspectiva diferente en el mito griego acerca de Aurora, la diosa del amanecer. Ella se enamoró de Titón, un joven mortal. Ella no quería que él muriera, por eso fue a ver a Zeus, el jefe de los dioses griegos. Ella le pidió que Titón no muriera nunca y Zeus le concedió su deseo. Pero a Aurora se le olvidó pedir que permaneciera joven para siempre. De manera que Titón vivió eternamente, pero envejeció más y más hasta que la vida se convirtió en un terrible castigo. Esa no es la vida eterna en el sentido bíblico. La vida eterna es el proceso de comunión infinita con el Dios viviente.

El joven rico sabía lo que quería. Cuando predicamos o evangelizamos, nuestros esfuerzos deben estar dirigidos a lograr que las personas entiendan que deben querer la vida eterna.

Hay que tener una necesidad profunda

Hay personas que saben que no tienen vida eterna, pero no sienten que la necesitan. Saben que no están vivos para Dios y no les importa estarlo. Saben que no sienten la dimensión divina ni tienen seguridad en la vida venidera, pero realmente no están interesados. No están lo bastante desesperados como para querer lo que no tienen. El joven sí lo estaba. Él sabía lo que quería y sentía profundamente la necesidad de ello.

Hay urgencia en la pregunta del joven: «Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?» (v. 16). Después de asegurarse que había cumplido todos los mandamientos que Jesús le dijo que debía cumplir, el hombre dijo: «¿Qué más me falta?» (v. 20). Percibo frustración, insatisfacción y ansiedad en su pregunta. Su vida había sido un gran esfuerzo por ser religioso, pero algo faltaba.

Este hombre era un gran candidato. Él sabía que no tenía vida eterna. La deseaba muchísimo porque tenía un vacío en su vida. Sin duda había vivido una vida ejemplar. Había evitado los pecados externos. Era una persona moral y religiosa. Vivía conforme a las normas de su religión. Era un líder ante los ojos del pueblo. Sin embargo, no estaba satisfecho porque sabía que le faltaba la vida eterna.

Hay que buscar diligentemente

Jesús esperó a que el hombre viniera a Él. ¿Cómo podemos saber que el joven era un buscador diligente? Todo lo que el versículo 16 dice es que «vino

uno». Pero el pasaje paralelo en Marcos 10:17 dice que «vino uno corriendo». Había urgencia en su forma de acercarse. Había frustración en su corazón. Era un hombre religioso con integridad. Creo que quería la paz y el gozo que da el conocimiento de Dios. Esos elementos no estaban dentro de él.

Hay algo con relación a este hombre que debe señalarse y es que era egocéntrico. Vino hasta Jesús para satisfacer la necesidad de su corazón. El motivo no es malo, sino incompleto.

Marcos 10:17 señala que el Señor iba caminando y sin duda se había reunido una multitud alrededor de Él. El joven corrió para meterse en la multitud. Si en realidad era un hombre principal de la sinagoga, seguramente lo conocían, pero no lo avergonzaba confesar públicamente su falta de vida eterna. Esa habría sido una confesión extraordinaria de una persona de su talla.

Marcos agrega que el hombre se arrodilló ante Jesús. Esa era una posición de humildad. Era un hombre de gran integridad, serio, motivado y ansioso. Quería la vida eterna tanto y la buscaba tan diligentemente que no le importaba perder prestigio ante todas las personas que ya pensaban que él era un gigante espiritual.

Ahora ustedes pensarán que esa fue una gran oportunidad para que él fuera salvo. Estaba listo para la salvación. Sería maravilloso hacer que alguien como él fuera salvo. Después de todo, necesitamos cristianos ricos e influyentes. Parecía ser un convertido infalible.

Hay que ir a la fuente correcta

Hay muchas personas que buscan la vida eterna, pero buscan en el lugar equivocado. Satanás tiene religiones falsas por toda la tierra para que la gente busque lo que no deben. No encontrarán vida eterna allí, pero muchos la buscan allí diligentemente. Sin embargo, este hombre fue a la fuente correcta.

En 1 Juan 5:11 dice: «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo». El versículo 20 dice que Jesucristo «es el verdadero Dios, y la vida eterna». Jesús no es simplemente la fuente de la vida eterna; Él es la vida eterna misma.

El joven probablemente había oído hablar del poder de Jesús. Sin duda había oído de su enseñanza porque le dijo: «Maestro» (gr. *didaskale*). Él reconoce a Jesús como un maestro de la verdad divina. También Marcos 10:17 y Lucas 18:18 señalan que él llamó a Jesús «bueno». Hay dos palabras

en griego que significan bueno. *Kalos* se refiere a lo que es bueno en la forma o bueno externamente. La palabra usada en Marcos y Lucas es *agathos*, que quiere decir «bueno por dentro», «bueno moralmente» o «bueno en esencia». Él reconoció a Jesús como una persona moralmente buena. Sabía que Jesús enseñaba la verdad divina y que quizá conocía el secreto de cómo obtener la vida eterna.

Yo no creo que el hombre pensaba que Jesús era Dios. Ni siquiera creo que pensaba de Él en particular como el Mesías porque se refirió a Él como un maestro moralmente bueno. Sí creo que estaba tan impactado con el poder de la enseñanza de Jesús y con el poder de su vida que pensó que Él conocía el secreto de la vida eterna y de cómo podría obtenerla.

Aunque el hombre no sabía quién era Jesús en toda su amplitud, indiscutiblemente fue a la fuente correcta. Hechos 4:12 dice: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos».

Hay que hacer la pregunta correcta

Muchas personas han desacreditado al hombre porque preguntó: «¿qué bien haré?» pensando que está haciendo una pregunta enfocada a obras a realizar. Por supuesto que su enfoque era funcional; se había formado en el sistema de tradición fariseo. Había sido educado para pensar que uno hace cosas religiosas para ganar el favor divino. Pero de todas maneras pienso que su pregunta fue justa. No hay nada en el texto que indique que estaba haciendo énfasis en una obra en particular. La verdad es que sí hay que hacer algo para ganar la vida eterna: Hay que creer en Cristo. La voluntad tiene que estar implicada. Tiene que haber una respuesta. Él no dijo: «¿Cómo puedo ser más religioso?», «¿Cómo puedo ser más moral?» o «¿Cómo puedo ser más respetado?», sino que dijo: «Quiero la vida eterna. ¿Qué hago para alcanzarla?» No era una pregunta para tratar de tenderle una trampa a Jesús. No estaba tratando de ofrecer sus pretensiones de superioridad moral como solución para alcanzar la vida eterna; simplemente hizo una pregunta sincera.

La pregunta del hombre recuerda la que le hicieron a Jesús en Juan 6:28: «¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?» Esa sí fue una pregunta orientada a una obra a realizar. Jesús respondió: «Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado» (v. 29). Debemos actuar con fe, activando nuestra voluntad de creer en Cristo. El hombre también preguntó:

«¿qué *bien* haré?» (énfasis añadido). Él sabía que tenía que hacer algo auténticamente bueno.

Hay que confesar su pecaminosidad

La respuesta de Jesús es sorprendente. Un evangelista contemporáneo podría decir: «Simplemente cree. Jesús murió por ti y resucitó. Si tú crees eso, ora y pide a Jesús que entre en tu corazón. Confiesa que Él es tu Salvador y serás salvo». Pero Jesús no hizo eso en absoluto. Él levantó un muro frente al hombre e hizo que se detuviera de pronto.

«El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt. 19:17). Lo que Jesús estaba diciendo era: «¿Por qué me preguntas qué bien tienes que hacer? ¿Tú crees que yo tengo un secreto que nadie más conoce? Ninguno hay bueno sino uno, Dios y tú sabes lo que Él dijo. Así que si quieres vida, entonces guarda los mandamientos. Tú sabes cuáles son, no necesitas preguntarme».

El hombre conocía las cosas buenas que estaban escritas en la ley de Dios; sólo tenía que ir a hacerlas. Sólo Dios es bueno. Es en su bondad que Él ha revelado su voluntad. El hombre conocía la revelación de Dios y la ley de Dios. Jesús no le agregó nada, así que todo lo que el hombre tenía que hacer era cumplir con todo.

Faltaba algo en el enfoque del hombre. Él fue a Jesús buscando salvación basado en la necesidad que sentía. Sentía ansiedad y frustración y quería sentir gozo, amor, paz y esperanza. Sin embargo, esta no es una razón lo bastante buena para ir a Cristo. No es errónea, sólo que está incompleta. Si les ofrecemos a las personas felicidad, gozo y paz, tendremos una gran respuesta. Lo único que tendríamos que hacer es encontrar a todos los que están psicológicamente incompletos. Si podemos ofrecerles a las personas la panacea para sus ansiedades por medio de Jesús, lo aceptarán en seguida. Pero esa no es una comprensión completa de la salvación.

Jesús le dijo al hombre que lo único que no había hecho era algo que ya sabía hacer y que era cumplir todo lo que Dios había revelado en su Palabra para que se hiciera. Necesitaba guardar «los mandamientos». Uno dice: «Nadie puede hacer eso». Así es. Jesús le dijo que guardara los mandamientos para que se diera cuenta de que no podía hacerlo. El problema del hombre era su pecado. Ni siquiera se había mencionado. No se daba cuenta de que

ofendía a un Dios santo. Su deseo de vida eterna estaba envuelto en sus propias ansiedades y necesidades. No tenía noción de la afrenta que había sido su vida a un Dios infinitamente santo. Esa comprensión es necesaria para entender la verdad de la salvación.

El «bien» que Jesús le dijo al hombre que tenía que hacer era cumplir la ley de Dios. No había nada que Jesús pudiera agregar. Dios es bueno y ha revelado su buena voluntad, que es su ley y que debe ser cumplida. ¿Podrían ustedes ser salvos si los cumplieran? Sí, pero no los pueden cumplir. El joven tenía que enfrentar el hecho de que había violado la ley de Dios.

No se puede llevar a las personas a Jesucristo simplemente sobre la base de sus necesidades y ansiedades psicológicas, o la falta de paz, esperanza, gozo o felicidad. Deben entender que la salvación es para las personas que quieren rechazar las cosas de esta vida y acudir a Dios. Es para aquellos que se dan cuenta de que han vivido en trasgresión y rebelión contra un Dios santo. Tienen que querer cambiar, confesar su pecado y confirmar su compromiso de vivir por su gloria. Todo lo que el joven sentía era una necesidad personal. Él sentía ansiedad. Y sentía que algo faltaba en su vida. Pero eso no es suficiente.

Nuestro Señor cambió el centro de atención del joven a Dios. Trató de mostrarle al joven que el verdadero problema en su vida era lo que estaba haciendo para ofender a un Dios santo. Cuando Él dijo: «guarda los mandamientos», contrapuso la vida del hombre a la norma divina para que viera que se quedaba corto.

Cuando recuerdo el tiempo que pasé hablando con el joven en el avión, me doy cuenta de que creí lo que dijo. Lo llevé hasta Cristo por sus necesidades psicológicas sin hacerle entender que él necesitaba recibir a Cristo para hacer frente a sus pecados. Cuando ustedes compartan el evangelio con otras personas, asegúrense de que ellos entiendan toda la naturaleza de su pecaminosidad, que viola la ley sagrada de Dios. Toda evangelización debe tomar al pecador imperfecto y contraponerlo a la ley perfecta de Dios para que pueda ver su deficiencia. Ese es un elemento esencial. La evangelización que trata sólo de las necesidades, los sentimientos y los problemas de los hombres carece de un verdadero equilibrio. Es por eso que las iglesias están abarrotadas de personas que no son realmente salvas porque buscaron y obtuvieron reafirmación psicológica y no redención transaccional. ¿Por qué creen ustedes que Pablo se pasó los primeros tres capítulos en Romanos

afirmando la pecaminosidad del hombre antes de llegar al tema de la salvación? Porque de lo que se trata es del pecado de los hombres.

El joven rico no se daba cuenta de que ofendía a Dios. No había arrepentimiento en él. Yo creo que el arrepentimiento debe anteceder a la salvación (cf. Mt. 5:4). El hombre necesita manifestar las actitudes que Cristo presenta en las bienaventuranzas. Necesita implorar perdón a Dios. Necesita tener sentido de la humildad. Necesita manifestar un corazón desconsolado que está abrumado por su pecado. Pero el hombre principal no lo tenía. Él quería satisfacer sus necesidades psicológicas y punto. No veo su arrepentimiento por su pecado en lo absoluto en este pasaje. No lo veo entristecido de haber ofendido a Dios. Y no lo veo ni siquiera consciente de su pecado. Uno no debe acercarse a las personas sobre la base de que Cristo satisfará sus necesidades psicológicas.

Esto pudiera parecer herejía, pero ¿sabían ustedes que Dios no tiene un plan maravilloso para sus vidas? A menos que consideren el tormento eterno un plan maravilloso. Él tiene un plan terrible para aquellos que no conocen a Cristo. Cuando nos acerquemos a las personas quizá deberíamos decir: «¿Ustedes sabían que Dios los ama y tiene un plan espantoso para sus vidas?» Debemos enfrentar el problema del pecado. El Antiguo Testamento dice: «Dios está airado contra el impío todos los días» (Sal. 7:11). Un Dios bueno, santo y puro no puede tolerar el mal. Por lo que Jesús afirma lo que siempre debe afirmarse: existe una ley divina que debe guardarse. Si se viola esa ley, se está bajo el juicio de Dios.

Cristo colocó una barrera ante el joven al explicar que sus razones para desear la vida eterna eran incompletas. Tenía que verse a sí mismo como alguien que viola la ley de un Dios santo y tenía que estar dispuesto a cambiar.

El joven reaccionó a la orden de Jesús diciendo: «¿Cuáles?» Él quería saber qué leyes debía guardar. Por eso el Señor le dio cinco de los últimos de los Diez Mandamientos: «No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre» (Mt. 19:18-19). Luego Él agrega: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», que es del libro de Levítico (19:18).

Los Diez Mandamientos se dividen en dos partes. Los cuatro primeros tratan de la relación del hombre con Dios, los seis segundos tratan de la relación del hombre con el hombre. Jesús le da al joven el segundo grupo, que son relativamente más fáciles de guardar. En realidad son todos imposibles de

guardar, pero el segundo grupo es menos imposible. Uno sabe que no ha amado a Dios como debe y que no siempre ha sido sincero ante Él, pero al menos uno pudiera decir: «Yo nunca maté a nadie. Yo nunca le robé a nadie. Yo nunca cometí adulterio con nadie. Yo nunca le mentí a nadie. Y siempre he tratado de honrar a mi padre y a mi madre». De manera que Cristo le da al joven el beneficio de la duda y le da el grupo más fácil de lo imposible. Luego agrega una mandamiento al final sólo para hacerlo más difícil: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 19). Jesús compara la vida del hombre con los Diez Mandamientos, incluyendo Levítico 19:18, para que pudiera entender que estaba violando la ley de Dios. La cuestión en la salvación es el pecado contra la ley de Dios, no la necesidad psicológica ni el deseo religioso.

No se puede predicar la gracia si no se predica la ley, porque nadie puede entender lo que la gracia significa a menos que entienda lo que la ley exige. Nadie puede entender la piedad a menos que entienda la culpa. No se puede predicar un evangelio de gracia a menos que se haya predicado un mensaje de ley. Y eso fue lo que Jesús hizo con el joven: Lo vinculó con los mandamientos de Dios. Él quería que el hombre admitiera que se había quedado por debajo de la norma divina. Jesús quería que él entendiera que él necesitaba ponerse a bien con un Dios santo y no simplemente hacer que sus necesidades psicológicas fueran satisfechas.

La respuesta del joven es increíble: «Todo esto lo he guardado desde mi juventud» (v. 20). Quizá el joven rico nunca mató a nadie, no cometió adulterio, no robó nada o no mintió. Quizá pensó que honraba a su padre y a su madre. Probablemente hacía esas cosas basado en el concepto externo de una conducta correcta. Pero cuando Jesús lo enfrentó a una orden interna como la de amar a su prójimo como a sí mismo, él solo se estaba engañando a sí mismo cuando dijo que los guardaba todos. Ahora nosotros sabemos que no estaba diciendo la verdad, así que al menos violó la orden de no levantar falso testimonio. Pero la mayoría de los judíos habían exteriorizado la ley de tal manera que no tenían que ver nunca con el corazón.

En Mateo 5:21-37 Jesús interiorizó la ley con declaraciones como esta: «Yo sé que ustedes piensan que no matan, pero cuando odian a alguien, cometen asesinato en su corazón. Yo sé que piensan que no cometen adulterio, pero cuando miran a una mujer con lascivia, ya han cometido adulterio en su corazón. Cuando se divorcian de sus esposas fuera de lo establecido en la ley, también cometen adulterio. Y sé que dicen que no mienten, pero mienten en

los falsos juramentos que hacen».

Jesús enfrentó a las personas a todo lo largo de Mateo 5. Podrían haber parecido buenas por fuera, pero por dentro estaban llenas de maldad. Los Diez Mandamientos son patrones de conducta externa que indican actitudes correctas. No basta con evitar matar a alguien; tampoco se debe odiar a la persona. No basta con evitar cometer adulterio; no se debe ni siquiera querer hacerlo. El joven no entendía el carácter interno de la ley de Dios; él solo entendió las exigencias externas. Por fuera él creía que había guardado todos los mandamientos.

Lo sorprendente es que el hombre hizo su confesión de justicia ante todos. Debe de haber creído que ellos confirmarían su moralidad. Y ese fue su problema. Él no tenía noción de haber violado la ley de Dios en lo absoluto. Jesús no lo podía aceptar en esos términos: Él tenía que hacerle ver su pecado. Walter Chantry en su libro *Today's Gospel: Authentic or Synthetic?* cita lo siguiente: «Cuando vean que los hombres han sido heridos por la ley, entonces es hora de verter el bálsamo del aceite del evangelio. Es la afilada aguja de la ley la que le abre el paso al hilo escarlata del evangelio. Hay que herirlos antes de que se puedan coser» ([Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1970] p. 43).

El joven no pensaba que tuviera un problema con el pecado. Con esa actitud, no podía ser salvo. No entendía el significado de salvación, que un pecador va a Dios y le pide perdón. Si no se cree que se ha pecado, no se puede ser salvo.

El hombre buscaba diligentemente la vida eterna; de modo que cuando hizo la pregunta correcta, Jesús lo enfrentó a su pecado, pero él no lo confesó. La confesión del pecado y el arrepentimiento son esenciales en la salvación. Eso nos lo ilustra Nuestro Señor aquí. El joven no entendía la ley de Dios. Él la había exteriorizado, sin llegar a entender que sólo era una indicación de cómo Dios quería que fuera el corazón.

Al final de Mateo 19:20 el joven dijo: «¿Qué más me falta?» En su mente, él había tratado de guardar los mandamientos y estaba convencido de que lo había hecho. Esa es la forma en que funciona la religión autocomplaciente. Se engaña a sí misma. El hombre creía que él era moral. Creía que había guardado la ley. Por eso es que no se podía imaginar lo que todavía necesitaba hacer. No tenía idea de que se había quedado por debajo de la ley de Dios.

Marcos 10:21 dice que «Jesús, mirándole, le amó». El hombre fue sincero y

genuino y Jesús lo amó. Él no quiere que nadie perezca (2 P. 3:9). El Señor estaba a punto de morir por los pecados de aquellos que creerían y anhelaba la salvación del alma de este hombre. Sin embargo, así y todo Jesús no lo aceptaba bajo sus condiciones. El joven rico debía entender su extrema pecaminosidad.

Debe haber confesión y arrepentimiento para obtener la vida eterna. Son obra del Espíritu Santo, no una obra humana previa a la salvación. Dependemos del Espíritu de Dios para darnos cuenta de que hemos ofendido a un Dios santo. Jesús no aceptaría al hombre sin que confesara su pecado y entendiera que debía apartarse de él.

Hay que someterse al Señor

Jesús dio otro paso más por el hombre. En el versículo 21 de Marcos 10 Jesús le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme». El hombre planteó que amaba a su prójimo como a sí mismo, así que Jesús le dijo que diera todo lo que tenía a su prójimo como muestra de su amor. Jesús le puso una prueba previa a la salvación. Jesús, en efecto, está diciendo: «¿Vas a hacer lo que yo quiero que hagas? ¿Quién dirige tu vida, tú o yo?» De manera que le da una orden. Yo creo que la verdadera salvación incluye el sometimiento a la obediencia al Señor.

Ahora, yo no creo que una persona que viene a Cristo tenga una comprensión cabal de todo lo que esa sumisión al señorío de Cristo puede significar. Pero sí creo que el Señor quiere que él desee confesar y someterse. Entonces Cristo revelará la amplitud de lo que esas cosas significan.

Jesús se enfrentó al pecado de avaricia del hombre. Era un pecado de indulgencia y de materialismo. Al hombre le eran indiferentes las personas pobres y necesitadas. Así que Jesús le puso la prueba definitiva: ¿Obedecerá él al Señor?

¿Hay que entregar todo lo que uno tiene para ser cristiano? No. El Señor no les pidió eso a los demás. Pero, ¿hay que estar dispuesto a hacer cualquier cosa que el Señor pida? Sí. Y lo que Él pide depende de a quién se lo está pidiendo. En este caso, el Señor aisló la problemática principal en la vida del joven. Jesús nos lleva al principio expuesto en Lucas 14:33: «cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo». De manera que Jesús le pregunta al hombre: «¿Estás dispuesto a hacer lo que te

digo? Te estoy pidiendo que te deshagas de todo lo que posees». Él sabía lo que era más importante para el hombre. Lo más importante para otras personas pudiera ser una muchacha, una profesión o algún pecado que se quieran permitir. Pero para este hombre, era su dinero y sus posesiones. Y el Señor quería que él estuviera dispuesto a renunciar a ellos.

La disposición de renunciar a lo que uno tiene me recuerda la historia de un esclavo y su amo. Un día el amo dijo: «¿Cómo puedo tener lo que tú tienes?» El esclavo dijo: «Póngase su traje blanco y baje aquí al fango y trabaje con nosotros los esclavos». El amo dijo: «Nunca lo haré. ¿Por qué tengo que hacer eso para ser un cristiano?» El esclavo dijo: «Sólo le estoy diciendo que lo tiene que hacer». El amo regresó varias veces, preguntó lo mismo y recibió la misma respuesta. Por ultimo, el amo dijo: «Estoy dispuesto a hacerlo porque quiero lo que tú tienes». Y el esclavo dijo: «Bien, no tiene que hacerlo. Sólo tiene que estar dispuesto a hacerlo». Jesús puso al descubierto el espíritu de la existencia del joven. Él le decía: «A menos que yo me convierta en la prioridad número uno en tu vida, no habrá salvación para ti».

La salvación exige dos cosas: Reconocer que se ha ofendido a Dios y abandonar las prioridades actuales y seguir los mandatos de Cristo, aun cuando nos cueste lo que nos es más querido. La salvación es el compromiso de abandonar el pecado y seguir a Cristo, a cualquier precio. Si no estamos dispuestos a ser salvos bajo esos términos, Jesús no nos aceptará.

La fe que no salva ofrece a los hombres cierto alivio psicológico de su ansiedad, pero no exige que se aparten del pecado y que reconozcan el señorío de Cristo. En Mateo 13:44-46 hay dos parábolas: La parábola del tesoro escondido y la parábola de la perla de gran precio. Considero que ambas se refieren a la salvación que se ofrece en el Reino. Un hombre vendió todo lo que tenía para comprar el campo para obtener el tesoro; el otro vendió todo lo que tenía para comprar la perla. Lo que ellos querían costaba todo lo que tenían. Venir a Jesucristo significa que uno lo acepta como el Señor supremo de nuestra vida. Él se convierte en la primera prioridad. No creo que las personas entiendan toda la implicación del señorío de Cristo cuando son inicialmente salvos, pero sí pienso que la salvación incluye un compromiso con su señorío. Por eso Romanos 10:9 dice que «si confesares con tu boca que Jesús es el *Señor*, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (énfasis añadido). La salvación tiene un precio: Cuesta todo lo que uno posee.

Al hombre se le puso una prueba porque se aferraba a todo lo que poseía. ¿Cuál fue su reacción? Mateo 19:22 dice: «Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones». ¿Por qué se fue? Sus posesiones eran más importantes para él que Cristo. No podía recibir la salvación bajo esos términos.

¿Por qué Mateo señala que el hombre se fue triste? Había honestidad en su corazón. Realmente sí quería la vida eterna; sólo que no estaba dispuesto a pagar al precio.

Hay un ejemplo de las Escrituras de un hombre que tuvo la reacción contraria. Lucas 19:1-6 dice: «Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso». ¿Por qué? También era un buscador. Los publicanos usualmente no pierden su dignidad subiendo a los árboles para ver pasar un desfile, pero él lo hizo porque era un verdadero buscador.

Los versículos 7 y 8 relatan lo que sucedió como resultado de la visita de Cristo: «Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador. Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado». Sabía que había estado obrando mal todo el tiempo y que debía rectificar su vida. Se dio cuenta de que tenía que devolver el 400 por ciento de todo lo que había extorsionado a los pobres. Indudablemente que esto es el opuesto de la actitud del joven rico. Jesús dijo: «Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham» (v. 9). Zaqueo se convirtió en un judío verdadero. ¿Por qué recibió la salvación? Porque sólo podía pensar en cuán pecador era él. Quería devolver todo lo que había tomado injustamente, más la mitad de todo lo que tenía. Por tanto, Jesús dijo: «Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (v. 10).

La historia del joven en Mateo 19 es triste. Él no estaba dispuesto a hacer el compromiso que hizo Zaqueo. El Señor le mostró que era un pecador al compararlo con la ley de Dios, pero él se negó a ver su pecado. El Señor le dio

una orden y le pidió que lo siguiera, pero no hizo ninguna de las dos cosas. No podía recibir la salvación porque no estaba dispuesto a apartarse de su pecado y afirmar el señorío de Jesucristo en su vida. Repito lo que dice Mateo en 19:22: «se fue triste, porque tenía muchas posesiones». Vino en busca de la vida eterna y se fue sin ella.



8 de junio de 1986

06_El propósito de las pruebas

Pasajes escogidos

Este ha sido un sermón constantemente popular durante las últimas dos décadas. John MacArthur, en el primer año de su presidencia en The Master's College, ya estaba en proceso de fundar The Master's Seminary, el cual sería oficialmente inaugurado ese año para el trimestre de otoño. John, a pesar de la enorme cantidad de responsabilidades nuevas que contrajo como presidente de las dos escuelas, continuó con su ministerio de predicación con el mismo vigor de siempre. El 11 de mayo de ese año, habiendo terminado recientemente su serie sobre Romanos en los cultos vespertinos de domingo, comenzó una serie acerca de Santiago. Un mes más tarde este mensaje ya era el quinto sermón en esa nueva serie. Finalmente la serie completa se extendió por un año y medio (34 mensajes) para completar y alcanzar un aproximado de 300 páginas en el tomo sobre la Epístola de Santiago del MacArthur New Testament Commentary.

La semana anterior a la predicación de este sermón fue la semana oficial del comienzo en el año 1986 de la temporada de huracanes del Atlántico. Las tormentas habían causado estragos en Texas y en la Costa Este durante toda la semana, algo amenazador e inquietante. Sin embargo, el año 1986 resultó ser la primera temporada, en casi 15 años, en que no hubo huracanes de consideración. Esto fue una apropiada ilustración de la vida real sobre algunas de las verdades descritas en este sermón.

BOSQUEJO

— Las pruebas verifican la fortaleza de nuestra fe

— Las pruebas nos humillan

— Las pruebas nos alejan de las cosas materiales

— Las pruebas nos llaman a esperanza eterna

— Las pruebas revelan lo que en realidad amamos
— Las pruebas nos enseñan a valorar las bendiciones de Dios
— Las pruebas nos permiten ayudar a los demás en su sufrimiento
— Las pruebas generan resistencia y fortaleza



SERMÓN

Atravesar cualquier prueba en la vida puede resultar una experiencia feliz para el cristiano que la analice desde la perspectiva correcta. Imagínese la peor prueba que podría enfrentar. Para algunos quizá sea una crisis financiera acompañada de la pérdida de los ahorros. Para otros podría ser la pérdida del empleo, que acarrea la pérdida de la dignidad de ser capaz de mantener a la familia. A lo mejor podría ser que le comuniquen que algún miembro de la familia tiene alguna enfermedad grave, un accidente de tránsito fatídico o la manifestación del mal en forma de violación, asesinato o robo. Al menos algunos de esos acontecimientos trágicos nos afectan a todos o a nuestras familias de una forma u otra.

El libro de Job nos recuerda que los problemas no pueden evitarse: «Pero como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción» (5:7). Cualquiera que intente crear un mundo de fantasía en el que todo sea perfecto está expuesto a sufrir un profundo pesar. Desdichadamente, la anticipación de las penas y los problemas a menudo ensombrece nuestras mayores alegrías. Quizás esa sea la razón por la que las Escrituras muestran a Jesús llorando, pero ni una vez riéndose. Tal vez sí se rió en alguna ocasión, pero creo que su felicidad se hubiera visto opacada por la tristeza sobrecogedora que sentía a causa del pecado.

En algún momento de nuestra vida, en un determinado grado u otro, todos tendremos que mirar al sufrimiento justo a los ojos. Por eso tenemos que comprender la manera de hacerle frente. Job atravesó algunas de las pruebas más duras que uno pueda imaginarse: Perdió a sus hijos y a su ganado, y su cuerpo se vio aquejado por furúnculos dolorosos. Y lo peor, se quedó solitario con una esposa que no le ofrecía comprensión alguna. Sin embargo, en mi opinión, la persona que probablemente haya tenido que hacer frente a la prueba más difícil que cualquier ser humano pudiera atravesar jamás fue Abraham.

En Génesis 22 se describe la prueba inimaginable que Dios le hizo pasar a Abraham. Pienso que podemos aprender mucho del ejemplo de Abraham. «Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto

sobre uno de los montes que yo te diré» (vv. 1-2).

Esta petición no encajaba en la teología de Abraham. No había ningún precedente de sacrificio humano en el pacto de Dios. Esa era una práctica pagana. Ningún hijo de Dios jamás ofrecería en sacrificio a uno de su propia especie. Además, Isaac era el hijo de la promesa. Dios había tocado las entrañas muertas de Abraham y Sara y les posibilitó engendrar un hijo que sería parte integral en el cumplimiento del pacto de Dios con Abraham.

¿Por qué pediría Dios un sacrificio humano si Él jamás había exigido uno antes? Hacerlo representaría la antítesis de todo lo que Abraham sabía que era cierto con respecto a Dios. ¿Por qué llegaría Dios tan lejos en sus milagros para posibilitar a una mujer engendrar un hijo al que luego Él pediría que mataran? ¿Por qué le haría Dios una promesa a Abraham de que iba a ser el padre de muchas naciones (Gn. 12:1-3) para después matarle a su único hijo? La idea resultaba grotesca. Toda esperanza de progenie y de promesa moriría. Además, esto asestaría un golpe a la fidelidad de Dios con respecto al pacto.

Lo que la convierte en la prueba inimaginable más difícil no era que Isaac iba a morir, sino que Abraham tendría que matarlo con sus propias manos. Una cosa es que un ser amado muera y otra bien distinta es que le digan a uno que tiene que matarlo. Si alguna vez hubo una orden de Dios que fuera merecedora de una extensa polémica, era esta. Podríamos esperar que Abraham dijera: «Esto no tiene sentido. No puedo hacerlo. ¿Podría explicarme qué tiene en mente?»

Lo que sucedió fue lo siguiente: «Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo. Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos. Entonces dijo Abraham a sus siervos: Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros. Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos. Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos» (vv. 3-8).

Abraham, sin cuestionar a Dios ni discutir con Él, obedeció inmediatamente a su petición. Demostró ser poseedor de una fe asombrosa al

decirle a sus siervos que tanto él como su hijo regresarían y al decirle a su confiado hijo que Dios proveería el sacrificio. Creo que Abraham, en el fondo, sabía que Dios tenía algo en mente que concordaba con su carácter y su pacto.

«Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo» (vv. 9-10).

¡Qué fe tan increíble! Ahora puede comprender la naturaleza de la fe que Dios cuenta como justicia (Gn. 15:6) y por qué Pablo identificó a Abraham como el padre de los creyentes (Ro. 4:11-12). Además de Cristo, él es uno de nuestros ejemplos más grandes de confianza en Dios. Él es el epítome de la sumisión y la obediencia ante la voluntad de Dios a cualquier precio. Dios honró eso, como nos muestran los siguientes versículos.

«Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único» (vv. 11-12).

Esta fue una prueba para determinar si Abraham obedecería a Dios, y él la aprobó. Este relato muestra que podemos ser puestos a prueba con respecto a las cosas más queridas y cercanas a nosotros. Puede que tengamos que ofrendar a nuestros propios Isaaces (a quienes más amamos) y dárselos al Señor. Ponemos de manifiesto nuestra fe al desprendernos de ellos de la manera en que Dios quiere que se haga y no necesariamente de la manera en que queremos nosotros. Al Abraham estar dispuesto a desprenderse de Isaac sin importarle cuánto lo quisiera, demostró que no era posesivo. Abraham lo rindió a la voluntad de Dios porque estaba listo para hacer cualquier cosa que Dios le pidiera.

Todos nos enfrentamos a muchas pruebas en la vida, pero no puedo imaginarme el pasar por una prueba como la que Abraham pasó. Su obediencia requirió una cantidad de abnegación tremenda y por consiguiente, fue de un elevadísimo grado de excelencia. Abraham pasó la prueba. Esto se confirmó cuando el ángel del Señor le dijo: «ya conozco que temes a Dios» (v. 12). Abraham reverenció a Dios al más elevado precio.

En Hebreos capítulo once aparece el comentario de esta prueba que Abraham pasó. En él nos enteramos de lo que le posibilitó a Abraham pasar

tal prueba: «Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir» (vv. 17-19). Abraham estuvo dispuesto a obedecer a Dios porque creía que Dios podía resucitar de entre los muertos, aunque nunca antes había visto resucitar a un muerto. Creía que Dios era tan fiel a su Palabra y su carácter que si había hecho una promesa, hasta resucitaría a un muerto para cumplirla.

La historia de Abraham nos narra que un hombre puede atravesar la prueba más severa de la vida que se pueda imaginar si de verdad confía en Dios, si cree que Él cumplirá su promesa y logrará sus propósitos sin cometer errores. ¿Es de asombrarse que él sea el modelo de fe humano más grandioso? En Gálatas 3 dice: «Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham... los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham» (vv. 7, 9). Todo el que viva por fe en Dios es, en sentido espiritual, hijo de Abraham. Él es el padre de los creyentes.

Tenemos que percatarnos de que Dios nos permitirá atravesar pruebas, y que lo que nos sostendrá en medio de dichas pruebas es nuestra confianza en Dios y que Él hace que todas las cosas ayuden en pos de su propio propósito sagrado (Ro. 8:28). Sé que todos soñamos con un ambiente de confort y tranquilidad perfecto. Aunque cualquier descanso temporal de las pruebas puede llevarnos a pensar que hemos logrado librarnos permanentemente de ellas, nuestra vida en la tierra jamás estará libre de pruebas. David reflejó esa verdad cuando dijo: «En mi prosperidad dije yo: No seré jamás conmovido» (Sal. 30:6). Podemos vivir en un paraíso de tontos sin jamás prever ningún problema y prediciendo un futuro de tranquilidad, pero eso es una fantasía. Cristo advirtió a sus discípulos y a todos los que siguen sus pasos que esperaran pruebas en esta vida (Jn. 15:18—16:4, 33).

El puritano Thomas Manton subrayó en cierta ocasión que Dios tuvo un Hijo sin pecado, pero no tuvo ninguno sin cruz. Como cristianos, podemos estar seguros de que nos sobrevendrán pruebas. En el Salmo 23:4 dice: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo». Ahí radica nuestra confianza: Triunfaremos sobre las pruebas mediante la presencia de Dios.

Las pruebas nos sobrevendrán, pero la gracia de Dios nos llegará cuando la

necesitemos. Nos llega para diferentes propósitos:

Las pruebas verifican la fortaleza de nuestra fe

Hay una gran ilustración de cómo las pruebas muestran la fortaleza de nuestra fe en 2 Crónicas 32:31: «Dios lo dejó [al rey Ezequías], para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón». A Dios no le hacía falta poner a prueba lo que Ezequías albergaba en su corazón; ya lo sabía por ser omnisciente. Dios nos pone a prueba para que nosotros podamos averiguarlo. Él nos ayuda a realizar un inventario espiritual dentro de nosotros mismos al ponernos pruebas en nuestra vida para mostrarnos la fortaleza o la debilidad de nuestra fe. Si en este momento usted está atravesando una prueba y está enojado con Dios y se pregunta por qué le está pasando eso, ello constituye una buena señal de que su fe es débil. Por otra parte, si usted se apoya y se alegra en Dios y deja la prueba en manos de Él, entonces usted tiene una fe fuerte.

Tenemos que estar agradecidos por nuestras pruebas porque nos ayudan a revisar nuestra fe. Eso resulta muy útil porque mientras más fuerte sea mi fe, más probabilidades tengo de ser útil a Dios.

Cuando Habacuc se enfrentó a la amenaza de que los caldeos fueran a exterminar a su pueblo, así y todo pudo alegrarse en el Señor: «Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, el cual hace mis pies como de ciervas [cabras monteses], y en mis alturas me hace andar» (3:17-19). En medio de este misterio insoluble de por qué Dios permitía que los malvados continuaran, el profeta reconoció la soberanía y la sabiduría de Dios y fue fortalecido.

Por causa de su prueba, Job reconoció ante Dios: «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (42:5-6). Job confesó su pecado de haber cuestionado la sabiduría y la soberanía de Dios cuando las pruebas que enfrentó pusieron al descubierto las debilidades de su fe.

Las pruebas nos Humillan

Las pruebas nos recuerdan que no debemos tener tan buena opinión de

nuestra fortaleza espiritual. Esto se ve reflejado en el testimonio de Pablo en 2 Corintios 12:7: «Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera». Dios le confirió el poder de hacer milagros y revelar la nueva verdad. Esos dones singulares pudieron haberlo enorgullecido. Dios utilizó esa prueba para que Pablo tuviera que depender de Él humildemente. Dios permite que las pruebas aparezcan en nuestra vida para mantenernos humildes, en especial cuando hemos sido bendecidos con una posición de servicio espiritual. Las pruebas evitan que nos confiemos de nuestra fortaleza espiritual.

Las pruebas nos alejan de las cosas materiales

Mientras más vivimos, más acumulamos (más muebles, más autos y más inversiones) y puede que experimentemos un éxito superior o mayores oportunidades de viajar. Sin embargo, a pesar del aumento de los bienes materiales y los placeres mundanos, esas cosas tienden a tener cada vez menos importancia en la vida de los cristianos. Probablemente, hubo una época en la que pensaba que esas cosas eran lo que más deseaba, pero ahora se da cuenta de que ellas son incapaces de resolver las ansiedades, las heridas y los problemas más complicados de la vida.

Cuando le sobrevienen pruebas y busca apoyo en esas cosas materiales, se da cuenta de que no sirven de nada, de que no significan absolutamente nada. De ahí que las pruebas pueden alejarlo de las cosas materiales en la medida en que estas últimas demuestran su incapacidad total para resolver cualquier problema o proporcionar algún recurso en época de estrés.

En Juan 6, «alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer» (vv. 5-6). La respuesta de Felipe partió de un punto de vista material, ya que comentó que él y los demás discípulos no tenían suficiente dinero para dar de comer a tal multitud (v. 7). Jesús quiso ver si Felipe recurría a los recursos materiales o a Él para hallar la respuesta. Una vez que quedó claro que los discípulos eran incapaces de satisfacer la necesidad, Jesús prosiguió con una demostración de su poder milagroso e hizo que la fe de ellos en Él creciera.

Moisés había sido criado como príncipe de Egipto en la casa de Faraón. Como miembro de la familia real, recibió la mejor educación y alcanzó la

cima de la sociedad egipcia en lo que respecta a riqueza, honor y confort. Pero Hebreos 11:26 nos dice que él consideraba que los sacrificios que hizo para identificarse con los propósitos de Dios eran «mayores riquezas… que los tesoros de los egipcios». Había apartado la vista de todas las cosas materiales que tenía a su alcance y había comenzado a preocuparse por las pruebas de su pueblo, al cual el Señor utilizó para alejarlo de esos placeres pasajeros.

Las pruebas nos llaman a esperanza eterna

Las pruebas que atravieso en mi vida acrecientan la expectativa que siento por el cielo. Al igual que las pruebas crean un desinterés creciente por el mundo pasajero, así crean un mayor deseo, por ejemplo, por reunirme con algún ser querido que ya partió para estar junto al Señor. Si las personas que más quiere en la vida se encuentran en la presencia de nuestro amado Salvador, y ha empleado su tiempo y su dinero en las cosas eternas, no tendrá muchas cosas que le aten a este mundo pasajero.

En Romanos 8, Pablo dijo: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios... nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos» (vv. 16-19, 23-24).

Las pruebas fijan nuestras expectativas en cosas superiores, en las verdades y la realidad divinas. A eso se refirió Pablo cuando dijo: «Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Co. 4:16-18). Las pruebas aumentan nuestras expectativas por lo eterno. Nos ayudan a añorar la ciudad eterna en los cielos.

Puede que se pregunte cómo Pablo asumió esa clase de postura. En los versículos 8 al 10 él dijo: «Estamos atribulados en todo… en apuros… perseguidos… derribados… llevando en el cuerpo siempre por todas partes la

muerte de Jesús». Pablo tenía tantos problemas que no resulta asombroso que no le gustara el mundo y prefiriera estar en la gloria.

Las pruebas revelan lo que en realidad amamos

Aparte de Dios, nada podía ser más preciado para Abraham que su hijo Isaac. Sin embargo, en eso consistió la prueba: Averiguar si él amaba a Isaac más que a Dios. Las pruebas verifican nuestro amor por Dios viendo cómo reaccionamos ante ellas. Si amamos de manera suprema a Dios, le agradeceremos a Él por lo que logra mediante ellas. Sin embargo, si nos amamos a nosotros mismos más que a Dios, cuestionaremos la sabiduría de Dios y nos sentiremos molestos y amargados. Si hay algo para nosotros más querido que Dios, Él debe apartarlo para que podamos crecer espiritualmente.

En Deuteronomio 13:3, Moisés advirtió a los israelitas con respecto de seguir a falsos profetas cuando dijo: «no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma». El Señor nos pone a prueba para ver si verdaderamente lo amamos tanto como decimos.

En Lucas 14:26-27, Jesús dijo: «Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo». Jesús no dice que tenemos que odiar a todo el mundo. Más bien quiso decir que si no ama a Dios al punto de, si fuera necesario, desprenderse voluntariamente de su padre, de su madre, de su cónyuge, de sus hijos, de su hermano, de su hermana o incluso de su propia vida, usted no ama a Dios de manera suprema. Usted debe decidir si hace o no la voluntad de Dios en primer lugar sin importarle lo que los demás digan. En el caso de Abraham, vimos a quién amaba más. Abraham amó a Dios más que a su único hijo.

Las pruebas nos enseñan a valorar las bendiciones de dios

La razón materialista nos enseña a valorar el mundo. Nuestros sentidos y emociones nos instan a valorar el placer. El mundo nos dice que la vida es simplemente la que se vive aquí y ahora, por lo que debemos disfrutarla a toda costa. Sin embargo, la fe nos dice que valoremos la Palabra de Dios, la obedezcamos y recibamos su bendición. Las pruebas nos muestran las

bendiciones de la obediencia. Cuando obedecemos la voluntad de Dios en medio de una prueba, somos bendecidos.

En el Salmo 63:3, David dice: «Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán». Jesús es el ejemplo perfecto de alguien que fue bendecido gracias a su obediencia. Hebreos 5:7-9 dice que Cristo «en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen». Esto es una referencia al sufrimiento de Jesús en el huerto de Getsemaní (Lc. 22:39-44). En Filipenses 2:8-9 se hace mención del resultado de su obediencia: «se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo».

Las pruebas nos hacen sufrir para que podamos obedecer y luego recibir la bendición completa de Dios. En la medida en que aprenda a obedecer a Dios, experimentará el júbilo de dicha bendición.

Las pruebas nos permiten ayudar a los demás en su sufrimiento

A veces, cuando el sufrimiento nos sobreviene, es posible que no tenga otro propósito que el capacitarnos para que podamos socorrer a los demás en su sufrimiento. En Lucas 22:31-32, Jesús le dijo a Pedro: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos».

En Hebreos 4:13-16 se nos dice que Jesús es capaz de ayudar a todo aquel que venga a Él porque Él ha atravesado todas las pruebas por las que nosotros hemos pasado. Eso es lo que lo convierte en un sumo sacerdote misericordioso.

Pasamos las pruebas con el objetivo de consolar a los demás (cf. 2 Co. 1:3-4). Resulta maravilloso que Dios nos permita aprender a enseñar a los demás mediante nuestra experiencia.

Las pruebas generan resistencia y fortaleza

Thomas Manton dijo que mientras todo esté tranquilo y cómodo, vivimos por los sentidos en vez de por la fe. Pero la valía de un soldado no se puede apreciar en tiempos de paz. Uno de los propósitos de Dios con las pruebas es darnos mayor fortaleza. Al atravesar una prueba, los músculos espirituales (la

fe) se ejercitan y se fortalecen para cuando llegue la siguiente prueba. Esto significa que usted estará listo para enfrentarse a enemigos más grandes y para soportar obstáculos mayores, haciéndose así cada vez más útil para el Señor. Y mientras más útil sea, más llevará a cabo la voluntad de Dios en el poder de su Espíritu, para la gloria de Él.



20 de julio de 1986

07_Tornar en fáciles las decisiones difíciles

Pasajes escogidos

La semana que John predicó este sermón, los estados del sur estaban sufriendo una gran sequía y record de altas temperaturas. El domingo anterior un terremoto de 5,3 grados había sacudido Oceanside, California. Esa semana varios misioneros habían sido secuestrados por los terroristas islámicos en el sur de Filipinas.

John había estado de gira ministerial desde mediados de junio y solamente había regresado al púlpito por un domingo en la noche. Al día siguiente su ministerio lo llevaría nuevamente fuera del estado por otro mes completo. Así que en lugar de retomar la serie de Santiago, prefirió predicar este mensaje especial e inusual, pues atañe temas prácticos, utilizando un método temático más que expositivo.

La popularidad de este mensaje se ha mantenido por más de veinte años por la claridad con la que John explica principios bíblicos que nos ayudan a distanciarnos del legalismo por un lado y del libertinaje por el otro. El bosquejo es memorable y el título un juego de palabras ingenioso. Este sermón recoge respuestas a unas cuatro, al menos, de las preguntas más comunes que inevitablemente surgen en las sesiones de preguntas y respuestas.

BOSQUEJO

— CONVENIENCIA: ¿Esto será espiritualmente provechoso?
— EDIFICACIÓN: ¿Esto me edificará?
— EXCESO: ¿Esto me atrasará en la carrera?
— ESCLAVITUD: ¿Esto me pondrá en esclavitud?
— EVASIVAS: ¿Esto encubrirá hipócritamente mi pecado?
— EXTRALIMITACIÓN: ¿Esto violará el señorío de Cristo en mi vida?

— EJEMPLO: ¿Este ejemplo será de ayuda a otros cristianos?
— EVANGELISMO: ¿Esto conducirá a otros a Cristo?
— IMITACIÓN: ¿Esto será coherente con la imagen de Cristo?
— EXALTACIÓN: ¿Glorificará esto a Dios?



SERMÓN

Quiero compartir algunos aspectos muy prácticos de mi vida a manera de tornar en fáciles las decisiones difíciles. Voy a agrupar aspectos prácticos de la Palabra de Dios, pero antes de hacerlo les propongo una pequeña introducción.

La Biblia es bien explícita en lo referente al pecado. No hay razón para cuestionar lo que Dios prohíbe. Podemos recorrer el Decálogo, los Diez Mandamientos, donde Dios presenta aquello que Él no permite. Hay otras cosas que Dios nos manda a hacer y a no hacer. Nosotros no estamos en oscuridad acerca del pecado. Los mandamientos expresamente explicados en las Escrituras son muy claros. Sabemos lo que es malo. Sabemos lo que es bueno con relación a muchas cosas porque Dios nos ha dado una palabra muy clara.

Entonces, no trataré de hablar acerca de lo que está en la Escritura explícitamente como bueno y explícitamente como malo, más bien quiero hablar sobre lo que cae en el centro de ambos extremos, porque estos son los temas que realmente plantean los problemas difíciles cuando enfrentamos la toma de decisiones. Si alguien les propusiera la posibilidad de mentir, estafar, robar, matar, cometer adulterio o codiciar es obvio que no es aceptable. Si alguien le propone leer la Biblia, orar, testificar o predicar al Señor Jesucristo y su palabra a alguno que necesita escucharla, obviamente esto es bien aceptado.

¿Pero que hay de esos temas de los cuáles la Biblia no habla explícitamente que no se consideran claramente como buenos o malos? Es una categoría larga. Por ejemplo algunas personas dicen que hay ciertos alimentos que debemos comer y ciertos alimentos que no debemos comer. Hay algunos hoy día que quieren atar a los creyentes a una ley dietética veterotestamentaria. Ellos afirman que la espiritualidad verdadera es primordial para lo que usted come. Ellos dirían que si usted come carne de cerdo o cualquier otra cosa que no está autorizada por la ley del Antiguo Testamento, usted comete pecado.

Otras personas afirman que los cristianos pueden tomar ciertas bebidas y otras no. Si toma de las bebidas prohibidas, es pecaminoso; pero otras bebidas no lo son. Las Escrituras abordan estos temas muy ampliamente, pero no proveen una prohibición específica acerca de qué debemos o no debemos

tomar.

Algunas personas piensan que el deporte es pecaminoso. Algunos de ustedes no consideran que es pecado, lo consideran un dios. Lo reverencian y veneran...cada vez que pueden. Algunos piensan que la televisión es pecado. Si tienes un televisor, tú no eres espiritual. Bueno, es cierto que algunas personas que ven televisión están como zombis ¡clavan los ojos en el televisor! No importa qué pasa, aun un patrón de prueba despierta sus fantasías y estarían mirándolo hasta que se gasten los fusibles.

Hay algunos que creen que si usted va a un cine ha cometido pecado. Si usted entra a un teatro está participando en la inmoralidad. Está aportando dinero a la impía industria cinematográfica. Otros afirman que el cine es sólo una diversión. Es entretenido y relajante; usted puede ver la belleza en la visión del cineasta.

Muchos creen que si usted el domingo hace algo diferente de ir a la iglesia o leer la Biblia, ha caído en pecado. Pero no es así. Cuando yo era un chico joven y me criaba en la costa este de Filadelfia, los domingos no me permitían hacer nada que se pareciera siquiera a la recreación. Llegábamos a casa vestidos con nuestros pequeños trajes Lord Fauntleroy, con cuellos duros pequeños y corbatas pequeñas y nos sentábamos en el sofá todo el día. Usted no podía leer historietas, no podía leer la página deportiva, no podía ver televisión, no podía salir al patio y jugar a las atrapadas, no podía dar un paseo. Era algo triste para nosotros. El único pecado que podíamos cometer, y podíamos cometerlo todo lo que quisiéramos, era el pecado de la glotonería. Podíamos engullirnos a nosotros mismos los domingos. La mayoría de las mujeres pasaba toda la mañana inventando estas comidas tremendas por las que pecábamos toda la tarde pero no podíamos luego rebajar. Teníamos que aguantar las consecuencias de nuestro pecado. Pero ese pecado era tolerable. En muchos círculos evangélicos hoy día todavía lo es.

Regresando; me permitían jugar cartas, siempre y cuando las cartas no tuvieran impresos el comodín, las espadas, el trébol y el diamante. Si tenían cualquier otra cosa menos esos símbolos no había problema, pero si alguno de esos símbolos estaba en ellas eran pecaminosas. Ninguna persona que se respetara tomaría alguna vez una carta y vería alguno de aquellos símbolos en ellas, sin dejarlas inmediatamente por miedo a cometer pecado. Entonces podía jugar al «Hoyo» y gritar, vociferar y lanzar cosas, todo eso estaba bien menos mirar lo que estaba en las cartas. Además de las cartas, algunos creen

que ciertos juegos son pecaminosos. Juegos como el «Monopolio» enseñan el materialismo. Debió haber existido un juego llamado «Humildad y Pobreza» para aquellos que realmente querían aplicar la espiritualidad a su vida recreativa.

Muchas personas creen que es pecaminoso poner pitillos de tabaco en su boca, prenderles fuego y echar humo a través de su nariz. En el sur donde se cultiva el tabaco, no es común ver a diáconos de las iglesias fumando. Por supuesto, no estoy hablando de los daños a la salud inherentes al tabaco, sino que no está prohibido en las Escrituras.

Otros dicen que si su cabello está muy largo es pecado. Si está muy corto, no es pecado a menos que este realmente muy corto, porque podría aparentar que es homosexual. Así que usted necesita encontrar un punto intermedio en el que no este pecando con ninguno de estos dos largos.

Hay personas que consideran que algunos estilos de ropa son básicamente el reflejo de una sociedad pecaminosa. Yo no entiendo las modas de hoy. Personalmente creo que Dios es simétrico. A Él le gusta el balance. Veo ropas hoy día que no siguen la simetría. Pero esa es mi opinión, como que me gusta tener un bolsillo en ambos lados de mi camisa ¿qué puedo decir?

Algunas personas sienten que ciertos estilos de música son pecaminosos. La música rock es pecaminosa y yo incluso puedo estar de acuerdo con eso. Para muchos, la música country y la música del oeste definitivamente son sagradas. Ellos no están escuchando las letras.

Algunos no tienen problemas con que chicos y chicas naden juntos. Hay algunos, muchos del sur, que creen que es pecado. Ellos lo llaman «baño mixto» y está prohibido.

Hay muchos temas como estos que sólo he mencionado que la Escritura no trata en particular. Esto quiere decir que nosotros tenemos que tomar algunas decisiones. La manera más fácil es confeccionar una lista de reglas. Crear sencillamente un comité en conjunto y dejarlos decidir a ellos acerca de lo que es bueno o malo. Nosotros entonces viviríamos a partir de esas reglas. Si usted guarda las reglas, usted es espiritual. Si usted no guarda las reglas, usted es carnal. Esta es la solución fácil.

Como cristianos necesitamos conocer cómo tomar decisiones sobre este tipo de asuntos. Nos enfrentamos a estos dilemas cada día de nuestras vidas. ¿Cómo debemos decidir? Yo les voy a proveer de unos cuántos principios. Los principios que uso en mi propia vida. Me senté un día y los escribí, son el

producto de mi experiencia propia. Esto es lo que me pregunto a mí mismo periódicamente siempre que tengo que tomar una decisión que no aparece en blanco o negro en la Escritura. Mientras más pronto aprenda a aplicar estos principios, más disfrutará su experiencia espiritual y comprenderá lo que es ser libre en Cristo y a la vez sometido a su propósito perfecto.

CONVENIENCIA: ¿Esto será espiritualmente provechoso?

En 1 Corintios 6:12 dice: «Todas las cosas me son lícitas». Permítanme hacer la distinción diciendo esto: todo lo que no es ilícito es lícito. Hay algunos temas en la Escritura de los que ya se dice que son ilícitos o lícitos. Él no está hablando de estos. Se refiere a que todas las cosas que no son ilícitas son lícitas. Todas las cosas en ese terreno neutro, que no incluyen el área moral, son lícitas para mí. El verso 12 continúa: «mas no todas convienen». El término griego para «convienen» significa «para mi ventaja». Si determinadas conductas no son para mi ventaja espiritual, ellas no me convienen.

Yo me hago a mí mismo la pregunta que Pablo presenta justo aquí: ¿Mi vida espiritual se reforzará por yo hacer estas cosas? ¿Esto fomentará la santidad? Esta es una pregunta justa. ¿Esto será provechoso para mí? ¿Esto será bueno para mí?

Hay muchas cosas que usted hace que no son malas. Por ejemplo dormir no es malo; dormir es bueno. Yo trato de hacerlo ahora y luego me gustaría hacerlo más de lo que soy capaz. No hay nada malo en dormir; no hay nada malo en dormir hasta tarde. ¿Alguna vez esperó con ansias una mañana en la que pudiera dormir hasta tarde? Seguro que lo hizo. A veces podría ser la mañana del domingo y el Señor podría castigarlo por ello. Todos nosotros buscamos esos momentos en los cuales poder quedarnos en la cama. Pero ese asunto bueno de quedarnos en la cama y acumular la fuerza física, si se hace con mucha frecuencia, no será de su provecho espiritual porque cultivará la pereza. Quedarse solo, en la cama, no es malo; pero crea un hábito de entorpecimiento. Entonces, si llegamos al extremo, no es de beneficio.

En la vida muchos temas son similares. Cualquiera que sea, usted necesita preguntarse a sí mismo ¿esto será de beneficio espiritual? ¿Será para mi beneficio? ¿Fomentará la santidad? Usted no desea analizar su vida con una actitud de «lo puedo hacer y me saldré con la mía». Usted desea la perspectiva de vida que pregunta: «¿Puedo hacer esto e incrementar mi santidad?» ¿Será esto espiritualmente provechoso? Llamemos a este principio *conveniencia.* ¿Es

conveniente para mi beneficio espiritual?

EDIFICACIÓN: ¿Esto me edificará?

El primer principio analiza el tema por separado: ¿esto será conveniente para mi espiritualidad? La segunda pregunta es: ¿esto me pondrá en el camino a una mayor madurez espiritual? En 1 Corintios 10:23 dice: «Todo me es lícito, pero no todo conviene». Este es el mismo pensamiento que el anterior: todo lo que no es ilícito es lícito. Todas las cosas que no son malas en sí mismas son lícitas para mí. Entonces Pablo dice: «todo me es lícito, pero no todo edifica» (v. 23).

Por tanto me pregunto a mí mismo: ¿Esto me edificará? La palabra griega traducida como «edifica» es *oikodomē*, que significa «construir una casa». ¿Hacer esto añadirá a mi vida aquello que incrementará mi estabilidad espiritual, fuerza y madurez? En 1 Corintios 14:26 dice: «Hágase todo para edificación». Pablo dice en 2 Corintios 12:19: «Delante de Dios en Cristo hablamos; y todo, muy amados, para vuestra edificación». En 1 Corintios 9 Pablo dice: «¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene… golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre» (vv. 24-25, 27). El idioma griego que Pablo utiliza indica que él mantendrá su cuerpo subyugado, que golpeará su cuerpo duramente y a sí mismo se hará un moretón en un ojo (si así lo prefiere) con el propósito de mantener su cuerpo bajo control de manera que todo lo hecho sea para la edificación propia.

Francamente, muchos de nosotros somos esclavos de los deseos de nuestro cuerpo. Básicamente respondemos a cualquier impulso físico que hay en él. En cuestión de control propio y autodisciplina hay varios elementos clave. Para ser una persona autodisciplinada usted tiene que ejercitarse a sí mismo en la disciplina. Yo utilizo un montón de ideas pequeñas y prácticas para ayudar. Entre otras cosas, siempre hago las tareas más difíciles primero. Esto le ayuda a aprender la autodisciplina. Otra idea que siempre me ayuda es ser siempre puntual. Para hacer esto usted tiene que ordenar los diferentes elementos de su vida de manera que pueda estar en el sitio correcto en el momento correcto. Eso es el control e indica que usted puede tirar diversas piezas juntas e ingeniárselas. Otra idea que me ayuda es aprender a decir no cuando usted tiene todo el derecho a decir sí. Cuando usted tiene todo el

derecho a salir fuera a comer, a disfrutar una suculenta comida y repletarse con un fresco helado de caramelo y sencillamente decir no para informar a su cuerpo que usted aún está al control. Esto cultiva el autocontrol. Cuando usted controla sus deseos con su mente espiritual, usted ejercita los músculos correctos al entrenarse usted mismo para la santidad.

Entonces, me pregunto a mí mismo ¿si hago esto, servirá para mi edificación? ¿Me fortalecerá? ¿Me moverá en semejanza a Cristo y a una mayor madurez espiritual? Llamemos a este el principio de la *edificación*. Por tanto primero vimos el principio de la conveniencia y ahora el de la edificación.

EXCESO: ¿Esto me atrasará en la carrera?

Si estoy corriendo para ganar el premio, entonces tengo que preguntarme a mí mismo: ¿Este acto me atrasará? Hebreos12:1 dice que estamos en la carrera de la fe. Hebreos11 describe una gran cantidad de personas que vivieron por fe y son testimonio vivo de la validez de vivir por fe. Ellos son la nube de testigos que nos insta a vivir por fe (12:1). Cada uno se presenta de esta manera: «Por la fe Abel», «Por la fe Enoc», «Por la fe Noé», «Por la fe Abraham», «Por la fe la misma Sara», «Por la fe Jacob», y así continua con Isaac, José y Moisés (11:4, 5, 7, 8, 11, 20, 21, 22, 23). El capítulo continua diciendo «Por la fe cayeron los muros de Jericó», «Por la fe Rahab la ramera», seguido por Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas (vv. 30-32). Todos estos hombres y mujeres vivieron por fe.

Con tantas personas testificando de la importancia de la vida de fe, nosotros también tenemos que vivir por fe, para correr la carrera de la fe. Para hacerlo exitosamente: «despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios» (12:1-2).

Lo que quiero que noten es: «despojémonos de todo peso y del pecado». Entonces ¿a qué conclusión llega a partir de esto? El peso es diferente del pecado.

Tenemos que dejar atrás el pecado y tenemos que dejas atrás el peso. ¿Cuál es la diferencia? Participar en esta carrera (gr. *agon*, de la que tenemos la palabra «agonía»), esto demanda; la vida dura de fe requiere determinación,

perseverancia y autodisciplina. Para hacerlo así debemos dejar a un lado todo peso y también el pecado.

La pregunta es: ¿A qué se refiere «todo peso», toda carga? La palabra griega es *onkos* significa sencillamente «bulto». No es el pecado; son sencillamente bultos inútiles, cosas que nos agobian, nos distraen de nuestras prioridades, captan nuestra atención, absorben nuestra energía y hacen decaer nuestro entusiasmo por las cosas de Dios.

Por ejemplo, utilicemos a un atleta que va a competir en los cien metros planos en un evento de categoría mundial. Déjeme decirle que antes de correr en la carrera de cien metros, él salió y se emborrachó y cometió pecado de disipación y entonces trató de correr. Él estaría corriendo sin rechazar su pecado. Él pecó contra su propio cuerpo y absorbió sus fuerzas. Ahora, vamos a asumir que él entrenó perfectamente, hizo todo lo que se suponía que debía hacer durante la preparación, estaba en su óptima forma física, en su entrenamiento todo estaba como debiera, su vida moral estaba limpia, él no disipó su cuerpo, sin embargo, decidió competir en botas de combate y con un abrigo de lana. Esto no sería pecaminoso, pero sí sería bastante estúpido. Esto sería un bulto innecesario.

Déjeme ponérselo más claro. ¿Es pecaminoso salir con su esposa la noche del sábado, tener una cena tarde, darse un buen atracón y entonces dar una vuelta, sentarse en la playa frente a la luna y decirle a su esposa lo mucho que la ama, luego regresar a casa a la dos en punto de la madrugada? ¿Es pecaminoso? No. Esposas, algunas de ustedes están diciendo: «Ojalá mi esposo hiciera eso». Déjeme añadir otra dimensión. Usted tiene una reunión de oración a las ocho en punto en la mañana del domingo, además tiene que enseñar la palabra de Dios a las ocho y media. Su cena no fue una actividad pecaminosa, pero hay unos cuántos bultos innecesarios que impactarán lo que usted puede hacer la mañana próxima.

Hay algunas cosas en nuestras vidas que nosotros restringimos no por otra razón que porque ellas nos atrasan en la carrera. Es por esto que para mí la noche del sábado es un tiempo sagrado. Es un tiempo de «hacer nada». Puedo recordar cuando mis hijos jugaban fútbol. Recuerdo los juegos de fútbol en la noche del sábado. Yo hubiera ido y me hubiera metido completamente en el asunto. De hecho lo hago, considerando que jugué mucho y me encanta el juego. Así que viendo a mi hijo mis emociones se levantan exaltadas. Luego regresas a casa y continúas jugando una y otra vez en tu mente. También está

la posibilidad de que tu hijo se haya lesionado, como le ocurrió a Mark en una ocasión. Su pierna se rompió. Realmente su fémur derecho se cortó en la parte de la placa cartilaginosa. Así que ahí está la familia en el hospital por media noche y yo tengo que levantarme al otro día y predicar la Palabra de Dios. Esta muy lejos de ser fácil dejar sus emociones y sus pensamientos detenidos en el canal equivocado.

Por supuesto que no es pecado ver a su hijo jugar fútbol, a menos que usted piense que el fútbol es un pecado. Pero el punto es que usted no quiere añadir a su vida bultos innecesarios. No necesita cargarse a sí mismo con estas cosas, usted quiere deshacerse de ellas.

Hay bastantes tipos de bultos: el legalismo, el ceremonialismo y la pérdida inútil de tiempo que absorbe su energía y desordena sus prioridades. Entonces necesita hacerse una pregunta simple: ¿esto me atrasará en la carrera espiritual? Cualquier cosa que afecte mi efectividad en el servicio a Cristo, no lo haré. Llamemos a este el principio del *exceso*.

ESCLAVITUD: ¿Esto me pondrá en esclavitud?

En 1 Corintios 6:12 dice: «Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen. Todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna». En otras palabras, no me someteré al poder de ninguna, no permitiré que nada me domine.

No debemos permitir nunca que un aspecto no moral nos domine. Especialmente cuando consideramos lo que dice el Salmo 8: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria…? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: Ovejas y bueyes, todo ello, Y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar» (vv. 4-8). Sin embargo, ¿no es asombroso cómo el hombre cede su soberanía a cosas pequeñas? ¿Cuántos hombres se han convertido en herramientas completas porque no pueden controlar el producto de su viña? ¿Cuántos terminan muertos porque no pueden hacerle frente al tabaco? ¿Cuántos dejan que un televisor, lo cuál no es más que un puñado de cables conectados a una caja que el hombre inventó, dirija sus vidas totalmente? Entonces la televisión es un monarca, es soberana y el hombre no es sólo un esclavo de ella. Las drogas, descubiertas por el hombre para el beneficio de aquellos que las necesitaban, se han convertido en las dueñas de muchos hombres y mujeres.

Hay muchas cosas que vienen de la creación que pueden esclavizarnos, las cuáles Dios diseñó para que nosotros las gobernáramos. Entonces me pregunto: ¿me pone esto a mí en esclavitud? Recuerdo particularmente a un predicador que ejercía como evangelista, quien finalmente tuvo que dejar el evangelismo porque estaba tan afectado con pérdidas de dinero en el golf que literalmente se llevó a sí mismo a la bancarrota. Él llegó al punto de jugar por trescientos o cuatrocientos dólares el hoyo, en un partido de golf. Hay muchas personas en este mundo controladas por una pelota pequeña y redonda.

Hay ciertas cosas que tienen inherentes a ellas la posibilidad de tomar el control de las personas. Yo veo que esto ocurre con ciertos tipos de música. Algunos jóvenes están dominados por cierta música. Hay personas que se quedan paralizadas si no pueden llegar a casa y ver la última telenovela. ¡Hay tantas cosas que nos pueden llevar a la esclavitud! Llamémosle el principio de *esclavitud*. Por tanto usted debe preguntarse: ¿Esto me esclavizará? ¿Tiene esto potencial para convertirme en su esclavo?

EVASIVAS: ¿Esto encubrirá hipócritamente mi pecado?

¿Estoy haciendo algo en nombre de la libertad cuando la verdad es que estoy complaciendo realmente mi propio pecado? Usted quiere decir: «Yo soy libre en Cristo, por lo tanto soy libre para disfrutar estas cosas». Usted es libre pero usted está encubriendo avidez o su deseo pecaminoso. Un hombre que va al cine y justifica su participación argumentando que él es libre en Cristo para ir, es ciertamente libre para hacerlo. Pero si él va con el propósito en su corazón de consentir sus propios deseos pecaminosos a través de lo que ve, está utilizando la libertad solamente como una capa sobre su pecado.

En 1 Pedro 2:16 dice: «no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo». En otras palabras, no cubras con un velo tus intenciones pecaminosas, se honesto contigo mismo. Pregúntate a ti mismo: ¿esto es algo que realmente beneficia mi espiritualidad y que es para mi provecho espiritual? ¿Esto es algo que me edifica? ¿Es algo que útil? ¿Es algo que no me llevará a la esclavitud o acaso estoy encubriendo mi deseo pecaminoso?

Los jóvenes dicen frecuentemente: «La Biblia no dice que no puedes bailar. David danzó ante el Señor». Bueno, él no danzó lo que la gente baila hoy día. ¿Qué tiene de malo el baile? Pregúntate a ti mismo: ¿estoy apoyando el baile porque sé que me edificará espiritualmente, porque sé que no es un bulto

innecesario, es muy importante para mi progreso espiritual y no hay manera de que pueda esclavizarme? O ¿quiero bailar por mi propio deseo sensual? Usted tiene que tratar con el motivo e inquirir con la cuestión real.

Gálatas 5:13 dice que es muy común cambiar la libertad por el libertinaje. Llamemos a este el principio de evasivas. Significa «mentir o falsificar». Muchas personas falsifican sus motivos para encubrir sus intenciones pecaminosas. El hombre que dice: «Dios hizo los caballos, así que soy libre para ir al hipódromo Santa Anita. Yo sólo voy allá y disfruto la creación de Dios. Los caballos corren y yo alabo al Señor». No obstante él está todo el día botando dinero en las apuestas. Lo que hay aquí es una capa de libertad puesta sobre la tapa de una intención pecaminosa que es apostar, que no es más que tomar la mayordomía que Dios le ha dado y lanzarla al aire. Por tanto necesitamos preguntarnos a nosotros mismos ¿esto hipócritamente encubre mi pecado? Este es el principio de *evasivas*. ¿Estoy falsificando un motivo real?

EXTRALIMITACIÓN: ¿Esto violará el señorío de Cristo en mi vida?

Ahora tomen este pensamiento básico: cada cristiano debe vivir en sumisión al señorío de Cristo. ¿Usted comprende esto? ¿Entonces entiende el segundo punto: no todos nosotros concordamos al cien por ciento acerca de lo que el Señor quiere que hagamos? Algunos piensan que el Señor dice que no debemos hacer algo en particular mientras otros piensan que el Señor dice que está bien. Lo que algunos piensan que el Señor ve como pecado otros piensan que Él lo ve bien.

No todos coincidimos acerca de aquello que el Señor quiere que hagamos. Algunos piensan que el Señor quiere que leas tu Biblia todas las mañanas de tu vida y si no lo haces, has pecado contra Dios. Hay personas que piensan que si usted no va a la iglesia el domingo en la mañana, el domingo en la noche y los miércoles en la noche a la reunión de oración, usted ha decaído espiritualmente. Otras personas no tienen ataduras en su conciencia para hacer esto. Ellos irán el domingo en la mañana, el domingo en la noche pero ya sea que van el miércoles en la noche o no, será un asunto de conveniencia. Hay algunas personas que quieren leer la Palabra cada vez que pueden, pero no tienen sus conciencias atadas a leerla cada mañana de su vida.

Hay quienes siguen el señorío de Cristo de diferentes maneras. En

Romanos 14:2 dice: «Porque uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres». Algunas personas son vegetarianas. Ellas creen que el Señor sólo quiere que coman hierbas. Pero alguien más dice: «Usted puede comer cualquier cosa que quiera». «El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido. ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme. Uno hace diferencia entre día y día» (vv. 3-5). Esta es una persona que quiere guardar el Sabat; hacer algo especial fuera del domingo. Él es lo que llamamos un «sabatiano». «Otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, lo hace para el Señor» (vv. 5-6). Aquel que no guarda el día, también lo hace para el Señor porque él cree que el Señor es el Señor de cada día. «El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios. Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos» (vv. 6-8). En otras palabras, cualquiera que sean las restricciones en la vida cristiana, él voluntariamente las cumple porque cree que eso es lo que el Señor quiere.

Siempre y cuando usted lo crea, entonces hágalo o no lo haga. Pregúntese a sí mismo ¿esto es algo que yo creo que el Señor querría? Este es un problema de conciencia. Usted dice: «Bueno ¿qué pasa si su conciencia está mal?» Sencillamente no viole su conciencia. Su conciencia sólo reacciona a la mente y si en su mente usted cree que algo es correcto, su conciencia lo impulsará o lo detendrá. Su conciencia es sólo el volante, la mente es el motor. El motor produce la acción, el volante conduce el comportamiento. La conciencia toma lo que está en la mente, conduce el volante como si fuera él y genera la conducta. Si usted viola su conciencia, usted mismo se va a entrenar para hacer el mal. A medida que su mente crece para entender mejor lo correcto, usted madurará en el Señor. Pero si usted mismo se ha entrenado para violar su conciencia, su conciencia no le ayudará. Así que no se entrene a sí mismo para violar su conciencia. Hágase la pregunta: ¿violará esto mi comprensión del señorío de Cristo?

Quizá algún hermano venga a usted y le diga: «Sigue adelante, tú puedes hacer esto. Tú eres libre. Esto no es malo». Pero si esto viola su conciencia,

no lo haga. No se entrene a sí mismo para ignorar su conciencia. Pablo dijo que él nunca haría algo contrario a su conciencia. Él no quiso marcar su conciencia con cicatrices de modo que ya no tuviera sensibilidad (cf. 2 Co. 1:12; 4:2; 1 Ti. 4:2). Si una persona quiere sentarse en un sofá y esa es su manera de guardar el Sabat, no lo molesten por ello. No lo reprendan.

Nunca olvidaré la ilustración clásica sobre esto que mi padre compartió conmigo. Él estaba en Michigan en una campaña de avivamiento. En la noche del domingo, la primera de esta semana de reavivamiento, el pastor le preguntó a mi padre después de la reunión: «¿Qué vas a hacer mañana?»

Mi padre le dijo: «Pensé que podríamos levantarnos en la mañana para jugar golf y luego en la tarde podemos hacer algunas visitas».

El pastor dijo: «¿Golf? ¿Durante una campaña de avivamiento? ¿No estás comprometido con el trabajo del Dios? ¿Vienes aquí a jugar o a ministrar?»

Mi padre dijo: «Un poco de las dos cosas. En realidad me gustaría que vinieras y que podamos compartir un poco en la mañana y conocernos».

El pastor dijo: «Nunca. Me comprometí conmigo mismo a la oración y al avivamiento durante toda la semana».

Entonces mi padre le dijo: «No; me parece que sería fantástico si vinieras. El director musical va a ir y sería bueno si vienes».

«No, yo nunca haría eso. Nunca haría eso».

Bueno, el lunes por la mañana mi padre y el director musical estaban en el campo de golf y adivinen quién apareció. El reacio pastor quien, según me contaron la historia, dijo: «Voy a hacer esto pero sé que no debo hacerlo. Lo hago por hospitalidad, pero sé que no es correcto».

Así que ellos dieron el primer golpe al primer hoyo y están a medio camino en la calle cuando alguien grita: «¡Atención!» El pastor miró y perdió dos dientes. Dice mi padre que cayó cerca de un árbol diciendo: «Lo sabía. Lo sabía». Si antes de lo ocurrido, este pastor creía que jugar golf un lunes por la mañana durante una campaña de avivamiento era malo, usted puede estar seguro de que después de este hecho, él creía lo mismo. Así que por violar su conciencia en aquella ocasión, se empujó a sí mismo más profundamente en su falta de libertad, en su esclavitud. Él interpretó su accidente como el juicio de Dios y para él eso tiene que haber sido. Dios no quiere que ningún hombre viole su conciencia. Por tanto no necesitamos hacer cosas que potencialmente puedan conducir a las personas a ignorar el señorío de Cristo, lo cuál se hace evidente para ellos a través de sus conciencias. Llamemos a este el principio

de *extralimitación*. Esto significa que usted se está apropiando de la soberanía de Cristo en la vida de alguien.

Si yo elijo hacer algo, esto debe adecuarse a aquello que creo es la voluntad de Cristo, mi Señor. No debo violar esto. Violarlo, significa tomar el control de mi vida, usurpar el señorío de Cristo. Yo no quiero hacer eso. Eso es extralimitarse.

EJEMPLO: ¿Este ejemplo será de ayuda a otros cristianos?

Nosotros ciertamente debemos gobernar nuestras vidas a partir de cómo se sienten otros cristianos con lo que hacemos. En 1 Corintios 8:9-11 dice: «Pero mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles. Porque si alguno te ve a ti, que tienes conocimiento, sentado a la mesa en un lugar de ídolos, la conciencia de aquel que es débil, ¿no será estimulada a comer de lo sacrificado a los ídolos? Y por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió». Por seguir el ejemplo suyo, él viola y daña su conciencia que es débil. Por tanto usted ha pecado contra él y ha pecado contra Cristo. No lo haga.

En 1 Corintios 9:1-18 Pablo dice que aunque tiene el derecho de recibir el pago por su ministerio, él escoge no recibir el pago porque no quiere ofender a nadie. Romanos 14:13-18 nos enseña básicamente a no poner piedra de tropiezo u ocasión de caer en el camino del hermano. Si tu hermano se aflige a causa de lo que escoges comer, cambia tu comida. «Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación. No destruyas la obra de Dios por causa de la comida… Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece» (Ro. 14:19-21).

En una ocasión en que volaba desde Charlotte en Carolina del Norte hacia mi casa, la aeromoza se acercó por el pasillo y me preguntó si deseaba champaña con mi desayuno. A mí, personalmente, me gusta el jugo de naranja y nunca había tenido champaña. Pero el pensamiento vino a mi mente: ¿*Me interesa conocer el sabor de esto*? Dije: «No, no quiero champaña». Entonces ella continuó por el pasillo.

Un poco después me pare para estirar las piernas y mientras estaba parado en el pasillo un hombre que estaba unos dos asientos detrás vino y me dijo: «Yo lo conozco a usted. Usted es John MacArthur». Yo dije: «Así es». Él dijo: «Oh, es maravilloso conocerlo. Yo estoy estudiando para el ministerio y tengo sus grabaciones». Entonces continuó sin parar con su maravilloso testimonio.

Él era de Samoa y estaba viajando para llevar todas nuestras grabaciones a Samoa. Justo momentos antes de este encuentro estaban ofreciéndome champaña con el desayuno. Esto me recordó que usted puede saber cuándo lo están observando y usted puede no saber cuándo lo están observando. La norma para su vida es lo que marca el ejemplo. Es tan maravilloso ser capaz de limitar su libertad y conocer que esto puede fortalecer a alguien más. De hecho, él comentó que me había estado observando durante todo el vuelo y esperando con ansias la oportunidad de hablar conmigo. Así que esto fue para mí un recordatorio excelente del hecho de que las personas siempre están observando.

Tenemos que hacernos la pregunta: ¿Este ejemplo será de ayuda a otros cristianos? ¿Estoy haciendo algo que marca un ejemplo para ellos? Aun esos asuntos insignificantes en su vida: la disciplina de su vida, el hecho de usted cuida su dieta o que usted aparta un tiempo en particular para estudiar expresa una medida a aquellos que examinan modelos a seguir. ¿Quiero que los cristianos más débiles sigan mi modelo? Llamemos a este el principio del *ejemplo*.

¿Hasta dónde hemos llegado? Hemos visto el principio de conveniencia, edificación, exceso, esclavitud, equivocación, extralimitación y ejemplo. Vayamos al número ocho.

EVANGELISMO: ¿Esto conducirá a otros a Cristo?

¿Verán ellos la diferencia en mi vida? Permítame mostrarles una ilustración clásica tomada de 1 Corintios 10 es muy práctica. Está es la ilustración: hay dos cristianos, uno es un cristiano muy fuerte y maduro. Él puede comer la carne ofrecida a los ídolos sin violar de este modo su conciencia porque él conoce que es verdad lo que dice 1 Corintios 8:4 que un ídolo no es nada.

¿Cuál es el problema? Aquellos que adoraban ídolos debían ir a un gran templo y llevar su ofrecimiento, que era alimento y ponerlo en el altar. Ahora bien, ellos saben que ningún dios va a comer esa ofrenda, así que sólo se queda ahí. Por tanto después de permanecer ahí por un tiempo, a la vez que cientos y cientos de personas continúan poniendo alimentos, los sacerdotes toman estas ofrendas y se quedan con lo que quieren comer. Pero no pueden comerlo todo porque la cantidad de sacerdotes es menor que la de aquellos que llevan ofrendas. Por lo que en la parte trasera del templo ponen a funcionar un negocio anexo: la carnicería del templo. Lo que no quieren lo

venden en la calle a buen precio pues no imponen sobreprecio para ellos; el producto lo obtuvieron gratis. Así que si usted quiere comprar carne barata, la compra en la carnicería del templo. Es lógico. Su esposa compraría ahí y la mía también.

Ahora, un creyente maduro que se da cuenta que un ídolo no es nada no se va a sentir perturbado porque esta comida en un momento se había ofrecido a un ídolo muerto. Sin embargo imaginen que él sale a comprar comida con un cristiano nuevo que recién se convirtió de esa misma idolatría. Él tiene en su mente la idolatría pagana, el ritual de adoración, las orgías, las prostitutas del templo, toda la escena desagradable, grosera e inmoral. Si le dijeron que algo que iba a comer era carne ofrecida a aquel ídolo, le provocará nauseas. No puede hacerlo. Él es un hermano más débil que no entiende su libertad, pero nosotros entendemos lo que él acaba de dejar.

Ahora bien, imaginemos que ellos dos, el débil y el fuerte, tienen un amigo en común que no es creyente. Ellos quieren ganarlo para el Señor. Así que el amigo incrédulo los invita a ambos para una cena. Esa es la idea del versículo 27: «Si algún incrédulo os invita, y queréis ir, de todo lo que se os ponga delante comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia».

Sin embargo ¿qué ocurre cuando el anfitrión les informa a ambos que la carne servida se sacrificó en el templo de ídolos? Supongamos que el anfitrión salió de la habitación a buscar el resto de la comida ¿qué pasará en la conversación? El cristiano fuerte está en una disyuntiva. El hermano débil le dice: «Yo no puedo comer eso». El hermano fuerte le responde: «Pero si no lo comes, ofenderemos al hombre que estamos tratando de evangelizar». Mas si lo hacen y comen la carne y no ofenden a aquel que tratan de evangelizar, el hermano fuerte habrá ofendido a su hermano débil y le causará el tropiezo. Entonces el dilema es: ¿ofendes a un hermano débil en Cristo u ofendes a un incrédulo? ¿Qué dice el versículo 28? «Mas si alguien os dijere: Esto fue sacrificado a los ídolos; no lo comáis, por causa de aquel que lo declaró, y por motivos de conciencia».

¿Significa que cuando estás tratando de evangelizar a un incrédulo es preferible ofender al incrédulo que a tu hermano creyente? Absolutamente. Si ofendes a tu hermano cristiano, el incrédulo puede decir: «Es mejor ser incrédulo que ser cristiano. Se ofenden entre ellos. A mí no me ofenden así que me quedo donde estoy». Cuando usted de verás ofenda a un incrédulo asegúrese de explicarle el porqué. «Esta carne ofrecida a ídolos ofendería a tal

grado a mi hermano que sencillamente no puedo comerla por su causa». El incrédulo va a pensar más de una vez acerca de lo que ha visto: «Hay una hermandad que me gustaría experimentar». La atracción de su amor será el testimonio mayor que usted tiene en el evangelismo.

Por tanto me pregunto a mí mismo ¿esto conducirá a alguien más a Cristo? Cuando limito mi libertad ¿lo hago con la visión de ganar a alguien para Cristo? ¿Le estoy mostrando a esa persona una vida diferente, algo que él no ve en su mundo: pureza, honestidad, amor e integridad? Romanos 14:18 dice: «Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres». Ese es el principio del *evangelismo*. A medida que lo pongo en práctica, ¿incrementa mi oportunidad para el evangelismo?

IMITACIÓN: ¿Esto será coherente con la imagen de Cristo?

Dicho de otra manera ¿Jesús lo haría? ¿Jesús diría esto? Muchas veces nos damos cuenta de que Jesús no hubiera dicho algo que ahora mismo dije o que Jesús no hubiera hecho lo que ahora mismo hice. Si me pregunto esto a mí mismo antes de hacer o decir algo y no después, evito cosas que ojalá no hubiera hecho o dicho. ¿Jesús lo haría? Esta pregunta le ayudará con muchas decisiones. Llamemos a este el principio de *imitación*. Queremos imitar a Cristo. En 1 Juan 2:6 dice: «El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo». Si usted dice que pertenece a Cristo entonces tiene el deber de vivir como Cristo vivió.

Por tanto me hago la pregunta: ¿Jesús haría esto? ¿Es esto consecuente con Él, con la imagen de Cristo? Es una pregunta que hace reflexionar.

EXALTACIÓN: ¿Glorificará esto a Dios?

En 1 Corintios 10:31 dice: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios». Este es el principio de la *exaltación*. ¿Glorificará esto a Dios? Llamémoslo el principio de la *exaltación*. ¿Mi vida va a darle la gloria a Él? ¿Exaltará a Dios lo que yo hago? ¿Elevará esto su nombre santo? ¿Le dará honor a Él? ¿Embellecerá esto la doctrina de Dios en mi vida? ¿Él será glorificado, honrado y alabado como resultado de esto? Este es el principio de la exaltación.

Entonces ¿esta listo para hacer el resumen? ¿Se dio cuenta de algo? No puede haberlo pasado por alto: Casi todos los principios comienzan con una «E», del «Es fácil» de la toma de decisiones, porque toman algo muy difícil y

lo transforman en fácil.

El punto es: Podemos tornar en fáciles las decisiones difíciles si utilizamos estos principios. ¿Esto será provechoso para mí espiritualmente? ¿Esto me edificará? ¿Esto me atrasará en la carrera? ¿Esto me pondrá en esclavitud? ¿Esto encubrirá sencillamente mi pecado? ¿Esto violará el señorío de Cristo en mi vida? ¿Este ejemplo será de ayuda para otros? ¿Esto conducirá a otros a Cristo? ¿Esto me hará semejante a Cristo? Y por último ¿Esto glorificará a Dios? Inclinémonos juntos en oración.

Padre, te agradecemos por los principios que rigen nuestra conducta y porque no sólo nos has dado los principios sino también nos has dado a tu Espíritu Santo que vive para activar estos principios, de manera que hagamos lo que te agrada. Señor ayúdanos a tener sabiduría para tomar decisiones correctas y para saber que las decisiones correctas se basan en estos principios. Permítenos experimentar la aplicación de estas verdades en nuestras propias vidas y te agradecemos por lo que eres para nosotros, por lo que nos has provisto a través de tu Palabra y a través de tu Espíritu. En el nombre de Cristo oramos. Amén.



26 de marzo de 1989

08_La muerte de Jesús nos enseña cómo vivir: una mirada a las siete frases desde la cruz

Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas;

1 Pedro 2:21

Este sermón se predicó el Domingo de Resurrección y es uno de los pocos sermones de Semana Santa en los que John MacArthur se enfoca más en la crucifixión que en la resurrección. Sin embargo, el mensaje está lleno de esperanza en la resurrección y concluye con una exhortación acerca de la importancia práctica del poder de la resurrección en la vida diaria del creyente.

El mensaje mismo examina las siete frases últimas de Cristo en la cruz. Cada frase tiene una aplicación práctica para nosotros como creyentes. Es una mirada poderosa y conmovedora al mensaje potente que un Cristo casi silente proclamó en la cruz.

Dos días antes a la predicación de este sermón, el Exxon Valdez encalló en la ensenada Prince William de Alaska, derramando casi un cuarto de millón de galones de petróleo en el mar. En el plazo de un año la limpieza total removió todos los indicios visibles del derrame de petróleo. Pero los científicos en la actualidad creen que algunos de los métodos usados en los esfuerzos masivos de limpieza, especialmente la alta presión y los lavados de agua caliente de la línea costera, hicieron un daño ecológico más duradero que el derrame mismo, por la muerte del plancton y otros organismos microbianos que son las bases de la cadena alimenticia del área. Un equipo de científicos que estudiaron la región diecinueve años después dijo que se requería de otra década o más antes de que los hábitats que se afectaron adversamente por los esfuerzos de limpieza regresaran a la normalidad.

Por supuesto que esta historia dominó las agencias de noticias seculares durante la Semana Santa en 1989. Como de costumbre el centro del mensaje

de John es intemporal e ignora el alboroto y la histeria que se asocia usualmente a los eventos de actualidad. Sin embargo, al mirar atrás el desastre del Exxon Valdez, casi parece irónico que toda la historia hace una ilustración apropiada de la futilidad de la reforma propia y la necesidad de la gracia divina para la limpieza del pecado.

BOSQUEJO

— La Primera Frase: Perdonar a otros
— La Segunda Frase: Alcanzar a otros
— La Tercera Frase: Atiende las necesidades de otros
— La Cuarta Frase: Entender la seriedad del pecado
— La Quinta Frase: Depender de otros
— La Sexta Frase: Terminar lo que se comienza
— La Séptima Frase: Encomendarse a Dios



SERMÓN

Quiero atraer su atención a 1 Pedro 2:21 que dice: «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas».

Muchos comprenden que la vida de Cristo es un ejemplo a seguir para los cristianos. Pero me parece que la mayoría de las personas no asume que la muerte de Cristo es un ejemplo y eso es exactamente lo que Pedro dice que es: Que tanto en la muerte como en el sufrimiento Cristo nos ha dejado un ejemplo a seguir. La Biblia nos dice que Él fue el hombre perfecto, que nació sin pecado, no cometió pecado, santo, inocente, impoluto, y apartado de los pecadores. Él es nuestro ejemplo perfecto en esta vida. Nosotros tenemos que ser santos como Él fue santo, puros como Él lo fue, mansos como Él lo fue, sabios como Él lo fue y humildes como Él lo fue. Cristo fue obediente a Dios y nosotros tenemos que imitar su ejemplo. Nuestro servicio debe ser como el suyo y nuestra actitud hacia el mundo debe reflejar su actitud hacia el mundo. Nosotros comprendemos que la vida de Cristo fue ejemplar. Pocas personas lo discutirían.

Sin embargo el tema ante nosotros en 1 Pedro 2:21 es que Cristo es nuestro ejemplo, no sólo en la manera en que vivió, sino también en su muerte. Con frecuencia aprendemos más del carácter de una persona por cómo muere que por cómo vivió.

La revelación más cierta de nosotros mismos generalmente viene durante las pruebas más profundas. Las pruebas revelan el carácter; la adversidad revela la virtud, o la falta ella. Generalmente mientras mayor es el problema, más pura es la revelación de lo que verdaderamente somos. Me doy cuenta de que no siento que conozco a una persona verdaderamente si sólo, lo o la he conocido durante los buenos tiempos. Los tiempos difíciles son los que revelan el carácter. Por tanto, también es real que la revelación más pura y más cierta del carácter de Jesucristo la encontramos en los momentos de sus pruebas más grandes. Nosotros vemos que Jesús —en sus momentos de agonía— fue tan perfecto como lo fue durante su vida. Su muerte sólo confirma el carácter perfecto que manifestó durante su vida.

En su muerte Jesucristo nos enseña cómo vivir. Con frecuencia vemos sus momentos de agonía y nos damos cuenta que su muerte ilustra la seriedad de

pecado y la necesidad de un Salvador para pagar el precio por nuestra iniquidad. Reconocemos que por su muerte sustitutiva Él murió en nuestro lugar. Pero Pedro dice que aún hay más que eso sobre la cruz. Cristo no sólo murió por nosotros sino también como un ejemplo para nosotros. Él murió para enseñarnos cómo vivir.

Entonces, ¿cómo vamos a conocer algo sobre Él en su muerte? ¿Cómo se revela su carácter? Su carácter no se pudo revelar por lo que hizo. Él estaba clavado en una cruz e impedido para hacer algo. No se nos pudo revelar por medio de algo que piensa porque nosotros no podemos leer sus pensamientos. El carácter de Cristo se reveló en su muerte por lo que Él dijo. Desde sus primeros años la iglesia ha celebrado la muerte y la resurrección de Cristo recordando sus siete frases últimas en la cruz. De sus palabras en la muerte devienen principios para la vida.

La Primera Frase: Perdonar a otros

En Lucas 23:34 Jesús dice: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Cristo murió perdonando a los que pecaron contra Él. Ese es un principio por el cual vivir. En su muerte Cristo reveló su corazón compasivo, aun después de una vida de experimentar los peores tratos humanos. Cristo creó el mundo y vino a él, pero el mundo no se lo agradeció. Los ojos cegados por el pecado no lo quisieron, ni vieron belleza alguna en Él. Su nacimiento en un establo anunció el trato que recibiría de la humanidad a través de su vida. Poco después de su nacimiento, el rey Herodes trató de matarlo, lo que fue sólo el inicio de la hostilidad de los hombres hacia Él durante toda su vida. Una y otra vez sus enemigos buscaron su destrucción. Su traición vil alcanzó su clímax en la cruz. El Hijo de Dios se ha entregado a sí mismo en sus manos y ellos están en camino a ejecutarlo.

El perdón de Cristo a sus asesinos vino después del juicio falso de acusaciones inventadas. El juez admitió que no encontró falta en Él, sin embargo lo utilizó para aplacar a la multitud que clamaba. Como ninguna muerte ordinaria iba a satisfacer a los adversarios implacables de Cristo, ellos se aseguraron que padeciera la más dolorosa, intensa y vergonzosa muerte imaginable, la de morir colgado de una cruz.

Su perdón vino como si Él hubiera colgado en la cruz (desde una perspectiva humana) a la víctima del odio, la animosidad, la amargura, la venganza, y la maldad vil de hombres y demonios. Desde un punto de vista

humano, nosotros naturalmente lo imaginamos clamando a Dios por piedad o sacudiendo sus manos en la cara de Dios por su ejecución injusta. De haber escrito nosotros la historia, lo habríamos mostrado a Él vociferando maldiciones y amenazas de venganza hacia sus asesinos. Pero el Hijo de Dios no hizo nada de esto.

Lo primero que Él dice es una oración, una oración a Dios para que perdone a aquellos que le estaban quitando la vida, y subyacente en su oración de perdón, hay una comprensión de la miseria del corazón humano: «porque no saben lo que hacen» (v. 34). Jesús comprendió el pecado del hombre y la ceguera del corazón humano. Él estaba consciente desafortunadamente de la ignorancia de la depravación. Él sabía que sus asesinos no comprendieron ni la identidad de su víctima ni la inmensidad de su crimen. Ellos no sabían que estaban matando al Príncipe de la vida, a su Creador. Ellos no supieron que estaban asesinando al Mesías.

Los asesinos de Cristo necesitaron el perdón. La única manera de poder llevarlos a la presencia del Dios santo y experimentar por siempre el gozo que Dios ofrece a aquel que está en comunión con Él era si se perdonaban sus pecados. Cristo oró por la necesidad más profunda de quienes lo mataron. Él estuvo más preocupado por perdonar a sus asesinos malvados que por buscar venganza. Ese es el corazón magnánimo de Cristo. Esa es la revelación más real de un corazón puro, porque un corazón puro no busca la venganza. Mientras «le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1 P. 2:23).

El perdón es la necesidad más grande que tiene el hombre. Es la única manera de que podamos entrar en comunión con Dios y evitar el infierno; por esto Jesús oró por el perdón. Necesitamos reconocer que apartados de Cristo somos pecadores, indignos de la presencia del Dios santo. Ideales nobles, resoluciones buenas y reglas excelentes por las cuales vivir son inútiles si no se trata con el pecado. Mientras hay pecado entre usted y Dios no tiene ninguna utilidad el intentar desarrollar un carácter hermoso e inspirarse para hacer esto que luego se topará con la aprobación de Dios. Esto sería como ajustarle los zapatos a un paralítico o comprarle espejuelos a un ciego.

La cuestión del perdón de pecados es la cuestión fundamental entre todo lo demás. No importa si yo soy altamente respetado en el círculo de mis amigos si aún estoy en mi pecado. No importa que haya alcanzado un cierto nivel de bondad humana si estoy aún en mi pecado. Jesús comprendió la necesidad

profunda del hombre. Él comprendió que la única manera de que el hombre pudiera escapar finalmente del infierno y conocer la bendición era si sus pecados se perdonaban. A Jesús no le importó que el pecado que buscaba perdonar era el pecado de matarlo a Él.

Los cristianos deben estar más ocupados con Dios perdonando a aquellos que pecan contra ellos que ocupados con venganzas. Esteban mientras era apedreado de muerte por predicar de Cristo, oró: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (Hch. 7:60). Él siguió el ejemplo del propio Señor. Así, debemos hacerlo nosotros.

La Segunda Frase: Alcanzar a otros

En Lucas 23:43 Jesús dice: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso». Junto a Cristo crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. En respuesta al pedido del ladrón —«Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lc. 23:42)—, Jesús dice: «hoy estarás conmigo en el paraíso». Nuestro Señor murió brindando la verdad de la vida eternal a un alma condenada.

Es difícil imaginar cómo Jesús, colgando de una cruz, sintiendo el odio venenoso de sus perseguidores y cargando el castigo de todos los creerían a través de los tiempos, pudo al mismo tiempo preocuparse inmediatamente por la salvación de un pecador. Pero lo hizo. Cristo nunca estuvo muy ocupado como para no interesarse en guiar a alguien a la salvación. Su compromiso de vida fue traer a los hombres y a las mujeres a Dios.

La conversión de aquel ladrón es tanto notable como dramática. En aquel momento, ¿qué pudo ser tan convincente acerca de Jesús? No había todavía alguna señal externa de que Él era el Cristo de Dios, Salvador del mundo, el Mesías y el Rey venidero. Desde el punto de vista humano, Él no fue sino una víctima. Él estaba muriendo porque había sido totalmente rechazado. En el momento de la conversión del ladrón nadie estaba diciendo: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn. 1:29). No había nadie que afirmara que Jesús era el Hijo de Dios, hasta sus amigos lo habían abandonado. Él estaba débil, en desgracia y en una posición de vergüenza extrema. Su crucifixión sería considerada totalmente inconsecuente con algo relacionado al Mesías. Su condición humilde es un tropiezo para los judíos desde el inicio mismo, y las circunstancias de su muerte sólo pueden intensificarlo. En realidad, el ladrón le habla a Cristo y Cristo a él, antes de

algunos de los fenómenos sobrenaturales que ocurren que podían haberlo convencido de que esto era obra de Dios. La tierra todavía no había temblado (Mt. 27:51), las tinieblas todavía no habían llegado (Mr. 15:33), los sepulcros todavía no se habían abierto (Mt. 27:52) y el centurión todavía no había dicho: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mt. 27:54).

En las circunstancias más desfavorables y poco convincentes que se pueden imaginar, el ladrón estaba convencido de que Jesucristo era el Salvador. Aunque al inicio se unió a su compañero en sus burlas a Cristo (Mt. 27:38, 44) obviamente él tuvo un cambio de corazón y reprendió al otro ladrón cuando afirmó la pureza de Cristo (Lc. 23:40-41). Al pedirle a Cristo que se acordara de él, estaba rogando por el perdón. Por tanto él comprendió la pureza de Cristo y su identidad como Salvador. Su petición de que Jesús lo recordara cuando viniera en su reino muestra que el ladrón afirmó la resurrección de Cristo y su segunda venida. Él supo que la muerte no era el final. La petición también indica que él comprendió la soberanía de Cristo, todo ello reconocido bajo las más improbables circunstancias.

¿Cómo fue posible para el ladrón venir a Cristo bajo aquellas condiciones? Quizá no haya una ilustración más clara de que la salvación no es una obra del hombre, sino una obra soberana de Dios. Dios, no las circunstancias, impactó el corazón del ladrón para convencerlo de la verdad acerca de Jesucristo. Con frecuencia, cristianos profesos tratan de explicar la salvación a partir de la habilidad de la influencia humana y el medio, o apuntan a las circunstancias favorables antes que atribuir la salvación a la inigualable gracia de Dios. Algunos piensan que la salvación ocurre porque el predicador habló bien o como resultado directo de la oración. Pero aunque indirectamente la salvación puede resultar de estos factores, la salvación es el resultado directo de la gracia intercesora de Dios.

Cuando Dios destrozó las tinieblas del corazón de aquel ladrón, él creyó. No obstante fue a través de Cristo quien fue sensible a que Dios lo usara para traer un alma maldita a la salvación.

El deseo de Cristo por la salvación de los pecadores fue constante. Él «vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc. 19:10). Pablo escribió que: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Ti. 1:15). Él cumplió esto aún mientras moría en la cruz. Él es nuestro ejemplo para alcanzar a otros con la verdad del evangelio. Él murió perdonando a aquellos que pecaron contra Él y murió brindando la verdad de la vida eterna a un

alma maldita. Eso es cómo vivir.

La Tercera Frase: Atiende las necesidades de otros

En Juan 19:26-27 dice: «Mujer, he ahí tu hijo… [Hijo] He ahí tu madre». Jesús murió manifestando amor desinteresado. Parado al pie de su cruz se mantuvo un grupo de cinco personas muy diferente de la multitud que se burlaba. Junto al apóstol Juan estaba María la madre del Señor, quien estaba experimentando toda la furia de la profecía dada muchos años antes por Simeón de que su alma sería traspasada por causa de Jesús (Lc. 2:34-35). Atada por amor a la cruz de su hijo, ella permaneció sufriendo en silencio impotente. A su lado estuvo Salomé; posiblemente su hermana, la madre de Santiago y Juan, también estuvo María la mujer de Cleofás y María Magdalena de quien Jesús echó fuera demonios (Mr. 15:40; Lc. 8:2-3; Jn. 19:25). Parece apropiado que el nombre María signifique en hebreo «amargura».

Los romanos crucificaban a las personas cerca del suelo, por tanto es razonable pensar que Juan y las mujeres pudieron haberlo tocado, quizá lo hicieron. Ellos tuvieron la posibilidad de estar lo bastante cerca para escucharlo hablar suavemente. Cuando Jesús dijo: «Mujer, he ahí tu hijo». Él no la llamó madre porque esa función había terminado. De igual manera, cuando Él comenzó su ministerio la identificó como «mujer» (en las bodas de Caná; Jn. 2:4). En la cruz ella estaba recordando nuevamente que ella necesitaba concebir a Jesús, no como su hijo sino como su Salvador. No obstante su intención no fue llamar la atención hacia Él mismo, sino entregar a su madre al cuidado de Juan y a Juan al cuidado de su madre.

Mientras Cristo moría, su madre estaba en su corazón. Fuera de la multitud al pie de la cruz, la madre de Jesús era quizá la más necesitada de todos. Probablemente José había muerto por aquel entonces o Jesús no habría tenido que hacer tal encomienda. Además el no podía encomendarla a sus medio-hermanos ya que ellos no creían en Él (Jn. 7:5). Él no habría entregado el cuidado de su madre amada en las manos de sus familiares incrédulos.

Una vez más vemos el amor desinteresado de Cristo. En la cruz Él experimentó el peso del pecado del mundo, la agonía de la cruz y la ira del Dios Todopoderoso. Un dolor interno mucho mayor que su dolor externo y aún en medio de su dolor, mostró compasión. Sus pensamientos se dirigieron a alguien más, una demostración de la pureza de su carácter. Así es cómo

debemos vivir: Nunca tan agobiados con nuestro propio dolor que perdamos de vista las necesidades de otros (cf. Fil. 2:4).

La Cuarta Frase: Entender la seriedad del pecado

En Mateo 27:46 encontramos la frase más patética: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Jesús murió comprendiendo la seriedad del pecado. Él murió resintiendo sus implicaciones. El pecado separa de Dios. El «abandono» es una de las palabras más dolorosas que una persona puede utilizar para describirse a sí misma, sola y desolada. Jesús sintió el abandono. Su clamor significa: «Dios mío, Dios mío, con quien he tenido comunión eterna y continua, ¿por qué me has abandonado?» En contraste con esa historia de intimidad eternal, el abandono que Cristo sufrió tiene un significado profundo. Se vio al pecado hacer lo que ninguna otra cosa en el universo pudo hacer. Los hombres no pudieron separar al Padre del Hijo; los demonios no pudieron; Satanás tampoco. Pero el pecado le causó al Hijo sufrir la realidad más devastadora en el universo: La separación de Dios. Él quien era en el Padre y el Padre en Él, Él quien era uno con el Padre y el Padre uno con Él, Él que había gozado eternamente la comunión ininterrumpida y perfecta dentro de la Trinidad siente ahora el abandono de Dios. ¿Por qué? Esta cargando el pecado y el pecado separa.

Dios es muy santo para mirar el pecado (Hab. 1:13). Como resultado el pecado separa al hombre de Dios. Cuando Cristo soportó nuestro pecado en la cruz, Él alcanzó el clímax de su sufrimiento. Los soldados se burlaron de Él, machacaron una corona de espinas en su cabeza, lo azotaron, lo golpearon, le escupieron su cara y arrancaron los pelos de su barba. Aún sufriendo dolores más allá de lo que se puede describir —sus manos y sus pies fueron perforados—, Él soportó la cruz y su vergüenza en silencio. Aunque fue vituperado por la multitud vulgar y sufrió los insultos de aquellos que estaban crucificados a su lado, Él no replicó. Pero cuando Dios lo abandonó, experimentó un dolor aún más allá de todo esto y clamó en agonía.

Ninguna lucha terrenal, experiencia dura o problema puede acercarse a la angustia que nuestro propio pecado puede causarnos porque nos separará de Dios. Al igual que Cristo, los creyentes deben estar profundamente angustiados por la separación que causa el pecado. Jesús experimentó personalmente el dolor ardiente que el pecado trae consigo porque lo separó a Él del Padre. Debemos entender las implicaciones de nuestro pecado, que nos

llevan lejos de Dios.

La Quinta Frase: Depender de otros

En Juan 19:28 Jesús dice: «Tengo sed». Cristo experimentó las condiciones de la verdadera humanidad. Con su expresión no quiso decir que tuviera sed de Dios, sino que tenía sed de algo que beber. Necesitaba beber algo y no podía obtenerlo por Él mismo. Jesús dependió de otros y nosotros necesitamos hacer lo mismo.

Como Cristo está familiarizado con la necesidad humana, Él es un sumo sacerdote compasivo (He. 2:17-18). El Nuevo Testamento afirma que Cristo fue completamente hombre: hubo momentos en los que Él estuvo desanimado. Momentos en los que tuvo hambre. En los que tuvo sueño. Momentos en los que se sintió alegre. Momentos en los que estuvo afligido. Momentos en los que se quejó. Sintió todas las emociones de la vida humana. Cuando tuvo hambre necesitó alimento, cuando tuvo sueño necesitó un lugar para acostarse, cuando tuvo sed necesitó algo que beber y dependió de otros para satisfacer sus necesidades. En ocasiones Marta y María atendieron esas necesidades, a veces su madre. Como Jesús nosotros debemos estar dispuestos a mostrar nuestra debilidad humana y aprender a vivir de manera dependiente.

La Sexta Frase: Terminar lo que se comienza

En Juan 19:30 Jesús dice: «Consumado es» (gr. *tetelestai*). Este es un pronunciamiento de triunfo. El principio aquí es que Cristo murió concluyendo la obra que Dios le encomendó.

Una cosa es llagar al final de tu vida y otra es concluirla. Decir que tu vida llegó a su fin puede significar algo muy diferente de decir que tu trabajo terminó. Yo veo ese principio que opera durante el Maratón de Los Ángeles: todos arrancan y todos se detienen, pero no todos concluyen la carrera.

Para muchas personas la vida llega a su fin pero su trabajo no está concluido. Cuando Jesús dijo: «Consumado es». Él quiso decir que había terminado su obra de redención. Él vino a este mundo para «por el sacrificio de sí mismo... quitar de en medio el pecado» (He. 9:26) y eso exactamente hizo. Él cargó nuestros pecados en su propio cuerpo y dio a Satanás un golpe en la cabeza (Gn. 3:15). Así como Cristo concluyó perfectamente lo que Dios le encargó hacer, debemos hacerlo nosotros. Nosotros debemos estar más

preocupados por el trabajo que Dios nos ha llamado a hacer que con el dolor que este conlleve. Jesús soportó el dolor porque pudo ver el resultado (He. 12:2). Este es siempre el precio de hacer la obra de Dios, estar dispuestos a movernos a través del dolor y de la dificultad para hacer la obra.

Pablo siguió fielmente el ejemplo de Jesús. Por consiguiente al final de su vida pudo decir: «he acabado la carrera» (2 Ti. 4:7). No obstante en esa misma expresión él afirmó que no fue fácil: él tuvo que luchar para concluir. Esa es la manera en que tenemos que vivir. No viva su vida sólo hasta que llegue a su fin; viva para terminar el trabajo que Dios le ha mandado a hacer.

La Séptima Frase: Encomendarse a Dios

En Lucas 23:46 Jesús clamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Jesús murió encomendándose Él mismo al cuidado prometido de Dios. Nosotros tenemos que vivir de la misma manera, echando toda nuestra ansiedad sobre Dios porque Él tiene cuidado de nosotros (1 P. 5:7). Eso quiere decir que usted debe poner su vida, su muerte y su destino en sus manos. Eso es lo que se entiende por una vida de fe, una vida de confianza total en Dios.

Dios prometió levantar a Cristo de la tumba (Sal. 16:10). Jesús conocía esa promesa porque con frecuencia afirmó que sufriría y moriría pero se levantaría nuevamente (Mt. 16:21; 26:32; Mr. 9:9, 31; Jn. 2:19). Basado en la promesa de Dios, se encomendó a sí mismo al cuidado de Dios. Esa es la única manera de vivir, encomendar su vida a Dios.

Debemos vivir encomendados totalmente a Dios. Romanos 12:1 dice que debemos presentarnos nosotros mismos a Dios como sacrificios vivos. Esto significa que todo lo que somos es suyo y a Él le confiamos los resultados. En 1 Pedro 2:23 dice que Jesús: «encomendaba la causa al que juzga justamente». Él se dio a sí mismo a Dios sin importar cuán grande fuera el dolor, cuán grande la hostilidad o cuán difícil la tarea. Él sabía que Dios haría lo que fuera correcto, juzgaría justamente y haría lo que había prometido. Él estuvo dispuesto a enfrentar la muerte y el infierno (1 P. 2:3) porque sabía que Dios no le fallaría. Ese es el tipo de confianza plena que debemos tener.

El Señor Jesucristo vivió una vida perfecta y murió en una muerte perfecta. Ambos aspectos son ejemplos supremos para nosotros. Sus últimas palabras resumen los grandes elementos de la vida: debemos perdonar a aquellos que pecan contra nosotros, proclamar la verdad a las almas condenadas que están

perdidas sin esta verdad, amar desinteresadamente y mostrar compasión a otros, comprender las implicaciones serias del pecado, reconocer nuestra debilidad y permitir a otros atender nuestras necesidades, terminar la obra que Cristo nos entrega para hacer y descansar confiados en las manos de un Dios dedicado cuyas promesas son seguras.

Como resultado de la vida y la muerte perfecta de Cristo, Dios lo levantó de la muerte y lo sentó a su diestra en gloria. Esa fue la afirmación de Dios de la Persona perfecta y la obra de su Hijo; esto afirma que Él levantará a aquellos que son perfectos.

Para cualquiera que es honesto, esto no suena necesariamente como buenas nuevas. Nosotros no siempre somos evangelistas fieles. Con frecuencia somos insensibles al dolor y a las necesidades de otros e ingenuos acerca del poder destructor del pecado. El orgullo nos aparta de vivir en dependencia. La pereza nos impide terminar el trabajo que Dios nos encomienda. Con frecuencia nos descubrimos confiando sólo en aquello que podemos ver. Por tanto sabemos que somos imperfectos y es la incapacidad de la humanidad para vivir en perfección lo que hace a toda la raza humana apta para el infierno.

¿Qué esperanza podemos tener dada esta claridad? En Hebreos 10:14 dice: «porque con una sola ofrenda [Jesucristo] hizo perfectos para siempre a los santificados». Cristo fue el único Dios-hombre perfecto. Dios compasivamente ha provisto que se nos otorgue la perfección de Cristo y a través de Él que nos acerquemos a Dios en perfección.

Los cristianos con frecuencia dicen que están en Cristo porque comprenden que si no estuvieran en Él, Dios no los llevaría a la gloria. Su perfección viene a ser nuestra cuando lo recibimos como Salvador. Su justicia nos viste y su perfección nos oculta. A causa de nuestra identidad con Cristo, Dios nos levantará a la gloria y nos sentará en el trono con Cristo. Esa es la buena noticia del evangelio.

Eso no quiere decir que los cristianos son perfectos en esta vida. Nosotros aún luchamos con el pecado en esta vida, pero esperamos con ansias la perfección en el cielo. Mientras tanto la perfección de Cristo nos cubre y progresivamente somos conformados progresivamente a su imagen (2 Co. 3:18).

Porque Cristo nos ha cubierto con su perfección, nosotros debemos hacer todo lo que podamos para vivir en tanta perfección como sea posible; para

perdonar, evangelizar y amar como Él lo hizo. Nuestro deseo de ser libres del pecado debe ser tan grande como el suyo. Debemos depender de otros, terminar lo que se nos asignó y confiar totalmente en Dios de la manera en que Cristo lo hizo. Haciendo esto no ganaremos la perfección, pero estaremos a la altura de la perfección que recibimos de Cristo cuando lo recibimos a Él como Salvador. Eso es el evangelio.



23 de abril de 1995

09_Quince palabras de esperanza

Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

2 Corintios 5:21

El miércoles de la semana anterior a la predicación de este sermón, terroristas nacionales habían puesto bombas en el Edificio Federal Alfred P. Murrah en la ciudad de Oklahoma, dando muerte a 168 personas e hiriendo a otras 800.

John no hace mención explícita de aquel evento en este sermón, pero este fue un mensaje perfecto para dar respuesta a la confusión y el patetismo de esos tiempos difíciles. Probablemente este es el mejor resumen individual del mensaje del evangelio en todo el catálogo de sermones.

Predicado poco después de la Shepherds' Conference de 1995, este se acerca al punto medio de una serie larga sobre 2 Corintios que se extendió por cinco años. Este sermón también marca un momento memorable y crucial en la consideración de John MacArthur sobre la expiación y su relación con la doctrina de la justificación. Por supuesto, John siempre había afirmado la naturaleza sustituta de la expiación de Cristo, pero después de predicar este mensaje, comenzó a enfatizar esta verdad de manera regular y a exponerla exhaustivamente como nunca antes. Fue casi como si anticipara que la naturaleza vicaria del sacrificio de Cristo pronto sería atacada. De veras esto fue casi una década antes de que diversos autores post evangélicos y «emergentes» comenzaran a criticar de manera abierta y agresiva la doctrina histórica de la sustitución penal. Este sermón provee una respuesta bíblica disponible ante esos asaltos.

BOSQUEJO

— El Benefactor

— El Sustituto

— Los Beneficiarios

— El Beneficio



SERMÓN

El versículo que estaremos analizando está en 2 Corintios 5:21 y dice así: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él».

La Biblia establece claramente que todos los seres humanos somos pecadores por nuestra naturaleza y por nuestros hechos. En verdad, todos somos pecadores desde nuestro nacimiento. Por esto nacimos alienados del Dios santo, quien no puede ver el pecado ni tener compañerismo con los pecadores. Esta alienación a causa del pecado nos priva de conocer a Dios. Él es demasiado Santo como para tener algún tipo de relación con los pecadores que no sea la del rechazo hacia ellos.

El resultado de tal rechazo a través del tiempo es el ateísmo y una eternidad transcurrida en el infierno. Por tanto esta alienación en la cual nace todo ser humano es un tema serio. Esto quiere decir que cada uno vive su vida sin Dios y si muere en esa condición pasará la eternidad atormentado sin Dios.

Tal realidad muestra que el virus mortal y peor en el mundo no es el virus del VIH sino el virus del PECADO. Al igual que el virus del VIH, este mata a todos los infectados. Sólo que a diferencia del virus del VIH, este virus infecta a todos los humanos. Mata no sólo con el tiempo sino por toda la eternidad; mata no sólo físicamente sino también espiritualmente. Para el virus del VIH no hay cura, pero afortunadamente sí tenemos una cura para el virus del PECADO. Dios ha dado la posibilidad a los pecadores de recibir sanidad total y completa al punto que pueden reconciliarse con Dios y tener comunión eterna en su presencia.

Esa es la buena nueva, eso predican los cristianos, el evangelio. Hay una cura para el virus del PECADO de manera que la animosidad entre los hombres y Dios pueda concluir desde ahora y para siempre y los pecadores se reconcilien con el Dios santo. Si lee los versículos anteriores en 2 Corintios 5:18-20 verá en reiteradas ocasiones la palabra «reconciliado» de una u otra forma. El versículo 18 dice: «Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo». El versículo 19 dice: «que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo». Y al final del versículo hacemos un llamado a los pecadores: «Reconciliaos con Dios».

Esa es la buena nueva. La gran noticia de que no tiene que vivir

impíamente a través del tiempo o en la eternidad. Usted no necesita sufrir sin Dios en esta vida y sufrir el tormento eterno sin Él en la por venir. La reconciliación es posible. En el versículo 20 Pablo dice: «Así que, somos embajadores en nombre de Cristo… os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios».

Sin embargo esto suscita una pregunta: ¿Cómo puede ocurrir la reconciliación? ¿Cómo puede un Dios absoluta y completamente Santo, que es además infinitamente Puro y Perfecto, reconciliarse con los pecadores? ¿Cómo puede Él hacer esto siendo demasiado puro como para mirar el pecado o tener compañerismo con los transgresores? ¿Cómo puede Dios satisfacer su ley justa y santa con la condenación de los pecadores a través del castigo justo y merecido y aún mostrar misericordia a aquellos que no la merecen? ¿Cómo puede Dios poner fin a la animosidad y cómo puede llevar a su cielo santo a pecadores a vivir con Él en comunión íntima para siempre? ¿Cómo se puede satisfacer tanto su justicia como su gracia? ¿Cómo se puede reconciliar el amor a los pecadores y la justicia? ¿Cómo puede Dios ser justo y ser el que justifica a los pecadores (cf. Ro. 3:26)?

En 2 Corintios 5:21 se nos dice cómo. Las quince palabras griegas en este versículo traducido al español definen cuidadosamente y ponen en equilibrio el misterio de la reconciliación. Ellas nos muestran la esencia de la expiación. De hecho este versículo único es el corazón de la buena nueva. Es la verdad más poderosa en las Escrituras porque contiene y explica cómo los pecadores se pueden reconciliar con Dios. Aquí se resuelve la paradoja de la reconciliación. Aquí se soluciona el misterio y el enigma se responde. Es aquí dónde encontramos cómo la justicia santa y el amor perfecto se satisfacen, cómo la justicia y la misericordia pueden estrecharse mutuamente. La verdad de esta oración única y corta resuelve el dilema más profundo sobre cómo Dios puede reconciliarse con los pecadores.

En este versículo hay muchas verdades a considerar. Tenemos que buscar cuidadosamente a través de este escondite de joyas raras y detenernos a examinar cada una de ellas con un lente de aumento para comprender sus riquezas. Quiero dirigir su atención a cuatro características del texto que desarrollan su importancia: El benefactor, el sustituto, los beneficiarios y el beneficio. Esto resume cómo Dios puede reconciliarse con los pecadores.

El Benefactor

El versículo dice: «lo hizo». Si usted es un estudioso de la Biblia, la primera pregunta que hará es: ¿Quién «lo hizo»? La respuesta es una palabra al final del versículo 20: Dios. Dios es el antecedente. «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado». El punto es, este es el plan de Dios; Él es el benefactor. Dios está por detrás del plan de reconciliación. Él lo diseñó. Él lo determinó. Él lo llevó hasta el buen término. Esta es una perspectiva crucial. No podía haber reconciliación a menos que Dios la iniciara, la activara y la aplicara. Él tuvo que diseñarla y ejecutarla. No podía provenir de fuente humana alguna. No hay nada que el hombre pueda hacer o no hacer que produzca la reconciliación con Dios.

Todos nuestros esfuerzos en el reino religioso equivalen a trapos de inmundicia (cf. Is. 64:6). El mundo está repleto de religiones. Pero toda religión fuera del cristianismo no es más que el hombre generando un plan, con la ayuda de Satanás, en el que intenta reconciliarse con Dios. Esa es la fisura fatal de todas las religiones del mundo, no importa bajo que nombre vengan.

En Romanos 3:10-11 dice: «No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios». Usted pensará que si había algún grupo de personas capacitado para idear un plan y lograrlo con mayor acierto, habrían sido los judíos. Después de todo, los judíos eran el pueblo del Dios verdadero. Dios les concedió a ellos la ley, los profetas, el pacto y la adopción (cf. Ro. 9:4). Ellos tuvieron la revelación. Ellos tuvieron el Antiguo Testamento. Hasta la salvación les ofreció a ellos; la salvación es de los judíos. A ellos vino el Mesías. Si algún grupo podía idear un sistema a través del cual lograr la reconciliación, habrían sido los judíos. Pero ellos fracasaron.

En Romanos 10:1 Pablo comenta su fracaso cuando dice: «el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación». Ellos no habían logrado la reconciliación a pesar de toda su religiosidad, a pesar de todo lo que recibieron por medio de la revelación divina de Dios, porque ellos creyeron que de alguna manera su reconciliación dependía de ellos, por consiguiente ellos no se salvaron. «Porque yo les doy testimonio», dice Pablo, «de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia» (vv. 2-3).

Eso es la religión falsa, la religión del logro humano. Pero los pecadores nunca pueden lograrlo porque de la única manera en que puede ocurrir la

reconciliación es que Dios extienda su mano a los pecadores. Y Él lo hizo. Fue Dios quien al «que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado». Ese fue el plan de Dios. Jesús fue a la cruz no porque los hombres lo eligieron a Él; aun cuando lo hicieron. Jesús fue a la cruz no porque espíritus de seducción controlaron la mente de los líderes religiosos del judaísmo para tramar su muerte; aun cuando lo hicieron. Jesús fue a la cruz no porque una turba enfurecida clamaba por su sangre; aun cuando lo hicieron. Jesús fue a la cruz porque Dios lo planeó. Dios lo diseñó como medio único y absolutamente necesario a través del cual se podía llevar a cabo la reconciliación.

Por eso Jesús dijo: «Yo he venido al mundo a hacer la voluntad del Padre». Por eso en Juan 18:11 Él dijo: «la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?» La copa se refiere a la copa de la ira de Dios. Es por eso que en Hebreos 10:5, 7 se cita al Señor Jesús cuando dice: «me preparaste cuerpo... He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad». Por esto cuando Pedro se levantó en el día de Pentecostés y predicó a los habitantes de Jerusalén, muchos de los cuales habían estado clamando por la sangre de Jesús y habían sido culpables de pedir su ejecución, Pedro dijo: «por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios… matasteis [al Hijo de Dios] crucificándole» (Hch. 2:23). Ellos hicieron su gran maldad, pero todo estaba dentro del plan del Padre.

Sólo Dios podía llamar al segundo miembro de la Trinidad a encarnarse y venir al mundo y humillarse a sí mismo y tomar la forma de un ser obediente hasta la muerte, y muerte en una cruz (Fil. 2:7-8). Sólo Dios podía diseñar la expiación por el pecado que satisficiera su justicia porque sólo Él conoce qué es necesario para satisfacer su justicia. Sólo Dios conoce qué propicia su ira. Nosotros no lo conocemos. Sólo Dios podía decidir cómo su santidad propia e infinita, su odio intenso al pecado y su justicia inflexible podían ser perfectamente satisfechos sin destruir al pecador. Sólo Dios podía conocer qué costaría volver al pecador acepto ante Él de manera que pudiera escapar del infierno eterno y vivir en la presencia misma de Dios, en su propia morada. Sólo Dios podía determinar cómo la naturaleza espiritual, la autoridad suprema y la perfección inalterable de su ley santa, justa y buena, podían ser satisfechas completamente y el transgresor ser justificado totalmente y perdonado simple y justamente y aceptado a pesar de ser caído, culpable y depravado.

Sólo Dios podía aportar todos esos componentes a la reconciliación. Sólo Dios sabía cómo solucionar el dilema. Sólo Él conocía qué podía satisfacer sus requerimientos justos. Sólo Él sabía cómo consumir su ira de manera que esta se consumara. Sólo Él supo cuánto necesitó para resistir la carga del pecado y soportar el castigo de su furia. Puede que el mundo llame estupidez al evangelio y a la obra de Cristo, pero para aquellos que han creído el evangelio, este es la sabiduría de Dios. Sólo la sabiduría más pura y profunda del Dios infinitamente santo podía concebir un plan en consecuencia con su santidad infinita para reconciliar consigo mismo a pecadores totalmente malvados. Por tanto Dios es le benefactor. Aquel que concibe el plan y lo ejecuta.

El plan de salvación mana de esta gran realidad: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado» (Jn. 3:16). Eso es exactamente lo que dice Pablo con términos diferentes en Romanos 5:8: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». Todo esto es resultado del amor de Dios. Pablo dice: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (v. 10). Dios lo comenzó porque nos amaba. En Efesios 2:4 dice: «Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó» nos ha concedido salvación. Dios ama a los pecadores. Es por esto que en Colosenses 1:12 el apóstol Pablo dice: «dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz». Sólo Dios conocía las cualificaciones y sólo Él nos podía cualificar. Gracias a Él «el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (vv. 13-14).

Esto es exactamente lo que el apóstol Pablo dice a los efesios: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo» (Ef. 1:3-4). Fue el Padre quien «en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo» (v. 5). Esta salvación ha de ser «para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (vv. 6-7). Fue el Padre quien nos dio pródigamente toda sabiduría y entendimiento y todas las riquezas de su gracia (vv. 8-9).

Esto difiere mucho de las religiones del mundo. Las religiones del mundo

operan el miedo como premisa fundamental. Ellos ven a Dios como enojado, aborrecible o indiferente que no le importa en lo absoluto la prosperidad que le imploran desde abajo los seres en este mundo. La meta de la mayoría de las religiones es aplacar de algún modo a este Dios hostil y enojado. Por lo que tienen que diseñar un sistema que les permita reconciliarse con Dios sin que Él les aplaste y les castigue eternamente. Este sistema de aplacamiento con frecuencia conlleva ciertas ceremonias religiosas, deberes, acciones o buenas obras que se deben seguir para de alguna manera aplacar a la deidad y detener su furia letal.

Por otra parte, el cristianismo proclama a un Dios de amor, que ama tanto, que Él es el Salvador quien «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Ti. 2:4). Nosotros tenemos un Dios que no odia sino que ama a los pecadores y ha diseñado una vía para que ellos tengan comunión con Él por siempre. Nosotros no tenemos que aplacar a Dios. Dios en su amor provee el sacrificio y ofrece maravillosa, benigna y deseosamente el regalo del perdón. Esa es la buena nueva. Usted no tiene que aplacar a Dios, usted no tiene que buscar un plan de reconciliación y desarrollar su propia justicia. La buena nueva es que Dios es el benefactor. Él sabe qué satisface su justicia y su santidad. El precio del pecado se ha pagado y ahora Él le ofrece perdón y reconciliación.

Ahora ¿qué fue necesario para lograr esa reconciliación? Fue necesaria la muerte porque dice Ezequiel 18:20: «El alma que pecare, esa morirá». Romanos 6:23 dice: «la paga del pecado es muerte». Dios conocía cuál era el requisito: Era la muerte. Dios clarificó este aspecto ampliamente a través de la economía de todo el Antiguo Testamento porque los judíos pasaron buena parte de sus vidas tanto yendo a, como viniendo de, un sacrificio. Ellos masacraron miles de animales para tratar con su pecado, todo esto como parte del plan de Dios para mostrarles cuán pecadores eran y cómo el pecado requería la muerte. Aquellos animales nunca pudieron borrar el pecado de ellos, pero los sacrificios continuos demostraron a la gente que la paga del pecado es la muerte. Cada vez que alguien pecara la gente tendría que observar otra muerte. La gente se aburrió de eso y anhelaba ese último Cordero que de una vez y para siempre borraría el pecado del mundo y terminaría la carnicería. Los animales eran el símbolo de que la ley de Dios sólo podía ser satisfecha a través de la muerte, lo cual hizo a la gente anhelar al Sustituto final con todo su corazón.

Pues bien, el Padre lo envió, y Él no vino de mala gana. Jesús dijo: «Nadie me la quita [mi vida], sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar» (Jn. 10:18). Él voluntariamente no se aferró a aquello a lo cual tenía derecho; Él lo dejó y consintió en morir (cf. Fil. 2:6-8).

El Sustituto

El sustituto se identifica: «Al que no conoció pecado». ¿Quién es? Él es Aquel que no conoció pecado. Esto estrecha el cerco hacia uno. Él ciertamente no es un ser humano común porque: «No hay justo, ni aun uno» (Ro. 3:10). En Romanos 3:23 dice: «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios». Ningún humano cualifica. ¿Quién es Aquel que no conoció pecado? ¿Quién es Aquel que podía cargar por otra persona toda la ira de Dios contra el pecado ya que no tenía que cargar los propios? Ningún pecador podía ser el sustituto y morir por otro pecador porque tenía que pagar el castigo por su propio pecado. Se necesitaba una ofrenda pura y tenía que ser un ser humano pues el hombre tenía que morir por el hombre. Pero no podía ser un ser humano pecador, pues en ese caso tendría que morir por sus propios pecados y no podría proveer la expiación por los pecados de otro.

La única manera de que un hombre sin pecado viva es que ese hombre sea Dios, porque sólo Dios no conoce el pecado. Un hombre sin pecado sólo podía ser Dios. Esto fue exactamente lo que Dios diseñó. La segunda persona de la Trinidad, puro y perfecto, igualmente santo que los otros dos miembros de la Trinidad, vendría al mundo en forma de hombre. Él no tendría un padre humano. José no fue el padre de Jesús y José lo supo. José nunca había conocido a su esposa de manera conyugal. Cuando descubrió que ella esperaba un niño, no podía creerlo. El ángel le dijo: «porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es» (Mt. 1:20). Por lo que Jesús tuvo una madre humana, quien lo hizo humano, pero Dios fue su Padre por tanto Él fue el Dios-hombre, el ser humano sin pecado.

La representación del Antiguo Testamento para esto es el cordero seleccionado para el sacrificio. Tenía que ser un cordero sin mancha y sin defecto. Tenía que ser un animal perfecto, sin una marca, que representara al sustituto real que sería perfecto.

Apocalipsis 5 es una ilustración maravillosa que manifiesta que nadie cualifica excepto Cristo. En su visión Juan ve el lugar del trono de Dios, donde Dios está en el trono y sostiene en sus manos un rollo; sellado con siete sellos (Ap. 5:1). Este es el título de propiedad del universo, en espera del futuro cuando Dios se aliste a recuperar su universo de Satanás y el pecado.

Entonces Juan vio. «Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo» (vv. 2-4). No había un solo individuo en el universo creado, hombre o ángel, que pudiera pasar adelante y ejecutar el contenido del libro. Por lo que Juan comenzó a llorar.

El versículo 5 dice: «Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos». Alguien es digno. ¿Quién es digno? «El León de la tribu de Judá». Es un hombre de la tribu de Judá; quiere decir que es un judío. Pero es también la raíz de David, no la rama, no es algo que surgió de David sino que produjo a David. Él es Dios. Pero ¿cuál es su forma? El versículo 6 dice: «estaba en pie un Cordero como inmolado». Sólo hay Uno que es digno de recuperar el universo y Él es Aquel que nació como judío, como humano en todo sentido, Aquel que era Dios, la fuente misma de la cual surgió David, Aquel que fue el Cordero sacrificado. Dios creó a un Dios-hombre único nacido de una virgen para ser el Sustituto que el plan exigía. La justicia tenía que ser satisfecha; la ley tenía que ser vindicada.

Por tanto Pablo dice a los gálatas: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley» (Gá. 4:4-5). Jesucristo es Aquel que no conoció pecado.

Jesús dice en Juan 8:46: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?» La respuesta fue el silencio y todavía es el silencio. Lucas 23 dice: «Y Pilato dijo a los principales sacerdotes, y a la gente: Ningún delito hallo en este hombre» (v. 4), «no he hallado en este hombre delito alguno» (v. 14), «Él les dijo por tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito digno de muerte he hallado en él» (v. 22).

El ladrón que colgaba de la cruz cerca de Jesús dijo a su compañero de

fechorías: «Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo» (v. 41). Este es el testimonio del centurión quien lo presenció todo: «Verdaderamente este hombre era justo» (v. 47).

No sólo los incrédulos vieron su perfección. El apóstol Juan estuvo con Él día y noche durante tres años, siguió cada uno de sus pasos, escuchó cada una de sus palabras y presenció cada uno de sus actos. Juan dijo de Él: «no hay pecado en él» (1 Jn. 3:5).

El escritor de Hebreos afirma la misma realidad cuando dice: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (4:15). Describe a Jesús como: «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores» (7:26).

Cuando Pedro predicó a los judíos acerca de Jesús él dijo: «Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo… y matasteis al Autor de la vida» (Hch. 3:14-15). Pedro también dijo de Cristo que Él era como un «cordero sin mancha y sin contaminación» (1 P. 1:19). También dijo de Él: «quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia» (2:24), «el cual no hizo pecado» (2:22). «Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos» (3:18).

Hombres incrédulos testificaron de su pureza y aquellos que mejor lo conocieron testificaron de su pureza. Pero hay otro que dio testimonio de que verdaderamente es poderoso. Ningún otro sino el mismo Dios Padre dijo en su bautismo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt. 3:17). En su transfiguración el Padre dijo: «Este es mi Hijo amado, con quien tengo complacencia». El Padre estaba totalmente satisfecho con el Hijo porque Él era perfecto y puro.

Sin embargo el mayor testimonio de su pureza es la ininterrumpida comunión que Él tuvo con Dios: «Yo y el Padre uno somos» (Jn. 10:30). Él dice lo mismo en Juan 14:30-31; 17:11, 21, 22, 23.

Volvamos a nuestro texto en 2 Corintios 5:21: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado». Dios tenía que castigar el pecado, pero si castigaba al pecador, el pecador sería destruido en el infierno por la eternidad. Por tanto Él tomó un Sustituto, lo puso en el lugar del pecador y en cambio Él castigó al Sustituto. Cristo se hizo pecado.

Entonces, ¿qué significa que se hizo pecado? Primero déjeme decirle qué no significa. No significa que Cristo se convirtió en un pecador, cometió pecado o quebrantó la ley de Dios. El pasaje que he leído indica que Él no tenía la capacidad de pecar. Esto es lo que los teólogos llaman la impecabilidad de Cristo. Él no podía pecar. Él era Dios sin pecado a pesar de que era totalmente hombre. Es inconcebible que Dios lo volviera un pecador. La idea de que Dios convierta a alguien en un pecador es inconcebible a consecuencia de su propia justicia, no se dice nada acerca de volver en pecador a su Hijo santo.

Entonces ¿qué significa que se hizo pecado? Isaías 53 nos presenta una respuesta: «Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores… Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él… Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (vv. 4-6). Él no murió por sus propios pecados, murió por nuestros pecados.

El Señor tomó la iniquidad de todos nosotros y la depositó en Cristo. Puede que usted diga: «¿Qué quiere decir? ¿No era su pecado?» No, era nuestro pecado. Dios trató a Cristo como si fuera un pecador haciéndole pagar la pena por el pecado aun cuando Él era inocente. Dios lo trató como si fuera el pecador y lo hizo pagar por ello. Aún más, Dios lo trató como si Él hubiera cometido todos los pecados de todos los que alguna vez creerían. ¿No es esto increíble? El pecado que no era suyo en absoluto, se le atribuyó a Él como si lo hubiera cometido. Ese es el único sentido en el que Cristo se hizo pecado y se hizo pecado por imputación. El pecado se le imputó a Él. Dios lo puso en su cuenta, se lo cargó a su cuenta y lo hizo pagar la pena. Sería como que todos los pecadores del mundo cargaran todo su pecado a su tarjeta de crédito y a usted le tocara pagar la cuenta.

La culpa de los pecados de todos los que en algún momento crean en Dios, todos los que en algún momento sean salvos se le imputó a Jesucristo, se le acreditó a Él como si Él fuera culpable de todo eso. Así que tan pronto como Dios se lo acreditó, Él derramó la totalidad de la furia de su ira contra todo ese pecado y todos aquellos pecadores y Jesús lo experimentó todo. No es asombroso que en el momento en el que estaba alienado de Dios Él dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27:46). Él recibió el trato que merece un pecador, con toda la furia del castigo justo derramado

en Él. Cristo fue puro personalmente pero culpable oficialmente. Él fue santo en lo personal, pero culpable desde el punto de vista forense.

En Gálatas 3:10 dice: «Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición». ¿Usted quiere tratar de ganar su entrada al cielo, tratar de reconciliarse por sí mismo? ¿Quiere hacer algunas obras, cumplir ciertos deberes religiosos y atribuirlos a algunas leyes morales o ley ceremonial? ¿Quiere lograr su propia justicia? Entonces se ha metido en un problema. Todos aquellos que tratan de reconciliarse con Dios a través de obras o de lo que hacen están malditos. Gálatas 3:10 cita Deuteronomio 27:26: «Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas».

¿Entiende por qué ese método lo maldice? Porque desde la primera vez que usted viola una ley a usted se le condena. Sólo con una vez. Cada vez que trata por sí mismo de reconciliarse con Dios a través de esfuerzos humanos usted mismo se pone bajo una maldición porque sólo se necesita una violación. Por esto toda la raza humana está maldita. Toda persona en toda religión sobre la faz de la tierra que trata de lograr la reconciliación a través de su esfuerzo propio, está maldita.

Ahora bien, esta maldición por la iniquidad conlleva un castigo que hay que pagar. Pero Gálatas 3:13 dice: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición». ¡Ah! Ese es el punto. Él tomó toda la furia de la ira de Dios en representación nuestra. Dios puso a Cristo en el camino de la maldición y lo pisoteó con juicio. Nuevamente le recuerdo que la imputación es crucial para entender la reconciliación. Cristo se hizo pecado por imputación. Nuestro pecado se le imputó a Cristo así como su justicia se les imputó a los creyentes.

Permítame decirlo de otra manera. Aunque Cristo murió en la cruz Él no se hizo malo como lo somos nosotros. Como tampoco nosotros por virtud de la cruz nos hacemos tan santos como Él es. Dios pone nuestro pecado a la cuenta de Cristo y pone la justicia de Cristo en nuestra cuenta. No porque somos tan santos que Dios está satisfecho. Es porque la pena se pagó y la culpabilidad se satisfizo de manera que Dios puede acreditarnos la justicia de Cristo.

La imputación es el sentido único en el cual usted es justo a través de la justificación. Este es además el mismo sentido en el que Cristo se hizo pecado. Se hizo pecado porque Dios le acredita nuestro pecado. Nosotros somos justos porque Dios nos acredita su justicia.

Yo soy un cristiano, pero no soy tan justo como para pararme como soy delante del Dios santo. ¿Puede usted? He acumulado muchísimo pecado en mi vida y a cualquier lugar que llegue cerca del Señor tendré que decir lo que dijo Pedro: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc. 5:8). Pero Dios me mira y no me considera en virtud de mi moralidad humana; Él me considera en virtud de la justicia de Cristo imputada, la cual me cubre.

Para resumir, Dios es el Benefactor, Cristo es el Sustituto, que recibe nuestros pecados por imputación y muere por ellos en lugar nuestro.

Los Beneficiarios

«Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado» (2 Co. 5:21). ¿De quién está hablando Pablo? Es el mismo caso que la forma verbal «somos» del versículo 20: «somos embajadores», igual que el pronombre personal «nosotros» en el versículo 19: «nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación» y el mismo caso de «nos» en el versículo 18: «[Dios] nos dio el ministerio de la reconciliación».

Entonces, ¿quiénes son ellos? Pablo los describe en el versículo 17: «si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». Hay una transformación. Con la salvación una creación nueva ocurre. Cambiamos. Pero aun con tal cambio no tendremos justicia suficiente para satisfacer al Dios santo. Por eso Él tiene que cubrirnos con la justicia de Cristo para hacernos aceptos hasta que estemos en gloria y Él nos haga completamente justos. Esto es para los que estamos en Cristo, los que estamos reconciliados, por los que murió. La sustitución real en eficacia fue para aquellos que crean. Él murió por nuestros pecados.

El Beneficio

El final de 2 Corintios 5:21 nos muestra el beneficio: «para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él». ¿Cuál es el beneficio? Somos hechos justos delante de Dios. Eso hace la justificación. La justicia que se nos imputa es la justicia misma de Cristo. Pablo dice en Filipenses 3:9: «y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe». ¡Oh! Jesús es santo pero Dios le imputo el pecado. Nosotros somos pecadores pero Dios nos imputa santidad.

El Dios muy justo demanda, para aceptar a cualquier pecador, la justicia misma que Dios provee. Cuando Dios lo mira, Él lo ve cubierto por la justicia

de Jesucristo. Es por esto que todos sus pecados son automáticamente olvidados en el sentido eternal porque ya Jesús pagó la pena. Dios no lo responsabiliza nunca más por su pecado porque Jesús pagó totalmente la pena y asumió toda la furia por la misma.

Usted dice: «Bueno, ¿y qué pasa con los pecados que cometí antes de ser cristiano?» Él murió también por esos pecados. Usted ni siquiera había nacido cuando Él murió; todos sus pecados eran «futuros». En realidad Cristo es el Cordero sacrificado desde antes de la fundación del mundo, aún antes de la creación. El plan era que Él muriera por todos los pecados de todos los que alguna vez creyeran.

Esta es la justicia de la que Pablo habla en Romanos 3. Es la justicia de Dios aparte de la ley (v. 21). Es la justicia de Dios a través de la fe en Jesucristo para todos aquellos que creen (v. 22). ¿Cómo forma parte de esto? Comprende que es un pecador; esta en una situación desesperada, alienado de Dios. Entiende que no tiene esperanza de reconciliación por sí mismo, que vivirá perversamente en esta vida y sufrirá el tormento eterno en la siguiente. Entonces crea que Dios mandó a su Hijo al mundo en la forma de un hombre a morir como su sustituto, que Él asumió toda la furia de la ira de Dios en sí mismo. Crea que Dios afirmó que su justicia se satisfizo cuando Él levantó a Jesús de la muerte y cuando Dios lo levantó de la muerte, Dios se sintió satisfecho. Entonces Dios lo exaltó sentándolo a su diestra en su trono (Fil. 1:20). Cuando la obra se consumó y cuando Jesús mismo se había ofrecido y satisfecho la justicia de Dios, Dios «también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla… y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor» (Fil. 2:9-11). Esto es lo que usted cree y este es el evangelio.

Cuando cree el evangelio por fe, Dios en su misericordia le imputa la justicia de Cristo porque sus pecados le fueron imputados a Cristo cuando murió en la cruz. El Padre lo conoció cuando el Hijo murió. Su nombre fue escrito en el Libro de la Vida del Cordero antes de la fundación del mundo y la expiación que Cristo obró fue por usted. Entonces usted vino a creer y a recibir la justicia imputada. Ahora usted vive en esta vida en la presencia de Dios y finalmente en la eternidad con perfección absoluta. Eso es el evangelio.

El benefactor es Dios: Este es su plan y surge de su amor. El sustituto es

Jesucristo, quien tomó su lugar; el Dios-hombre perfecto. Los beneficiarios somos todos nosotros por los que Él murió, aquellos quienes crean. El beneficio es que recibes la justicia de Dios que se te imputa como si fueras igual a Jesucristo en santidad y algún día serás santo. Pero hasta entonces la justicia de Dios en Cristo te cubre y llega a ser tuya sólo a través de tu fe en Jesucristo.



16 de septiembre de 2001

10_Un enfoque bíblico de la muerte, el terrorismo y el oriente medio

Pasajes escogidos

Es muy posible que usted recuerde exactamente dónde estaba y qué hacía el martes de la semana anterior a la transmisión de este sermón. Para cuando muchos de nosotros ya habíamos tomado café y poníamos las noticias aquel día, los ataques terroristas ya estaban en ejecución en Nueva York y Washington, D.C. En Gracia a Vosotros, aquella misma mañana, nosotros hicimos una transmisión especial, una entrevista con John MacArthur, en la cual él abordó el significado de la tragedia humana y la soberanía de Dios a la luz de Lucas 13:1-5. La transmisión se envió a estaciones de radio para ser retransmitida al día siguiente.

El resto de la tarde, John pasó el día con un pequeño grupo de hombres en el local de Gracia a Vosotros, recopilando recursos sobre el fundamentalismo islámico y el terrorismo del Oriente Medio. Él redactó casi todo este sermón esa misma tarde, mientras el resto de la nación estaba traspasada por los reportes noticiosos del desastre. Este es el mensaje individual más extenso que se haya predicado en la Grace Community Church y fue escuchado por el grupo de personas más grande que haya asistido a un culto regular de la iglesia; quizá más de 5.000 personas en un solemne e inolvidable culto de la noche. Cada habitación extra disponible estaba atestada. El servicio se extendió al menos por 45 minutos más de lo acostumbrado y nadie se fue antes o se quejó. Durante semanas, los discos compactos de este sermón se vendieron mucho más que cualquier otro mensaje del catálogo de Gracia a Vosotros, incluso mensajes que habían tenido ventas intensas por tres décadas.

Un libro pequeño, Terrorism, Jihad, and the Bible, basado en este mensaje, se publicó en diciembre de 2001 e igualmente fue un tremendo éxito de ventas durante varios meses.

BOSQUEJO

— La motivación natural
— La motivación histórica
— La motivación religiosa
— La motivación sensual
— La explicación teológica



SERMÓN

El martes, 11 de septiembre de 2001, todos presenciamos el ataque más devastador que jamás se haya perpetrado contra Estados Unidos y las imágenes están profundamente grabadas en nuestra memoria y probablemente permanecerán por largo tiempo. Tan monumentales proporciones de muerte y devastación hacen que la única comparación más parecida sea el ataque contra Pearl Harbor. Alrededor de 2.400 personas murieron en Pearl Harbor, la mayoría de ellas, personal militar. El martes murieron más 2.800 personas y la mayoría eran civiles.

Durante mucho tiempo, Pearl Harbor ha sido el ícono que ha representado los atentados contra esta nación. Ya nunca más será ese ícono porque en el futuro, los atentados terroristas del 11 de septiembre contra la ciudad de Nueva York y Washington D.C. serán el nuevo punto de referencia. Esos atentados los llevó a cabo no una nación ni una alianza de naciones, sino un grupo clandestino de terroristas itinerantes del Oriente Medio.

Todos sabemos lo que sucedió; en estos tiempos, dominados por los medios, no nos faltan las imágenes visuales o las explicaciones verbales. Cuatro aviones comerciales de Estados Unidos, que se dirigían de la costa Este a la costa Oeste, fueron secuestrados y llevados a un rumbo de colisión hacia distintos objetivos específicos con la intención de matar a las personas, lesionar a la nación, devastar la economía y dañar el ejército. La idea era enviar a Estados Unidos el mensaje de que existía un poder mayor que la superpotencia que es Estados Unidos. Un grupo suicida de asesinos extremistas islámicos estaban proclamándose como que eran más poderosos que esta gran nación.

Dos de los aviones, que viajaban con los depósitos de combustible llenos, hicieron impacto contra los objetivos con una precisión catastróficamente destructiva, estrellándose con todas sus fuerzas contra las torres gemelas del World Trade Center en la ciudad de Nueva York, provocando su desplome. Otro avión se impactó contra el Pentágono y mató a varios centenares de personas. Otro avión nunca llegó a su objetivo, cualquier que este haya sido. Todos conocemos los detalles de lo que sucedió.

Pero nuestras mentes claman por saber *por qué* sucedió. De hecho, a mí me parece que las personas en Estados Unidos están obsesionadas con el por qué

suceden las cosas. Cada vez que se estrella un avión, cada vez que un crimen se apodera de las noticias, queremos saber por qué suceden estas cosas. Analistas, psicólogos y criminalistas estudian los detalles para hallar el motivo de por qué suceden estas cosas.

¿Por qué las personas hacen este tipo de cosas? Trataré de darles algunas respuestas. Tengo muchas ideas dando vueltas en mi cabeza. Para poner un poco de orden en esas ideas, debo mantenerme bastante fiel a lo que he escrito.

Sabemos por qué sucedió esta tragedia a un nivel superficial. Sabemos ahora que existe un grupo de terroristas altamente desarrollados y sofisticados en el Oriente Medio que constituyen la razón superficial e inmediata. Las fuentes de inteligencia nos indican que no es un solo hombre, Osama bin Laden, con cuyo nombre ya estamos todos familiarizados. Es probable que él sea el hombre principal detrás de la planificación de los hechos que propiciaron este desastre. Pero parece que recibe el apoyo de personas como Saddam Hussein de Irak y quien sabe cuántos otros extremistas en el Oriente Medio son parte de esta inmensa red.

Estos hechos nos catapultan inmediatamente a la tierra de la Biblia. Esos terroristas no eran noruegos, argentinos, mexicanos, alemanes o chinos; eran del Oriente Medio, de la tierra de la Biblia. Una noticia de la Reuters desde Londres decía: «El disidente saudita Osama bin Laden advirtió hace tres semanas que él y sus seguidores llevarían a cabo un ataque sin precedentes contra intereses de Estados Unidos por su apoyo a Israel… Abdel-Bari Atwan, director de *al Quds al Arabi*, una revista semanal de actualidades en árabe con sede en Londres, dijo que los fundamentalistas islámicos encabezados por bin Laden estaban "casi con seguridad" detrás de los ataques al World Trade Center en Nueva York. "Es casi seguro obra de los fundamentalistas islámicos. Osama bin Laden advirtió hace tres semanas que atacaría intereses estadounidenses en un ataque sin precedentes, un ataque muy grande", dijo Atwan a Reuters. "Personalmente, recibimos información de que él planeaba ataques muy, muy grandes contra intereses de Estados Unidos. Recibimos varias advertencias de este tipo. No lo tomamos demasiado en serio y preferimos ver lo que sucedería antes de comunicarlo"» (Karen Matusic, «Bin Laden Warned of "Unprecadented Attack"». Reuters, 13 de septiembre de 2001).

¿Quién es este hombre, Osama bin Laden? ¿Qué cosa es la red de

terroristas y qué los motiva a realizar esas atrocidades inconcebibles? Todos recordamos un anterior atentado terrorista, no desde la parte superior de la torre sino desde abajo, contra el World Trade Center. Nos han hecho tomar conciencia en los últimos años de la ola de atentados terroristas contra las bases, los cuarteles y las fuerzas militares de EUA en el Oriente Medio y otros lugares. Igualmente sabemos de terroristas suicidas que cada vez con mayor frecuencia atacan lugares públicos en Israel, tales como pizzerías, haciéndose estallar a sí mismos también. ¿Qué hace que las personas hagan estas cosas y por qué sucede? La pregunta es ahora más imperiosa que nunca porque tiene que ver con nosotros. Tiene que ver con nosotros, no sólo por lo que sucedió, sino también porque pudiera suceder cualquier otro día en cualquier otro lugar. Como dijo el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld: «No podemos detener todas las tácticas de todos los terroristas todo el tiempo».

La motivación natural

Primero, permítame entrar en una categoría que necesitamos para empezar: Existe un motivo natural para esto. Durante años, los sociólogos y psicólogos modernos han estado tratando de convencernos que el hombre es esencialmente bueno. Pero eso no es cierto. El hombre es esencialmente malo; es esencialmente perverso. Jeremías 17:9 dice: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» en otras palabras, ¿quién es capaz de entender lo que hay en el corazón? Es tan perverso.

En Romanos 3 se describe al hombre como una serpiente venenosa (v. 13) y como un asesino cuyos «pies se apresuran para derramar sangre» (v. 15). Sólo hay que examinar la historia de la humanidad para hallar prueba de esta verdad. La historia del mundo está llena de masacres. Se manifiesta no sólo en acciones criminales individuales, sino en acciones criminales colectivas y nacionales. El hombre es por naturaleza un asesino. Lo vemos en las acciones terroristas en el mundo de hoy. Lo vemos en las sociedades tribales y en las ciudades modernas del mundo. El hombre es un asesino. El primer crimen en la Biblia se registra en Génesis 4:8. Caín asesinó a su hermano y le impuso a la vida humana ese innoble comienzo.

¿Por qué sucede esto? La Epístola de Santiago nos ayuda a encontrar una respuesta. Al comienzo del cuarto capítulo de la carta de Santiago, él hace en esencia la misma pregunta que nosotros estamos haciendo, que nuestra

cultura está haciendo, que el mundo está haciendo. El capítulo comienza de la siguiente manera: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros?» (v. 1). ¿Por qué suceden estas cosas? ¿Por qué hay asesinatos? ¿Por qué hay guerras? ¿Por qué hay peleas y pleitos en todos los planos?

La respuesta aparece de inmediato: «¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (v. 1). «Miembros» incluye la naturaleza física y espiritual de los seres humanos. Son los placeres dentro de uno los que generan las guerras. ¿Cuál es la fuente de las guerras? La palabra griega *polemos* («guerras») se refiere a una prolongada situación de conflicto. ¿Cuál es la fuente de los conflictos? *Mache* («pleito») se refiere a peleas independientes e individuales. ¿Qué causa esas peleas y conflictos?

Todo es cuestión de los placeres. En griego es *hedone* de donde obtenemos la palabra *hedonismo*, que significa el ansia de amor a sí mismo, el ansia de alcanzar lo que uno desea. El hedonista es alguien que vive para alcanzar el amor a sí mismo; vive para satisfacerse a sí mismo, para obtener lo que desea y para tomar lo que lo llena. Las guerras empiezan porque las personas quieren cosas para sí mismas y alguien se interpone.

El versículo 2 elabora aún más esta verdad: «Codiciáis, y no tenéis». Ese es el problema. Usted tiene una compulsión hedonista, pero esta se malogra. Lo que desea, se convierte en una guerra dentro de usted; eso es cuánto usted lo desea. Pero alguien le impide alcanzar ese deseo, por lo que Santiago dice que «matáis» (v. 2). La razón natural por la que las personas matan es por la gratificación personal insatisfecha y fuera de control. Las personas no son esencialmente buenas; son esencialmente malas. Si no tuviéramos leyes y la aplicación de las mismas, toda la humanidad estaría matándose a sí misma todo el tiempo. A las personas las impulsa el deseo del placer, la satisfacción y la realización. Pudiera ser necesario sacrificar a cualquiera que se interponga para poder cumplir ese deseo.

Uno tiene que preguntarse: «¿Por qué una madre ahoga a sus cinco hijos?» Porque esos niños impedían su satisfacción y realización. ¿Por qué los polacos de Jedwabne en Polonia, un día durante la Segunda Guerra Mundial masacraron 1.600 judíos en su aldea? Habían convivido durante 300 años; trabajaban juntos e iban a la escuela juntos. Sin embargo, en dos semanas, los polacos decidieron pasar de vecinos a asesinos. Mataron a los mil seiscientos en un solo día. ¿Por qué? ¿Era por odio a la raza judía? No, nunca se habían visto expuestos a la propaganda antisemita. Lo que sucedió fue que los

alemanes asumieron el control del pueblo y dijeron: «Si quieren, pueden matarlos y tomar sus tierras, sus granjas y sus bienes» (Jan T. Gross, *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland* [Princeton N.J.: Princeton University, 2001]). Y eso hicieron. Denle al corazón humano permiso para matar y lo hará.

¿Por qué un joven ruso en Sacramento, California, mata a su familia? Porque pensaba que entorpecían su realización y satisfacción. ¿Por qué Hitler masacró a los judíos? Porque pensaba que entorpecían su supremacía aria. ¿Por qué Josef Stalin masacró a otros millones de personas? Pensaba que entorpecían su imperio mundial. Puede ser así de enorme o tan simple como una madre que mata a sus hijos porque no puede alcanzar la satisfacción teniéndolos a ellos en el medio.

Santiago continúa diciendo: «ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (vv. 2-3).

Por eso las personas matan: Quieren algo y alguien se lo impide. Ya sea que maten a pequeña escala o a gran escala, los corazones perversos de las personas apasionadas que no aceptan que se les niegue el placer matarán para obtenerlo. Esa es la patología natural del corazón humano caído. Impulsa a las personas a cometer actos extremos de asesinato por pasiones tan devoradoras que rayan en la locura.

La motivación histórica

Hay una motivación natural y en segundo lugar, una motivación histórica. Para ir a la esencia de esto, tenemos que regresar al Oriente Medio, a la Biblia y a los orígenes de las naciones y eso nos lleva al libro de Génesis.

Génesis es el libro de los orígenes. Génesis significa «inicio». En Génesis 10 y 11 encontramos lo que los estudiosos de la Biblia llaman la tabla de las naciones. Si recorremos las genealogías de Génesis 10, podemos ver toda clase de nombres de personas, familias y naciones. A partir de 11:10, encontramos más genealogías de individuos que engendraron familias y grupos de personas. Es un registro de la sociedad primitiva tal como se desarrolló desde la época de Noé. Recuerden cómo Dios inundó al mundo entero, según se registra en Génesis 6—9, y salvó a sólo ocho personas: Noé, su esposa, sus tres hijos y sus tres esposas. Ocho personas bajaron del arca y repoblaron el mundo. El capítulo 10 enumera las generaciones que surgieron de Noé por medio de sus

tres hijos, Sem, Cam y Jafet.

Jafet, el hijo mayor, engendró lo que se conoce ahora como los pueblos indoeuropeos (Gn. 10:2-5). De Jafet surgieron los que viven en Europa hasta la India, incluyendo a los de Rusia y quizá los que cruzaron el Mar de Bering y poblaron América del Norte y Sudamérica, los pueblos nativos. Conocemos que Cam engendró las familias en África y el Oriente Lejano, incluyendo el mundo asiático así como algunas regiones del Oriente Medio (Gn. 10:6-20). Y después, de Sem, el más conocido de los hijos de Noé, vino el pueblo semita del valle de Mesopotamia, el Oriente Medio como lo conocemos hoy, tanto el pueblo judío como el árabe (Gn. 10:21-31). El pueblo de Sem vivía al norte, sur y este de la tierra de Israel. No quiero simplificar demasiado este análisis porque existen complejidades y complicaciones para comprender la historia del Oriente Medio, pero trataré de darles una interpretación que les sea lo bastante clara para que puedan entender lo que está sucediendo.

Volvamos atrás un poco. Cuando Dios creó al hombre, puso a Adán y a Eva en un lugar llamado el Huerto del Edén. Las Escrituras indican que el huerto estaba ubicado en las cercanías del valle del Tigris y el Éufrates en la región de Mesopotamia, el corazón del Oriente Medio (Gn. 2:14-15). Ese es el paraíso original de Dios, el preciso lugar donde Dios caminó y habló con Adán en el frescor del día, el preciso lugar donde Dios estableció el árbol de vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal (2:9). Hoy es el centro del mundo árabe-musulmán. Fue allí donde se construyó la Torre de Babel, donde comenzó la religión terrenal (11:1-9). Más tarde, se construyó allí la ciudad de Babilonia, que hoy se encuentra en el Irak contemporáneo. Fue allí donde Noé vivió y predicó antes del diluvio. Está llena de historia bíblica y religiosa. Pero cuando apareció Abraham, Dios se lo dio todo a él y a su familia. Dios le dio toda la tierra «desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates» (15:18).

Abraham era hijo de un hombre llamado Taré quien adoraba al dios luna. Era la forma *más* popular de idolatría en la época de Abraham. Existían dos grandes centros de adoración del dios luna. Uno era un lugar llamado Ur, que estaba ubicado en el golfo pérsico en lo que es hoy Kuwait. El otro era Harán, que estaba en la región del actual Irak. Abraham nació en Ur en el seno de una familia de adoradores del dios luna.

Esta región histórica, la tierra del Oriente Medio, el valle de Mesopotamia y la tierra de los estados árabes, fue donde comenzó la historia de la

humanidad. Esta misma tierra también será importante al final de la historia de la humanidad. Los profetas de la Biblia nos dicen que el mundo llegará a su fin en una gran conflagración y una gran batalla en ese mismo lugar. Grandes ejércitos del norte y del sur se reunirán en el valle de Meguido, que es parte del actual Israel (Ap. 16—17). Las Escrituras dicen se derramará sangre en toda la tierra de Israel hasta que Jesús llegue, destruya a todos los perversos y establezca su propio reino en paz y justicia. Ese es un pedazo de tierra muy importante. Ninguno es más estratégico.

Abraham engendró al pueblo judío. En Génesis 12:1-3, Dios le dijo a Abraham, quien era conocido entonces como Abram: «Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra».

En Génesis 15:18-21, Dios le da a Abraham detalles sobre su promesa de darle tierra: «En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto [el Nilo] hasta el río grande, el río Éufrates; la tierra de los ceneos, los cenezeos, los cadmoneos, los heteos, los ferezeos, los refaítas, los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos». Dios le dio a Abraham todo desde la costa del Mediterráneo hasta bien dentro del Oriente Medio.

En otras palabras, por derecho divino, de boca de Dios mismo, la región les fue dada a Abraham y a su descendencia. En la época de Abraham, todas las personas que se nombran en los versículos 19 al 21 ya estaban ocupando aquella tierra. Aunque Dios le prometió la tierra a Abraham, ya estaba en poder de aquellos grupos.

En Génesis 10:21-31 se relaciona una lista de personas y de grupos de familias, así como tribus y naciones que existían cono descendientes de Sem. Debe haber habido una gran cantidad de ellos en la región. Muchas tribus, familias y grupos de personas vivieron en toda esa parte del mundo. Puede que haya sido la parte más densamente poblada del mundo en aquellos tiempos. De hecho, al principio fue la única parte del mundo que estuvo poblada porque, una vez terminado el diluvio, sólo ocho personas sobrevivieron y empezaron la repoblación ahí mismo.

No tardó mucho en que Mizraim, el nombre de Egipto en hebreo, adquiriera importancia. No tardó mucho en que otras naciones poderosas

como Aram y Aser (Siria y Asiria) nacieran. Todas esas grandes tribus, familias y clanes eran idólatras y rechazaban al Dios vivo y verdadero, a Dios el creador.

Cuando Dios le prometió a Abraham que toda la tierra sería de él, Abraham y su descendencia iban camino al conflicto político y religioso. Para que esa tierra perteneciera a Abraham y sus descendientes, Dios iba a tener que ponérsela a su disposición y Abraham tendría que ser fiel a Dios. Si Abraham era fiel a Dios y obediente, Dios le daría la tierra. Pero si los descendientes de Abraham desobedecían a Dios, tendrían que afrontar una interminable batalla tratando de poseer lo que Dios les había dado.

Ustedes se preguntarán: «¿Fue justo juzgar a esas naciones que poseían la tierra?» La respuesta es que sí porque Dios es justo en juzgar la adoración de ídolos. El primer mandamiento dice: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éx. 20:3). Dios juzgará la idolatría en todas las épocas. Fue un juicio justo el que Dios le quitara esa valiosa tierra a aquellos que le habían dado la espalda y se la diera a un pueblo que Él mandó a amarlo y servirlo. La región del Oriente Medio es la tierra más rica de la faz de la tierra. Están las riquezas costeras del valle de Sarón en Israel; las tierras fértiles que bajan por el mismo centro de Israel; las inmensas riquezas minerales del Mar Muerto; el enorme tesoro petrolífero de la península arábiga; las valiosas maderas que una vez cubrieron al Líbano. Hay que añadir las fértiles planicies del valle de Jordán, una productividad sin par y una increíble riqueza química en el Mar Muerto. Dios se los dio todo a ellos. Si lo obedecían, tendrían esas tierras

Los pueblos idólatras de aquella tierra iban camino a un enfrentamiento con Israel. La razón por la que Israel nunca ha podido poseer esa tierra que recibieron es porque Israel no ha sido fiel a Dios. Pero algún día «mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito» (Zac. 12:10). Aceptarán a Jesús como su Mesías; alcanzarán su salvación. Y el día en que alcancen su salvación, el Mesías mismo les dará la tierra. Mientras tanto, continúan reivindicando la tierra y mientras lo hagan, el resto del mundo árabe será su enemigo acérrimo en uno u otro grado.

Abraham no ayudó en este conflicto. Dios le hizo la promesa a Abraham y le pidió que confiara en Él para tener a ese hijo. Abraham tenía alrededor de cien años y Sara noventa y eran estériles (Gn. 11:30; 17:15-17). Abraham debe haberse preguntado cómo podría llegar él ser el padre de muchas naciones si no era capaz de engendrar ni a un solo hijo. Un día, su esposa Sara

le propuso el siguiente plan: «Ya ves que Jehová me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva; quizá tendré hijos de ella» (Gn. 16:2). En un acto de desconfianza hacia Dios, Abraham siguió el plan de su esposa. Agar concibió y dio a luz un hijo cuyo nombre era Ismael, un hijo ilegítimo, no el hijo de la promesa de Dios, no el hijo del pacto (Gn. 16:4, 15). Dios dijo: «haré de él [Ismael] una gran nación. Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene» (17:20-21). Tuvo a Isaac y por medio de él surgió el pueblo judío, pero por medio de Ismael surgieron más enemigos, doce tribus nómadas que vivían en el norte de Arabia (25:13-16). Para empeorar las cosas, Esaú, hijo de Isaac, fue rechazado por su padre (27:30-40). De Esaú nacieron más pueblos que no estaban incluidos en la promesa, surgiendo así más enemigos.

El Oriente Medio está lleno de descendientes de todos esos pueblos que disputan el derecho declarado de Israel a la promesa abrahámica. Dios quería que Israel eliminara a esos pueblos perversos, idólatras y adúlteros. Quería que Israel lo hiciera cuando los sacó de Egipto, después de haber estado cuatrocientos años en cautiverio (Éx. 23:23-33; Hch. 7:6). Dios levantó a Moisés para que los sacara. Los llevó al desierto pero el pueblo fue incrédulo. Toda aquella generación murió en el desierto porque cometió idolatría (1 Co. 10:10-11). Cuando surgió una nueva generación, Dios los llevó a la tierra prometida, la tierra de Canaán. Como parte de la promesa, tenían que destruir a los habitantes idólatras de la tierra (Jos. 1:1-9). Ya Dios había demostrado en la historia que Él destruiría a los impíos: Ahogó al mundo entero en el diluvio (Gn. 6). Ahora Israel y no el agua sería el arma de Dios para librar a la tierra de la idolatría.

Sí triunfaron sobre Egipto. Todo el ejército egipcio se ahogó y las grandes plagas que sobrevinieron a Egipto causaron enormes cantidades de muertes (Éx. 7—11). Conquistaron las tribus de la parte alta del Jordán (Dt. 3) y estaban listos para entrar en la tierra de Canaán y conquistar. En cambio, fueron a la tierra de Canaán y fueron derrotados. Fueron derrotados en un lugar llamado Hai porque había pecado en el campamento (Jos. 7). Nunca hicieron lo que el Señor les dijo que hicieran; nunca se convirtieron en la espada de Jehová. Por tanto, ahí estaban en medio del conflicto, amenazados constantemente por los vecinos que los rodeaban.

Sin embargo, debe haber una advertencia. El pacto de Dios con Israel no ha sido roto y sigue siendo verdad que la nación que bendice a Israel es

bendecida y la nación que maldice a Israel es maldecida (Gn. 12:3). Cualquier nación que amenace la existencia de Israel caerá bajo el juicio de Dios. Esto se repite en las Escrituras en Salmos 121, 125 y 129, y en Isaías 43.

Por ende, la razón histórica de los actos terroristas está clara: El conflicto se remonta a las tensiones entre el pueblo árabe y los descendientes de Abraham. Doscientos cincuenta millones de ellos rodean a cinco millones de judíos. Los judíos creen que es su derecho divino poseer la tierra, pero no pueden tomarla porque Dios no les da la tierra a menos que se alejen del pecado y abracen al Mesías. Todo el mundo está en contra de Israel en el Oriente Medio, hasta Satanás. Si ustedes lo cuestionan, lean Apocalipsis 12 donde verán una descripción de Satanás tratando de destruir a Israel.

Entonces, las Escrituras dicen que los descendientes de Ismael «delante de todos sus hermanos habitará[n]» (Gn. 16:12). Todas estas personas están tratando de convivir en el Oriente Medio y ahí está el pequeño Israel, el pueblo del pacto, rodeado de pueblos con la destrucción dándoles vuelta en la cabeza.

En los tiempos bíblicos, estos diversos grupos de personas quedaron separados. Eso ayudó a mantener la paz de manera natural. Es un sistema de contrapesos y salvaguardias. Cuando todo el mundo hablaba un solo idioma y era del mismo parecer en la batalla, Dios los esparció, separó los idiomas y los diseminó por todo el mundo (Gn. 11:9). En cuanto las personas impías se reúnen, existe una gran fuerza de personas impías. Se convierten en una gran fuerza de maldad rotunda y desenfrenada. Dios separa al mundo en naciones porque evita el mal monolítico. Es difícil saber cuántos países árabes se encuentran en el Oriente Medio porque las fronteras han desaparecido y las identidades nacionales han sido borradas por un gran poder que es la religión musulmana en la que esa región del mundo está sumida.

El imperio árabe se convirtió en un inmenso imperio debido a un hombre llamado Mahoma, cuyo nombre en árabe significa «altamente alabado». Nació en la ciudad de La Meca en el año 570 d.C., casi 500 años después de Cristo. Decía ser descendiente directo de Ismael. Eso encaja. Este Mahoma se convirtió en la fuente del Corán, que es el libro sagrado del islam. En el año 622 se estableció en Medina y esa fecha se convirtió en la fecha oficial del comienzo del calendario islámico. Durante los primeros cien años después de Mahoma, el mundo árabe se unificó en grado sorprendente ya que esa parte del mundo sucumbió al poder del islam, sobre todo por el filo de la espada.

La guerra cuyo propósito es la de someter a los infieles al islam se considera *yijad*, una guerra santa. El mismísimo Mahoma mató y robó a los infieles en nombre de Alá. «Convertir o morir» es la herramienta más persuasiva en el arsenal del misionero islámico. Esa afición por la muerte aún existe en los rasgos radicales del islam. El islam siempre ha conquistado con la espada. De hecho, se hizo del poder en el territorio de Israel y lo mantuvo hasta el año 1948.

Vemos una razón natural de por qué esto sucede, vemos una razón histórica de por qué esto sucede. Existe una profunda animosidad hacia Israel. Entonces, ¿por qué atacan a Estados Unidos? Nosotros somos los principales defensores y amigos de Israel. En la literatura que yo he leído, los musulmanes radicales se refieren a Israel como «el pequeño Satanás» y a Estados Unidos como «el gran Satanás». Nosotros somos la fuerza mayor y por lo tanto la amenaza mayor en nuestro apoyo a Israel.

La motivación religiosa

Eso nos lleva a la tercera razón, que es una razón religiosa. Vamos más allá del conflicto de los grupos de personas a la religión misma. Existen 1,2 mil millones de musulmanes en el mundo actual. *Islam* es una palabra que significa «rendición» o «sumisión». El islam alega que se ha rendido completamente a la voluntad de Alá. Y ellos creen que la voluntad de Alá fue revelada mediante el profeta Mahoma. Y la revelación de Alá se encuentra escrita en el libro sagrado musulmán llamado el Corán.

Ahora bien, sin entrar en toda la teología del islam, permítanme darles algunas cosas en que pensar para que comprendan los soportes teológicos. Existen seis artículos de fe básicos en el islam. Si fuéramos a crear una afirmación doctrinal islámica, sería de la siguiente manera:

1. Los musulmanes creen que Alá es la única y verdadera deidad. No es una Trinidad. No es el Dios del Antiguo Testamento y no es el Dios del cristianismo.
2. Los musulmanes creen que el Corán es el libro más sagrado. El islam reconoce otros libros sagrados, pero sólo el Corán es puro.
3. Mahoma es el más grande de los profetas de Alá. Según la literatura islámica, Alá envió a miles de profetas (Jesús es uno de ellos), pero Mahoma es el más grande de los profetas.

4. Los musulmanes creen en los ángeles de Alá.
5. Alá ha predeterminado todas las cosas por decreto inalterable. Alá es totalmente soberano y el destino de todas las personas está predeterminado por Alá.
6. Los musulmanes creen en un día de juicio cuando todos los muertos resucitarán para ser juzgados por Alá y serán juzgados de acuerdo con sus obras.

Ningún musulmán puede saber con certeza dónde va después de la muerte. Alá decide el destino de todas las personas por medio de una clase absoluta y arbitraria de determinismo. La mayoría de los musulmanes se aferra a la esperanza de que las buenas obras pesarán grandemente en la balanza de justicia de Alá. Pero no existen garantías. Esos son los seis artículos de fe básicos.

Luego hay cinco deberes llamados los pilares del islam. Estas son prácticas religiosas obligadas.

1. Recitar la declaración de fe islámica, conocida como *Shahadah*. Es un cántico que dice: «No hay otro Dios sino Alá y Mahoma es su profeta». La mayoría de los musulmanes lo recita muchas veces al día.
2. La oración cinco veces al día. Estas son oraciones obligatorias y convencionales. Las cinco veces al día son establecidas. Las mezquitas islámicas usualmente tienen un alminar. En lo alto del alminar se encuentra un *muezzin* quien llama a la oración mediante el canto a la hora exacta de las cinco oraciones durante el día.
3. Los musulmanes tienen que dar a los pobres. Para lograr esto, a todos los musulmanes se les cobra un impuesto del 2,5 por ciento de sus ingresos anuales y de su propiedad.
4. Un mes de ayuno llamado Ramadán. ¿Cómo ayunan durante un mes y sobreviven? El ayuno les permite comer de noche, pero no a la luz del día. El Ramadán conmemora la primera revelación hecha a Mahoma en el año 610 d.C. Cuando Mahoma tenía cuarenta años, recibió la primera supuesta revelación de Dios y eso es lo que conmemora el Ramadán. Sólo se permite comer de noche y por la mañana antes del amanecer.
5. Todos los musulmanes, al menos una vez en la vida, salvo que sea

totalmente imposible debido a alguna restricción, deberán hacer un peregrinaje a La Meca.

Esa es en esencia la práctica y la teología. Podemos resumir su teología de la siguiente manera: Dios es uno, no tres. Los cristianos y los judíos son considerados infieles. Alá sólo ama a los musulmanes fieles; no ama a los pecadores ni a los infieles. La mayoría de los musulmanes fieles cree que Alá es incognoscible, distante e impersonal. Enseñan que Jesucristo era un simple hombre, un profeta y no Dios el Hijo. El que afirme la deidad de Cristo lo ha convertido en un segundo dios. Este es un pecado imperdonable (llamado *shirk*) en el islam y hará que una persona vaya al infierno eternamente. Por ende, para un musulmán es difícil ir a Cristo porque ha sido programado toda su vida para que si alguna vez reconoce a Jesús como Dios, vaya al infierno por siempre.

Asimismo, su teología niega que Jesús muriera en la cruz porque afirman que Él era un profeta de Alá y Alá nunca permitiría que eso sucediera a uno de sus profetas. Por lo tanto, no murió en la cruz; por lo tanto no resucitó de los muertos y nunca regresará. Enseñan además que nadie puede alcanzar la salvación sino el musulmán. Aunque el musulmán nunca puede saber si tienen salvación, al final sólo los musulmanes la tendrán.

Esto es sumamente desgarrador: El islam no tiene salvador. Mueren sin tener la manera de saber hacia dónde van. La teología musulmana no tiene la expiación de pecados y por lo tanto ninguna base para el perdón.

Nunca olvidaré una conversación que tuve en un avión con un hombre que era musulmán.

—¿Usted peca? —le pregunté.

—Por supuesto, todo el tiempo —contestó.

—¿Qué será de las personas que pecan? —le dije.

—Pudieran ir al infierno.

—¿Por qué sigue haciéndolo? —le pregunté.

—No puedo parar —respondió.

—¿Tiene alguna esperanza? —le pregunté. Y esto fue lo que me respondió:

—Espero que *el* dios me perdone.

—¿Por qué haría eso? —dije.

—No sé —me dijo.

Ni expiación, ni base del perdón, ni salvador. Nosotros tenemos un gran

mensaje para ellos: Hay un Salvador.

¿De dónde vino esta doctrina? Viene directamente del infierno. Esta es una de las doctrinas del demonio. Mahoma se crió en La Meca. Era miembro de la tribu llamada *quarish*. La religión en La Meca en la época de Mahoma era idólatra. Adoraban a 360 ídolos, así como a una prominente piedra negra que según el Corán Gabriel le dio a Abraham. De acuerdo con la tradición islámica, cuando Mahoma era niño, el arcángel Gabriel lo visitó y le abrió el pecho, le sacó el corazón, lo limpió y lo volvió a colocar en su lugar. Aquí tenemos a Mahoma criándose en La Meca con 360 dioses, pero Satanás estaba obrando en él para inventar una religión que le pondría fin a la división y reuniría a todo el mundo en un gran e inmenso esfuerzo para deshacer la promesa pactada de Dios. Mahoma sería el instrumento.

Sin embargo, el ídolo principal de esos 360 era Alá, *el* dios. Alá era el nombre del dios luna (*The Moon-god Allah in the Archeology of the Middle East* [Eugene, Oreg.: Harvest House, 1992], 8). Uno de los símbolos musulmanes es una media luna. Alá era el dios luna, una forma del dios que la familia de Abraham adoraba y que el padre de Abraham, que era un idólatra, adoraba. Hasta Taré es un nombre que se relaciona con el nombre del dios luna.

Lo que hizo Mahoma bajo la influencia de los poderes de las tinieblas fue lo siguiente: tomó elementos de varias formas de adoración de ídolos y los estructuró en una forma de religión, haciendo un solo cambio. Exigió que hubiera un solo dios, Alá, el dios luna. ¿De dónde obtuvo esta información? En el año 610 d.C., comenzó a recibir revelaciones alarmantes acompañadas de ataques violentos. No estaba seguro de si las visiones eran divinas o si eran demoníacas. Pero su esposa le dijo que se rindiera a las revelaciones porque estaba convencida de que eran de Gabriel. Luego, durante veintidós años, desde el año 610 hasta su muerte en el 632 d.C., siguió teniendo esas revelaciones del espíritu que lo controlaba. Al principio se recopilaron, memorizaron y trasmitieron oralmente. Después sus seguidores las escribieron de memoria, formando así el Corán. Más adelante, el Corán se amplió con el *Hadif*, que son otras enseñanzas y tradiciones.

Mahoma construyó todo este sistema religioso sobre la base de aquellas revelaciones demoníacas, adaptando y fusionando diversas formas y características de la adoración de ídolos que siempre había existido en La Meca, con un nuevo elemento, es decir, el dios luna. Alá era el único dios verdadero y todos los demás no lo eran. Estaba prohibido adorar a otros

dioses.

Satanás es feliz de ser tanto politeísta como monoteísta, siempre que sea el dios equivocado. El islam es hedonismo monoteísta.

Ahora quisiera hacer un comentario al margen. Ustedes deben haber oído hablar del Movimiento Musulmán Negro Norteamericano y ustedes se preguntarán cómo puede encajar eso. El verdadero musulmán les dirá que eso no es verdadero islam. ¿Qué es el Movimiento Musulmán Negro Norteamericano fundado por Elijah Mohammed? Es un híbrido extraño. Elijah Mohammed se tropezó con las enseñanzas de una persona llamada Wallace Fard y tomó sus raras enseñanzas y las mezcló con las enseñanzas de la Sociedad Torre del Vigía de los Testigos de Jehová. Creó un híbrido llamado la fe musulmana negra; aquí lo llaman la Nación Negra de Islam. Eso no es islam verdadero. Elijah Mohammed dijo que Wallace Fard era Alá y que Lewis Farrakan, que es el líder del movimiento, es el cumplimiento de Isaías 9:6: El dios fuerte, padre eterno y príncipe de paz. Esto es al islam lo que la secta de los testigos de Jehová es al cristianismo. Nuestro propósito es el de analizar el verdadero e histórico islam.

Mahoma enseñó que los judíos habían sido rechazados por Alá y maldecidos. Mahoma también declaró que era deber de todo musulmán subyugar el mundo entero a Alá, inclusive por medio de la guerra santa si fuere necesario. Evidentemente, a lo largo de los años y siglos, muchas de las personas que han seguido el islamismo no han sido tan militantes como los primeros ejércitos islámicos. Pero Mahoma era una persona muy perversa, agresiva y destructiva. Por lo que aquellas personas que quieren vindicar la violencia en nombre de Alá encuentran justificación más que suficiente en el sistema islámico. Uno de los líderes islámicos de nuestra nación dijo: «Estos radicales han literalmente secuestrado a toda la religión para sus propios fines» (James Rudin, «The Vocabulary of Terrorism», Religion News Service [11 de octubre de 2001]). Pero ellos pueden encontrar una justificación para lo que hacen porque es inherente al islam que deben convertir a las personas por los medios que sean. La verdad es que el islam es actualmente el sistema más poderoso de la tierra para la destrucción de la verdad bíblica y del cristianismo y es el principal perseguidor de los cristianos de todo el mundo, especialmente en el Oriente Medio y en África. Miles de cristianos mueren debido a esa persecución.

Para el islam, el mundo está dividido en dos partes: *Dar al Salaam*, («casa

de paz»), donde reina Alá, y *Dar al Harb,* («casa de guerra»), donde viven los infieles. En 1948, Israel, que es visto por los musulmanes como un pueblo infiel, invadió la casa de paz y la convirtió en una casa de guerra. Es por esto que Arafat, el líder de la Organización para la Liberación de Palestina, dijo: «Para nosotros, la paz significa la destrucción de Israel» (citado en *El Mundo* [Caracas, Venezuela, febrero de 1980]). La única condición de paz en el pensamiento de la mayoría de los líderes islámicos extremistas es la destrucción total de Israel. Me remití un poco a la historia: «Cuando Israel ganó los primeros conflictos armados contra los árabes, fue una gran derrota para Alá. Finalmente, el ayatola Khomeini de Irán explicó que Israel es un juicio de Alá por la condición de regresión de los musulmanes. De ahí que la derrota de Israel se ha convertido en la señal principal de la satisfacción que siente Alá por los musulmanes fieles» (Barbara Richmond, «Some facts about Islam», en la Internet: http://www.foryourglory.org/Islam). Muchos fundamentalistas islámicos radicales creen que para obtener la satisfacción de Alá, deben derrotar a Israel.

Un fundamentalista islámico egipcio dijo: «El islam crece sobre las piernas y brazos cercenados y la sangre de los mártires». A ellos no les importa derramar su sangre a fin de lograr sus objetivos. La guerra es un idioma que los radicales islámicos entienden y todas las guerras que libran son santas. Según el Corán: «Abraham no era judío ni tampoco cristiano; era piadoso» (3:67). Los musulmanes insisten en que los discípulos de Cristo eran musulmanes porque Jesús era un profeta de Alá. En los últimos dos años en Argelia han muerto entre sesenta mil y ochenta mil personas porque los musulmanes están entablando una guerra para poder convertir a Argelia en un estado musulmán. Decenas de mujeres han resultado muertas por no llevar velo y los fundamentalistas han jurado matar a otras más.

A lo largo de la historia, la violencia de la *yijad* islámica había estado centrada contra los cristianos en muchos territorios. Del año 1894 al 1918, los musulmanes en Turquía persiguieron a los armenios en lo que constituye la mayor atrocidad en la historia contra los cristianos. La ferocidad de los musulmanes superó hasta la brutalidad del Imperio Romano en los tres primeros siglos del cristianismo. Los turcos musulmanes casi lograron exterminar la raza armenia. Por medio de la hambruna, la deportación, las enfermedades, las golpizas y los asesinatos, un millón de armenios fueron asesinados y un millón y medio huyeron del país. Un escritor señalaba: «En

menos de un año, a cerca de un millón de armenios de Turquía, jóvenes y viejos, ricos y pobres, de ambos sexos, los han ahogado, quemado, matado con bayoneta, privado de comida o torturados hasta morir o, si no, deportados a pie, sin dinero y sin comida a través de los ardientes desiertos árabes».

Durante ochocientos años, a partir de la época de Mahoma, el islam ejerció el dominio absoluto en el Oriente Medio. Las cruzadas constituyeron un intento vano de recuperar el control de los católicos en la tierra santa por la fuerza. Hacia los finales de las cruzadas, los ejércitos islámicos recuperaron el control de la tierra santa y mantuvieron el poder unilateral en el Oriente Medio hasta 1948 cuando Israel logró su independencia. El mundo árabe actual está tratando de reafirmar su poder y recuperar el control de Israel, principalmente por medio de actos terroristas. El plan del fundamentalismo islámico es el de conquistar el territorio para el islam, limpiar la tierra de una nación de infieles.

El ascenso contemporáneo de su poder surgió el 26 de mayo de 1908 cuando unos perforadores encontraron petróleo en Irán. No fue hasta 1970 que obtuvieron el poder productor del petróleo y ahora lo tienen. Los consumidores energéticos están a la merced de los productores energéticos. El dinero ha inundado el Oriente Medio y ha suministrado un capital inmenso para financiar la *yijad*. Llegó con tanta rapidez al Oriente Medio que un artículo del *Economist* de Londres decía que podrían comprar el Bank of America en seis días, la IBM Corporation en cuarenta y tres días, y todas las compañías principales del mercado de valores del mundo en quince años. Esta inmensa riqueza es el resultado de más de la mitad de los recursos petroleros del mundo, fácil de perforar, cerca de la superficie, cerca del mar para la transportación por tuberías y el transporte marítimo, de excelente calidad y bajo en azufre. Un pozo es capaz de producir ochenta mil barriles al día. Las riquezas del mundo están ahí y el mundo depende de la energía. Ellos tienen el dinero para financiar la *yijad*.

Para que ustedes se percaten de cuán en serio lo toman los fundamentalistas islámicos, en una entrevista realizada por la CNN a Osama bin Laden, este dijo: «Declaramos la *yijad* contra el gobierno de Estados Unidos porque el gobierno de Estados Unidos es injusto, criminal y tiránico. Ha cometido actos que son extremadamente injustos, espantosos y criminales, ya sea directamente o por medio de su apoyo a la ocupación israelí. Por este y otros actos de agresión e injusticia, hemos declarado la *yijad* contra Estados Unidos

porque en nuestra religión, es nuestro deber hacer la *yijad* para que la palabra dios sea la que se eleve a las alturas y para expulsar a todos los norteamericanos de los países musulmanes» (*Washington Post*, 23 de agosto de 1998).

El 22 de febrero de 1998, bin Laden emitió un edicto pidiendo la muerte de los norteamericanos, incluso los civiles. En aquel momento, anunció la creación del «Frente islámico internacional para la yijad contra los judíos y sus defensores» en asociación con grupos extremistas de Egipto, Pakistán y Bangladesh. Las siguientes citas fueron tomadas de aquel edicto: «Durante más de siete años, Estados Unidos ha estado ocupando los territorios del islam en el más santo de todos los lugares, la península arábiga, saqueando sus aldeas, dando órdenes a los gobernantes, humillando al pueblo, aterrorizando a los vecinos y convirtiendo las bases que tiene en la península en una punta de lanza para atacar a los pueblos musulmanes vecinos. A pesar de la gran devastación que la alianza sionista de los partidarios ha ocasionado al pueblo iraquí y a pesar de la inmensa cantidad de personas muertas, que sobrepasa el millón, a pesar de todo esto, una vez más los norteamericanos están tratando de repetir las horrendas masacres como si no estuvieran satisfechos con el prolongado bloqueo impuesto contra la guerra feroz o la fragmentación y devastación.

»Con la ayuda de dios, hacemos un llamamiento a todos los musulmanes que creen en dios y desean ser recompensados a cumplir la orden de dios de matar a los norteamericanos y saquear su dinero cuando quiera y dondequiera que lo encuentren. También hacemos un llamamiento a los ulemas, líderes, jóvenes y soldados musulmanes a lanzar un ataque contra las tropas estadounidenses de Satanás y contra los partidarios del diablo en alianza con ellos, así como desplazar a los que los apoyan para que aprendan una lección.

»La resolución de matar a los norteamericanos y sus aliados, tanto civiles como militares, es un deber individual de cada musulmán que pueda hacerlo en cualquier país en que sea posible hacerlo a fin de liberar a la mezquita Al-Aqsa y la santa mezquita [La Meca] de su dominio y para expulsar a sus ejércitos de todos los territorios del islam, derrotados e incapaces de amenazar a ningún musulmán» («*Jihad* Against Jews and Crusaders» World Islamic Front Statement, 23 de febrero de 1998). Más claro, imposible.

En una entrevista posterior en la revista *Time*, dijo: «Miles de millones de musulmanes están furiosos… La hostilidad hacia Estados Unidos es un deber

religioso y esperamos que Dios nos recompense por ello… Tengo plena confianza de que los musulmanes podrán ponerle fin a la leyenda de la llamada súper potencia que es Estados Unidos» (*Time* [23 de diciembre de 1998]).

Este es el motivo religioso detrás de los ataques terroristas. Cuando las personas perversas son libres de hacer el mal, lo hacen. Y cuando se les dice que al hacer el mal están sirviendo a Dios, se les está dando la mayor justificación posible.

Regresemos a su doctrina. Hay una forma en que los musulmanes pueden estar seguros de ir al cielo y es muriendo en una *yijad*. He aquí lo que dice el Corán: «Si morís o si sois matados luchando en la senda de Alá, os alcanzan la indulgencia y la misericordia de Alá. Esto vale más que las riquezas que amontonáis. Que muráis de muerte natural o que seáis matados, Alá os reunirá en el día final» (3:151-52). Dice además: «¡Oh creyentes! Cuando halléis al ejército enemigo caminando con orden, no os deis a la fuga. Todo el que vuelva la espalda en el día del combate… será herido por la ira de Dios. Su morada será el infierno» (8:14-15). Si luchas, vas al cielo. Si huyes, vas al infierno. La única manera en que pueden saber que van a ir al cielo es peleando en una guerra santa.

La motivación sensual

También existe una motivación sensual para estas personas. Esencialmente, el sesenta y cuatro por ciento de los hombres jóvenes entre las edades de 18 y 23 pudieran estar participando en operaciones clandestinas en Estados Unidos. Dan la impresión de que tienen familias, pero están surgiendo pruebas de que es sólo en apariencia. Probablemente sea su cobertura. ¿Cómo se motiva a un joven? A los terroristas suicidas los reclutan desde los trece años de edad. ¿Cómo se consigue que una persona se haga explotar a sí mismo? ¿Cómo se consigue que una persona impacte un avión contra un edificio? ¿Cuál es la motivación?

Si es un musulmán auténtico, quiere saber que va a ir al cielo. Existe una realidad aterradora en el islam acerca del infierno. ¿No sería más fácil simplemente ir a la batalla y matar a un infiel y entonces sabría que iba a ir al cielo? ¿Por qué haría esto? ¿Por qué tiene que inmolarse?

Los terroristas suicidas palestinos empezaron a atacar a Israel en 1994. Ya para el 2001 los atentados terroristas se habían convertido en sucesos

corrientes por dondequiera. Entre los líderes islámicos existe una gran controversia acerca de esta práctica. En el islam, el suicidio se considera un pecado y muchos musulmanes opinan que todo acto de suicidio es algo prohibido. Pero muchos clérigos islámicos insisten en que tales atentados son hechos de *yijad,* no de suicidio. Dicen que los que mueren en la *yijad* son mártires, aunque se quiten la vida. Algunos han argumentado que es un acto noble y una garantía para ir al cielo. El jeque Youssef el-Kardawi, uno de los clérigos más respetados de Egipto, dijo: «La misión suicida es la forma más elevada de la *yijad*» (Albayan [12 de mayo de 2001]). Los principales musulmanes de Jerusalén estuvieron de acuerdo en que el suicidio en una guerra santa es un acto noble. El partido Hamas y el Yijad islámico, dos grupos radicales, han llevado a cabo múltiples atentados terroristas suicidas y dicen que no escasean en absoluto de voluntarios. Son hombres jóvenes; pueden empezar su entrenamiento a los cinco años de edad. Están prácticamente incapacitados para un empleo porque han sido programados y les han lavado el cerebro. Son hombres solteros con un futuro sombrío que buscan una muerte heroica y la entrada al paraíso eterno. Recientes sondeos indican que hasta un ochenta por ciento de palestinos dicen que apoyan los atentados terroristas suicidas (Associated Press, 28 de agosto de 2001).

La opinión popular predominante es que esto no tiene nada de malo. Promete heroísmo. Promete el cielo. De hecho, un psicólogo palestino ha dicho: «Lo sorprendente no es la ocurrencia de los atentados terroristas, sino más bien la *poca frecuencia* de ellos» (Dr. Eyad Sarraj, «Why We Have Become Suicide Bombers», en la Internet: http://www.missionislam.com/conissues/palestine.htm). Uno de sus voceros dijo: «No existe una sola persona en Israel a quien no consideramos un usurpador de nuestra tierra». Esa es la cuestión y como nosotros apoyamos a Israel, nos convertimos en el gran Satanás.

El entrenamiento para esto comienza a temprana edad. Mohammed el-Durra, un niño palestino de trece años, resultó muerto en un tiroteo en Israel. La madre dijo: «Soy feliz de que ha muerto como un mártir». Dijo que le había dado una merienda antes de que fuera al tiroteo (Norman Doidge, «"The Palestinians" little bombers: School textbooks teach children to admire the martyr». *National Post* [9 de noviembre de 2000]). Enviar a un hijo de trece años de edad a cualquier tipo de batalla invalida los instintos paternos naturales.

Norman Doidge escribe en el *The National Post*: «Los reclutas típicos son muchachos solitarios, entre diecisiete y veintitrés años, atrapados en los conflictos de la adolescencia. A los muchachos los dividen en pequeños grupos reservados donde leen de manera colectiva versos coránicos tales como: "No penséis en los que mueren a la manera de Dios como muertos. No, ellos viven y hallan su sustento en presencia del Señor". Se crea un sentido de unión casi místico que deshace la soledad de la adolescencia que siente estos muchachos. Los mismos mecanismos que unen a un equipo de fútbol se usan para crear un grupo terrorista. A la mayoría de estos muchachos se les instruye a suprimir sus impulsos sexuales y a no ver televisión y les prometen una actividad sexual ilimitada en el cielo con las vírgenes si se convierten en mártires» (*Ibíd.*)

A los mártires les prometen que cuando mueran, no sólo irán al cielo, sino que a su llegada allí, serán recibidos por setenta y dos vírgenes de ojos negros que tendrán relaciones sexuales eternas con ellos. Por cierto, el Corán permite el matrimonio con hasta cuatro esposas. Mahoma tuvo trece y por lo menos veintidós mujeres con las que convivía. Así que este elemento sensual con el que los tientan como una zanahoria en la cara de los terroristas suicidas no es sólo el cielo, sino sexo eterno con setenta y dos vírgenes. «Una revisión oficial de los 140 libros de texto escolares oficiales de la Autoridad Palestina mostró que se usan todas las asignaturas para enseñar a los niños palestinos a admirar al *shahid* o mártir. El libro de texto de literatura de octavo grado está lleno de canciones y poemas que glorifican a la muerte infantil. "Sacad la espada, la muerte os llama y la espada se volverá desenfrenada. Palestina, los jóvenes salvarán tu tierra". En un texto de gramática aparece el siguiente ejercicio: "Marque el sujeto y el complemento de la siguiente oración: 'La *yijad* es el deber religioso de todo musulmán'. Otra: 'Amad a los luchadores de la *yijad* que sacian la tierra de Jerusalén con su sangre'"» (*Ibíd.*)

En un programa de televisión palestino dedicado a los niños, *The Children's Club,* inspirado en Plaza Sésamo, entonan esta canción: «Cuando entre en Jerusalén, asombraré a un suicida» (Charles Krauthammer, «Mideast Violence: The Only Way Out», *Washington Post* [16 de agosto de 2001]). El jeque Abd Al-Salam Skheidm, principal muftí de la policía de la Autoridad Palestina, describió lo que les espera en la vida después de la muerte a los terroristas suicidas que matan a mujeres y niños judíos en Israel: «Desde el momento en que derrama la primera gota de sangre, no siente dolor y es

absuelto de todos sus pecados; ve su asiento en el cielo; se le evitan las torturas de la tumba; no tiene que sufrir los horrores del día del juicio; se casa con setenta mujeres de ojos negros; puede responder por setenta familiares para que entren al paraíso» (citado en Mona Charen, «Reality check», *Jewish World Review* [17 de agosto de 2001]).

El 25 de mayo de 2001, una semana antes de los atentados terroristas en Tel Aviv, *La Voz de Radio Palestina* transmitió un sermón de los viernes desde la mezquita de Al-Aqsa en el monte del templo en Jerusalén. En aquel mensaje, el jeque Ikrima Sabri, muftí de la Autoridad Palestina, dijo: «Los musulmanes aman la muerte y el martirologio, de la misma manera en que otros aman la vida. Existe una gran diferencia entre el que ama la vida después de la muerte y el que ama este mundo. Los musulmanes aman la muerte [y buscan] el martirologio» (Aluma Solnick, «Martyrs and Mothers», en la Internet: http://aish.com/jewishissues/middleeast/Martyrs_and_Mothers.asp).

Qué perspectiva tan perversa: Uno va al cielo y obtiene sexo eterno. Esa es la zanahoria final que cuelga sobre esos hombres solteros, privados de sus derechos civiles, atraídos por la lujuria. El Corán describe a estas mujeres tan bellas como los rubíes, con una tez de diamantes y perlas. Entonces los mártires se deleitarán, recostados sobre cojines verdes y magníficas alfombras. En el número del 5 de julio de 2001 de *USA Today*, Jack Kelly escribió que en las aulas de los preescolares dirigidos por el partido Hamas hay carteles que dicen: «Los niños del preescolar son los *shaheeds* (santos mártires) del mañana». Empiezan con los alumnos de preescolar. Los carteles en las aulas de la Universidad de Al Najah en la Ribera Occidental y en la Universidad Islámica de Gaza dicen: «Israel tiene bombas nucleares, nosotros tenemos bombas humanas». En la ciudad de Gaza, en una escuela islámica dirigida por Hamas, el pequeño cuerpo y la sonrisa infantil de Ahmed, un alumno de 11 años de edad, engañan. Ocultan la decisión de matar a cualquier precio. «Convertiré mi cuerpo en una bomba que destruirá la carne de los sionistas, hijos de cerdos y monos». El Corán dice que Alá convirtió a los judíos en cerdos en una ocasión y en otra, en monos.

Kelly continúa con el relato. «Ahmed dice: "Despedazaré sus cuerpos en pedacitos y les causaré más dolor que el que se puedan imaginar". "Allahu Akbar", gritan sus compañeros de aula en respuesta: "Dios es grande". "Qué las vírgenes les den placer", grita el maestro» (Jack Kelly, «Devotion, desire

drive youths to "martyrdom"», *USA Today* [5 de agosto de 2001]).

Ahora bien, al final, ¿el islam vencerá la *yijad*? No. Yo les puedo decir cómo terminará. ¿No es bueno saberlo? No les puedo decir cómo termina un partido de fútbol, pero sí les puedo decir el final de esta pugna. Veamos Ezequiel 36:1-2: «Tú, hijo de hombre, profetiza a los montes de Israel, y di: Montes de Israel, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor: Por cuanto el enemigo dijo de vosotros: ¡Ea! también las alturas eternas nos han sido dadas por heredad». En otras palabras, el enemigo (es decir, Israel) es nuestro, lo tenemos; lo único que necesitamos es ese pedacito de Israel. Lo tenían todo menos Israel. «Profetiza, por tanto, y di: Así ha dicho Jehová el Señor: Por cuanto os asolaron y os tragaron de todas partes, para que fueseis heredad de las otras naciones, y se os ha hecho caer en boca de habladores y ser el oprobio de los pueblos, por tanto, montes de Israel, oíd palabra de Jehová el Señor: Así ha dicho Jehová el Señor a los montes y a los collados, a los arroyos y a los valles, a las ruinas y asolamientos y a las ciudades desamparadas, que fueron puestas por botín y escarnio de las otras naciones alrededor; por eso, así ha dicho Jehová el Señor: He hablado por cierto en el fuego de mi celo contra las demás naciones, y contra todo Edom, que se disputaron mi tierra por heredad con alegría, de todo corazón y con enconamiento de ánimo, para que sus expulsados fuesen presa suya. Por tanto, profetiza sobre la tierra de Israel, y di a los montes y a los collados, y a los arroyos y a los valles: Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, en mi celo y en mi furor he hablado, por cuanto habéis llevado el oprobio de las naciones. Por lo cual así ha dicho Jehová el Señor: Yo he alzado mi mano, he jurado que las naciones que están a vuestro alrededor han de llevar su afrenta. Mas vosotros, oh montes de Israel, daréis vuestras ramas, y llevaréis vuestro fruto para mi pueblo Israel; porque cerca están para venir. Porque he aquí, yo estoy por vosotros» (vv. 3-9).

¿A favor de quién está Dios en esta batalla? De Israel. Y lo sorprendente de esto es que Israel sigue en la falta de fe. Pero ellos son el pueblo del pacto de Dios y Él los llevará a la salvación. Dios está a favor de Israel. Yo no sé ustedes, pero yo quiero estar a favor de quien Dios esté a favor. Si Dios está a favor de Israel, pues yo también estoy a favor de Israel. Ezequiel sigue cuando dice el Señor: «yo estoy por vosotros, y a vosotros me volveré, y seréis labrados y sembrados. Y haré multiplicar sobre vosotros hombres, a toda la casa de Israel, toda ella; y las ciudades serán habitadas, y edificadas las ruinas.

Multiplicaré sobre vosotros hombres y ganado, y serán multiplicados y crecerán; y os haré morar como solíais antiguamente, y os haré mayor bien que en vuestros principios; y sabréis que yo soy Jehová. Y haré andar hombres sobre vosotros, a mi pueblo Israel; y tomarán posesión de ti, y les serás por heredad, y nunca más les matarás los hijos» (vv. 9-12).

Yo diría que está bastante claro, ¿no es verdad? ¿Ustedes tienen alguna duda acerca de quién va a vencer? Miren lo que dice a partir del versículo 22: «Por tanto, di a la casa de Israel: Así ha dicho Jehová el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy Jehová, dice Jehová el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos. Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios. Y os guardaré de todas vuestras inmundicias; y llamaré al trigo, y lo multiplicaré, y no os daré hambre. Multiplicaré asimismo el fruto de los árboles, y el fruto de los campos, para que nunca más recibáis oprobio de hambre entre las naciones. Y os acordaréis de vuestros malos caminos, y de vuestras obras que no fueron buenas; y os avergonzaréis de vosotros mismos por vuestras iniquidades y por vuestras abominaciones. No lo hago por vosotros, dice Jehová el Señor, sabedlo bien; avergonzaos y cubríos de confusión por vuestras iniquidades, casa de Israel. Así ha dicho Jehová el Señor: El día que os limpie de todas vuestras iniquidades, haré también que sean habitadas las ciudades, y las ruinas serán reedificadas. Y la tierra asolada será labrada, en lugar de haber permanecido asolada a ojos de todos los que pasaron. Y dirán: Esta tierra que era asolada ha venido a ser como huerto del Edén; y estas ciudades que eran desiertas y asoladas y arruinadas, están fortificadas y habitadas. Y las naciones que queden en vuestros alrededores sabrán que yo reedifiqué lo que estaba derribado, y planté lo que estaba desolado; yo Jehová

he hablado, y lo haré» (vv. 22-36). El Señor añade: «multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños» (v. 37). Luego concluye: «y sabrán que yo soy Jehová» (v. 38).

Ese día está llegando. No sé cuándo llegará, pero llegará. Hasta que ese día llegue, habrá una guerra; habrá un enfrentamiento que continuará intensificándose. Aquí estamos, del otro lado del mundo, y nos vemos arrastrados en ella. ¿Cuál debe ser nuestra respuesta? Debemos hacer lo que es justo. Debemos hacer lo que Dios ha destinado que los gobiernos hagan. ¿Qué ha destinado Dios que los gobiernos hagan? Romanos 13:4 dice que un gobierno «no en vano lleva la espada». El gobierno civil no es un espectáculo. ¿Por qué los gobiernos llevan una espada? Deben castigar a los malhechores y proteger a los inocentes. La guerra de protección y la guerra de castigo es una guerra justa. Si yo tengo cuatro niños en mi casa y un hombre entra y mata a dos de ellos, ¿qué hago? ¿Negocio con él? Impido que mate a los demás si me es posible. Hay que hacer sacrificios por el bien supremo. La perversidad tiene que castigarse. Hasta la bondad humana tiene que protegerse.

El gobierno civil no existe principalmente para brindar seguro médico y seguro social. Ciertamente no existe para la redistribución de las riquezas. Existe para amenazar a los malhechores con la muerte y para proteger a las personas que cumplen con las leyes. La soga, la guillotina, el pelotón de fusilamiento, la cámara de gas, la silla eléctrica, así como la espada, la pistola, el fusil, el cañón y el misil apoyan la estabilidad de una civilización porque las personas son asesinas. Una guerra justa es una guerra requerida por la magnitud de los crímenes. No es venganza personal; es protección nacional por medio del castigo de los que hacen el mal para impedir que continúen haciéndolo permanentemente.

Muchas personas se preguntan si este es un marco hipotético del final de los tiempos. No creo que los impactos de los aviones en el Pentágono y en el World Trade Center sean apocalípticos. Sí sabemos que existen señales bíblicas que señalan hacia el final. Una es que Israel está en la tierra. El mundo se mueve hacia una religión de un solo mundo que el anticristo pudiera gobernar. El islam también se mueve en esa dirección. Me ha fascinado ver cómo en los últimos diez años, la iglesia católica romana ha hecho tentativas de acercamiento con el islam.

El libro del Apocalipsis dice que al final de la era, la tercera parte de la población del mundo morirá (Ap. 9:15-18) y que la cuarta parte morirá (Ap.

6:8). Para eso se necesitarán armas de destrucción masiva. No se puede matar a esa cantidad con cuchillos y arcos y flechas. Daniel 9 indica que habrá tanta confusión en el Oriente Medio al final de los tiempos que se necesitará un conciliador. Ese conciliador será el anticristo. Ese es un escenario perfecto para que venga un Cristo falso y establezca una paz falsa. Siempre miro con mucha atención a cualquiera que vaya al Oriente Medio a negociar sólo para ver si esa persona pudiera ser el anticristo.

Les he dado una razón natural de por qué ocurrieron los ataques terroristas. Es el resultado de la depravación perversa del corazón asesino de los hombres que quieren controlar por medio del temor y de la retribución. Les he dado una razón histórica de por qué sucedió: El odio profundamente arraigado del mundo árabe hacia Israel y los milenios de pugna entre esos pueblos por la tierra. Hasta Estados Unidos ha sido arrastrado a ella debido a nuestro estatus como nación aliada de infieles. Les he dado una razón religiosa de por qué sucedió. La doctrina del islam no ofrece seguridad de salvación del infierno excepto cuando se muere como mártir en una guerra santa. Por supuesto, Satanás está detrás de esto. Y también les he dado una razón sensual de por qué sucedió: Los terroristas suicidas obrando para conseguir el sexo eterno.

La explicación teológica

Les voy a dar una última razón, que es la razón teológica. ¿Por qué murieron todas esas personas? Murieron porque la paga del pecado es muerte (Ro. 6:23). «Está establecido para los hombres que mueran una sola vez» (He. 9:27). A esas personas no les pasó nada el martes que no les iba a pasar en algún momento. Iban a morir, sólo que no pensaban que sería entonces. No tiene nada de extraordinario que las personas mueran. ¿Están preparados para esto? Desde el martes han muerto cincuenta mil norteamericanos. Este año morirán dos millones y medio de personas. Tarde o temprano, todo el mundo morirá. Sólo que nos sentimos más cómodos cuando mueren uno a uno. No nos gusta cuando mueren doscientas cincuenta personas en un accidente aéreo. A veces mueren varios miles debido a una inundación, un terremoto o una erupción volcánica en un país del tercer mundo. Raramente mueren cinco o diez mil personas y nunca en Estados Unidos. Pero todo el mundo muere. Cincuenta mil norteamericanos mueren cada semana. ¿Están preocupados los norteamericanos? No la mayoría de nosotros; simplemente seguimos viviendo sin pensar en el hecho de que cincuenta mil norteamericanos mueren cada

semana. Siempre que nuestro mundo sea cómodo y no tengamos que ver aviones destrozados, trenes destrozados y edificios destrozados, estamos bien. Eso mantiene la muerte a cierta distancia.

Las personas se preguntan: «¿Por qué Dios permitió que esto sucediera?» Le sucede a todo el mundo. La pregunta verdadera no es por qué Dios permitió que esto sucediera, la pregunta verdadera es por qué vivimos. Deberíamos estar todos muertos porque la paga del pecado es muerte. «El alma que pecare, esa morirá» (Ez. 18:4). Vivimos bajo constante misericordia de manera que cuando se revela la justicia, nos horrorizamos. Nos acostumbramos tanto a la gracia que no entendemos la justicia. Alguna que otra vez Dios retiene su gracia y sucede un desastre mortal y nos horrorizamos. Nuestro horror debiera ser que nos recuerdan lo que merecemos.

Las personas preguntan: «Entonces, ¿qué está diciendo Dios?» Él está diciendo: «Ustedes van a morir y no tienen control sobre ello. Este es un recordatorio de que les doy vida, les doy amor, les doy felicidad; derramo gracia común y hago que la vida sea rica y gratificante para ustedes. Soy paciente. Soy misericordioso. Soy clemente. Pero de vez en cuando tengo que darles un crudo ejemplo de hacia dónde se dirigen».

Las personas creen que tienen el derecho a vivir. Piensan que la clave de la vida son los ejercicios y la dieta. Pero no tenemos el derecho a vivir; es la gracia de Dios la que nos da vida. Cuando Dios permite que ocurra una tragedia alarmante y dramática, no cuestionen si es justa o no. Al contrario, agradézcanle su gracia.

Veamos Lucas 13: «En este mismo tiempo [cuando Jesús enseñaba a una gran muchedumbre] estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos» (v. 1). Pilato era el procurador romano, el gobernador romano de la Israel ocupada. Los romanos ocuparon a Israel. Los galileos eran judíos del norte del territorio y realizaban sacrificios en el templo. Ese era el único lugar en Israel donde podían realizar sacrificios, por lo que algunas personas vinieron de Galilea. Jesús era galileo, así como todos los apóstoles. Iban al templo a ofrecer sacrificios. Eran religiosos y conscientes de sus deberes, hacían lo que Dios les reveló que debían hacer. Pero Pilato mezcló su sangre con el sacrificio. ¿Qué significa eso? Pilato envió a sus hombres al templo a matar a esas personas religiosas. «Jesús les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales

cosas, eran más pecadores que todos los galileos?» (v. 2). En otras palabras, ¿creen ustedes que Dios hizo esto porque eran peores que nadie? La respuesta en la mente de las personas es la siguiente: Estas personas son religiosas, está haciendo lo que deben hacer. ¿Por qué Dios permitiría que Pilato fuera y los matara de manera que su sangre se mezclara con el sacrificio? La respuesta lógica humana es que deben haber sido peores que todos los demás.

Jesús continúa: «Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (v. 3). ¿Qué es esto? Es el mensaje. Las personas mueren. Porque mueran no significa que son peores que las demás. Dios no estaba juzgando a las personas que trabajaban en el World Trade Center o en el Pentágono o las que iban en esos aviones porque eran peores que otras personas. No. No son diferentes de las demás. Dios no permitió que Pilato enviara a sus soldados a matar a aquellas personas porque fueran peores que las demás. La cuestión es la siguiente: Más vale arrepentirse porque si no perecerán cuando mueran. ¿Qué le está diciendo Dios a nuestra nación? Está diciendo que se arrepientan porque uno no sabe cuándo va a morir. Si uno muere sin estar preparado, se perderá.

Más adelante, Jesús brinda un ejemplo más gráfico en el versículo 4: «O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén?» Ahora ellos tienen otra pregunta que responder. Un día, la torre en Siloé se derrumbó. No la impactó un avión, pero puede haber sido debido a una mala construcción, quizás hasta un terremoto. Dieciocho personas iban caminando por la calle; la torre cae sobre ellas y las mata a todas. Y la pregunta en la mente de las personas es: ¿Por qué les pasó esto a estas personas? ¿Eran estas personas peores que las demás personas que viven en Jerusalén?

En el versículo 5, Jesús respondió: «Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente». Las personas que estaban en el Pentágono, las personas que estaban en las Torres Gemelas perecieron. Estoy seguro de que algunas de ellas eran creyentes, otras no y las que no eran creyentes perecieron y fueron al infierno por siempre sin Dios, sin esperanza. No eran peores que las demás personas. Y ustedes también perecerán si no se arrepienten. Ese es el mensaje de Dios.

La diferencia que hay entre las personas es una diferencia cuantitativa y no cualitativa. Todos somos pecadores. Y la muerte y el juicio están garantizados a los pecadores. Pero ustedes no están muertos. Ustedes no estaban en

aquellos edificios. Ustedes no iban en esos aviones. Ustedes están vivos y el mensaje de Jesús es que se arrepientan de sus pecados y acepten a Cristo de manera que cuando les llegue el día, no perezcan y vayan ante su presencia.

En los versículos 6 al 9, Jesús narra una historia: «Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después».

Este es un ejemplo vívido. Las personas tienen los días contados. Dios pudiera decirles a ustedes: «Córtala». Pero Dios en su gracia dice que esperemos. Le daré un poco más de tiempo a ver si da fruto. Ese es el corazón de Dios. El mensaje es arrepentirse de los pecados y aceptar el don del perdón y de la salvación en Cristo.

Dos millones y medio de norteamericanos morirán este año y algún día morirán todos. Estos son momentos de tomar la vida y la muerte más seriamente, ¿no creen? Basta de fiestas y de juegos; es hora de arrepentirse y de pedirle a Dios que los salve del infierno eterno. Ustedes tienen los días contados. Es como si Cristo le dijera al Padre: «Dame otro año más para trabajarla». Es hora de que los predicadores le pongan fin al teatro, al balbuceo psíquico, a los cuentos simpáticos y al entretenimiento banal y hablen de la vida y de la muerte en términos bíblicos y rescaten a los que están pereciendo y cuiden de los moribundos. Es hora de que ustedes hagan valer sus vidas como testigos del evangelio. ¿Qué otra cosa puede importar?

Aquí es por donde deben comenzar: Muestren un poco de amor y denle el evangelio a un musulmán. Ellos necesitan a Cristo; ellos no son sus enemigos, sino el campo de su actividad misionera. No deberán asumir una actitud hacia ellos que no sea la de compasión y amor a un pueblo atrapado en una religión de engaño y condenación. Si ustedes conocen a personas que son árabes, si ustedes conocen a personas que son musulmanes, díganles que existe un Salvador. Díganles que hay perdón. Ustedes son misioneros y en estos tiempos, creo que nos damos cuenta de que el mundo que tenemos por delante no va a ser como el mundo que acabamos de dejar. Es hora de tomar en serio las cosas eternas.


REFLEXIONES
PERSONALES

3 de noviembre de 2002

11_El principio inicial del discipulado

Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.

Lucas 9:23

Este asombroso sermón es una maravillosa retrospectiva acerca del debate del señorío y varias otras controversias doctrinales relacionadas que se han levantado durante años. Trata con el mensaje del evangelio, la exigencia de Cristo de autonegación y las implicaciones de la fácil creencia, la estima propia y otras formas de fe espuria. Lucas 9:23 resume el tema de The Gospel According to Jesus, pero se hace referencia al versículo sólo indirectamente en el libro, porque cuando el libro se escribía John ni siquiera había comenzado a predicar a través de Lucas. (El libro sí trató extensamente el pasaje de Mateo 10:38, que es una referencia cruzada parecida.) Aquí, unos quince años después de que estallara la controversia del señorío, John ofrece un análisis excelente y condensado de los temas en juego y de los daños existentes planteados, a causa de la presentación contemporánea simplificada del evangelio.

Algunas partes de este sermón se convirtieron en la base y el punto de partida para un libro nuevo acerca del evangelio: Hard to Believe. Este libro es más evangelístico y menos polémico que The Gospel According to Jesus, pero el mensaje es exactamente el mismo.

Un día antes a la predicación de este sermón, miles de ateos, pensadores libres, humanistas, agnósticos y feministas habían participado en la Marcha de Americanos Ateos en Washington, una marcha de más de un kilómetro y medio de largo hacia la Plaza en la capital de nuestra nación.



SERMÓN

Vayamos a Lucas 9. Todos y cada uno de los pasajes de las Escrituras vienen de Dios y son ricos e instructivos, pero este que ahora analizamos lo es en particular. Los versículos del 23 al 26 expresan: «Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles».

Este es un pasaje breve, no tiene muchos versículos, ni siquiera muchas y abundantes palabras, pero está en el corazón de las enseñanzas de Jesús. Es oro bíblico y puro. Es un diamante de la verdad, claro y brillante. El tema es seguir a Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí». Este es un texto de cómo seguir a Jesús, cómo convertirse en cristiano, como ser salvo, cómo ser redimido y nacido de nuevo. Es una enseñanza crucial.

Hay algo que le impresiona al inicio: Ir en pos de Jesús implica la autonegación. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo». El evangelio es un llamado a la autonegación; no es un llamado a la realización personal. Esto pone al evangelio verdadero en oposición al mensaje evangélico moderno, el cual se basa en la realización personal y la ayuda propia. A Jesús se le ve a menudo como un genio práctico. Usted frota la lámpara, Él da un salto afuera y dice: «Tendrás todo lo que quieras». Usted le entrega su lista y Él cumple. Están aquellos dentro del evangelicalismo quienes le dicen que Jesús quiere su bien y si usted no está bien, es que no ha reclamado su sanidad. Jesús quiere verlo próspero y rico; si no lo es, es que no lo ha reclamado. Jesús quiere verlo libre de deudas y si usted envía dinero suficiente a los televangelistas, en virtud de su fe usted se liberará a sí mismo del demonio de deuda, porque como se dice frecuentemente, Jesús no quiere que usted tenga ningún problema o dificultad. Su salvación es garantía de salud, riqueza, prosperidad y felicidad.

El psicológico, hombre-céntrico evangelista le dice que Jesús vino a darle paz y alegría. Jesús le hace un vendedor mejor y le ayuda a dar más jonrones. Jesús realmente quiere hacerlo sentir mejor acerca de sí mismo y quiere elevar

su imagen propia y poner fin a sus pensamientos negativos.

Es interesante ver como esta tendencia ha llegado a la iglesia. La he observado a través de los años. He vivido lo suficiente como para verla llegar. Esta tendencia arribó más explícitamente a través del ministerio de Robert Schuller. Hace unos años atrás él escribió un libro nombrado *Self-Esteem: The New Reformation*. Yo revisé aquel libro, que apareció en una publicación nacional. Yo hice la revisión porque pensé que era un punto crítico, era una tentativa de una reforma nueva. Era una tentativa de reemplazar el evangelio bíblico por un evangelio nuevo. Y funcionó. En aquel libro, *Self-Esteem: The New Reformation*, Robert Schuller escribe; cito: «Es precisamente en este punto que la teología clásica ha errado en su insistencia de que la teología sea "Dios-céntrica" y no "hombre-céntrica"» ([Waco, Tex.: Word, 1982], p. 64). Este es un comienzo iconoclasta. Lo primero que tenemos que hacer es poner fin a la teología clásica. Nosotros tenemos que poner fin a la teología Dios-céntrica y reemplazarla con la teología hombre-céntrica. Esto es bien descarado, pero fue exactamente lo que prosiguió.

Él escribió luego: «Dios diseñó este plan maestro alrededor de las necesidades más profundas del ser humano: la dignidad propia, el respeto propio, el merecimiento propio, el amor propio» (*Ibíd.*, p. 71). Para Schuller, la perla de alto precio es el respeto propio y el amor propio genuinos.

Escribió además: «Si seguimos el plan de Dios tan fielmente como podemos, nos sentiremos bien acerca de nosotros mismos» (*Ibíd.*, p. 76). Este es el mensaje del evangelicalismo, es el evangelio del siéntase bien. Siéntase bien acerca de usted mismo. Entonces sigue diciendo: «Dios lo necesita a usted y a mí para ayudar a crear una sociedad de personas que se estiman a sí mismas» (*Ibíd.*, p. 79). Perdónenme si no me uno. No concibo un grupo al que me gustaría unirme menos.

Entonces en este esfuerzo por una reforma nueva, lo primero que tiene que hacer es anular lo clásico, Dios-céntrico, la teología histórica y reemplazarlo por una teología hombre-céntrica, sicológica y de autoestima, de este modo el obedecer toda la Biblia y el evangelio conduce a ayudar a las personas a sentirse mejor acerca de ellos mismos para cumplir sus sueños y sus aspiraciones. Adelante dice: «El objetivo fundamental de Dios es transformarnos a usted y a mí en personas seguras de sí mismas» (*Ibíd.*, p. 80).

Una cita más: «Una vez que una persona cree que es un "pecador indigno" se siente inseguro de si puede realmente, honestamente aceptar la gracia

salvadora que Dios ofrece en Cristo» (*Ibíd.*, p. 98).

Si quiere ser salvo en el evangelio nuevo, no puede pensar de usted mismo que es un pecador indigno. ¿Cuán distorsionado es esto? ¿Cuán contrario a la verdad? Sin embargo este es el evangelio hombre-céntrico y de amor propio que tomó Bill Hybels, el discípulo número uno de Robert Schuller, y lo transfirió hacia el movimiento buscador–amistoso que ha absorbido el evangelicalismo. Es un tipo de narcisismo cuasi-cristiano, de amor propio, característico de los falsos maestros. De acuerdo con 2 Timoteo 3:1-2: «vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos». El cristianismo se ha convertido en un movimiento «obtén lo que quieres» en lugar de un movimiento de «entrega». Se ha prostituido la intención divina para el evangelio. Se ha reemplazado la gloria de Dios por la satisfacción del hombre. El abandonar tu vida para la honra de Cristo se ha reemplazado por Cristo te honra. Todo está tergiversado y el evangelio ya no está de moda.

Hubo un santo de muchos siglos atrás quien lo entendió bien. Esta es una oración que él escribió: «Señor, superior y santo, humilde y manso, hacedme ver por la paradoja que el camino bajo es el camino alto, que estar abajo es estar en lo alto, que el corazón roto es el corazón sano, que el espíritu contrito es el espíritu con regocijo, que el alma arrepentida es el alma victoriosa, que no tener nada es poseerlo todo, que soportar la cruz es llevar la corona, que dar es recibir. Permitidme encontrar la luz en mi oscuridad, el gozo en mi aflicción, vuestra gracia en mi pecado, la riquezas en mi pobreza, vuestra gloria en mi valle, vuestra vida en mi muerte» (Arthur Bennett, ed., *The Valley of Vision* [Edimburgo: Banner of Truth, 1975], oración introductoria). ¿Vuestra vida en mi muerte? Eso es el evangelio verdadero. No se trata de exaltarme a mí, se trata de matarme a mí. Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame». Es la muerte del ego. Usted gana cuando pierde. Usted vive cuando muere. Ese es el núcleo, el mensaje central del evangelio. Esto es el centro del discipulado.

Lucas 9:23-25 no es un pasaje oscuro. No difiere de la enseñanza usual de Jesús. Estos son principios que Él enseñó reiteradamente a través de su ministerio en contextos diferentes.

Déjeme mostrarle algo. Volvamos a Mateo 10:34. En los versículos anteriores Jesús había estado hablando acerca de confesarlo a Él como Señor y Salvador: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres yo también le confesaré delante de mi padre que está en los cielos» (v. 32).

Entonces en los versos del 34 al 36 dice: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa». Lo primero, si usted viene a Cristo esto puede empeorar su familia no mejorarla. Puede transmitir un distanciamiento hacia su familia y otros, que usted nunca antes experimentó. Pero es así si usted entrega su vida a Jesucristo. Habrá un abismo intransitable entre usted y las personas de su familia que no entregan sus vidas a Cristo. El versículo 37 dice: «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí». Si usted no está dispuesto a correr el riesgo de un distanciamiento permanente en su familia o pagar el precio de un trauma mayor, el conflicto, el sufrimiento en su familia, usted ni siquiera es digno de ser su discípulo.

En el verso 38 Él dice: «y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí». La cruz se asociaba con algo en particular y sólo con eso: Era un instrumento de muerte, de ejecución. Jesús está diciendo: «Si no estás dispuesto a sufrir conflictos familiares, no eres digno de ser mi discípulo. Si no estás dispuesto a padecer conflictos con le mundo al punto que pudiera costarte la vida, no eres digno de mi». El versículo 39 dice: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará». El foco de su enseñanza es la pérdida de tu vida. Esta no es una teología hombre-céntrica; es teología Cristo-céntrica. Usted debe estar dispuesto a dar todo a Cristo no importa lo que le cueste.

Marcos 10 es otra ilustración de esta verdad que está absolutamente en el corazón de las enseñanzas de Jesús. En Marcos 10:21 Jesús está hablando a un jerarca joven rico quien quería la vida eterna. En el versículo 17 él le pregunta a Jesucristo cómo obtener la vida eterna. Jesús le habla al respecto y finalmente confronta su pecado. Él no lo admitirá ni renunciará a su propia justicia que es su peor pecado. Jesús lo confronta acerca de su dinero, pero no está dispuesto a renunciar a su dinero. Él quiere a Jesús, quiere la vida eterna, pero Jesús se asegura de hacerle saber que él tiene que desistir de su propia justicia; tiene que reconocerse a sí mismo como indigno, miserable, pecador y tiene que estar dispuesto a abandonar todas sus posesiones terrenales si Jesús le pide que lo haga. Él no lo va a hacer. El versículo 21: «Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes,

y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme». Jesús dijo: «El precio es estar dispuesto a dejarlo todo. Yo pudiera no pedirlo, pero podría. El precio es estar dispuesto».

«Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones» (v. 22). Él prefirió su dinero y sus propiedades a Jesús. Él no fue digno de ser su discípulo. Si no estás dispuesto a estar separado de tu familia, si no estás dispuesto a estar separado del mundo, si no estás dispuesto a estar separado de los bienes materiales que posees, entonces Jesús no están valioso para usted. Debe ser un principio de todo o nada.

Ahora en Lucas 9:57-58 Jesús andaba por el camino con algunos de los que serían sus discípulos cuando «uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza». Jesús le está diciendo: «Nosotros no vamos al más lujoso hotel; espero que esto no te afecte negativamente. Pero tienes que saber: Yo no tengo ningún lugar dónde recostar mi cabeza. Si me sigues, lo perderás todo. Ese es el precio». Jesús no dijo: «Oh perfecto, sígueme, serás feliz, serás saludable, rico, próspero y exitoso».

«Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre» (v. 59). La implicación es que su padre ni siquiera estaba muerto. ¿Qué quiso decir con «vaya y entierre a mi padre». ¿Significa ir al funeral? No, él quiere decir no hacer nada hasta que obtenga su herencia. Él acababa de escuchar a Jesús decir que no iba a tener nada si le seguía y Jesús no tenía nada que darle, por tanto él quiso haraganear en casa hasta que pudiera empacar la fortuna en su bolso y entonces, seguir a Jesús. Él también desapareció.

Jesús estableció el estándar de la abnegación total. En Lucas 14 encontramos que el mensaje es siempre el mismo. En el 14:25 hay una gran multitud que acompaña a Jesús «y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo» (vv. 25-26). No es acerca de usted, no es acerca de su amor propio, es acerca de su pecado, su desesperación y su necesidad de ver a Jesús tan inestimable y valioso como su Salvador del pecado y de la muerte y del infierno, que usted voluntariamente lo dejaría todo, aun si esto le costara su familia o su matrimonio. En el versículo 27 Jesús dice: «Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no

puede ser mi discípulo». No puede haber algo más claro que esto.

En Lucas 17:33 Jesús dice: «Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará». Es el mismo principio. Si usted trata de aferrarse a sus planes, su agenda, su éxito y su autoestima… pierde.

El apóstol Juan no dejó esta enseñanza central de Jesús fuera de su Evangelio. En Juan 12:24 Jesús dice: «De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto». Si usted va a ser fructífero al seguir a Jesús, le costará la vida. «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame» (vv. 25-26). El sendero que recorría era un sendero de persecución y muerte.

Entonces ¿quiere seguir a Jesús? Le costará absolutamente todo. Tal vez el Señor no tome su vida, quizá no tome todo su dinero, quizá no tome su familia o su conyugue, quizá no tome su trabajo, pero usted necesita estar dispuesto a renunciar a ellos, si esto es lo que Él quiere. Usted necesita estar lo bastante desesperado para aceptar a Cristo sin importar el precio.

Vayamos a Mateo 16 porque usted no puede entender toda la ilustración del pasaje de Lucas sin compararlo con su pasaje paralelo que está en Mateo 16. Veamos el contexto, es el momento del examen para los discípulos, sólo hay una pregunta en el examen: «El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (v. 15). Después de dos años de instrucción, revelación, y milagros y señales y maravillas que Jesús había hecho, junto con todas sus enseñanzas, llegó el momento del examen final en la escuela de discipulado y aquella pregunta fue: «¿quién decís que soy yo?» Ellos respondieron bien. «Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (vv. 16-17). Los discípulos aceptaron la revelación de Dios, ellos habían visto lo que Dios había estado revelando a través de Cristo y supieron que era la respuesta correcta.

Ese es el punto máximo de toda instrucción de discipulado. Ellos arribaron a l a conclusión correcta acerca de Jesucristo, lo cuál es absolutamente necesario para la salvación. Jesús es el Cristo de Dios, el Mesías de Dios, el Hijo de Dios, El Salvador de Dios, todo lo que el Antiguo Testamento prometió, todo lo que Jesús afirmó es de hecho verdadero. Esa es la gran confesión, la confesión suprema. El Evangelio fue «escrito para que creáis que

Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn. 20:31). Ellos creyeron y tuvieron vida en su nombre; este fue su gran momento de confesión.

En respuesta a esta afirmación vienen estas palabras a Pedro: «Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia» (Mt. 16:18). Hay un contraste aquí: «Tú eres Pedro, tú eres una roca pequeña, pero sobre este yacimiento de roca, yo edificaré mi iglesia». ¿Cuál es el yacimiento de roca? Es la confesión sobre quién es Jesús, la realidad de quién es Él.

Jesús dice: «edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (v. 18). Las puertas del hades simplemente representan la muerte. Satanás tiene el poder de la muerte, Hebreos 2:14 dice que él ejerce el poder de la muerte en el mundo. Pero ni aun el poder de la muerte de Satanás va a detener al Señor de formar su iglesia. Esta es una nota triunfante. Jesús está diciendo: «Has logrado la respuesta correcta para la pregunta, pasaste el examen con la máxima calificación y les digo amigos que es en esta grande y gloriosa realidad que yo edificaré mi iglesia y el gran poder de la muerte de Satanás no prevalecerá contra ella».

Jesús añade: «Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos» (Mt. 16:19). En otras palabras, ellos iban a abrir la puerta del reino y permitir a las personas entrar. ¿Cómo? Ellos van a proclamar el evangelio. ¿Cómo entra al reino de los cielos? ¿Cuál es la llave que abre la puerta? Es el evangelio. Por tanto ellos iban a ser sus predicadores del evangelio. Él dijo: «y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos» (v. 19). La atadura y la libertad era un concepto rabínico antiguo. El rabino le diría a una persona que no se arrepintió: «Esta atado al pecado». Le diría a aquel que se arrepintió: «Eres libre del pecado porque Dios perdona a quienes se arrepienten». Jesús les está diciendo a los apóstoles: «Ustedes harán lo mismo. Ustedes abrirán el reino con el evangelio y le dirán a los pecadores que no se arrepienten que están atados en su pecado.

Ustedes serán mis representantes, ustedes serán mis agentes autorizados en el mundo y ustedes llevarán las personas al reino». Pueden intuir el entusiasmo que brota de los discípulos: «Esto es, esto es lo que hemos estado esperando los últimos dos años. Él es el Mesías, Él va a construir la iglesia y nada lo detendrá. Nosotros seremos los que tendremos la autoridad para abrir y cerrar el reino, no la religión establecida del judaísmo, no los escribas y los sumos sacerdotes y los ancianos. Nosotros seremos los preeminentes en el

reino».

Pero en un insólito planteamiento en el versículo 20 dice: «Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijesen que él era Jesús el Cristo». Esto no tuvo sentido para ellos. Justo se habían sentido elevados por la emoción de momento, en la realización de la autoridad y en la invencibilidad de la iglesia y la divinidad de Jesús; ahora Él dice: «No le digan a nadie». El verso 21 dice: «Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día». ¡Que tristeza! Jesús está diciendo: «No le digan a nadie porque el plan para mí no es tomar mi reino ahora. El plan para mí no es entrar en mi gloria ahora. El plan para mí es que los líderes judíos me matarán».

Eso tuvo que ser absolutamente demoledor para los discípulos. Se habían exaltado por la realidad de que Él es el Mesías, que Él construiría la iglesia, que ni siquiera el poder de la muerte prevalecería contra ella y que esta autoridad se les delegaba. Ellos pudieron saborear el reino. Pudieron sentir la gloria venidera. Usted podría decir que pudieron sentir el calor de la *shekiná*. Salud, riqueza y prosperidad estuvieron al doblar la esquina. Seguramente Jesús destruiría a los líderes apóstatas del judaísmo y ellos serían los líderes nuevos de Israel. Seguramente destruiría al opresor romano y a los paganos. Seguramente Él sanaría todas enfermedades y proveería alimentos como lo hizo cuando alimentó a las multitudes. Este era el momento grande, glorioso que todos ellos habían estado esperando por tanto tiempo. Entonces Jesús dice: «No digan nada, tengo que morir primero».

El versículo 22 continúa la narración: «Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca». ¡Hablemos de tu personalidad tipo A! Pedro reprende al Hijo del Dios viviente. Las palabras sencillamente manan de su boca diciendo de hecho: «Ven acá, necesitamos hablar en privado. Tengo que rectificarte. Eso no va a pasar; Tú no vas a morir; ese no es el plan». Entonces el versículo 23 dice: «Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres». Pedro tenía una agenda hombre-céntrica. Este podría ser el lema para el evangelicalismo moderno: tú no estás poniendo tu mente en los intereses de Dios sino en los del hombre. La reprensión a Pedro es lo mismo que el evangelicalismo moderno necesita escuchar: «Esto es todo

acerca de usted. Es todo acerca de lo que usted quiere. Es todo acerca de la gloria y el poder. Esto es todo acerca de la corona y el galardón y la autoridad. Usted no lo obtuvo. El camino arriba es hacia abajo. Usted no va a obtener una corona sin una cruz».

En el verso 24 Jesús introduce el principio a sus discípulos, los apóstoles y el resto de la multitud: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz». Lucas 9:23 añade: «cada día, y sígame».

Con esto pasamos nuevamente a Lucas 9. Esta fue una experiencia chocante para los apóstoles, considerando que llegaron a esta confesión gloriosa, pero se les dice que no digan nada y entonces se les dice que Jesús va a morir. A esto se añaden estas palabras de Jesús en Lucas 9:23: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame». Con ese planteamiento, Jesús presenta la paradoja del discipulado.

Veamos el principio en el versículo 23. No es difícil determinar el principio. Es sencillamente esto: si quiere seguir a Cristo, si quiere ser un cristiano, tienes que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirle.

¿Escuchó ese mensaje en el evangelio moderno? ¿Lo escuchó alguna vez? ¿Lo escuchó alguna vez en un mensaje dado por un predicador en televisión o un evangelista? ¿Escuchó alguna vez a alguien ponerse de pie ante una multitud y decir: «Si quieres ser cristiano mátate a ti mismo, niégate a ti mismo todas las cosas que anhelas y ansías. Disponte a morir y sumisamente sométete en obediencia a Jesucristo».

Este mensaje no vende, no es una promoción inteligente. Pero resulta ser exactamente la verdad. ¿Por tanto qué quiere hacer? ¿Tener a alguien artificialmente convertido? Esa es la manera popular. Darle a las personas la ilusión de que son salvos cuando no lo son de manera que un día cuando enfrenten a Cristo ellos van a decir: «Señor, Señor» y Él les dirá: «Nunca os conocí; apartaos de mí» (Mt. 7:22). El evangelio tiene que ser el evangelio. El principio es: usted llega a su fin, si quiere seguir a Cristo. Es el fin de usted. Usted no existe más. Pablo lo dijo de esta manera: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Fil. 1:21); «Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia» (4:12); «Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos» (Ro. 14:8). Esa es la actitud. Los hombres quieren la gloria, ellos quieren salud, ellos quieren riqueza, ellos quieren felicidad y quieren todo lo que sus sentidos necesitan encontrar. Ellos quieren una vida sin dolor. Ellos

quieren la corona sin la cruz. Ellos quieren la ganancia sin la dolencia. Así piensa la gente y ese no es el interés de Dios. El autor de nuestra salvación, de acuerdo con Hebreos 2:10, se perfeccionó a través del sufrimiento. Nosotros venimos a ser maduros cuando Dios nos lleva a través del crisol del sufrimiento. Donde necesitamos sufrir primero es en la muerte de todas nuestras esperanzas, todas nuestras ambiciones, todos nuestros deseos, todos nuestros anhelos, todas las necesidades que son humanas.

Entonces, quiere ser cristiano, déjeme decirle que no es fácil. Usted había pensado que era fácil por lo que escuchó: si quiere ser cristiano, sólo haga esta pequeña oración y será un cristiano. Pero no es fácil.

Mateo 7:13 es parte del Sermón del Monte y contiene estas palabras conocidas: «Entrad por la puerta estrecha». Ante todo, para ser un cristiano, usted va a pasar a través de una puerta estrecha. «Estrecha» significa aquí angosta. No puede llevar nada a través de ella. Tiene que pasar por ella sin nada. Pero «ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición» (v. 13). Hay una puerta religiosa ancha por la que la gente pasa con todo su equipaje, con todas sus necesidades, con su amor propio en su sitio y con todos sus deseos de logro y de satisfacción propia. Pero este camino no va al cielo; dice que va al cielo pero termina en el infierno. Y muchos van por ese camino. Sin embargo, «porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (v. 14). La idea es que es difícil de encontrar. Estoy de acuerdo con que es difícil de encontrar. Es especialmente difícil de encontrar hoy día. Puede ir iglesia tras iglesia y nunca encontrarla.

En Lucas 13:23 hay más elementos de esta misma enseñanza: mientras Jesús pasaba de una ciudad y villa a otra en su camino hacia Jerusalén: «Y alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan?» Esa era la implicación de la enseñanza de Jesús. Si esta es una puerta tan estrecha y es tan difícil encontrarla, la reacción natural es que parece que son sólo unos pocos los que se van a salvar. Entonces Él les dijo: «Esforzaos [gr. *agonizomai*] a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán» (v. 24). ¿Por qué es tan difícil de encontrar y por qué es tan difícil de atravesar? Porque es muy difícil negarse a sí mismo.

La realidad reinante en los caídos es que el hombre es el amo de su propia alma, el capitán de su propia fe, el monarca de su propio mundo y el rey de su vida. Decirle que tiene que matarse a sí mismo, negarse a sí mismo, eso es

muy difícil para que él lo acepte. Usted predica un evangelio que no incluye esa verdad y las personas harán filas para salir del infierno al cielo. Usted comienza a predicar el verdadero evangelio que llama a la autonegación total y absoluta, al reconocimiento de que no tiene nada por lo cual usted es digno, nada por lo cuál puede ser alabado y nada en usted que se necesite para ser salvo y verá una respuesta diferente. Estar dispuesto a matar todo lo que usted es —sus esperanzas, sus sueños y sus ambiciones— por causa de la perla, por causa de Cristo, no es fácil. Es difícil, ante todo encontrar esa verdad y es aún más difícil una vez que lo ha escuchado someterse a ello porque el hombre se adora a sí mismo. Él es su propio Dios.

Lo que necesitamos decirle a las personas es: no venga a Cristo para sentirse bien acerca de usted mismo. Jesús no necesita encontrar sus necesidades mundanas, terrenales, y humanas. Él quiere que usted este dispuesto a decir: «Yo abandonaré todo aquello que creo que necesito por la causa de Cristo».

Veamos Lucas 14:28-30: «Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar». Si usted va a venir a Cristo tiene que tomar en cuenta el costo. Tiene que hacerlo así antes de pretender venir a Cristo. ¿Entiende que hay un precio que pagar? Sabemos que el precio es: aborrecer a su padre y a su madre si es necesario, aborrecer su propia vida y cargar su cruz. Ese es el precio. No debe haber nada en el mundo que usted valore lo bastante como para perder a Cristo.

Jesús entonces dice: «¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz» (vv. 31-32). Usted necesita hacer la paz con el enemigo si no puede conquistarlo, o por el contrario, asegurarse que ha conseguido las tropas que necesita para ganar la batalla. En otras palabras, Jesús está diciendo: «No vengas a mí a menos que hayas aceptado primero el precio». El precio es la autonegación, la autocrucifixión y la autosumisión.

En el versículo 33 Él establece el punto: «Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo». Tiene que estar dispuesto a abandonarlo todo. Usted no va a ser salvo por deshacerse de

sus bienes terrenales, pero tiene que estar dispuesto a dejarlo todo. Esa es la medida de su devoción a la causa de Cristo. Tendrá que negarse a sí mismo todos sus deseos mundanos, tendrá que negarse su derecho mismo a la vida y entregará su vida si es necesario, para la causa de Jesucristo. También se someterá a su voluntad, siguiéndole a dondequiera que Él le pida ir.

En Mateo 13:44-46 hay dos parábolas significativas que Jesús enseñó. Él dice que hubo un hombre que encontró un tesoro oculto en un campo y él reconoció el valor del tesoro por lo que vendió todo lo que tenía para poder comprar ese campo. Entonces dijo que había un hombre que encontró una perla de gran valor y él vendió todo lo que tenía para comprar esa perla. La venta de todo es la esencia de la salvación. Usted tiene que estar dispuesto a abandonarlo todo, negarse a sí mismo y ofrecer su vida en términos de muerte, si es necesario y en términos de obediencia en vida. Ese es el mensaje del evangelio. Por tanto cuando predique el evangelio, eso es lo que tiene que decir.

Usted dirá: «Pero las personas no van a comprar eso». Es cierto, las personas no van a comprar eso, no a menos que el Espíritu de Dios este trabajando en sus corazones. El Espíritu de Dios tiene que hacer el trabajo de convencimiento, de despertar al corazón muerto y de fe regeneradora. Pero el evangelio es el único mensaje verdadero conectado con el trabajo del espíritu que producirá salvación real. No reinvente el evangelio según le convenga. Eso es lo que se hace hoy día. Si alguien desea venir en busca de Él, usted tiene que creer en Jesús. Usted tiene que confesarlo como el Cristo, el Hijo del Dios Viviente, Dios y Señor y Salvador. Entonces será capaz de distanciarse de su familia, en su matrimonio, un distanciamiento del mundo que puede costarle la vida y un distanciamiento de sus ambiciones personales. Entonces podrá someter toda su vida a seguirle a Él y hacer lo que Él le pida. Jesús dijo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre» (Mt. 7:21). La voluntad del Padre es que usted se someta al Hijo.

Este es el evangelio. Es un evangelio de autonegación. Es un evangelio de autosacrificio y autosumisión. Niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, arriesgue su vida por la causa de Cristo y sígale en el sentido de hacer lo que Él le pida.

Si usted entrega algo menor que esto como términos del evangelio, quizá alguien lo reciba. Usted dice: «Pero ¿qué pasa si no responden?» Ese no es el

asunto. Esta dentro del poder de Dios el determinarlo. Su responsabilidad es comunicar la pureza del evangelio.



6 de enero de 2008

12_La semejanza de los creyentes con los niños: el enfrentamiento con el pecado

Y si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele a solas tú con él; si te escucha, has ganado a tu hermano.

Pero si no te escucha, toma aún contigo a uno o dos, para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra.

Si rehúsa escucharles a ellos, dilo a la iglesia; y si también rehúsa escuchar a la iglesia, sea para ti como el gentil y el publicano.

De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, estará atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, estará desatado en el cielo.

Otra vez os digo, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.

Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.

Mateo 18:15-20

John MacArthur predicó acerca de la disciplina en la iglesia y Mateo 18 en numerosas ocasiones a través de los años, comenzando a principios de 1970. Sin embargo, este sermón que vuelve a consultar este pasaje constituyó la primera vez en varios años que John había dedicado un sermón completo al tema de las instrucciones del propio Jesús para tratar con el pecado en la iglesia. Este fue el primer domingo del año nuevo y John seleccionó el tema porque todavía, estrictamente hablando, este era un fin de semana feriado y no quería interrumpir el curso de la serie de Lucas, en consideración a aquellos iban a estar fuera durante los días festivos.

Para muchos en las generaciones actuales en Grace Community Church, sin embargo, fue la primera vez que se les dio un análisis tan claro y conciso sobre Mateo 18:15-20 en un mensaje individual. Inmediatamente las grabaciones de este sermón estaban en gran demanda y el mensaje pronto se convirtió en uno de los más escuchados de todos.

A principios de esta semana, el precio del petróleo había alcanzado por primera vez los cien dólares el barril.


ANOTAR AQUÍ
NOTAS AL
BOSQUEJO

SERMÓN

Hace mucho tiempo, cuando yo tenía veintitantos años, vine por primera vez a la Grace Community Church. Era y sigue siendo una iglesia pujante. Las personas eran entusiastas, activas, entregadas a Cristo, listas para seguir adelante y ver qué haría Dios. Era una iglesia que había gozado de la bendición de Dios hasta ese momento. Estábamos todos listos para comenzar una gran aventura y ver lo que pasaría en el futuro.

Cuando tuve la oportunidad de convertirme en pastor de esta iglesia, estoy seguro de que las personas que tomaron esa decisión no tenían la menor idea de lo que estaban recibiendo. Mirando hacia atrás, todos hemos visto la mano de Dios obrar de maneras maravillosas.

La pasión, el corazón y el deseo de esta iglesia era el alcanzar a otros y ver a las personas venir a Cristo. Ese era su anhelo y compromiso como iglesia. Sobre la base de ese compromiso, todos supusimos que la iglesia crecería. No teníamos idea de que crecería de la manera en que creció. No creo que una iglesia traiga a un pastor sin la suposición de que resultará ventajoso para la iglesia. Ese pastor representa una nueva época y un nuevo comienzo. Íbamos a florecer. Íbamos a crecer. Vendrán más personas y vendrán más personas a conocer a Cristo. Esa era la expectativa y era además mi expectativa personal.

Pero al principio, yo no pensaba en cómo hacer crecer la iglesia o cómo íbamos a lograr recibir más personas en este recinto. No pensaba en cómo íbamos a llenar los asientos vacíos, los pocos que había. Ni tampoco pensaba en cómo íbamos a atraer a las personas o cómo íbamos a hacer la iglesia atractiva. Nunca tuve ese tipo de pensamientos.

De hecho, cuando yo llegué a Grace Church, un pensamiento predominante se había apoderado de mi mente: Un texto de las Escrituras que me inquietaba profundamente y que aparece en Mateo 18. Ya yo había estado estudiando dicho pasaje antes de llegar aquí. Vine en 1969 y durante los dos o tres años anteriores, había estado lidiando con Mateo 18:15-20. Quiero que ustedes vayan a ese pasaje en sus Biblias y yo lo voy a leer. Solamente con leerlo los ayudará a entender por qué fue una parte de las Escrituras tan importante para mí desde que era un ministro joven.

El pasaje comienza así: «Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si

no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (vv. 15-20).

Me fue difícil ese pasaje de las Escrituras porque nunca en mi vida había observado ni siquiera sabido de una iglesia que hiciera eso. Ninguna iglesia a la que yo haya pertenecido alguna vez enfrentó a las personas acerca de sus pecados, que las personas buscaran dos o tres testigos o el liderazgo contándole a toda la iglesia acerca de un miembro impenitente y pecador. La única parte de ese pasaje bíblico que alguna vez oí citar es «donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ello». Eso se convirtió casi en un axioma popular para recordarle a la gente que aunque sólo dos personas asistieran a orar, Dios también estaría allí. Esa era la exégesis universal de ese versículo.

Ya que no conocía ninguna iglesia que siguiera ese patrón, me consumía pensando. Leí mucho sobre el tema y encontré algunos comentaristas y teólogos que explicaban el texto, pero no encontré a nadie que lo aplicara.

Así, debido a mi ingenuidad de aquella época, les pregunté a algunos pastores si alguna vez aplicaban o ponían en práctica el pasaje o si conocían a alguien que lo hiciera, a lo cual recibí un «no» universal. Nadie lo hacía. Nadie conocía a alguien que lo hiciera. Yo dije: «Pero este es el mandato primero a la iglesia. Aquí es donde aparece la palabra "iglesia" en Mateo 18. Este es el interés prioritario de nuestro Señor para con la iglesia: La necesidad de abordar el pecado entre los propios miembros. Es la primera palabra del Señor de la iglesia hacia la iglesia y no aparece al final de la lista, sino al principio; eso le da máxima prioridad. ¿Cómo es posible que alguien lo lea, lo comprenda, pero no lo ponga en práctica?»

Hombres de más edad que yo y mucho más sabios que yo me dijeron que si intentaba hacer eso en la Grace Church, si yo trataba de inducir a una iglesia a que hiciera lo que dice el pasaje, la iglesia quedaría vacía. Las personas no lo aguantarían. Me dijeron: «¿Usted cree que puede permitir que las personas de su iglesia se acerquen a otras personas y los enfrenten por sus pecados sin

ahuyentarlos? ¿Cree que pueda lograr que un pequeño grupo de personas vaya tras un creyente pecador sin asustar a todos los demás? Y seguro que no creerá que pueda anunciar a una persona y su pecado ante toda la congregación y esperar que alguien vaya a la iglesia la semana siguiente. Simplemente no se puede hacer. Y si le preocupa el crecimiento de la iglesia y aumentar el número de personas en la iglesia, olvide eso».

Sus comentarios me hicieron recordar Hechos 5. Cuenta la historia de un hombre llamado Ananías y su esposa Safira. Ellos pertenecían a la iglesia primitiva y habían vendido una propiedad y Ananías, con pleno conocimiento de su esposa, se quedó con parte del precio para sí. Él no tenía que vender la propiedad; tenía la libertad de decidir sobre la venta de la propiedad y así hizo (vv. 1-2). También tenía todo el derecho a quedarse con lo que quisiera para sí mismo. No existe mandato alguno de Dios de vender la propiedad ni existe mandato alguno de Dios de entregar a la iglesia todo lo que se recibe por la propiedad.

Pero el versículo 2 dice: «trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles. Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios» (vv. 2-4). ¿Cuál era la mentira? Evidentemente, Ananías debe haber dicho algo así: «Voy a dárselo todo al Señor. Voy a darle a la iglesia todo lo que recibí por esta venta. Voy a llevarlo todo y ponerlo a los pies de los apóstoles para la obra del evangelio en los comienzos de la iglesia».

No tenía que venderla. No tenía que entregar todo lo que recibió por la venta. Tampoco tenía que mentir. No les mintió a los hombres, sino a Dios. «Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró» (v. 5) ¡Vaya! Cayó muerto delante de toda la iglesia. ¿Quién lo mató? Dios lo mató. «Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron» (v. 5). Por supuesto que esta es una manera estupenda de alejar a las personas de la iglesia. No vayan ahí, las personas mueren. Eso es como Jim Jones y el refresco instantáneo envenenado que su secta les distribuyó a los miembros. No quieres tener que ver nada con esa organización; las personas mueren allí. El versículo 6 dice: «Y levantándose los jóvenes, lo envolvieron, y sacándolo, lo sepultaron». Los judíos no embalsamaban a los muertos. Cuando las personas morían, las enterraban.

«Pasado un lapso como de tres horas, sucedió que entró su mujer, no sabiendo lo que había acontecido» (v. 7). En este versículo, se observan varias cosas interesantes. Primero, el oficio religioso en la iglesia continuó durante más de tres horas. Eso es algo maravilloso. Estoy viviendo en la era equivocada. Segundo, la esposa se aparece tres horas después. Y cuando ella iba entrando, ya habían sacado al esposo. Pedro le respondió y ahora nos enteramos de lo que hicieron: «Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad? Y ella dijo: Sí, en tanto» (v. 8). Por supuesto que el precio era mucho mayor que ese y ellos se habían quedado con la parte adicional. Entonces Pedro le dijo a ella: «¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti. Al instante ella cayó a los pies de él, y expiró; y cuando entraron los jóvenes, la hallaron muerta; y la sacaron, y la sepultaron junto a su marido. Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas» (vv. 9-11).

¿Qué está tratando de hacer el Señor? ¿Está tratando de impedir que la iglesia crezca? ¿Por qué el primer mandato que se da a la iglesia en Mateo 18 no es algún tipo de mandato para crear un ambiente cálido y vago al que las personas les gustaría acudir? ¿Por qué desde el mismo principio, en la primera iglesia en Jerusalén, el Señor hace algo tan dramático como ejecutar a dos personas que le mintieron delante de la iglesia para que todo el mundo supiera que uno podía morir en aquel lugar? Eso no es lo que yo llamo dar la bienvenida.

Yo estaba lidiando con estos pasajes. Pero hay un versículo muy importante en 5:13: «De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos [los apóstoles]; mas el pueblo los alababa grandemente». Uno de los objetivos de la iglesia es hacer que su dedicación a la santidad sea tan claro que las personas no se unen por iniciativa propia. Pero hoy día, a esa idea se le ha dado la vuelta en nuestra sociedad y en nuestro tipo de evangelicalismo. Uno de los objetivos de la iglesia es estar tan dedicado a la santidad, tan dedicado a la pureza, tan dedicado a la virtud, tan dedicado a la justicia y que la dedicación a estas cosas sea tan clara y obvia que las personas que no estén interesadas en esas cosas no asistan. Esto es el opuesto absoluto del enfoque contemporáneo de ocultar nuestra dedicación a la justicia, de ocultar nuestra dedicación a la santidad, de ocultar nuestra dedicación a la virtud, de manera que nadie va a pensar que no somos las personas más amorosas, tolerantes, abiertas y comprensivas del planeta.

Ustedes pudieran decir: «¿Y cómo va a crecer la iglesia?» El versículo 14 dice: «Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres». Si ustedes quieren que la iglesia crezca, aquí está la estrategia, aquí está el plan. Ustedes quisieran una iglesia como la del versículo 14, ¿verdad? ¿No sería esa la iglesia modelo para el movimiento evangélico moderno? Ese debería ser su versículo. «Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres». ¿Cómo se logra eso? Ah, haciendo que Dios mate a algunas personas injustas durante la ofrenda. Preocupándose abierta, verbal y visiblemente acerca de la santidad. Siendo tan justo y tan dedicado a la obediencia de la Palabra de Dios que nadie se sumará por su cuenta. Y después lo que sucederá es que el Señor añadirá a la iglesia. Esa es la manera en que la iglesia crece de manera legítima. El Señor añade a la iglesia.

En Hechos 2:47 dice: «Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos». La iglesia es un grupo de personas que han sido salvos. No es un lugar que alberga a los no salvos. Es el lugar que al parecer *más* deben evitar los no salvos. No es un lugar diseñado para hacer que los no salvos se sientan bienvenidos y se sientan cómodos.

Para mí ha sido interesante enumerar todo esto en mi mente. No tenía intenciones de de decir nada de esto. Pero esto es lo que estaba en mi mente en 1969 cuando llegué aquí. Por supuesto, había mucho en juego. Traje a mi querida Patricia y a nuestros hijos pequeños. Queríamos que nos amaran. Queríamos que nos aceptaran. Queríamos que el trabajo floreciera. Queríamos honrar a Dios. No queríamos fallar. Queríamos que vinieran más personas para que más personas pudieran escuchar la Palabra de Dios y fueran salvos, para extender el reino y promover el evangelio.

Pero aun entonces entendí que es el Señor el que edifica su iglesia. En aquella primera época un reportero me preguntó: «¿Tiene usted un gran deseo de levantar esta iglesia?» Eso me lo preguntó porque en poco tiempo, la Grace Church había crecido con mucha rapidez. En los dos primeros años el número de miembros se duplicó. En los dos años siguientes se volvió a duplicar. Entonces le respondí: «En realidad, no tengo ningún deseo de edificar la iglesia porque Jesús dijo que Él edificaría la iglesia y yo no quiero competir con Él». Esta no es mi iglesia; esta es su iglesia. Yo sólo quiero saber cómo edifica Él su iglesia y luego hacer lo que Él me llama a hacer como un instrumento por medio del cual Él puede hacer su obra. Yo tenía bien claro

que para el asunto de la santidad en la iglesia, hacerle frente al pecado era algo monumental.

La primera vez que me reuní con un grupo de ancianos aquí, me preguntaron acerca de efectuar una boda en la iglesia. Era la boda de una familia muy importante que brinda sus servicios de muchas maneras en la iglesia. Recuerdo que la hija se iba a casar con un hombre mayor y divorciado que no era creyente. Dije: «No puedo hacerlo. No puedo casar a un creyente con un no creyente». A lo cual alguien respondió: «Bueno, eso los va a ofender». Yo respondí: «Bueno, me da mucha pena, pero hay otra persona que me preocupa más ofenderla y es el Señor de la iglesia. Así que no puedo hacerlo». A lo que uno de los hombres respondió: «Bueno, está bien, yo lo entiendo, esa es una convicción suya. Así que lo que haremos es lo siguiente: Usted no tiene que realizar la boda, pero la celebraremos aquí. Eso los hará sentirse mejor». Recuerden que esa fue mi primera reunión. Entonces dije: «¿Esta es su iglesia? No es mi iglesia; ¿es suya? ¿De quién es la iglesia?» A lo cual la misma persona respondió: «Es la iglesia del Señor». Y yo dije: «Quizá debamos hacer lo que el Señor quiere que se haga en su iglesia. Yo no puedo hacerlo y no puede hacerse aquí porque es incorrecto mezclar a un creyente con un no creyente, y esto se enseña claramente en las Escrituras».

Ese fue un momento crucial. Dije: «Si esta es la iglesia de Cristo y va a honrar a Cristo y Él va a erigir su iglesia a su manera, entonces tenemos que comprometernos a obedecer su Palabra». No pasó mucho tiempo antes de que empezáramos a tratar el asunto de la disciplina de la iglesia según se expone en Mateo 18. Ahora ya estaba advertido, realmente advertido, de que este sería el fin, no sólo de esta experiencia en la iglesia, sino de cualquier otra oportunidad que pudiera tener en el futuro porque una vez que hubiera destruido esta iglesia por la convicción que yo tenía de seguir este patrón, nadie me tocaría. Me convertiría en un paria ministerial.

Pero simplemente no podía entender cómo se podía predicar contra el pecado y no poner en práctica algo tan obvio. Me parecía que uno no podía convencer a las personas de que uno tomaba el pecado en serio si lo único que se hacía era predicar contra él. Uno podía tratar de convencerlas que lo tomaba en serio. Uno pudiera brindar ilustraciones, pudiera entusiasmarse, pudiera recorrer la Biblia y brindar la opinión de Dios sobre el pecado, pero si uno no lo pone en práctica en la iglesia de la manera en que la Biblia dice que se ponga en práctica, ¿cómo las personas van a creer que se toma

genuinamente en serio?

De hecho fue más allá de eso. Si había algo que sabíamos que eran ciertas en las Escrituras y que no estábamos dispuestos a seguir, entonces habría un severo incumplimiento en nuestra integridad. Fue entonces cuando nuestra concepción de las Escrituras se convirtió en algo totalmente selectivo y simplemente no había lugar para alejarnos de ese compromiso. Le doy gracias al Señor que en algún momento, probablemente por medio de la influencia de mi abuelo, mi padre y algunos de mis mentores en el seminario, pero principalmente creo en la influencia del Espíritu Santo en mi corazón, siempre tuve y siempre he tenido un compromiso imperecedero para con las Escrituras, no sólo para creer que son ciertas, sino para creer que deben ponerse en práctica porque ese es el único camino posible para la vida. Es la única manera de vivir una vida cristiana gozosa y productiva. Y esa es la única manera de tener una iglesia que el Señor mismo edifica y que lo honra.

Yo había estado en las iglesias y sabía de iglesia que predicaban contra el pecado. Pero nunca supe de ninguna que hiciera algo para combatir el pecado. Me parecía que uno estaba quitándole autoridad a todo lo que se decía desde el púlpito. Si la gente se hacía la idea de que uno era bueno predicando contra el pecado por indiferente a la hora de abordarlo, eso constituía una grave falta de integridad.

Así, durante aquellos primeros años, desde el mismo principio, comenzamos a estudiar detenidamente a Mateo 18, Hechos 5 y 1 Corintios 5 donde Pablo dice que saquemos la levadura que leuda toda la masa, saquemos al hombre inmoral. En 2 Tesalonicenses 3:6-15 donde se nos dice de nuevo como iglesia que saquemos al que sea perjudicial a la verdad o contencioso. Primera Timoteo 1:3-7 es otro ejemplo donde hubo que sacar a los líderes de la iglesia. Me parecía a mí que no había manera de evadir esta responsabilidad.

Luego, el resultado final es que debemos entender este pasaje, así que veamos Mateo 18:15. ¿Cuál es el contexto? El contexto es la semejanza de los creyentes con los niños. El entorno es probablemente la ciudad de Capernaum en esta sección en particular del ministerio de Jesús. Pudiera ser en el hogar de Pedro. Jesús sostiene a un niño sobre el regazo a modo de ilustración. Está hablando acerca de la semejanza de los creyentes con los niños; el niño es un ejemplo de la semejanza con los niños. Y Él hace esta maravillosa presentación diciendo que todos entramos en el reino de los cielos

como niños. Si no se vuelven como niños, no pueden ni entrar en el reino. Entramos humildes, dependientes, sin realizaciones y sin logros. Una vez que hayamos entrado en el reino, permanecemos como niños. Necesitamos que se nos cuide como niños. Necesitamos que se nos proteja como niños. Y necesitamos ser respetados como niños. Todas esas enseñanzas se hallan en los primeros catorce versículos.

Y eso lleva a Jesús a enseñar que necesitamos ser disciplinados como a los niños. Eso no es una exageración. Todos entendemos eso, ¿no es verdad? «Señor, líbrame de un hogar con niños sin disciplinar». Y tenemos muchos en estos tiempos. Los niños necesitas ser disciplinados. Cuando hacen lo que está mal hecho, necesitan que se les enfrente, que se les corrija y que se les restaure. La Palabra de Dios misma hace eso: «es… útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Ti. 3:16). Es la Palabra que lava (Ef. 5:26). Por lo que es obra de la Palabra purificar a la iglesia enfrentando el pecado y mostrando el camino de obediencia y restauración. Eso es obra del Espíritu. Es el Espíritu de santidad que desea que su iglesia sea santa. Es por eso que realiza su obra de santificación en nosotros. Eso es obra de la Palabra y obra del Espíritu de Dios. Por lo que entonces también tiene que ser nuestra obra. Pablo dice: «para presentaros como una virgen pura a Cristo» (2 Co. 11:2). No es una sorpresa que nuestro Señor empieza diciendo: «Mi preocupación por la iglesia es la santidad, justicia, pureza y obediencia de mi pueblo».

Creo que mi mayor pena acerca del estado de la iglesia hoy día es su falta de santidad y su acomodo a los no salvos. Si alguien fuera a llevar algunas de estas enseñanzas a tales iglesias, destruiría el sistema. Pudiera añadir que sería un beneficio definitivo, pero no es probable que suceda ya que los líderes espirituales no están comprometidos a todo en la Palabra de Dios. Como cristianos, no tenemos opción. Esta es la voluntad del Señor para su iglesia. Aunque las personas empezaran a caerse muertas delante del púlpito los domingos por haber mentido al Espíritu Santo, que fue un pecado exclusivo de la era apostólica, el Señor no se refrenaría en su divino propósito y poder para aumentar la iglesia porque esa es su obra. La impresión es que tenemos el poder de hacer crecer la iglesia por medio de nuestra inteligencia, nuestra ingeniosidad, nuestro estilo, nuestro encanto o nuestras palabras.

Antes de comenzar, permítanme hacer un comentario. No hay tribunal que sea superior a la iglesia. Cuando digo iglesia, me refiero al cuerpo constituido

de personas redimidas. La iglesia como tal no surgió hasta el día de Pentecostés en Hechos 2. A lo que el Señor se refiere es preliminar a la iglesia estrictamente dicha, pero es, no obstante, una *ekklesia*, es decir, una congregación bajo Dios como pueblo redimido. La enseñanza aquí es para cualquier asamblea de esas personas y deseado para la iglesia. En este momento en particular, había creyentes congregados en Capernaum que constituirían el cuerpo de personas redimidas con esta clase de responsabilidad. Poco tiempo después, nació la iglesia y esta enseñanza se convierte en el mandato para la vida de la iglesia. No hay tribunal que sea superior. Digo esto porque a lo largo de la historia se han desarrollado toda clase de autoridades, tales como papas, obispos, cardenales, casas de obispos, sínodos compuestos de clérigos, y así sucesivamente. El Nuevo Testamento no reconoce nada de eso. Lo único que enseña es una iglesia local, una asamblea de creyentes que han sido *ekkaleo*, llamados con un llamamiento de salvación redentor y eficaz. Constituyen un cuerpo de personas que son responsables de buscar su propia santidad.

Puede haber momentos en que un grupo de ministros tiene que instalarse en una iglesia y tratar de resolverlo porque esa iglesia se ha profanado a sí misma o ha caído en errores. Pero la iglesia a nivel local sigue siendo el tribunal superior.

Ahora bien, este es el plan según Jesús: «si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos» (Mt. 18:15). Eso está dicho de manera muy directa. Las personas dicen: «¿Qué pecado? ¿En qué medida?» La cuestión aquí es que Él no nos dice qué pecado y no nos dice en qué medida porque cualquier pecado en cualquier medida es una profanación. Observen que Jesús dice que debemos mostrar a nuestro hermano su pecado en privado. No debemos hablar de ello con otras personas, lo cual es a menudo la tendencia. «¡Oye! ¿Ya te enteraste de lo que hizo?» Eso en sí mismo es un pecado. Cualquier pecado es profanación. No sólo profanará su vida sino la relación entre ustedes y posee la capacidad de convertirse en una profanación de toda la iglesia porque somos un cuerpo. Deberán hacerlo en privado.

El versículo 15 dice: «si te oyere». Eso significaría que respondió favorablemente al entender que sus acciones eran pecado; se arrepiente de sus actos y quiere alejarse de ellos. Esa es la respuesta que buscamos. Entonces Jesús dice: «has ganado a tu hermano».

¿Sabían ustedes que se puede perder a las personas dentro de la iglesia? Eso

se da a entender aquí. Usted no puede restaurar algo si ya no se había perdido. Usted no puede ganarlo si no estaba perdido. La palabra «ganar» en griego es un término comercial usado en el contexto del mercado. Nos dice al principio cuál es el propósito de este enfrentamiento. El propósito es el de ganar al hermano. Algunas personas tienen la idea de que el objetivo de la disciplina de la iglesia es el de sacar a las personas de la iglesia. El objetivo es el de mantener a las personas en la iglesia puras. De hecho, la forma verbal «ganado» se utilizaba para referirse a la acumulación de riquezas. Cuando uno la usa en este contexto, la idea es la de un hermano pecador que es una pérdida para la hermandad. Cuando se restaura, es una ganancia. Es como una riqueza restaurada. Ahora permítanme aclararles que las clases de pecados a los que nos estamos refiriendo son aquellos grandes defectos con los que luchamos y que tendemos a no abandonar y de los cuales no nos apartamos ni nos arrepentimos.

Cuando una persona cae en esa clase de patrón de pecado, hemos perdido a esa persona como un hermano a consecuencia de ese pecado. Por eso vamos a restaurarlo, porque tiene valor. ¿Por qué tiene valor? El Espíritu de Dios habita en él. Ha recibido done del Espíritu Santo de tener su ministerio en la iglesia a todos los demás. Es un instrumento por medio del cual Dios puede hacer su obra en la iglesia y por medio de la iglesia al mundo. Esa es la idea inherente aquí. Este pecador es tan valioso que uno trata de restaurarlo. Si no regresa, traten de restaurarlo entre dos o tres personas. Y si aún así no regresa, díganle a toda la iglesia que salga a buscarlo porque es así de valioso. Aquí lo que se trata es de restaurar la riqueza espiritual.

Hace muchos años, G. Campbell Morgan escribió lo siguiente: «La gran tragedia de una persona perdida es la que caracteriza toda esta enseñanza. El propósito que ha de estar en nuestros corazones cuando estamos frente a un hermano que peca es el de ganarlo. La palabra ganar no indica simplemente la repercusión sobre la persona perdida, sino también el valor que crea para quienes tratan de salvarla. Pronto, cuando hayamos terminado con las sombras y las tinieblas de este breve tiempo, comprenderemos a la luz de los siglos eternos que si hemos ganado a una persona, seremos más ricos que si hubiésemos acumulado toda la riqueza del mundo». Que pensamiento tan bendito este, ganar a una persona, apoderarse de ella para la iglesia, para la comunión de los amigos, para la empresa del evangelio, para el programa de los cielos.

Si no se está dispuesto a enfrentar el pecado de otra persona, es que lo consideramos sin valor alguno. Cristo sí considera que tiene valor. Él pagó el precio más alto por ellos, ¿no es así? Él nos da la responsabilidad de ir, como todo padre, en busca de nuestros hijos descarriados. Nuestros hijos ya son grandes, pero cuando estábamos criando a nuestros cuatro pequeños, la disciplina era una rutina cotidiana en nuestra familia. Únicamente nuestro amor devoto por ellos era lo que nos impulsaba a hacerlo. Nuestro temor era que se perdieran para nosotros y para el reino. Les aplicábamos cualquier medida que fuera necesaria para hacerles sentir el dolor de su propia condición de pecadores. Cada vez que caían en pecado, los disciplinábamos con miras a la restauración porque nos resultaban inestimables. Nos sentimos así con respecto a nuestros hijos y nuestro Señor nos está diciendo que es así como nos debemos sentir con respecto a los hijos de Dios.

Veamos Gálatas 6:1: «Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado». Todos nosotros entendemos lo que es ser tentado y pecar. Esto no nos resulta difícil de captar. Porque entendemos la fragilidad humana, porque entendemos el poder de la tentación y porque entendemos la carne residente, vamos tras esas personas con el deseo de restaurarlas porque tienen valor. La palabra que significa «restaurar» en griego, *katartizo*, significa «reparar». Es un término médico que se utiliza para referirse a componer fracturas, soldar huesos o llevar extremidades dislocadas nuevamente a su sitio.

Está claro que lidiar con el pecado no tiene que ver con echar a las personas de la iglesia, sino con restaurarlas a causa de su gran valor. Y debe hacerse con espíritu de mansedumbre, nunca de forma áspera. Siempre deberá estar bañado de compasión, ternura, comprensión, paciencia y misericordia, así comprendemos las ramificaciones de hallarse caído. Esa es nuestra experiencia universal.

Dios es en realidad el modelo para esto, lo cual Él estableció en los versículos que anteceden a Mateo 18. En el versículo 12, Jesús dice: «¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarría una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños» (vv.

12-14).

Nosotros seguimos el patrón de Dios, que es el patrón de la restauración. Él va en busca de sus hijos pecadores para traerlos de vuelta. Él nos usa en la iglesia como instrumentos para hacer eso. Es por eso que esta enseñanza es tan importante. Esta es la obra de Dios. El siguiente principio en el versículo 16 es vital porque la búsqueda de un hermano pecador debe ser un proceso incesante, dado el valor de esa persona. «Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra». Esto nos lleva al libro de Deuteronomio del Antiguo Testamento, en el que Dios establece el patrón de que las acusaciones debían ser probadas y avaladas por dos o tres testigos (17:6; 19:15). La comprobación de cualquier hecho requería de dos o tres testigos que lo confirmaran.

Ahora bien, si el creyente pecador al que nos enfrentamos no reacciona, tomamos dos amigos y regresamos a enfrentarlo nuevamente para asegurarnos que todos los datos sean correctos y para volver a llamar a esa persona al arrepentimiento y la restauración. Se hace de manera colectiva con la esperanza de que él o ella nos escuche y ganemos a nuestro hermano o hermana. Llegaremos a ese extremo con tal de ganarlos nuevamente.

¿Y si no nos escuchan tampoco? El versículo 17 dice: «Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia». ¿Es una broma? No, le decimos a la toda la iglesia que esa persona está siguiendo un patrón de pecado. Cuando se lo decimos a la iglesia, ellos saben que hemos enfrentado a la persona pecadora en varias ocasiones. Se lo decimos a toda la iglesia para que puedan unirse contra él o ella.

¿Por qué llegamos a tal extremo? ¿Quién quiere enfrentar a un individual a causa de sus pecados? Sin embargo, es un gesto noble; muestra que nos preocupamos por la persona. Si podemos permanecer indiferentes ante el pecado de alguien, es que no nos importa. Si de verdad nos importa, no podemos ser indiferentes a su pecado. Les aseguro que nunca he sido indiferente a los pecados de las personas que amo. Quiero hacer todo lo posible por restaurarlas de cualquier forma que me sea posible. Y en la iglesia se nos llama a amarnos unos a otros sin restricción o límite alguno.

No debería resultarnos difícil comprender por qué se lo decimos a toda la iglesia. La iglesia es un grupo de personas que son salvas, que han sido redimidas. Les hablamos acerca de esta persona, acerca de su pecado, sin caer en detalles morbosos, y luego las exhortamos a ir en su busca para traerla de

vuelta. Así de valiosa resulta esa persona.

Ahora bien, si no escucha a la iglesia, no hay nada más que se pueda hacer. El versículo 17 dice: «y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano». Los publicanos eran las personas más despreciables y viles de la sociedad judía. Estos judíos en especial habían vendido su alma a Roma para comprar una franquicia de impuestos y así poder quitarle el dinero a su propio pueblo en beneficio de una nación pagana e idólatra. Se les trataba como a traidores, como parias. Debemos tratar a un creyente pecador como a un no creyente si este no regresa.

¿Qué significa eso? Significa que no los aceptamos en la comunión porque el pecado leudará la iglesia. La iglesia tiene que proteger su santidad. Y en un esfuerzo por proteger su santidad, llama a aquellos pecadores que profesan el cristianismo a renunciar al pecado. Si el pecador no reacciona, entonces enviamos a dos o tres. Si con esto no conseguimos que reaccione, entonces se lo decimos a la iglesia y toda la iglesia va en su busca. Y si eso no lo trae de vuelta, entonces echémoslo fuera.

Primera Corintios 5:6 es un recordatorio importante: «¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?» No podemos permitir que las influencias pecaminosas se instalen cómodamente en la iglesia. Yo siempre he tenido la esperanza y espero hoy que a la Grace Community Church se le conozca como una iglesia de amor. Creo que lo somos porque ustedes son personas llenas de amor. Tenemos esa reputación dentro y fuera y en todo el mundo. Pero también espero siempre y oro que las personas pecadoras no se sientan nunca cómodas aquí. Sólo puedo decirles que yo, personalmente, si fuera alguien que profesa el cristianismo pero que quiere vivir en pecado, no querría venir a esta iglesia. No querría el sufrimiento. Eso sucede. Tenemos personas que profesan a Cristo, luego desarrollan un patrón de pecado, los enfrentamos y lidiamos con ellos, pero se van. Les hablaremos de ellos cuando nos reunamos a la mesa del Señor.

La mayor parte de la disciplina interna de la iglesia nunca llega a la mesa del Señor. El enfrentamiento y la restauración por lo general ocurren de manera individual en las familias, entre los amigos y otros miembros de la iglesia.

Ahora ustedes me dirán: «John, esto es difícil de hacer». Así es, pero no es una enseñanza difícil de comprender. Recordemos al apóstol Pablo, que enfrentó nada menos que a Pedro. Incluso tuvo que enfrentarse con él cara a

cara. Gálatas 2:11 dice: «Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar». ¿Se imaginan eso, enfrentarse a Pedro? Pablo era muy fuerte por derecho propio, pero estoy seguro de que no lo era más que Pedro.

No me imagino a Pedro como alguien fácil de convencer de su propio pecado. Ustedes dirán: «Esto podría haber sido el final de una relación». Lamento decir que yo he pasado por esa experiencia muchas veces. He enfrentado esperanzado, con amor y gentileza, a importantes ministros y pastores a causa de algún error serio. El resultado de tal enfrentamiento fue el fin de cualquier relación permanente. Tal vez sea ese el precio que tengamos que pagar. Podríamos peguntarnos si merecía la pena que Pablo enfrentara a Pedro, si no hubiera sido mejor para ellos mantener una relación de cooperación. Pero Pablo hizo lo correcto por el bien del honor del Señor y de la iglesia, o sea que enfrentó a Pedro cara a cara porque era condenable.

¿Terminó esto con la relación? He aquí lo que dijo Pedro: «Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz. Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo… os ha escrito» (2 P. 3:14-15). Pablo era el hermano amado de Pedro porque lo único que tuvo presente Pablo al enfrentarse a Pedro fue la restauración.

Si esto parece difícil, permítanme brindarles algunas alentadoras verdades bíblicas. Mateo 18:18 dice: «De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo». Esta declaración en particular aparece muchísimas veces en el Nuevo Testamento (cf. Mt. 16:19; Jn. 20:23).

Esta es una idea sencilla que bien pudo haber sido una afirmación axiomática usada por los rabinos. Significa simplemente que cuando atamos algo en la tierra, es atado en el cielo, o ya fue atado en el cielo. Y cuando desatamos algo en la tierra, ya fue desatado en el cielo. Atar y desatar, decían los rabinos, tenía que ver con el pecado. Si alguien se arrepentía, su pecado era desatado. Si alguien no se arrepentía, quedaba atado a sus pecados.

Por tanto, cuando enfrentamos a un pecador y este no se arrepiente, y decimos que está atado a su pecado, el cielo ya hizo ese juicio. O cuando enfrentamos a un pecador y el pecador se arrepiente, y decimos que fue desatado de su pecado, tenemos revelación bíblica que dice que si uno se

arrepiente será desatado de su pecado. Cuando decimos que alguien fue desatado de su pecado sólo estamos diciendo en la tierra lo que ya declaró el cielo.

El principio en conclusión es el siguiente: Cuando enfrentamos el pecado, llamamos a la persona al arrepentimiento, la hacemos responsable de su impenitencia y nos regocijamos con ella en su arrepentimiento, simplemente estamos haciendo en la tierra lo que se hace en el cielo. Podemos orar: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mt. 6:10) y he aquí una forma en que podemos ponerlo en práctica. El cielo ya ha pronunciado el veredicto de que alguien está atado al pecado o de que alguien fue desatado del pecado. Sólo estamos reflejando al cielo cuando hacemos lo mismo.

El versículo 19 dice: «Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos». Esto significa que cuando dos o tres se reúnen y afirman el arrepentimiento de alguien y el cielo está de acuerdo, podemos pedir al Señor que lo limpie y lo restaure y Él así lo hará. Si no se arrepiente, por supuesto, y el cielo está de acuerdo, podemos pedir al Señor que lo castigue y discipline y Él así lo hará. En otras palabras, estamos haciendo la obra del cielo. Estamos haciendo la obra del Padre. El propio Jesús tiene la última palabra en el versículo 20: «donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Ahora bien, este versículo no trata sobre cuántas personas hacen falta para que Dios se manifieste en una reunión de oración. El contexto es una situación de disciplina. Donde dos o tres estén congregados significa que el proceso prescrito está en marcha y el Señor está en medio de esto. La iglesia nunca está más en armonía con el cielo, más en armonía con el Padre y más en armonía con Cristo mismo que cuando lidia con el pecado.

No queremos ser reacios a cumplir ninguna de estas responsabilidades. Esto es en bien de la pureza de la iglesia. Es la obra del cielo. Es la obra del Padre. Es la obra del Hijo.

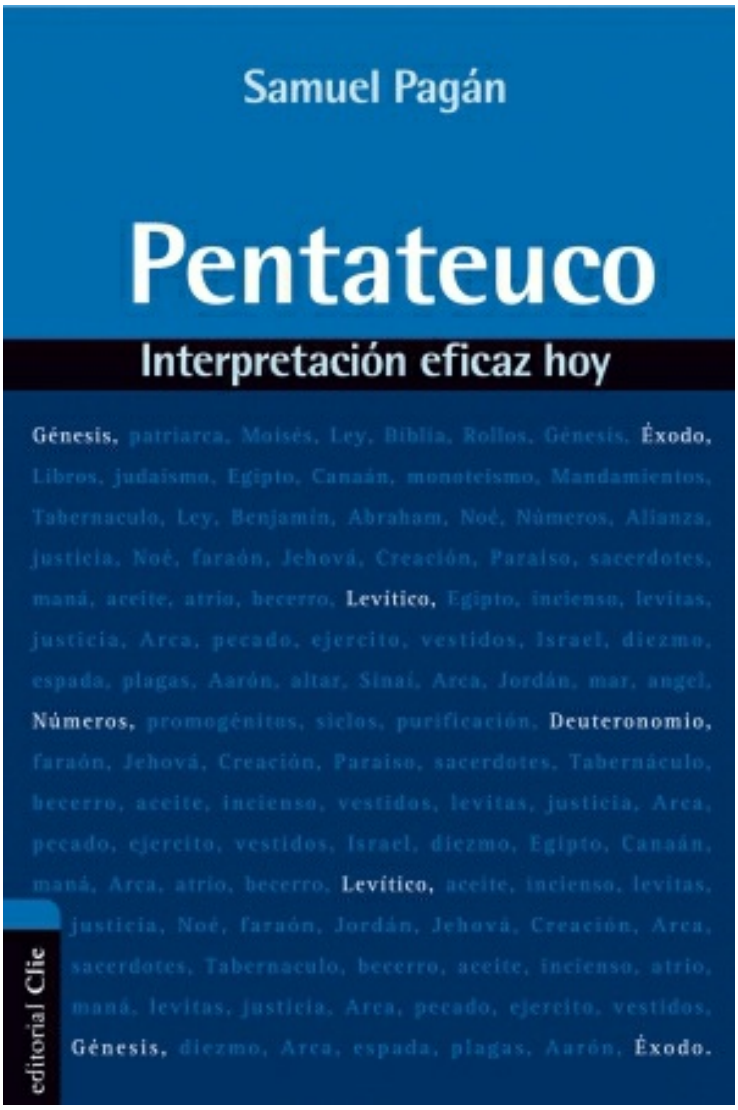
Bueno, nuestra dedicación a esta prioridad no vació la iglesia. El Señor la siguió llenando más y más. Así que seguimos levantando más instalaciones. Las personas siguen viniendo, el Señor hace crecer su iglesia y las multitudes creen y se salvan y se incorporan a la iglesia. Es un lugar de amor. Es un lugar de restauración. Es un lugar de santidad. Es un lugar de temor. Es

exactamente así como Dios quiso que fuera. Nunca debería preguntarse por qué creció una iglesia. Me encanta que las personas no puedan explicárselo. Somos lo que somos porque Dios determinó que fuéramos así. Esta es la iglesia del Señor y es Él quien la edificó.

Hace algunos años, el Seminario Fuller solía traer a sus estudiantes aquí cada vez que hacían un grupo durante el año en su departamento de crecimiento de la iglesia. Un día recibí una llamada del jefe de ese departamento quien me dijo: «No los llevaremos más a su iglesia porque su iglesia va contra todo análisis. Ustedes no crecen de acuerdo con los principios de crecimiento en la iglesia».

Me alegró mucho escuchar que no nos podían analizar desde un plano humano. Cuando tenemos la Shepherds' Conference y miles de pastores vienen, estoy seguro de que hay algunos entre ellos que quieren que yo les dé las cinco cosas que garantizan una iglesia numerosa. Yo podía haberlo hecho, es fácil. Suavice el mensaje y reparta dinero. Es lo único que hay que hacer para llenar un local. O puede desmontar el púlpito y poner a las personas a luchar. Eso atraería una multitud. Yo siempre quise que nuestra iglesia sólo tuviese una explicación desde el punto de vista divino. Es por eso que tratamos de hacer lo que nos dice la Palabra de Dios que hagamos y dejamos que sea el Señor quien haga crecer su iglesia. Qué deleite y gozo ha sido. Gracias por ser una congregación que busca la santidad y que también demuestra el amor de Cristo, como lo han hecho conmigo, con mi familia, y entre ustedes mismos.





Pentateuco

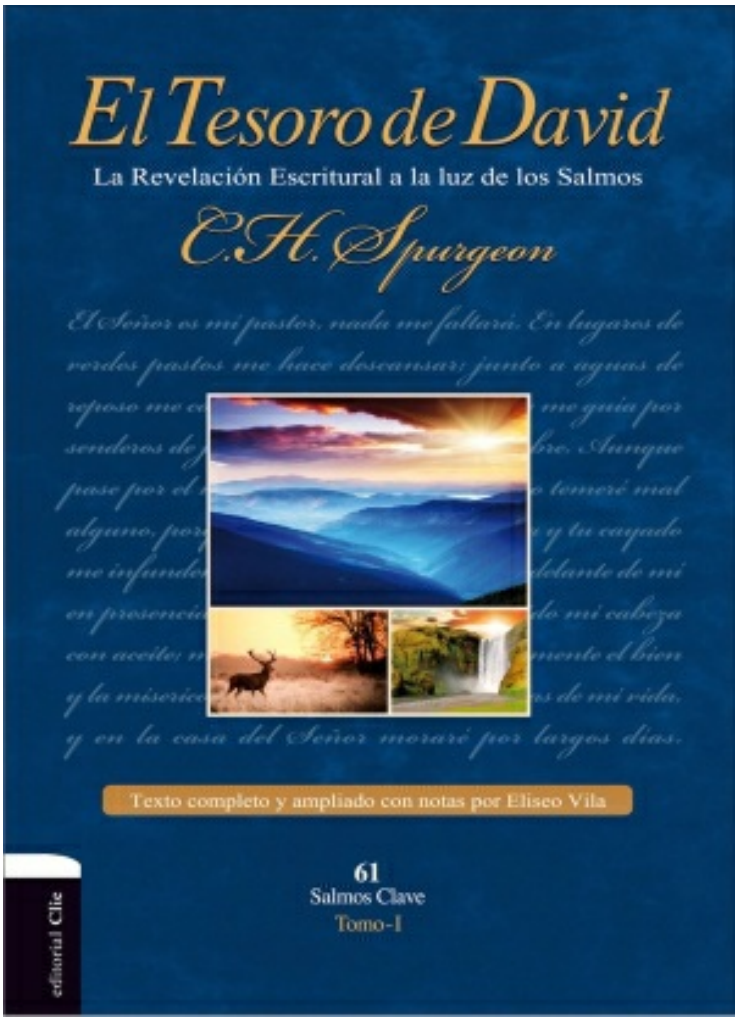
Pagán, Samuel
9788494452758
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El Pentateuco, o La Torá o Ley de Moisés contiene el

corazón del mensaje de la Biblia donde se revela su importancia teológica en las famosas palabras del Shemá: «Oye, Israel: El Señor, nuestro Dios, el Señor uno es» (Dt 6.4). Este libro es una interpretación sobria, balanceada, asequible y entendible del mensaje del Pentateuco, el cual facilita, en gran manera, el proceso de actualización del mensaje de la Ley de Moisés.

Cómpralo y empieza a leer



El Tesoro de David: la revelación Escritural a la luz de los Salmos

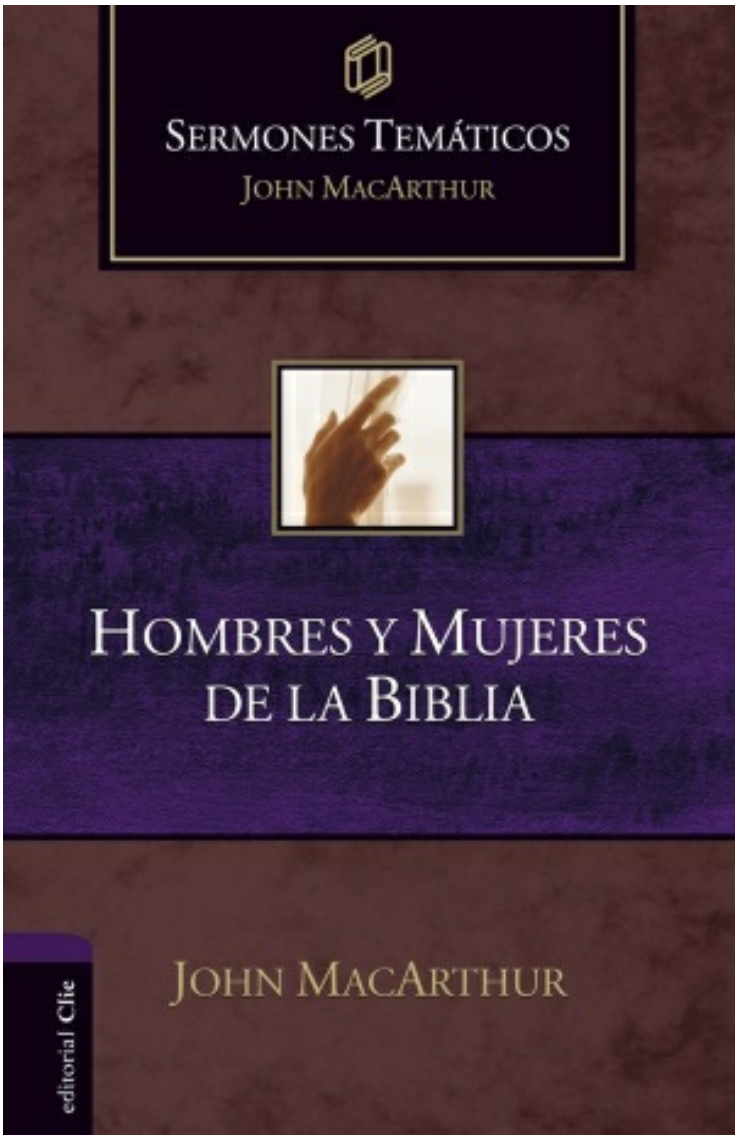
Spurgeon, Charles Haddon
9788482679952
2496 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El gran predicador y expositor bíblico C. H. Spurgeon dedicó buena parte de su vida a completar su "opus magna". Un

gran comentario al libro de lo salmos que tituló "El Tesoro de David".
Spurgeon expone versículo a versículo cada salmo y selecciona los mejores comentarios -sobre cada uno de ellos- por los Padres de la Iglesia, los Reformadores, los autores Puritanos, así como los comentaristas contemporáneos de su época.
La obra al completo estará disponible en español en tres grandes tomos: el primero, lo formará los 61 salmos más conocidos e importantes; el segundo y tercero abarcará el resto de salmos, completando así la obra.
El Tesoro de David, recopila lo mejor que se ha dicho y escrito sobre cada Salmo desde el Siglo II hasta finales del Siglo XIX.

Cómpralo y empieza a leer



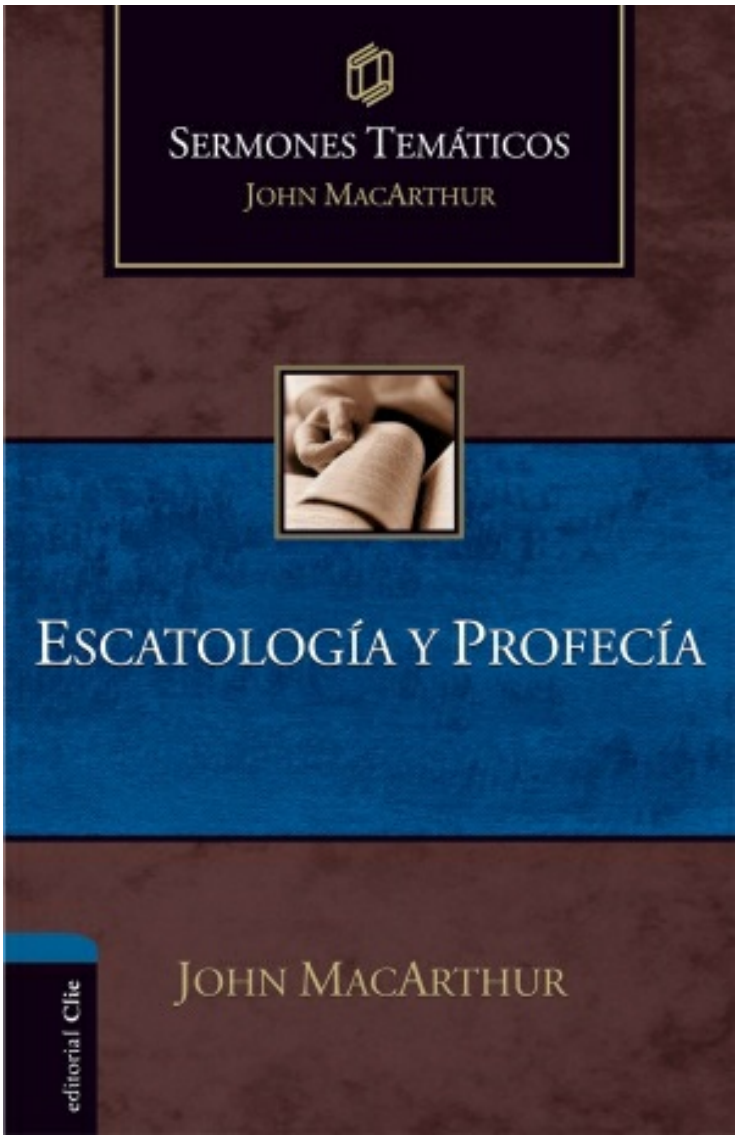
Sermones Temáticos sobre Hombres y Mujeres de la Biblia

MacArthur, John
9788494452734
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Contiene sermones para poder predicar una serie temática por un año completo sobre hombres y mujeres de la Biblia. Para incidir en el conocimiento y la formación bíblica de los creyentes. Predicados con el estilo y base bíblica que caracterizan las predicaciones de John MacArthur: revolucionar los corazones y vidas por medio de la palabra predicada.
Encontrará sermones y bosquejos sobre: Abel, Noé, Abraham, la Mujer Perfecta, El Padre Sabio, o Juan el Bautista entre muchos personajes; y la relación entre ellos y el texto bíblico.

Cómpralo y empieza a leer



Sermones temáticos sobre escatología y profecía

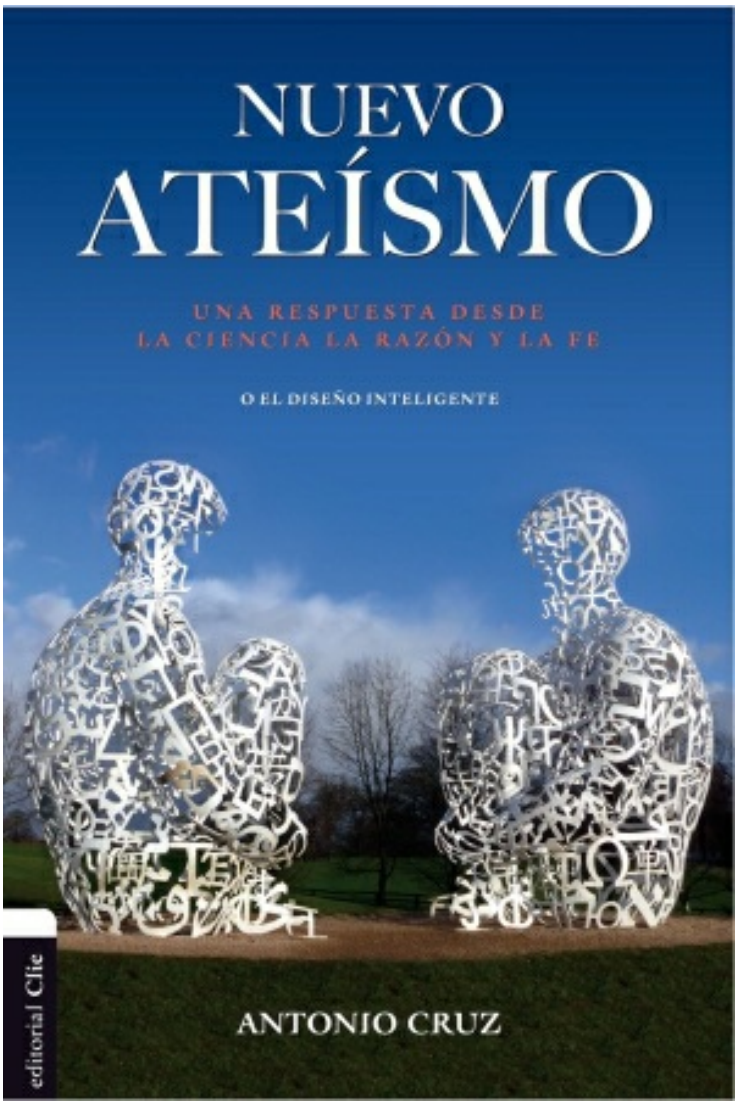
MacArthur, John
9788482679983
546 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Contiene 25 sermones para poder predicar, por un año

completo, sobre los temas más importantes y fundamentales de escatología y profecía para incidir en el conocimiento y la formación bíblica de los creyentes. Predicados con el estilo y base bíblica que caracterizan las predicaciones de John MacArthur: revolucionar los corazones y vidas por medio de la palabra predicada.
Encontrará sermones y bosquejos, actuales y prácticos sobre: Escatología, Profecía y Final de los Tiempos. Basados en los libros de Daniel, Marcos y Apocalipsis y la relación entre ellos y el texto bíblico.

Cómpralo y empieza a leer



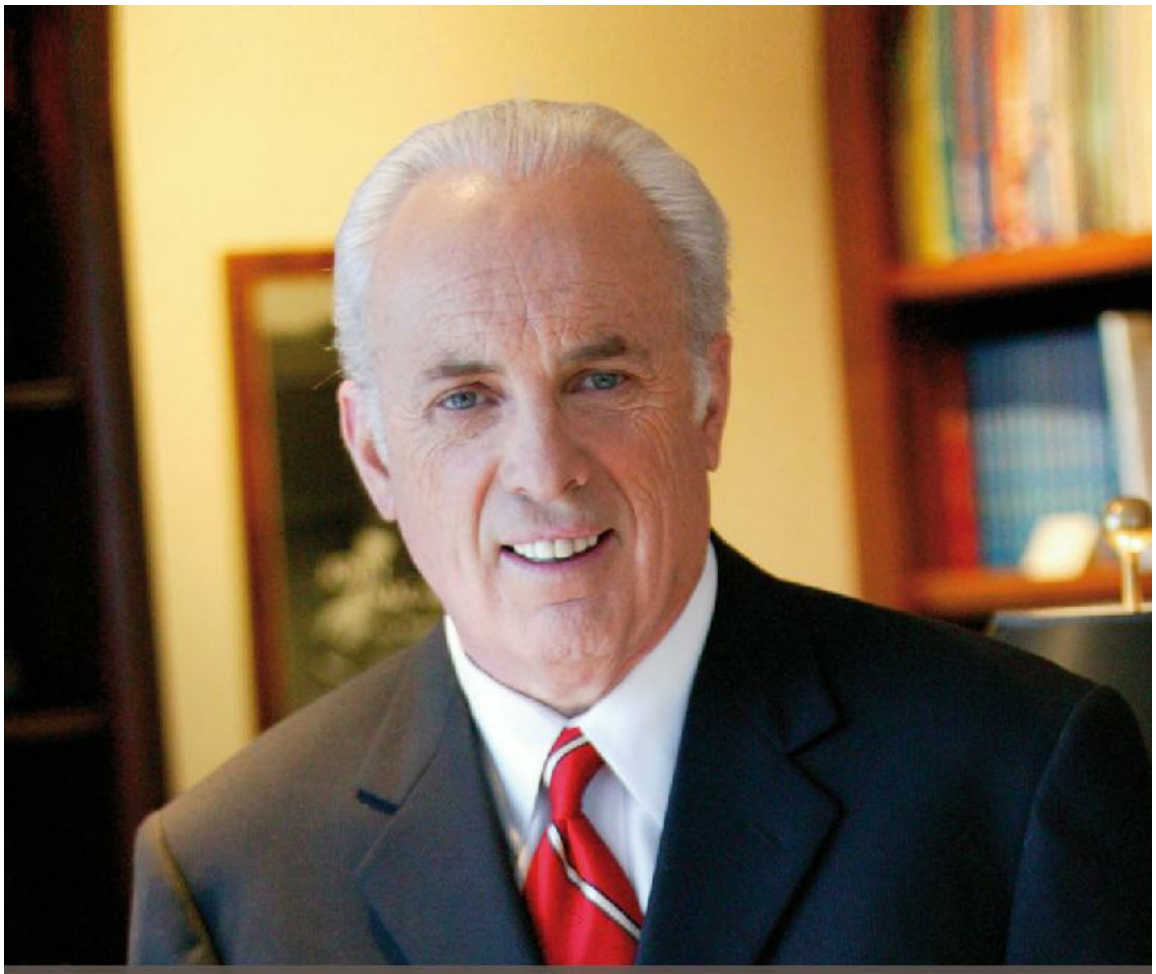
Nuevo ateísmo: Una respuesta desde la ciencia, la razón y la fe o el diseño inteligente

Cruz, Antonio
9788494452710
128 Páginas

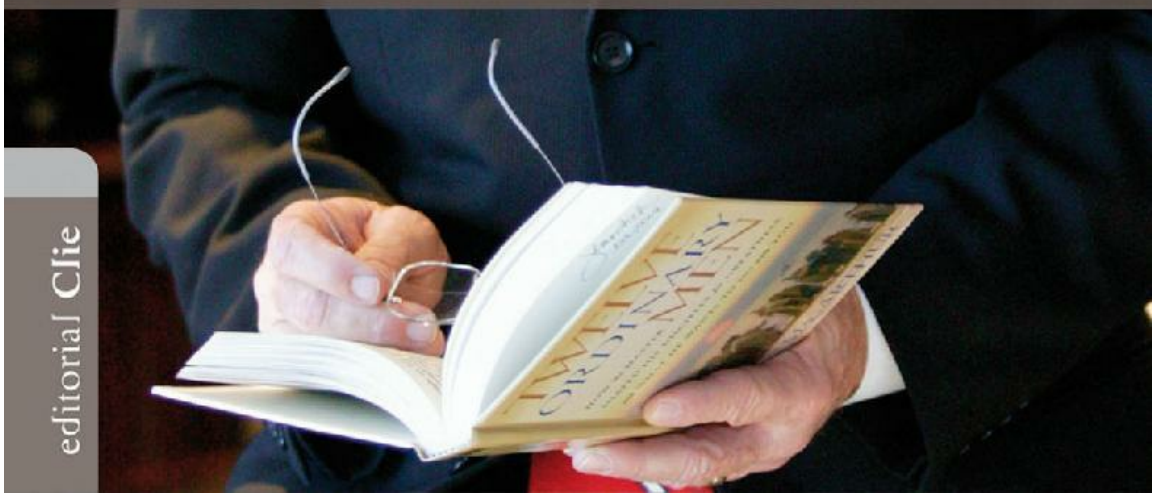
Cómpralo y empieza a leer

Un libro esencialmente didáctico sobre el "nuevo ateísmo". Escrito por un científico en lenguaje comprensible para todos. Profesores y maestros cristianos, pastores y líderes encontrarán en él un valioso aliado para dialogar en una apologética distinta; cristiana evangélica, pero más acorde a los tiempos desde una perspectiva de equilibrio entre Ciencia y Biblia (Diseño Inteligente).

Cómpralo y empieza a leer



12 Sermones Selectos de John MacArthur



editorial Clie